

en el tercer Evangelio de los sinópticos, presenta como fundamental y primera raíz la persona de Adán; (1) como de persona histórica habla el Apóstol de las Gentes en su epístola a los Romanos, (2) y en la primera a los de Corinto, (3) y en las instrucciones que daba a su discípulo Timoteo al escribirle su primera carta; (4) como de persona existente se habla en otros lugares de la Escritura. Y no se nos diga que la Escritura no es fuente de veracidad, porque su carácter es esencialmente religioso. Al citarla prescindimos en absoluto de su aspecto religioso y divino, aduciéndola sólo como documento histórico, y es tal su valía en este orden considerada que no hay escrituras antiguas a ella comparables, ora atendiendo a sus cualidades intrínsecas, ya también a las extrínsecas, por la depuración crítica que ha sufrido.

El testimonio judaico se halla plenamente confirmado por las tradiciones de los diversos pueblos; apenas hay región alguna, por obscura que se la suponga, donde no se hable del personaje al que la Biblia designa con el nombre de Adán; (5) la acción del tiempo pudo borrar las líneas del detalle, pero fija quedó en su memoria la visión histórica de conjunto, tan clara en medio de la obscuridad que no es confundible con la ficción o mitología.

Esta convicción de la realidad histórica de Adán, la recogieron los posteriores. Los escritores de la Edad Media tratan de su persona como de un hecho totalmente cierto, (6) e igual certeza presenta para los PP. de la Iglesia. En la Edad Moderna, los sabios reunidos en el magno Concilio de Trento afirmaron su existencia, (7) la han defendido los que se reunieron en el Vaticano, (8) la admite la historia, (9) y las ciencias después de mucha resistencia hanse visto obligadas a confesar que el Génesis es totalmente verídico en su exposición. (10)

1 Luc. II, 25-38.

2 V. 14.

3 XV, 22 y 45.

4 II, 13-14.

5 Cfr. Enc. Euro-Amer. T. II, Adán.

6 Cfr. Euse. Cronic. lib. 1.º c. II, MG. 19, 113

7 Ses. 5.ª.

8 I Schema del Con., c. XV.

9 Cfr. C. Cantú, Epoc. 1.ª, l. 1.ª c. I.

10 Cfr. R. Valbue. L. C., T. I, c. III.

ARTICULO II

MONOGENISMO DEL HOMBRE

LOS ESPIRITISTAS LO NIEGAN.—LA PRIORIDAD ADÁMICA.—LAS CIENCIAS NADA SABEN.—LA FILOSOFÍA ES IMPOTENTE.—LA HISTORIA TIENE LA PALABRA.—LOS PROSÉLITOS KARDECIANOS ACUDEN A ELLA.—LOS ESPIRITISTAS A MERCED DE LOS APRIORISMOS.—LOS OCULTISTAS, VOGT Y LA INTERPRETACIÓN DEL GÉNESIS.—MÉTODO MOSÁICO.—ANTES DE SETH VARIOS HIJOS.—LEY NATURAL DE PROPAGACIÓN.—LA CIUDAD HENOCHIA.—EL ALEGATO DE LA PROTOHISTORIA.—LOS PUEBLOS Y LA PRIORIDAD ADÁMICA.—ANÁLOGO PROCEDIMIENTO DEL COADAMISMO.—ALLÁN-K., Y LAS RAZAS.—PRICHARD, FORSTER Y WISEMAN.—UN EJEMPLO VALE MÁS QUE MIL.—SANCHIONATÓN Y LOS HISTORIADORES.—LA FILOLOGÍA. LA SIN RAZÓN DEL ESPIRITISMO.

Afirmada, después de probada, la realidad histórica de Adán, preséntase la más importante cuestión relativa al monogenismo. Adán no sólo goza de verdadera existencia, sino que es también el primero y el único hombre del cual proceden todos los seres racionales que han habitado y habitan la tierra. (1) Para nuestros adversarios, Adán «ni fué el primero ni el único que pobló la tierra», antes que él existieron otros muchos de los cuales proceden algunas ramas del reino hominal. Este sentir de los

1 Aunque nada decimos directamente de la mujer, ya se ha de sobreentender, pues no suponemos, como lo hiciera el cínico Voltaire (Cfr. Vindra. de la Biblia por el Abate Du-Clot, p. 79) y lo deje traslucir Q. López en el citado lugar, que Adán era hermafrodita, y por consiguiente el medio natural de propagación era el concurso del hombre y de la mujer.

espiritistas hemos visto que no se encuentra solitario en el campo de las opiniones; los preadamitas convienen con ellos en el primer punto, y abrazan su doctrina en el segundo los partidarios de Agassiz, y uno y otro defienden los que con Desmoulins y Boty de Saint-Vicent y algunos otros naturalistas, juntamente con el número de individuos primitivos multiplican las especies hominales.

Analícemos brevemente sus argumentos y veamos si hacen fuerza alguna para abandonar la doctrina que luego llamaremos tradicional, y qué grados de verdad pueden ofrecer. Empecemos por el punto que se refiere a la prioridad o no prioridad de Adán sobre la tierra.

No fué el primero que pobló nuestro globo, dice Allan, y todos sus secuaces sostienen lo mismo. Allan-K. no se toma la molestia de razonar su palabra, le basta afirmar dogmatizando, ios *espíritus* rara vez se detienen a disertar sobre lo que hablan. Todo cuanto argumenta con relación a Adán, es en orden al monogenismo y antigüedad del hombre, materia que será objeto de otro párrafo, pero nada en orden a la prioridad. ¿Es que el osado corifeo espírita no dió con el arsenal que le prestara medios para defender su aserto? Sus allegados los transformistas no podían auxiliarse; ¿qué sabe la geología, ni la paleontología ni ciencia alguna respecto a quién fué el primer morador terráqueo que elevando su vista al cielo pudo cantar sus maravillas y entonar un himno a la munificencia infinita? Las ciencias naturales guardan el más absoluto silencio, su objetividad, como anteriormente notamos con el ilustre Quatrefages, es muy otra de la que se ventila en el caso presente. Por eso ni los acérrimos materialistas que todo lo fían a las dichas ciencias, como Vogt y Mortillet, han acudido nunca a ellas para solucionar la cuestión que nos ocupa. La filosofía y sereno discurso también son inútiles en estas circunstancias; ¿sobre qué base descansaría el raciocinio si no se trata de causas y efectos sino de hechos pasados?

Sólo hay un argumento posible, el histórico. Empero, demasiado advertido Allan-Kardec para servirse de algo que muy lejos de favorecer su aserto le es totalmente contrario, se cuidó muy bien de acudir a él, a fin de no verse cogido en las redes tendidas por él mismo. Su palabra carece, pues, de fundamento para que le prestemos oídos; y como en las cosas históricas no vale el afirmar, sino se demuestra que la palabra afirmada

y la realidad pretérita guardan perfecta armonía, nos vemos precisados a desestimar la aseveración de Allan-Kardec.

Lo que no hizo el corifeo lo hicieron sus prosélitos; pronunciada su palabra no se durmieron, pensando que la credulidad de los oyentes no habría de reclamar garantías, por eso se aprestaron a defender el radio que habían cotado. Leyeron y «hojearon los archivos de la tierra», a los que les invitaba su maestro; pero en ellos nada encontraron que les diera suficiente luz; acudieron pues, al terreno histórico. Mas, ¿con qué fortuna?

La primera, y podemos decir única, fuente, pues ella es la sola verídica, que existe en el campo histórico, es el libro del Génesis, escrito por Moisés; y al Génesis acudieron. El primer acto que hicieron apenas le hojearon, fué negar su carácter histórico y divino, amandándolo entre las fábulas, sin darse cuenta que al perpetrar semejante crimen científico se privaban de las únicas armas disponibles. No admitiendo la realidad histórica del libro que encabeza el Pentateuco nada puede saber el hombre acerca de la primacía entre los de su género. Los espiritistas quedaban, por tanto, nuevamente a merced de los apriorismos tan reprobables en materias de este género. No obstante, en su negación es donde ellos estimaban que habrían de encontrar sólido fundamento, cuando menos, para hacer probable su tesis, valor que en estas materias es suficiente para que se dé por probada y sea admisible la cuestión.

Dando por bueno, contra su propia afirmación, el aserto genesiaco, arguyen luego *ad hominem*, con el fin de llegar, no sólo a privar a Adán de su primacía sobre los hombres, sino también a demostrar la falsedad de la narración mosáica.

Según el Génesis, dice, Adán y Eva tuvieron un hijo primogénito a quien pusieron por nombre Caín; a este sucedió el segundo llamado Abel; andando el tiempo, por causas que en el propio libro se refieren, el primero dió muerte al segundo. Entonces Dios señaló a Caín con el signó del crimen para que nadie se atreviera a matar al fraticida. Y saliendo Caín de la presencia del Señor, prófugo habitó al oriente de Edén (1). Si en la tierra no había más moradores que Adán y Eva, entonces, ¿por qué y a quién habría de temer el criminal fraticida? Esto no se comprende si no es admitiendo la existencia de múltiples hom-

1 IV, 15-16.

bres no procedentes de Adán, y que le precedieran en la vida, pues de otra manera escaso fuera su número, como lo era el del tronco adamítico, y no podría ser verdad el aserto bíblico. Así argumenta el *exégeta* Vogt a nombre de la ciencia racionalista, argumentación que hace suya el espiritismo y la amplía por medio del Sr. Q. López. En la Escritura se dice, escribe este buen señor (1), «que habiendo ido a habitar Caín la tierra de Nod, al oriente del Edén, se encontrara allí con una mujer y con ella procreara. ¿Quién era esta mujer? La biblia no lo dice, y a más de no decirlo, conviene advertir que hasta el capítulo VI, vv. 1 y 2, no se encuentra que *a los hombres les nacieran hijas*. ¿Sería su madre? No es presumible por cuanto parece ser no se separó jamás de Adán, a quien le dió otro hijo llamado Seth a los 130 años. ¿Quién, pués, sería si la tierra estaba habitada solamente por Adán, Eva y su primogénito?» (2) Luego además de los seres racionales que nos cuenta el Génesis hanse de admitir otros distintos, y para que la explicación sea racional, estos hombres debieron existir antes que Adán y Eva, sobre todo si se tiene en cuenta, advierte Vogt, lo que dice la misma Biblia; que Caín, después de engendrar a Henoch, edificó una ciudad que se llamó Henochia (3).

Débil y frágil es la argumentación de nuestros adversarios; toda su fuerza es negativa y en la negación se funda. Ahora bien, tratándose de materias históricas, la negación es de ningún valor, a no ser en determinadas circunstancias, muy difíciles siempre de probar e imposible en los hechos que ahora tratamos.

Suponen Vogt y Quintín L. que en la tierra no había más seres que los cuatro de que hace mención el Génesis. Pero esta suposición es totalmente gratuita. El hagiógrafo sagrado al hacer la historia de la primitiva humanidad no recuenta todos los individuos que la integran, sino aquellos que eran a modo de vértice de donde se originaran memorables acontecimientos, o fueran necesarios para la más perfecta explicación del desenvolvimiento humano a través de los tiempos. (4) Este método es el seguido por todos los historiadores, muy principalmente tratán-

1 Copiamos nuevamente este párrafo porque lo estimamos sumamente oportuno.

2 L. C. c. II.

3 Gen. V, 17.

4 Cfr. S. Agust., *De Civit. Dei*. L. 15. c. XV.

dose de compendios; ¿por qué habremos de exigir otra cosa a Moisés? Sin duda que Adán y Eva habían engendrado otros varios y múltiples hijos e hijas, aunque nada explícitamente diga el texto sagrado, por más que bien claro lo insinúa, máxime teniendo en cuenta que el fratricidio no sucedió sino transcurridos bastantes años después de nacer Caín y Abel; los acontecimientos que la Escritura narra lo están reclamando abiertamente, y el decir que Eva, luego de muerto Abel, tuvo otro hijo al cual llamó Seth, esto es, puesto en lugar del que pereció, nos da a comprender que Abel fué muerto a la edad de ciento veinte y tantos años, pues Seth nació en el 130. (1)

Creced y multiplicaos, dijo el Señor a Adán y a Eva después de haberlos formado (2); en cumplimiento de esta ley, suponiendo que el incremento humano fuera de un 2 o un 3 por ciento, al cabo de los ciento y tantos años que sucedió el fratricidio, ya en la tierra había unos cuantos miles de hombres. Caín justamente podía temer la venganza que de su crimen tomaran sus propios familiares, al ver la afrenta que a ellos mismos se les infería. ¿Se cree esto imposible? Hermanos eran Amnon y Absaón, ¿Y fué esta circunstancia obstáculo para que el segundo mandara quitar la vida al primero, por el deshonor que este había inferido a su hermana Tamar? ¿Y cuántos ejemplos no leemos en las historias de venganzas familiares motivadas por algún crimen precedente? El mismo signo distintivo con que Dios señaló a Caín parece darlo a entender, porque si a lugares extraños marchara prófugo, donde no fuera conocido, ninguna protección había menester.

Suposición gratuita es la que hace Vogt, y más que gratuita, contraria al texto bíblico, la que hace Quintín López, cuando dicen; el primero, que, al huir Caín no llevó su primera mujer y por tanto que la hubo de tomar allí, y el segundo que, en aquel lugar, Caín encontrara *una mujer* y con ella procreara. Ni el texto sagrado dice que Caín no llevara su mujer, ni mucho menos que en el lugar a donde huyó fuera donde encontró una mujer. La narración bíblica da a entender lo contrario, pues nos dice, que una vez el fratricida salió de la presencia del Señor, conoció maritalmente a su esposa (3).

1 Cfr. Du-Clot, L. C. nota. 24, y Hetze L. C. p. 12.

2 Gen., c. I, 28.

3 IV, 17.

Esta, replica Quintín L., de cualquier modo que se la considere, no podía ser descendiente de Adán, porque hasta el capítulo VI no se dice que a los hombres les nacieran hijas, y no es probable que esa fuera su propia madre. Vana es la réplica del espiritista. La historia mosaica en parte alguna niega que Adán y Eva no tuvieran hijas. El mero silencio no autoriza a afirmar lo contrario, pues en este caso habría que afirmar algo más; que la ley natural de la propagación ofrecía una irregularidad en manera alguna presumible. Pero la Escritura no guarda un silencio tan absoluto, sino que habla con mucha elocuencia. En el capítulo V, que sin duda está antes que el VI, versículo 4, después de decir que Adán al cumplir los 130 años engendró a Seth y que vivió 800 años más, agrega: y engendró hijos e hijas. Además, pues, de ser falsa la locución de Q. López, ¿por qué las palabras del Génesis se han de entender sólo para el tiempo que sucedió al nacimiento de Seth, y no para el que precedió, si las leyes y las circunstancias eran las mismas? ¿Qué importa que hasta este lugar nada diga Moisés? Estamos, pues, en lo cierto al afirmar que ya entonces había mujeres entre los descendientes de Adán.

Empero, admitida la existencia de ambos sexos descendientes de la misma pareja, al realizarse las uniones se cometería, dicen, el más repugnante incesto, cosa que sólo pensarla horroriza. La marital unión de los hermanos ciertamente que ofende al pudor y es repugnante, sin embargo, no es intrínsecamente antinatural; por lo que en circunstancias como las de entonces cede lo secundario a lo primario, que era la propagación, y nada ofrece de reprochable ni de atentatorio al pudor.

Menos valor tiene la objeción que hacen algunos al decir que Caín, según el Génesis, edificó una ciudad, después de haberle nacido su hijo Henoah. Como si esto quisiera decir que la ciudad edificada era al estilo de las grandes urbes modernas, ni tampoco que Caín la hiciera en un año, y esto inmediatamente que le hubo nacido el hijo. Nada de esto se lee en el relato bíblico, sólo sí, que levantó moradas fijas y las protegió con defensas. (1)

Concluyamos, pues, diciendo que la historia tampoco favorece a los espiritistas y naturalistas; y como fuera de la historia

1 Hetze, L. C. p. 107.

no se da otra fuente de comprobación, hemos de decir también, que se equivocan miserablemente y no son dignos de crédito.

Acabamos de decir que los espiritistas se equivocan quitando la prioridad de existencia a Adán, y no dejamos deslizar esa palabra casualmente. La única historia verdadera y genuina fuente, no sólo les niega su concurso sino que afirma lo contrario.

En el capítulo segundo de la protohistoria humana, como algunos han querido llamar a la primera parte del Génesis, una vez cincelado a grandes rasgos el admirable cuadro de la formación del mundo, se nos dice que «no había hombre que trabajara la tierra» (1), e inmediatamente añade: «Formó pues el Señor Dios al hombre, y fué hecho el hombre en ánima viviente» (2) Estas expresiones del hagiógrafo sagrado palmariamente demuestran que antes de formar el Señor Dios al hombre, del que habla en el versículo 7, ninguno otro existía en aquel o en otro paraje. Aserción que se confirma con lo que en el versículo 18 del mismo capítulo escribe: «Dijo también el Señor Dios: No es bueno que esté el hombre solo» y lo que se dice en el 20: «Mas para Adán no se encontraba compañero semejante a él». Adán fué, pues, según el Génesis, el primer ser racional que habitó la tierra, nadie antes que él tuvo aliento de vida.

La narración mosaica es aceptada por la tradición antigua y por la moderna. El autor del «Libro de la Sabiduría» nos dice: «Adán fué el primer hombre formado por Dios, y fué creado solo». (3) La misma opinión se transmite en las veladas exposiciones de los demás pueblos. (4) El gran sabio de Hipona nos dice que Adán era la primaria raíz del género humano. (5) Inteligencias tan competentes como las reunidas en la magna asamblea de Trento paladinamente enseñaron que Adán fué el primer morador humano que habitó la tierra; (6) igual doctrina defendieron los Obispos y preclaros teólogos reunidos en el Vaticano el 1870. ¿Qué más se desea para que la doctrina constantemente enseñada por la Iglesia revista los caracteres de veracidad y se

1 II, 5.

2 II, 7.

3 X, 1.

4 Cfr. Enci. Enro-Ame.. T. II, Adán.

5 In Joan Ev. Tr. 9, 10. ML. 35, 1463.

6 Ses. V, can. 1.º

la proclame la única admisible? A su favor está toda la historia, en su contra no hay un solo argumento; únicamente las hipótesis de los que interés tienen en hacer desaparecer a la misma Iglesia, pero hipótesis basadas en cálculos apriorísticos. En la parte contraria sucede a la inversa; nada hay que les favorezca y todo es opuesto a su modo de sentir, o cuando menos, guarda sepulcral silencio ocultándose en las capas de la tierra o en las lejanías del tiempo.

La argumentación que hemos seguido para demostrar la falsedad del preadamismo, es la misma, o casi idéntica, a la que se ha de emplear para combatir el poligenismo simultáneo o coadamismo. Y las objeciones o pruebas que presentan sus defensores son también las mismas substancialmente consideradas, ofreciendo algunas de ellas pequeñas diferencias de perfil. Brevemente pasémoslas por el tamiz de la crítica.

Atestigua el poligenismo simultáneo, al menos del reino hominal, la existencia de múltiples razas, diametralmente opuestas entre sí, irreductibles a un primero e idéntico principio. «Es indudable, escribe Allan-K., que el clima y los hábitos engendran modificaciones en el carácter físico; pero se deja comprender el alcance de las influencias de esas causas, y el examen psicológico prueba que entre ciertas razas existen diferencias constitucionales más profundas que las que puede producir el clima. El cruzamiento de las razas produce los tipos intermedios y tiende a borrar los caracteres extremos; pero no los produce, sino que se limita a formar variedades. Pues bien, para que hubiese habido cruzamiento de razas, era preciso que las hubiera distintas y ¿cómo explicar su existencia suponiéndoles un tronco común, y sobre todo un tronco tan cercano? ¿Cómo admitir que en algunos siglos ciertos descendientes de Noé se hayan transformado hasta el punto de producir la raza etiópica, por ejemplo? Semejante metamorfosis no es más admisible que la hipótesis de un tronco común al lobo y a la oveja, al elefante y al pulgón, al ave y al pez. Repetimos que nada puede prevalecer contra la evidencia de los hechos». (1)

Conformes estamos con Allan-K. en que nada puede prevalecer contra la evidencia de los hechos, por eso a los hechos apelamos, no dándonos por satisfechos con los *«exámenes psico-*

1 - L. C. n.º 59.

lógicos», cuyo valor apologético no llega a cero en las presentes cuestiones. Y ¿qué nos dicen los hechos con relación a la diversidad de razas y a las causas que las pueden haber originado? Pues los hechos nos dicen, responderemos con el Dr. Prichard, que «si comparamos estas especies (los papúas y los polinesianos) parece que nos suministran una prueba suficiente de que las diversidades físicas *más distantes* que presenta la forma humana en diferentes naciones pueden y deben provenir *de un tronco común*, y nos dan el medio de citar hechos actuales como ejemplo de estos extravíos»; los hechos nos enseñan, diremos con el Dr. Forster y el cardenal Wiseman, que «tribus pertenecientes a una misma clase y cuya unidad es inegable, han variado en su forma y color desviándose del tipo original, y adoptando las distancias más extremas»; los hechos enseñan «que en algunas partes de la India han cambiado totalmente de color los descendientes de los europeos que se establecieron allí de mucho tiempo atrás, aunque como está en el orden sus facciones son las mismas. Que todas estas clases de hombres sin excepción (persas, griegos, tártaros, turcos y árabes) después de unas pocas generaciones, aun sin enlace recíproco con los indígenas de la India, toman el color aceitunado obscuro que se acerca mucho al del negro, y que parece natural en el clima. Que los portugueses nacidos en el país y unidos entre ellos, o si pueden con europeos, al cabo de quinientos años de residencia en la India se han vuelto tan negros como cafres». Los hechos demuestran, dicen Le Cat, Camper y Lawrence, «que la piel del europeo más blanco puede en ciertas circunstancias llegar a ser tan negra como la de un negro en todo el cuerpo o en parte de él. Los hechos demuestran que estas variedades esporádicas pueden producirse repentinamente, pasando del color blanco al negro, como en el caso que cita Camper de la mujer en estado, o del negro al blanco. Y los hechos demuestran algo más, demuestran que adquirido un color, o repentina y casualmente o bien por gradación, se transmite a los sucesores por ley de herencia. Esto y mucho más que la brevedad nos veda tratar enseñan los hechos. (1)

De todo lo expuesto, aunque confesemos con C. Hertmann

1 Cfr. Wiseman, Disc. *Sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la Religión revelada*, disc. III y IV, Degenhardt L. C. c. XXVIII.

Vosen, que si ha sido esta obra rápida o breve, o si ha ido desarrollándose paulatinamente y con lentitud; hasta ahora explicación cabal y del todo satisfactoria no ha podido hallarse, (1) hemos de concluir con el citado cardenal Wisseman: «que se han probado satisfactoriamente los puntos siguientes que abrazan todos los elementos del problema. En primer lugar, que las variedades accidentales, o como se las llama, esporádicas, pueden manifestarse en una casta con tendencia a producir en ella los caracteres de otra: en segundo lugar, que pueden perpetuarse estas variedades: en tercero, que el clima, el alimento, la civilización etc., pueden influir grandemente en la producción de semejantes variedades, (2) o a lo menos hacerlas fijas, características y perpetuas»: cuarto, que para fijar los tipos de distintas razas, aun procediendo por vía de gradación bastan, quinientos o setecientos años, y quinto, que todas ellas pueden originarse de un tronco común.

Frente a estos hechos y deducciones, ¿qué oponen Allan-K. y todo el espiritismo? El examen psicológico de la naturaleza y su evolución. Y como en la naturaleza para pasar de un grado a otro se precisan, según nos dirán en el párrafo siguiente, miriadas de años, la analogía y armonía nos llevan a la misma conclusión cuando se trata de la humana, siquiera la variedad sea tan accidental como la del color y configuración del cerebro. Pero lo falso de este examen psicológico y de su aplicación se pone de manifiesto frente a los hechos contra cuya evidencia nada puede prevalecer.

Mas es el caso, pudiera replicar el ocultismo, que los tipos se conservan muchas veces fijos y estables en los diferentes climas y bajo las más distintas costumbres. Está bien; «muchos de estos hechos, si se quiere todos, pueden ser ciertos: ¿pero qué prueba esto, diremos con el cardenal Wisseman, cuando se compara con los que he citado? Únicamente que no conocemos aún el modo

1. L. C. lib 4.º, c. III, § 56.

2. Tan cierto era esto para Jakob, que no tenía inconveniente en escribir: «Si sabemos que tales anomalías pueden heredarse, lo mismo que las enfermedades pulmonares o cardíacas. ¿qué falta, pues, para probar que en efecto, de un solo tipo fundamental del género humano, han podido desarrollarse las distintas razas? Se puede, por consiguiente, subscribir sin escrúpulo alguno, la afirmación de Schaafhausen: que las razas humanas se han originado por las influencias del clima y de la civilización» Cfr. Degenhardt, L. C.

de obrar de las causas; que no podemos descubrir la ley en virtud de la cual procede la naturaleza; y que hay dos series de hechos, unos y otros verdaderos, pero que no se destruyen mutuamente. Sólo deseo hacer ver que la observación de los filósofos modernos se dirige a demostrar que *puede*, pero no que *debe* ocurrir semejante cambio. Un ejemplo basta para probar la primera aserción, mientras que la demostración de la segunda pudiera exigir millares de ellos» (1)

Descartada esta objeción, ¿qué otra prueba aduce el espiritismo a favor del poligenismo simultáneo? ¿Aducirá, como lo hacen muchos naturalistas, la de la filosofía, la del rápido incremento de la especie, la de la inmigración a los distintos puntos del globo? Son tan pueriles y ridículas hoy día semejantes dificultades que no se hacen mucho honor quienes tienen el prurito de escribirlas y pronunciarlas.

Después de todo, estas no son más que objeciones, y en materia de hechos no se hace razonable una opinión sino es aduciendo datos positivos. Los espiritistas que tanto zahieren a los católicos por su dogmatismo, que demuestren palmariamente sus asertos. Agassiz, el naturalista, afirmó sí el coadamiento, pero no fué quién de aducir un hecho razonable; el no saber cómo se originaban los cambios en el cutis humano y otros fenómenos accidentales, era la causa impulsiva de su coadamiento.

En esta materia, diremos con el filósofo Urraburu, donde la naturaleza humana no exige que haya uno o muchos troncos específicos, pues la propagación hominal lo mismo puede hacerse mediante uno solo que mediante muchos, la resolución de la cuestión no está confiada a los argumentos intrínsecos, sino que únicamente es cognoscible por los indicios externos, pues ellos son los que pueden decirnos cuál fué la realidad efectiva, ordenada por la providencia divina. Estos indicios han de conocerse, principalmente (y podemos decir únicamente) mediante las historias y tradiciones de los pueblos. Efectivamente, Sanchionatón, (que pasa por el primer historiador del mundo después de Moisés), Beroso, Edda, que ofrece una colección de las antiguas tradiciones de Escandinavia y Diodoro Sículo, (2) describen sus

1) L. C. Disc. IV.

2) Lib. 1.º, c. VI y sig.

antropogénias muy semejantemente, en lo substancial, a las mosaicas, y todas atestiguan, descartando la parte mitológica, que uno solo fué el hombre formado por Dios, del cual nacieron los demás. El mismo origen dan al hombre los poetas griegos y latinos: Orfeo, Hesiodo, (1) Aristófanes, Horacio, y Ovidio (2). Idénticas son las tradiciones de los otros pueblos.

Ahora bien; uniformidad tanta en la universalidad de los pueblos, acerca de pretéritos y remotos hechos; ¿cómo puede explicarse si no en una sola hipótesis o suposición; en la de que la realidad objetiva existió real y verdaderamente, y que una y otra se hallan en absoluta conformidad? Por mucho que revuelva la inteligencia humana no ha de encontrar solución plausible si no es la que acabamos de dar. (3)

Las tradiciones de los pueblos están confirmadas por la verdadera historia. En el libro del Génesis ya vimos cómo a Adán se le llama el primero que habitó la tierra, sin que en ella se encontrara otro a él semejante. Después nos cuenta como no siendo conveniente que estuviera solo, Dios formó a la primera mujer dándosela por compañera. Apenas Adán la hubo visto la puso por nombre Eva, porque ella era la madre de todos los vivientes racionales. (4) La narración de los primeros capítulos de la Biblia aclara de tal manera el origen monogenista de los hombres y encierra tal fuerza, que, el propio Mortón se vió obligado a confesar, que atendiendo al sentido obvio y literal de sus palabras había que proclamar la descendencia humana de un solo tronco. (5) En el libro de la Sabiduría se le llama a Adán padre de todo el universo y el primero formado por Dios. (6) El Apóstol dice, que Dios de un solo hombre hizo a todo el género humano que habita sobre la tierra. (7) «Adán y Eva, escribe San Agustín, eran los padres no sólo de los judíos sino de todas las gentes»; (8) la misma opinión o mejor, la misma verdad histórica, defienden Lactancio, S. Ambrosio, el Crisóstomo, S. Jerónimo,

1 Theogonía 822 y 884.

2 Metamor. L. 1.º, 185.

3 Cfr. J. J. Urrab. L. C. Disp. 10, c. 1, §. 2 p. Hetz. L. C. p. 25 y siguientes. C. Cantú. L. C. Aclara. al L. 1.º, nota 3.ª.

4 III, 20.

5 Crania Amer. Intro. p. 2, Phila-del-phia, 1859.

6 X. 1.

7 Act. XVII, 26.

8 Trac. 9 in Joan, n.º 10. ML. 55, 1465.

Teodoreto y otros. (1) Los conciliares de Trento enseñaron que Adán fué el hombre de quien desciende el género humano (2) y los reunidos en el Vaticano habían preparado un esquema que decía: «Si alguno negare que el universo humano no ha tenido origen del primer padre Adán, sea anatematizado» (3)

El monogenismo del hombre ofrece tal aspecto de veracidad que sólo atendiendo al mecanicismo de la filología, no han tenido inconveniente en proclamarlo como absolutamente necesario los naturalistas Buffón, Cuvier, Humboldt, Vagner, Quatrefages, el célebre M. Muller y otros muchos. Allí donde se detiene el color racista sigue avanzando la lingüística, unificando los hombres de diferentes colores y demostrando con eso la fuente común de ambos. Tiempo hace que ya fueron reducidas a tres clases comunes la infinita variedad de lenguas; a la Indo-germánica, a la Semítica y a la Mongólica; algunos las reducen a dos; a la indo-europea y a la siro-arábica, no faltan quienes pretenden que con el tiempo se han de reducir a una sola familia y el profesor Trombetti aduce razones no despreciables en favor de esta última opinión. (4) Este argumento filológico sería de tanto y más valor que el histórico, pues, sin un milagro sorprendente, la unidad de lenguaje no es admisible en diversidad de origen. Con el aspecto que presenta la lingüística podemos hablar más confiados que lo hicieron los naturalistas citados, a favor del monogenismo.

Queda, por tanto, demostrado hasta la saciedad la sin razón del espiritismo al proclamar el poligenismo humano, y confirmada, por todo género de pruebas que exige la materia, la aserción de la Iglesia. (5)

1 Cfr. Macella. De Deo Crea. Disp. 3.^a, ar. II, § 2.^o, n.º 554.

2 L. C.

3 Cfr. Fr. Ezequiel a S. C. Jesu. C. D. De Deo Crea. et Gub. Praelec. 55.

4 Cfr. Enc. Eur. Amer. T. XXX. Ling.

5 Nada hemos dicho sobre la unidad específica, porque el espiritismo no la niega. «¿Estas diferencias, se pregunta Allan-Kardec, constituyen distintas especies? Ciertamente que no, se responde, pues todos son de la misma familia» L. C. n.º 55. Y no podía negarla, porque admitiendo como hemos visto, la teoría transformista, no ya el hombre no se distingue específicamente, pero ni aun siquiera los seres todos del universo; forman entre sí una gran familia sin otra distinción que la numérica.

ARTICULO III

CUÁNDO APARECIÓ EL HOMBRE

ÚLTIMO ASPECTO DE LA CUESTIÓN.—LIBERTAD DE ELEGIR.—
MÚLTIPLES CRONOLOGÍAS.—FECHAS FABULOSAS.—EL ESPI-
RITISMO LAS ACEPTA.—SESIÓN INTERESANTE.—EL ESPÍRITU
YOÉ.—LA LEY DE LA ANTROPOLOGÍA.—AXIOMA EVOLUCIO-
NISTA.—AFIRMACIÓN QUE NECESITA PROVARSE.—LA ÉPO-
CA TERCIARIA.—NI EN EL MIOCENO INFERIOR NI EN EL SU-
PERIOR.—LA PRUEBA DECISIVA.—NO SE ENCUENTRA.—
ALUVIONES, TURBERAS Y ESTALAGMITAS.—BOUCHER DE
PERTHES SE EQUIVOCA O COMETE FALACIA.—EL MEDITE-
RRÁNEO, LA ATLÁNTIDA Y LOS ANDES.—EL CRONÓME-
TRO DE LYELL.—LA CLIMATOLOGÍA.—SAPORTA, DUPONT Y
EL PERIODO GLACIAL.—EL ESTADO ZOOLOGICO.—LA PA-
LEONTOLOGÍA Y LA ARQUEOLOGÍA.—EL SALVAJISMO PRIMI-
TIVO.—LAS EDADES PREHISTÓRICAS.—ANGEL SALCEDO Y
LAS PINTURAS RUPESTRES.—NO RECONOCEN ORDEN CRO-
NOLÓGICO.—LOS ARQUEÓLOGOS Y LAS EDADES DE PIEDRA
Y DE METAL.—NO ARGUYEN TIEMPOS TAN REMOTOS.—HAY
QUE ACEPTAR LOS HECHOS.—SIGNO DE DECADENCIA, NO
DE PROGRESO.—HAY QUE DEFENDER LA CRONOLOGÍA TRA-
DICIONAL.—SOBRE LA GEOLOGÍA, LA HISTORIA.—LA HIS-
TORIA CONTRA LOS ESPIRITISTAS.—CONFIRMA EL ASER-
TO TRADICIONAL.—EL ESPIRITISMO NO PUEDE ADUCIR RA-
ZONES.—TODAS MILITAN POR LA DOCTRINA ECLESIASTICA.

Para dar fin al presente capítulo réstanos analizar el último aspecto de la cuestión, el que se refiere al momento histórico en que el hombre pudo aparecer en la tierra; cuestión totalmente

secundaria, pero convertida casi en primaria por las fantasías del pasado siglo, (y cuyo influjo aún se deja sentir bastante) que la empleaba como ariete contra la aserción católica; por eso no podemos menos de consagrarla algunas líneas.

¿Cuándo apareció el hombre sobre la tierra? (1) La Iglesia nada ha definido sobre esta materia. La antigüedad del hombre es una de las cosas a la que podemos aplicar la frase de San Agustín: «Elija cada cual lo que le parezca mejor, teniendo sólo en cuenta de no arrojarle temerariamente a dar por seguro y asentado lo que es incierto o nada más que probable». La obra de los benedictinos de S. Mauro, «Arte de verificar las fechas», enumera 108 sistemas de cronología bíblica; Ricciolo 70, el Padre Tournemino 92 y Alfonso Vignoles 200. Como se ve el campo no puede ser más amplio. Todos los sistemas, empero, están basados con más o menos fundamento en los datos que proporciona la narración mosaica. Mas hoy la *ciencia* no está conforme con esta narración; entre una y otra «existe completa contradicción», dice Draper (2); «y cuando se encuentren vestigios de la existencia del hombre, escribe Allan-K., antes de la gran catástrofe, quedará probado, o que no fué Adán el primer hombre, o que su creación se pierde en la obscuridad de los tiempos». (3)

Por eso no la ciencia, pero si los pretensos científicos dan a la aparición del primer hombre una fecha verdaderamente fabulosa; Haechel concédele una antigüedad de 100.000 años, Lyell y Lubbock 200.000, Mortillet, 230.000, o 240.000, Draper 250.000, Fuhlrot 300.000, otros 1.000.000 y l' Hunt llega a pronunciar el nombre de 9.000.000, estimando poco todos los guarismos: a trueque de dejar mal parada a la Iglesia. (4)

Los espiritistas (ya hemos oído a Kardec) no son ajenos a este modo de sentir, ora porque tienen como constitución y credo «el marchar constantemente de concierto con el progreso», pues, «el espiritismo marchando con el progreso nunca se verá arrollado ni quedará rezagado, porque si nuevos descubrimientos le demuestran que está en el error en un punto dado, se mo-

1 Nos referimos a la humanidad actual, no a si pudo haber otra anterior que no tenga relación con ella

2 L. C. Ap. P. Camra. c. VII.

3 L. C. n.º 59.

4 Las conclusiones que Luis Buchner deducía sobre la antigüedad del hombre, con motivo de la cueva de Aurignac, carecen de todo fundamento. «Lugar del hombre en la Naturaleza. c. I.

dificará en este punto, y si nueva verdad se revelara, la aceptaría» (1), ya porque son eminentemente transformistas, como llevamos demostrado; de ahí el que vean al hombre perderse en la obscuridad de los tiempos. «¿Podemos conocer la época, se pregunta Allan-K., de la aparición del hombre en la tierra? No, dice, y todos vuestros cálculos son quiméricos» (2); sin embargo, se puede asegurar que el hombre es muy anterior a cuanto supone la antropogenia de Moisés, y esta doctrina es muy corriente en el espiritismo.

Encontrada la mandíbula Meulin Quingnon, los sabios andaban discordes al ameritarla; unos, como de Perthes la creían antiquísima, otros moderna, y hasta de sustitución posible o conocida. Elie de Beaumont, Prunner-Bey, Quatrefages, Falconer Evans, todos emitieron sus juicios contrarios en su mayor número a la pretendida antigüedad, y el ridículo vino a poner fin a tanta y tan ruidosa discusión. Se recurrió, como extremo seguro, a una sesión de espiritismo y evocaron el espíritu a quien perteneció la mandíbula, y el de Cuvier. El primero dijo haberse llamado Yoe; haber sido víctima del gran cataclismo, no jefe de tribu, sino sabio, y que su raza habitaba aquella región desde dos mil años antes del cataclismo. Añadió haberse pasado desde el cataclismo proximamente veinte mil años; dijo haber hablado un idioma, tener de estatura un metro sesenta centímetros y ser de raza americana, poco inteligente y poco desarrollado el sistema cerebral y afirmó no existir en su tiempo ni leones ni tigres, sino solamente elefantes, estar el territorio de París en su tiempo aún sumergido en el agua, y señaló dónde se hallarían sus *almas*, huesos y otros restos. Cuvier, con cierto mal humor, se excusó. Dijo que a los espíritus no estaba permitido guiar a los hombres, sino únicamente inspirarles, y que el investigador debe buscar.» (3) Moderado anduvo el supuesto espíritu Yoe al enumerar los años transcurridos desde que estuvo metido en el ataúd de la materia, sepultado en las cavernas rupestres; menos escrúpulos gastan sus hermanos de hoy día. Bien se conoce que ya tienen el cerebro más desarrollado.

Empezando por el corifeo esperitista; primero niega la veracidad bíblica, después, al mismo tiempo que da la razón de su

1 Obras post. Allan, Const. § 8.º

2 L. C. n.º 48.

3 Cfr. A. Rodri. L. C. c. XX.

negativa, pasa a enumerar el principio que se ha convertido en axioma infalible entre los seguidores del ocultismo, ora los del ramo de Allan, ya los del de Jakson Davis: «El inicio del hombre como el del espíritu y el de todo ser viviente es el más rudimentario que darse puede en la naturaleza»; luego, agrega el segundo axioma: como *natura non facit saltum*, «el hombre se ha de ir elevando gradualmente hasta llegar a la perfección». Esta es la ley antropológica, ley inmutable e indestructible, como toda ley de naturaleza. (1)

Aplicando ahora el otro principio o axioma del evolucionismo; «que las transformaciones de un periodo exigen millones de años para su completo desarrollo, y que cuanto más perfecto sea el sujeto que se ha de transformar tanto mayor tiempo es necesario, siendo el hombre el ser más perfecto de la tierra; para elevarse del estado rudimentario al en que se halla al presente, el número de años que habrán transcurrido es verdaderamente incalculable». (2)

Dejemos los dos primeros axiomas, cuyo comentario no per-

1 No citamos ninguna obra en particular como fuente de estos principios, porque es doctrina común y se encuentran substancialmente en cualquier obra espiritista.

2 «Las leyes de la naturaleza, dice Allan-K., se oponen a que hayan podido realizarse en algunos siglos los progresos de la humanidad, patentizados mucho tiempo antes de Cristo, si el hombre no hubiese vivido en la tierra más que desde la época señalada a la existencia de Adán. Ciertamente la existencia del hombre antes del diluvio geológico es aún hipotética; pero he aquí lo que no es menos. Admitiendo que el hombre apareció por primera vez en la tierra 4.000 años antes de Jesucristo, si 1.650 años más tarde fué destruída toda la raza humana, excepto una sola familia, resulta que la población de la tierra data de Noé únicamente, es decir 2.350 años antes de nuestra era. Pues bien, cuando los hebreos emigraron a Egipto en el siglo diez y ocho, encontraron muy poblado y adelantado en civilización aquél país. La historia prueba que en esta época las Indias y otras comarcas estaban igualmente florecientes, sin tener en cuenta la cronología de otros pueblos que se remonta a una época mucho más remota. Hubiera sido preciso, que del siglo veinticuatro al diez y ocho, es decir, en un espacio de 600 años, la posteridad de un solo hombre hubiese podido, no solamente poblar todas las inmensas comarcas entonces conocidas, suponiendo que lo hubiesen sido las otras, sino que en aquel breve intervalo, la especie humana hubiera podido elevarse de la ignorancia absoluta del primitivo estado al mayor grado de desenvolvimiento intelectual, lo cual es contrario a todas las leyes antropológicas». L. C. n.º 50 y 59. Luego habla de las razas y hace la misma proporción, respecto de su evolución, para deducir la misma consecuencia.

Todo el fundamento kardeciano se basa en la *ignorancia absoluta del estado primitivo*, y la necesaria evolución. Ahora bien, este supuesto cretinismo y salvajismo es pura fábula. Negado el fundamento ya se conoce el poco valor de toda la argumentación de Kardec.

tenece a este lugar, y acerca de los cuales ya se ha dicho algo y volveremos a insistir en el capítulo siguiente, y detengámonos un momento en el último, y no en todo él, sino únicamente en su parte final, porque la primera ya ha sido más que suficientemente ventilada por sabios naturalistas, aquilatando lo que de probabilidad podía encerrar.

Se dice que el número de años que habrán transcurrido desde el inicio de la humanidad hasta el presente es verdaderamente incalculable. Esta aserción como la que encierra todo principio, necesita ser demostrada, y en el terreno que nos hallamos no es suficiente la metafísica abstracta, urge el comprobante positivo. ¿Cuáles son las razones espiritistas? Desde luego recusamos por inútiles las que se fundan, como las del Sr. Q. López y otros espiritistas, en la panteística evolución.

Allan-K. y gran número de sus secuaces, como buenos transformistas, apelan al transformismo y a las ciencias naturales, y nos le presentan, no en el estado embrionario, sino en el de perfección más o menos completa. A cuatro o cinco pueden reducirse los argumentos que la ciencia ofrece con valoración suficiente cada uno para dejar reducida a silencio la doctrina tradicional que defienden los católicos; presentados colectivamente forman un bloque tan compacto que puede resistir cuantos ataques contra él se dirijan. Es el primero, el llamado geológico; el segundo, el geográfico; el tercero, el climatológico; el cuarto, el zoológico, y el quinto, el que nos permitiremos llamar arqueológico. Examinémoslos brevemente.

Conocida es de todos la división que la geología hace de las capas terrestres adaptándolas a las cuatro edades, según los elementos azóicos, o no azóicos que en la formación terrestre aparezcan. ¿En cuál de ellas se ha de fijar el génesis del reino hominal? Unánimemente se da por cierto que el hombre no vivió ni pudo vivir en las dos primeras edades geológicas; respecto de la terciaria mucho ha dado que pensar a los geólogos, pero «la defensa del hombre terciario se ha hecho con más calor y energía que con buena suerte. Punto de capital importancia es para esta cuestión el examen de los terrenos de esta edad; pero estudiados, resulta que la antigüedad misma de ellos, su naturaleza y medio ambiente que debieron constituir, hacen ya, puede decirse, imposible la vida del hombre». (1)

1 A. Rodri. L. C. c. XIV, § 3.º

Tres periodos suelen distinguirse en esa edad, llamados por Lyell eoceno, mioceno y plioceno; es el primero de los tres el que ostenta aún no pocos vestigios de la era pasada y tiene el ambiente nada favorable para que en él pueda desarrollarse la vida humana. En el mioceno inferior y aun en el mioceno superior «la inseguridad del terreno, lo pantanoso, movido e infecto de su suelo y atmósfera, hicieron imposible en él y en tales fechas la vida del hombre. El terreno plioceno, último de la edad terciaria no ofrece aún, si bien se estudia, un verdadero ambiente o medio vital humano. Entraña o lleva consigo una serie de condiciones que mal se avienen con las de la vida, y únicamente en sus tiempos últimos o fusión con los terrenos aluviales es cuando pudo estar la tierra en condiciones de recibir a su amo y racional inquilino». (1)

En la segunda mitad del pasado siglo se hicieron grandes esfuerzos para probar la vida del hombre terciario, pero todos sin resultado. La prueba decisiva sería encontrar confundidos con los restos de animales los restos del hombre o los productos de su industria, o los instrumentos manuales, y nada de todo esto ha podido encontrarse hasta la fecha. Los anuncios de prueba han sido ofrecidos: primero, por Desnoyers con los silex del Eure y Loyra, recogidos luego por el abate Bourgeois, en 1863 y 1867; y en el Loyra Thenay y Cantal, por Fardy en 1869. También se intentó por las incisiones halladas en huesos de animales en Monteaperto, por Capellini; en los silex presentados por el portugués Ribeiro, procedentes de Otta, en el valle del Tejo, y por la quijada de Billy, y las incisiones citadas por Dlainay en los huesos del *haliterium* en Puancé. (2) Pero después de ser todos ellos analizados por los Congresos de Arqueología de París, arqueólogos y geólogos muy considerables, entre los que se encontraba el propio Mortillet, desestimaron el valor de los primeros y los demás tampoco merecieron la aprobación.

En los días que estas líneas emborronan el papel, la prensa diaria, según ya notamos, nos habla de un descubrimiento realizado, al decir de sabios argentinos, en terrenos que pertenecen a formaciones de la época terciaria. Se trata de un cráneo humano fosilizado, que casualmente encontró un colono en el suelo

1 A. Rodri. L. C. c. X. 3.

2 A. Rodri. L. C. c. XIV.

de Patagonia, y que ha examinado el Dr. J. G. Wolf; el cráneo parece que se halla bien conservado, faltándole sólo la quijada inferior. Las órbitas de los ojos y hasta el álveo de la dentadura en la quijada superior dicen que se ven claramente definidos. Después de la conferencia dada por el Dr. Wolf, disertando sobre la autenticidad del fósil humano que se presenta en la forma «de un bloque sólido de piedra arenisca», los sabios que le escucharon no se atrevieron a emitir su juicio, hasta que tuvieron mejores medios de apreciación, objetando, no obstante el Doctor Erick Boman, del Museo nacional de Buenos Aires, que podía ser una obra de ruda escultura en dicha piedra, debida al cincel de los indios patagones, semejante a la que descubrió el Dr. Kuhn entre las rocas de un río al explorar la misma Patagonia. La respuesta que dió el Dr. Wolf, diciendo «que la presencia de alvéolos dentales en la mandíbula superior y la existencia de otros detalles anatómicos, hacía de todo punto imposible que se tratase de la obra escultórica de un ser humano», es muy poco satisfactoria. Su antigüedad, en caso que se demuestre la autenticidad, precede, dicen, en varios centenares de millares de años a todos los restos humanos hallados hasta ahora.

¡Nueva cábala de sabios histéricos! Esperemos ulteriores análisis de los maestros para ver qué dicen; podemos, empero, anticipar, sin temor a ser desmentidos, que su autenticidad no es verdadera. Por de pronto repetiremos lo que ha dicho el Doctor Boas: «Este descubrimiento parece en verdad demasiado maravilloso para resultar auténtico» (1). Continuaremos, pues, muy tranquilamente aseverando la doctrina de los más insignes sabios: que el hombre terciario no pasa de ser un sueño dorado de los audaces racionalistas. El citado Sr. A. Rodríguez añade algo más que es necesario tener muy en cuenta. «Los restos del hombre, dice, nunca han servido para señalar la fecha de los terrenos; nunca tampoco han podido invocarse para invocar la fecha de los otros seres. Los fósiles se quedan debajo de él en los terrenos sobre los cuales había de vivir y que le sirven de pedestal para su estatua y de cimientos para su morada». (2)

«Si en la edad terciaria puede afirmarse la no existencia del hombre, en la cuaternaria no puede tampoco negarse sus hue-

1. Diar. de la Mari., 26-2 y 5-5-1925.

2. L. C.

llas»; descongestionada la atmósfera del estado higrométrico porque había pasado en aquella era, merced a los grandes pluviales y apaciguadas ya las erupciones volcánicas, casi finido el gran cataclismo, «todo clamaba ya por la aparición del hombre, porque, según la prudente reflexión de Boyd-Davokius, reproducida y confirmada por Lapparent, en cualquier punto de vista que uno se coloque, el hombre debe aparecer como el coronamiento del mundo orgánico luego que el reino vegetal y animal adquieren todo su desarrollo. Y entonces, al terminar el plioceno, después del primer diluvio *y empezada la edad cuaternaria*, debió de aparecer el hombre, por lo mismo que no se han hallado aún señales de su existencia hasta dentro de la edad cuaternaria, y que tales señales aparecen desde el principio de esta edad». (1)

Gran número de guarismos hanse de restar de la supuesta longevidad del hombre no existiendo en la edad terciaria; pero a los entusiastas de la senectud hominal les basta con que haya existido desde las primeras épocas de la edad cuaternaria. En esta edad, dicen, se encuentran elementos que son un testimonio fehaciente de la pretendida antigüedad. Tales son: los aluviones, las turberas y las estalagmitas.

En profundidades que con frecuencia suman no pocos metros descansan tranquilamente los restos del hombre y se encuentran los vestigios de su capacidad. La espesura de la capa llegada a formar con el correr del tiempo es no menor de 3, 6, 7, y hasta 11 metros como lo atestiguan los lugares donde han sido encontrados. Ahora bien; ¿quién no sabe, dice la escuela defensora de la humana antigüedad, con la lentitud que se iban formando esas capas de fluviales *detritus*? Para alcanzar, pues, la elevación que hoy día presentan hubieron de trascurrir millares de años y aun de siglos.

Otro tanto ha de decirse de las turberas. Lo que allí hizo la acción de las turbidas aguas aquí lo hizo la exuberante floresta auxiliada por la humedad atmosférica. Los refrescantes vegetales al descomponerse, cual finos hilos de suave lluvia descendían sobre los objetos que en lecho de blanda tierra descansaban, y cayendo sin cesar, le convertían en sepultura profunda. Ingentes son las capas de turba que yacen sobre las gravas cuaternarias; unas fueron de formación menos pausada y otras, según

1 Cfr. A. Salcedo, Hist. de España, Resumen crit. Preliminares.

la opinión de Lyell, la tuvieron sumamente lenta. El padre de la prehistoria, Boucher de Perthes, nos dice que cada capa de turba no llega a medir en un siglo más de cuatro centímetros y muchas veces ni aun siquiera esta medida alcanza. Sin embargo, las turberas presentan una altura de varios metros. Siguiendo, pues, la ley de proporcionalidad, ¿cuántas miriadas de siglos habránse necesitado para lograr el desarrollo que ofrecen al investigador?

¿Qué observador no ha penetrado alguna vez en oscuras cuevas y a la débil luz de una linterna o de algún rayo solar que por agrietada piedra se filtre no se ha encontrado con un fenómeno sorprendente? Matizados cambiantes de vistosos colores hicieron su retina. Las evaporadas aguas al descender del techo, que aún hacen al curioso tomar sus precauciones, han ido dejando su calcárea substancia, que cristalizó en mil caprichosas formas y llegó a formar las afiladas agujas que sobre el húmedo suelo se levantan; son las estalagmitas, la obra tan admirable y admirada de la naturaleza. Mas no sólo sirven de admiración; prestan al hombre un valioso concurso para determinar la cantidad de años que han transcurrido desde que erigieron su vistosa columna tomando por base abandonados objetos de los que en las cavernas habitaron. ¿Qué tiempo ha sido necesario para formarse las transparentes pilastras dado su lento crecimiento?

Así, dicen los adversarios de la cronología tradicional, concurre la geología a confirmar la antigüedad del hombre. Pero su ardoroso prurito los engañó miserablemente. «Nada hay en ella que motive los cálculos exagerados a que ciertos autores se entregan», dice Lapparent, y los hechos han venido a demostrar que los sedimentos aluviónicos, las capas turberas y las agujas estalagmitas se forman en muy menos tiempo del que suponen Lyell, Desnoyers y otros *sabios*. (1)

El segundo argumento es el geográfico. Describir las vicisitudes porque haya pasado nuestro globo desde que su formación estuvo más o menos completa es tarea más que árdua, imposible siquiera de esbozar. Desde que el hombre ejercía su dominio en la propiedad que el Señor le entregó, las alteraciones sufridas son de tal magnitud, que apenas si nos podemos convencer de lo que se presenta con caracteres de veracidad.

1 Cfr. Urraburu. L. C. n.º 501.

El Mediterráneo, que es hoy la gran arteria de la civilización y su corazón, entonces formaba sólo dos grandes lagos navegables; sus aguas no interrumpían por el hoy estrecho de Gibraltar, pues la Península Ibérica se unía en un todo macizo al suelo africano; la inconmensurable superficie que ondulante besa las acantiladas playas del Viejo y del Nuevo Mundo, constituía, al decir de antiguos y modernos, un inmenso continente, por cuyas espesuras vagaban acá y allá libremente los que más tarde quedaron incomunicados por largo tiempo; los Andes, estaban ocultos bajo la protección de las aguas y el Pacífico no había recibido en sus inmensos senos el líquido elemento; el paso de Calais no existía, dice Liell, e Inglaterra no se miraba en el espejo marítimo, pues, se encontraba unida, asegura M. de Mortillet, al resto de Europa. Sobrevinieron las erupciones volcánicas del Mediterráneo, del Tamaro y los Andes, y la superficie sufrió grandes trastornos cambiando considerablemente su aspecto. (1)

«Lyell menciona la existencia de muchas marinas de origen cuaternario en lugares de la costa de Gales situados a 400 metros de altura; de sedimentos neptúnicos de la misma época que aparecen en Noruega a 200 metros, y de conchas asociadas a vasijas que han aparecido a 90 metros sobre el nivel medio del mar cerca de Cagliari, en Cerdeña». «Estos y otros movimientos del suelo que los geólogos suponen posteriores a la llegada del hombre, se dice que tuvieron efecto con extremada lentitud, Lyell niega que la elevación del terreno pudiera ser mayor de 75 centímetros por siglo, porque esta es la medida de las oscilaciones advertidas hace poco en las costas de Suecia». (2) Siguiendo, pues, el cronómetro Lyell la antigüedad humana es más considerable de lo que se puede imaginar a primera vista. Lo que falta que demostrar es la exactitud del cronómetro, aplicándolo, no a las actuales oscilaciones de Suecia, sino a las que antes de ahora, sin llegar a aquellos volcánicos tiempos, cuando la irrupción glacial con todas sus anormalidades salta a la vista, han alterado la constitución geográfica. Haciendo este pequeño trabajo resulta, que todos los cálculos de Lyell salen fallidos y que los cambios geográficos no acusan tan remotas edades. (3)

1 Cfr. A. Salce., L. C. Preli, § 2.º

2 Dic. Apo. de Jaugey, Ant. del hombre.

3 Hamard, Apud. Jaug. L. C., y A. Rodri. L. C. c. X; § 3.º

Gran parecido con el argumento precedente guarda el tercero de los que se aducen; el climatológico. Las condiciones atmosféricas hubieron de influir no poco en las geográficas, pero éstas a su vez tenían que dejar sentir su influjo en aquéllas, de ahí los cambios climatéricos ocurridos desde la primera aparición del hombre. Con los grandes glaciales el clima experimentó un gran descenso en su temperatura; fenómeno que había de prolongarse por tiempo indefinido. Y como quiera que el hombre apareció en el curso del periodo glacial o poco después, síguese que su vida sobre la faz terrestre data de muy largo tiempo.

El espejismo decepciona lamentablemente al peregrino del desierto; y el espejismo causado por la trasparencia glacial ha decepcionado, con lamentables consecuencias, a los que pretenden internarse en tan escabrosa región; en aquéllos aproxima los objetos, en éstos los relega a distancias inmensurables, dejando, no obstante, sentir el frío de los témpanos helados. Pero si damos crédito a naturalistas como Lapparent, Saporta, Dupont, Miguel de Rosí y otros geólogos de renombrada fama, el periodo glacial no tiene una longevidad mayor de ocho milenarios, y el frío que a las capas atmosféricas transmitió en plenos tiempos históricos, así como los efectos causados en las grandes crecidas y desbordamientos de ríos, no alcanza tan largo tiempo (1).

De la baja temperatura glacial, como fenómeno de actualidad, nos hablan en sus escritos Herodoto, Aristóteles, Julio César, (2) Cicerón, Diodoro de Sicilia, (3) Ovidio, quien, estando desterrado por el decreto de *relegación*, en la desembocadura del Danubio, pudo dejarnos escrito: «El Danubio, con ser tan ancho que en su desembocadura parece un mar, se hiela y endurece de manera que disimula su desagüe en el Ponto-Euxino; puédesse caminar con pie seguro por donde antes bogaban los navíos; las olas congeladas resuenan bajo los cascos de los caballos, y los bueyes de los sármatas arrastran sus pesadas carretas sobre estos puentes de nueva especie. También he visto, parecerá increíble, aunque mi relato merece completo crédito, porque ningún interés tengo en disfrazar la verdad, también he visto convertida en duro hielo toda la extensión del Ponto-Euxino

1 Hamard, L. C. y P. Schanz, Apol, Part. 1.º T. II, c. XIX, n.º 4.º

2 De Bello Gal, Lib. 4.º y sig.

3 Lib. 5.º c. XXVI y otros.

y aun la he recorrido a pie» (1) Igual testimonio dan Varrón, Posidonio, Virgilio, Casiodoro, (2) y muchos escritores que no vivieron en épocas tan remotas a la nuestra. De las condiciones climatológicas nada puede, por tanto, deducirse para confirmar la hipótesis de la senectud humana.

Sorprende hoy grandemente al penetrar en los museos zoológicos y contemplar miembros de tan gigantescas dimensiones; las especies vivientes que conocemos en la actualidad son como miniaturas con ellos comparadas. El Mastodonte, el hipopótamo, el gliptodón, el megaterio, y megalonyx, el grande oso de las cavernas, el Mamut o *Elephans primigenius*, el rinoceronte *tricornius*, el reno o *Cervus tarantus*, el ciervo de gigantescos cuernos, *Cervus megacerus* y algunos más que la fauna cuaternaria nos ofrece; todos ellos fueron, y ya no son. Los últimos nombrados coincidieron con el hombre prediluviano. (3) ¿Qué antigüedad no arguye su desaparición sabiendo lo que perduran las especies?

A pesar de este raciocinio que parece de tanta solidez, la paleontología y la arqueología, que en estas cosas llevan la batuta y son las que nos han de dar el tono, arguyen de modo bastante contrario. Con restos de mamut hay restos del corzo, de la cabra montés, hasta del perro cuya introducción en el país donde estos elementos se han encontrado parece reciente, de múltiples y diversos animales que hoy conocemos perfectamente, lo cual no indica antigüedad tanta como se decía, sino tiempos muy cercanos a los nuestros. «Ciertamente nadie logrará convencerme, decía d' Orbigny, a propósito del mamut encontrado en Siberia, de que en 1836 se haya alimentado a unos perros con la carne de un animal muerto antes de los tiempos históricos, y si me viera obligado a razonar mi incredulidad no me faltarían razones. «Bien analizada la cuestión podemos llegar a las conclusiones que deduce Hamard; «1.ª que los animales reputados prehistóricos y cuaternarios pueden haber seguido viviendo en pleno periodo histórico en alguna región aislada de nuestros países occidentales; 2.ª que el número de estos animales es realmente limitadísimo y muy inferior al de las especies extinguidas a nuestra vista, desde hace mil años. El argumento, pues, que se alega,

1 Tristi L. 3.º Eleg. X, v. 15-40.

2 Histo. de los Godos.

3 Degenhardt, L. C. c. XXIII,

lejos de probar la remota antigüedad del hombre, tiende a confirmar su reciente origen» (1)

Fáltanos analizar el último de los alegatos, el más traído y llevado, el que anda en manos de todos; ¿quién no oye a cada momento hablar de la edad de piedra, de bronce; de la raza de Costadt, de Cro-Magno y de Furfooz; de los dólmenes y menhires? «La arqueología enseña, dicen, que el hombre se elevó gradualmente de la barbarie a la civilización; que pasó por una serie de fases industriales progresivas; que sus utensilios se modificaron con incesantes perfeccionamientos, siendo al principio de piedra, luego de bronce y por último de hierro». El uso de semejantes utensilios representa otras tantas civilizaciones, y el largo tiempo transcurrido en la evolución de todas ellas ha de sumar muchos centenares de siglos. El triunfo alcanzado por este medio les parecía tan abrumador, y el golpe dado a los cálculos bíblicos tan certero que desde un principio naturalistas como Mortillet y *sabios* como Draper cantaron el himno de victoria.

En varias edades se dividen las épocas geológicas que encierran los utensilios y restos humanos: es la primera la eolítica, correspondiente a la era terciaria; la paleolítica es la segunda, que se la supone desarrollada en la era cuaternaria y neolítica o de piedra pulimentada la tercera, a la que suceden las de bronce y de hierro, correspondientes a la época actual. Suponiendo, como lo hacen sus apologistas, que unas a otras se sucedieron cronológicamente, y que cada una duró tanto, o poco más o menos que la actual, resulta una operación matemática de muy regulares dimensiones. Pero si los sueños sueños son, no pasa este de ser uno muy dorado.

En primer término, hay que empezar por desestimar la época eolítica, con todas las fantasías de Carlos Ribeiro y sus coreadores; pues «que parece haber pasado definitivamente a la región de las quimeras, lo mismo que sus similares de Thenay y Puy-Courny» (2) En segundo lugar, se ha también de desestimar la suposición del estado salvaje del hombre primitivo; suposición que pugna con los dictámenes de la filosofía y de la historia bajo todos sus aspectos. La arqueología puede presentarle selvático y troglodita, mas nunca salvaje; antes sí, puede aportar gran-

1 Jaugey, L. C.

2 M. y Pela. Hete, T. I. p. 78, Enc. Eur-Amer. T. XLVII.

des pruebas de su poderosa inteligencia. «La vida, el movimiento y el vigor de carácter que supieron dar a la representación de aquellos animales, dice Angel Salcedo, hablando de las pinturas rupestres, son verdaderamente extraordinarias, y suponen una capacidad mental que no puede poseer una raza inferior, y un estado de adelanto muy superior al que revela la *pedra perfeccionada* no sólo por las facultades poderosísimas que manifiestan para lo gráfico en sus autores, sino porque en las mismas cuevas se han hallado multitud de huesos y astas de renos con grabados tan finos y delicados que sólo con instrumentos muy perfectos pudieron ejecutarse». (1)

Ahora, empecemos interrogando con el ilustre P. Cámara: 1.º ¿Hay nada acordado entre los geólogos respecto de la división y orden cronológico de dichas épocas? 2.º Los mismos que sostienen la edad de piedra, ¿la admiten simultáneamente para todos los pueblos? y 3.º ¿La ciencia ha definido si la edad de piedra es principio de cultura, o más bien periodo de decadencia? (2)

Los más afamados naturalistas discrepan en un todo de la hipótesis de Mortillet, como él antes había disentido de la división prehistórica de Lartet. Unos la seccionan en cinco periodos, otros en dos, quienes en cuatro y algunos en tres. Fraas rechaza de plano las divisiones fundadas no más que en diversos objetos acinados en un acerbo común, pero que fueron animados, al decir de semejantes autores, en épocas muy distintas y separadas por miles de años.

La discrepancia que reina al tratar de la división prehistórica se acrecienta sobre manera al establecer el orden cronológico. Pretender fijar la cronología a las edades de piedra, de bronce y de hierro, es, dice Evans, introducir la confusión, en un orden que de suyo no explende con luz ni crepuscular, sobre todo teniendo presente que al propio tiempo se usaban la piedra y el bronce. Hostmann, Ecker, Lindenschmit y Giesebrecht no son partidarios de la edad de piedra, opinando que ésta y la de los metales reinaban simultáneamente. «Los silices labrados, escribe el abate Moigno, obras incontestablemente humanas, son a la vez prehistóricas, históricos y contemporáneos, no son, pues, por sí

1 L. C. § 2.º

2 L. C. c. VII § 3.º

mismos testigos de una antigüedad más o menos lejana». (1) En esta parte, de la cronología y orden cronológico, es tal la divergencia, que, apenas hay, dice el citado P. Cámara, un geólogo conforme con otro, y ninguno publica sus fechas manteniéndolas como seguras y ciertas: bastara esto en el estado actual de la geología para acreditarse de insensato». (2) Después que el sabio agustino escribió estas líneas la geología no ha adelantado un paso en cuestión cronológica, a pesar de las múltiples y laboriosas excavaciones realizadas.

A diez mil años hacían subir el tiempo de la edad de piedra pulimentada Gillieron, Morlot y Tryón, cifra que le parecía exagerada a Mr. Arcelín, el cual decía: «Yo he buscado en el estudio de los aluviones del Saona la solución del problema, y me he encontrado con resultados tan inciertos, que no los he podido presentar sin extrema desconfianza. Siguiendo otros el mismo camino dieron en igual desconfianza», y sus datos no suben de tres mil años para la edad neolítica; 1.110 antes de J.; Chavas la atribuía no más de 1.000 (3); En nuestros días Hubert Schmidt calcula que la capa más antigua neolítica de la civilización centroasiática es del tercer milenario antes de J.; la segunda, de la primera mitad del segundo milenio y la tercera del año 1.000 aproximadamente. (4)

La sincronicidad universal no sólo es negada por los paleólogos y arqueólogos sino que muchos no admiten siquiera su existencia en algunos lugares. «No ha habido edad de piedra, de una manera absoluta, dice Arcelín, sino solamente relativa a determinada tribu, pueblo o país. Por manera que no hay edad de la piedra por la que haya pasado la humanidad». Cuando en pueblos occidentales servíanse de instrumentos líticos, en orientales empleábanse los metálicos, en Europa, tierra clásica de la edad de piedra, precedía unas veces a la de bronce, simultaneábase con ella otras; en el Asia gran parte no conoció la primera, como lo prueban las excavaciones de M. Schlieman en Hisarlik emplazamiento presunto de Troya; en América instrumentos paleolíticos y neolíticos empleáronse al mismo tiempo. Unas regiones los usaban en los tiempos llamados prehistóricos, otras en los histó-

1 *Los Esplendores de la fe*, T. IV, p. 70 ed. de 1885.

2 L. C.

3 Cfr. P. Cámara, L. C.

4 Cfr. Enc. Eur-Amer. L. C.

ricos y muchos puntos del globo contaban y aún cuentan con los pedernales, para determinados fines de la vida. Al testimonio de Julio César y Tácito, únese el de S. Ouen, Obispo de Ruan en el siglo VII, el del ilustre observador Mr. Maillard y el de otros sencillos arqueólogos. (1)

Los dólmenes, obra gigantesca *de la edad neolítica*, encierran debajo de su maciza mole, piedra labrada y piedra pulimentada, bronce, hierro y el valioso metal de oro, y hasta medallas de los emperadores romanos, según lo demuestran las excavaciones de Carnac y otras varias.

La verdadera ciencia, diremos con el abate Richard, debe aceptar los hechos; y reconocer la identidad de los pedernales *prehistóricos* e históricos, y «resulta de los hechos, escribe Pozy, que las edades de piedra, del bronce y del hierro jamás han sido sucesivas, sino algunas simultáneas. (2) En presencia de tan valiosos alegatos concluiremos, con James Fergusson, citado por el P. Cámara, «nuestro dictamen es, que las piedras, el hueso, el bronce y el hierro se han usado juntamente hasta una época muy cercana. Los libros que se han publicado hasta ahora, son de autores especulativos que, como Stukeley y Valancey, han buscado materiales que confirmasen teorías infundadas, nacidas sólo de su imaginación extravagante. (3)

El paso de una a otra edad, según lo describen los arqueólogos, ¿presenta en su anverso el marchamo de ulterior progreso, o más bien el de retroceso y decadencia? Dificil tarea la de pretender una demostración que disipe toda la nebulosidad a los más excépticos. ¡Son tantos los datos que el hombre primitivo no archivó en los pliegues de la tierra, y los cuales eran imprescindibles para la solución del problema! Si no contáramos con otros medios que con los arqueológicos habríamos de renunciar a toda evidencia y darnos por satisfechos con las probabilidades. En la piedra, lo mismo que en el metal, puede el hombre dejar esculpidos los prodigios de su ingenio. Pero aun reducidos al campo arqueológico y ateniéndonos a las pequeñas aportaciones que brotan de la agrietada tierra, podemos decir que nadie hasta la fecha ha desmentido lo que escribiera Arcelín: «Sólo puede demostrarse la realidad de una edad de piedra, anterior al empleo

1 Cfr Hamrd. L. C. y P. Schanz, L. C. part. 1.^a, T. II, c. XIX, n.º 8.

2 *La terre et le récit biblique*, c. VII.

3 L. C.

de los metales, en una parte de Europa y en algunos otros países salvajes y bárbaros que quedaron fuera del movimiento de la civilización del antiguo mundo occidental»; e innegable resulta lo que escribe M. Lapparent, después de largas y prolijas investigaciones: «que el estado natural del hombre, lejos de ser punto de partida y camino hacia un estado más perfecto, es, por lo contrario, la muestra de decadencia y prueba de ruptura ocurrida entre él y su centro de origen». (1) El mundo más reconocido hasta la fecha no es el de la primitiva cuna humana. Las excavaciones del Asia no han confirmado muchas de las conclusiones que se hacían al descubrir yacimientos europeos y americanos.

De cuanto precede podemos muy bien establecer las conclusiones siguientes: 1.^a La pretensa antigüedad del hombre no está confirmada por los datos geológico-prehistóricos. 2.^a La prehistoria, en todos sus ramos testimonia la relativa juventud de la humanidad, no extendiéndola arriba de algunos milenarios. (2) 3.^a La cronología bíblica o tradicional ha de propugnarse como la más cierta, la más racional y la más en armonía con todas las ciencias. (3)

Grande es la importancia de la ciencia geológica, pero no obstante de su gran importancia, de las ventajas que ofrece, y de las que sin ofrecer se la han querido atribuir, no es la geología, bajo ningún aspecto, la llamada a resolver la cuestión de la antigüedad del hombre; su oficio será en todo caso el de auxiliar, el principal corresponde, como hace notar Willems, (4) a la historia. El origen del primer hombre indudablemente que es un hecho que se manifiesta en el campo histórico y en consecuencia a la historia es a quien pertenece dilucidar la cuestión.

1 Apud. P. Cama. L. C.

2 En general se puede, en Europa, determinar con cierta exactitud, la fecha final del eneolítico, colocándola, según los cálculos modernos, en el año 2.500 a. de J. C. y el inicio de su desarrollo no excede al 3.000. En Oriente, parece haber comenzado antes y tenido su desarrollo hacia el cuarto milenario. Las cifras que algunos investigadores atribuyen a los periodos del paleolítico, y aun a los primeros del neolítico son en todo caso, fantasías sin fundamento alguno. Cfr. Enc. Eur. Ame, T. XLIV. Edad de pie

3 Nada decimos de la prueba que, según D Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe*, c. XVII «tiene más valor que todos cuantos restos puedan sacarse de los restos prehistóricos», la lingüística; ya por que los espiritistas, que sepamos, no se refieren a ella ya porque es una cuestión que se puede dar por resuelta en todas sus fases.

4 Psicho. I. 2.^o c. 1, § 3.^o

Ahora bien; la historia, excepción hecha de la genesiaca, es precisamente, dice el espiritismo, la mejor apología de la antigüedad humana. Los caldeos atribuyen a la vida del hombre sobre la tierra 710.000 años, los indios hacen subir sus días, según los cálculos de algunos, a 4.320.000 años y según otros a 300.000.000; los egipcios a 34.000 o 72.000 años y así otros pueblos antiguos van tejiendo la red de su vida a través de los tiempos haciendo su malla interminable. Estas narraciones, debidas algunas a personajes de tanta fama como Beroso y Manetón (y de tan poco crédito), Platón y varios otros escritores, ¿no han de ofrecer alguna probabilidad?; ¿nada influirá su peso en la balanza de la crítica?

Si fuera de los países que las fantasearon, alguna vez se ostentaron con el vistoso ropaje de la veracidad, pasaron ya a la historia esos tiempos, como las fábulas que los llenaban; hoy día nadie les presta más atención, ni les reconoce mayor valor que a las cronologías del Celeste Imperio. Los millones de años sabemos a qué se quedan reducidos, mediante una sencilla operación matemática (1); sus milenarios resultan tan reducidos que apenas si llegan a lo que la cronología tradicional admite como verídico. «Arruinadas, como hoy están, escribe el insigne M. y Pelayo, las fantásticas cronologías de Lyell, Lubbock y Mortillet, que con insuficientes o mal interpretados datos geológicos, se aventuraban a dar a la especie humana 240.000 años de existencia y otras fechas todavía más altas, comienzan también a sufrir rebaja las cronologías históricas, que nunca estuvieron muy en firme. Dudan los egiptólogos sobre la fecha de la primera dinastía, es decir, del reinado de Menes: las cifras oscilan entre la de 4.455 (Brugsch) y la de 5.004 años (Mariette) y actualmente Petrie la coloca, aunque de un modo incierto, entre 4.777 y 4.715. No tenemos que entrar en el pormenor de éstos cálculos ni de sus fundamentos, puesto que gracias a las exploraciones del mismo Petrie y a los estudios de Morgan, sabemos que existió un Egipto prehistórico que se conoce con el nombre de edad de Négadá por ser este el nombre del primer cementerio explorado». (2). «Meyer supone que el reinado de Menes y la creación del reino

1 Cfr. Schanz, L. C. n.º 1.º y C. Cantú, L. C. Epo. 1.ª, L. 1.º Aclar, let. D.

2 L. C. p. 94.

unido deben datarse en el año 3.315 antes de J. C., en todo caso, entre los años 3.400 y 3.200 antes de J. C. (1).]

El mismo resultado se ha obtenido al analizar detenidamente los monumentos babilónicos; los asiriólogos no conceden al reinado de Sargón, que se reputa como el más antiguo, más de 3.750 años antes de J. C., y las inscripciones de los pueblos más antiguos no hacen elevar la fecha más allá de 5.000 años.

Conocidos bastante detalladamente todos estos pormenores históricos; ¿a qué se ven reducidos los supuestos milenarios de las *leyendas* antiguas?, ¿qué valor pueden ofrecer a la crítica del observador imparcial?, ¿hay derecho, después de bien analizadas, a rechazar el criterio tradicional?, ¿podemos decir ahora, como lo hace Allan-K., que la evidencia de los hechos nos obliga a abandonar la cronología de Moisés?, ¿a rectificar las fechas del Génesis? o ¿a argüirlas de plena falsedad?

¡Cuán lejos está la realidad de la pretensión espiritista!

Ciertamente que la Iglesia nada ha definido en cuestión de cronología, por lo mismo que el autor del Génesis tampoco se propuso darnos completo el cómputo cronológico, dejando de esta manera el campo abierto para las diversas interpretaciones; pero siempre ha desestimado los cálculos de la seudociencia o de los seudosabios.

Hoy todo viene a corroborar el sentir católico sobre la relativa juventud de la humanidad, y hasta nos atrevemos a decir que no llega la ciencia a atribuirle el tiempo que la tradicional doctrina admite como razonable. Naturalistas como Pfaff, Quenstedt, Cuvier, Schaafhausen, Fraas, Ranke y otros no la conceden más de 3.000 a 4.000 años antes de J. C.; las tablas de nuestro Alfonso el sabio ya la concedían 6.982; y hoy se puede admitir como probable la cifra de 8.000 a 10.000 años, en la edad del género humano, sin que por esto se violente el texto del Génesis. (2) Ninguna razón, pues, asiste a los espiritistas en su decir y todas favorecen la doctrina eclesiástica.

1 Enc. Euro-Amer. T. XXXIV. Menes.

2 Cfr. Schanz. L. C. c. XIX, n.º 11; Urraburu, L. C. Hettin, L. C. conferen. XXIII.

CAPITULO X

EL PRIMITIVO ESTADO SOBRENATURAL Y EL PECADO ORIGINAL

FANTASÍAS DEL ESPIRITISMO.—EL HOMBRE NIÑO Y EL HOMBRE ADULTO.—EL ORIGEN SOBRENATURAL.—LO QUE OPINA MR. GUIZOT.—LO PERFECTO PRECEDE A LO IMPERFECTO.—CONFIESAN SU DERROTA

Hemos, por fin, llegado a la última de las interrogaciones que formulamos en el capítulo octavo; aspecto el de más importancia y sumo interés, tanto por la dificultad que en sí ofrece para que nuestra débil razón pueda reflejarle con toda claridad y precisión, como por la finalidad a que se ordena.

Que el hombre no pudo ser formado como fantasea el transformismo y el espiritismo, ni en cuanto a la producción por vía evolutiva, ni en cuanto al estado infantil así del cuerpo como del espíritu, es de suyo tan hacedero y evidente que sólo el miedo y el sectarismo pueden impulsar al aserto contrario. «Una de dos, decía Barthelemy Saint-Hilaire: o el hombre principió como le vemos que principia en la actualidad, o principió de distinta manera; es decir, que el hombre ha debido de nacer niño o adulto. Por lo que a mi atañe, no tengo duda alguna, y creo que en el origen de las cosas, el hombre fué creado adulto y tan perfecto como puede serlo. La razón es muy sencilla, y consiste en que el hombre adulto puede vivir bastándose a sí mismo; y que si hubiese nacido en el estado de la infancia que supone, habría perecido infaliblemente. No digo que la creación de un adulto sea más inteligible que la de un niño; pero, una vez admitida esa imposibilidad igual por ambas partes, se concibe que el género humano haya podido perpetuarse siendo el hombre adulto, al

paso que no hubiera subsistido un solo día, si hubiese sido un niño con todas las flaquezas y mortales peligros de la infancia abandonada a sí sola...

«La ciencia, guiada por la lógica, debe, pues, aceptar en esto la solución del Génesis, no a título de dogma, sino en nombre de la razón; y a menos de renunciar a la cuestión y declararla indiferente, no podemos resolverla de otro modo. La ciencia no debe detenerse sino donde la razón se detiene; y por lo que a mí hace, creo que la razón puede llegar hasta esa razón extrema, procediendo desde el hecho incontestable y casi natural de que el hombre adulto puede bastarse a sí mismo, y el niño no... De cualquier modo que se mire hay la más completa evidencia de que las cosas no existieron en su principio como en la actualidad existen. La geología ha probado que hubo un tiempo en que no existía el hombre en la superficie del globo, y que debió aparecer en un momento dado. ¿Puede comprenderse que apareciera en condiciones en que no podía continuar viviendo?

«El origen del hombre es tan sobrenatural como cualquiera otro origen... Lo sobrenatural existe en todas partes, únicamente es necesario que la ciencia se resigne a resolver ciertos problemas de otra manera que por una observación imposible; y el del origen de todas las cosas es uno de esos problemas a los cuales no renunciamos si no por timidez, creyendo al mismo tiempo guardar una prudente reserva»(1).

Esta es la opinión que defendía Mr. Guizot, el cual en el lugar que antes copiamos añadía: «¿Nos representaremos al primer hombre naciente en el estado de la primera infancia vivo, pero inerte, ininteligente, impotente, incapaz de bastarse por un momento a sí mismo, trémulo, llorando y sin madre que le oiga y le alimente? Este es, sin embargo el único hombre primitivo que puede dar el sistema de la generación espontánea. El otro origen (el de la creación) del género humano, es, a todas luces, el único admisible, el solo posible. El hecho sobrenatural de la creación es el único que explica la primera aparición del hombre en el mundo». (2)

Nada más quimérico que la doctrina espiritista sobre la infancia, del primer hombre. A la historia, cuyo valor es irrecusa-

1 *Diario de los sabios*, 1862, p. 608.

2 *La Iglesia y la sociedad cristiana*. p. 27.

ble (1), y geología, se agrega el testimonio irrefragable de la razón.

«En el orden de naturaleza, dice el Angélico, lo perfecto precede a lo imperfecto, como el acto precede a la potencia; porque las cosas que están en potencia no son reducidas al acto si no por un ser en acto. Y como las cosas primeramente establecidas por Dios, lo fueron, no sólo para existir ellas mismas, si no también para ser los principios de otras cosas, es necesario, a fin de llenar este segundo objeto, que hayan sido constituidas en estado de perfección. Pero el hombre puede ser el principio de otro, no sólo por la generación corporal sino también por la instrucción y la dirección. Luego así como el primer hombre fué establecido en estado perfecto en cuanto al cuerpo, para hallarse al punto en estado de engendrar, igualmente fué establecido en estado perfecto en cuanto al alma para poder instruir y gobernar a los demás». (2)

Lo difícil, al tratar del hombre primitivo, está en determinar las relaciones que le unen a su primera causa y conocer los matices que a su naturaleza prestan colorido. Una vez formado el hombre, ¿quedó constituido en el orden natural o fué elevado al orden sobrenatural?

1 Cfr. Vigouroux. L. C. Vol. I. n.º 312, y J. Ballerini, *Compendio de Apcl. del Crist.* trad. or. el P. Pedro Rodríguez O. S. A. 1.ª part. c. XV.

2 Sum. I, q. XCIV, a. III, res.

ARTÍCULO PRIMERO

EXISTENCIA DE LO SOBRENATURAL

LO SOBRENATURAL.—DOBLE ASPECTO DE LA CUESTIÓN.—SUBSTANCIA ÚNICA.—LAS INCONSECUENCIAS SON DE Q. LÓPEZ.—LO SOBRENATURAL ONTOLÓGICO.—SOBRENATURALIDAD RELATIVA.—SOBRENATURAL OPERATIVO.—AMOR RUIBAL Y LO SOBRENATURAL.—NUEVO ASPECTO DEL SOBRENATURALISMO.—AXIOMAS QUE HAY QUE ADMITIR.—CONTRADICCIÓN DEL ESPIRITISMO.—SOBRENATURALISMO PSICOLÓGICO.—LA LIBERTAD Y LA ACCIÓN SOBRENATURAL.—SE ARMONIZAN SIN DESTRUIRSE.—LOS CATÓLICOS SOMOS LOS PRIMEROS EN DEFENDERLO.—INDISPENSABLES AMBOS FACTORES.—QUÉ DICE LA HISTORIA.—DOCTRINA FILOSÓFICA.—LO SOBRENATURAL EN LA INFANCIA HUMANA.—ALGUNOS TESTIMONIOS.—LUEGO ES SOBRENATURAL.—NADA EXIGÍA TALES CONDICIONES.—LO SOBRENATURAL EN LA HUMANIDAD.—SU BASE ES LO SOBRENATURAL.—LA IGLESIA SIEMPRE LA MISMA.

Huelga el advertir que al formular la interrogación que pone fin al párrafo anterior, no nos referimos al primer instante del hombre que pudiéramos denominar *in fieri*, como hemos visto que lo hacían Barthelemy Saint-Hilaire y Guizot, llamando sobrenatural a la creación pasivamente considerada, sino que nos referimos al hombre ya constituido, *in facto esse*.

Bajo doble aspecto puede considerarse la cuestión; el uno abstracto, concreto el otro; el primero se cierne en las alturas de la posibilidad, el segundo tiene su asiento en la realidad; la dependencia que éste dice de aquél es tan precisa como la que hay

siempre entre todo lo posible y lo real. Si lo sobrenatural no es admisible en el primer caso, difícilmente habrá de afirmarse en el segundo; de ahí la necesidad de averiguar y saber si el hombre puede ser elevado al orden sobrenatural, o si es una pretensión quimérica e imposible. Si la respuesta es afirmativa, sólo resta para confirmar el hecho real, escuchar los dictámenes de la historia.

Principio fundamental del espiritismo, como lo es del racionalismo, la evolución constante y la continuada progresión del hombre; en virtud de la energía que acumulada lleva en su naturaleza, niega, no solamente la realidad de lo sobrenatural sí que también la intrínseca posibilidad. Para el espiritismo no hay más que una substancia llamada infinita, la cual se determina de múltiples formas y se concreta en variadas adaptaciones, más o menos perfectas, pero todas ellas en perpetua progresión, hasta que nuevamente alcancen el punto de reversion de donde emanaron y de ese modo descansan en el eterno seno esperando otra vez el turno de entrar en movimiento. Según esta doctrina, ya expuesta con amplitud, (1) es imposible la concepción siquiera de lo sobrenatural; todo cuanto existe, dice el espiritismo, ha de llamarse natural.

Quintín López, en la obra tantas veces citada, escribe: «El catolicismo dice: hay que admitir lo sobrenatural, porque si las verdades que se nos revelan son de un orden superior al de la naturaleza, forzoso es que este orden exista de un modo real, patente; tan real y tan patente como la naturaleza misma, de cuya existencia no puede cabernos duda. Ahora bien: ¿existe lo sobrenatural? ¿Hay algo que lo sea? Lo sobrenatural, según el diccionario es lo superior a la naturaleza, y lo natural lo que pertenece a la naturaleza, esto es, a la esencia y característica de cada cosa; por consiguiente bien podemos repetir: ¿Hay algo que sea superior y esté fuera de la naturaleza? Para el catolicismo romano sí; para nosotros no. Y al afirmar que sí el catolicismo romano incurre en no pocas inconsecuencias. Dice que dada la finitud de la criatura y lo infinito del Criador, para que aquella pueda llegar a este, para que pueda posesionarse del sumo bien que le está prometido como último fin, es necesario que Dios le conceda los auxilios de la divina gracia; dice que estos auxilios

no pueden ser puramente naturales, porque no estarían en relación con dicho fin y serían insuficientes; dice, en fin, que la luz, la fuerza, los impulsos por los que la criatura aspira y logra su fin postrero, son otros tantos medios sobrenaturales, y el conjunto, lo que constituye el orden sobrenatural.

«Según estas teorías, lo sobrenatural no está en la esencia y propiedad característica de cada cosa, sino en la medida de relación entre lo finito y lo infinito, entre la criatura y el Criador; y esto aunque contrarie la opinión católica, ni lo entendemos por sobrenatural, ni creemos que lo sea. Para nosotros es natural todo lo que es, o en otros términos, todo lo que de una u otra forma puede existir. Dios es natural porque existe *con la esencia y propiedad característica* de infinito absoluto; el hombre es natural porque se manifiesta *con la esencia y propiedad característica* que le es peculiar: que Dios, siendo absoluto se manifestara relativo; que el hombre, siendo relativo, se manifestara absoluto. Esto sería verdaderamente sobrenatural, porque truncaría el orden de la naturaleza, no la medida de relación que como sobrenatural se supone, porque en este concepto también entre el infusorio y la ballena, entre el grano de arena y los Alpes mediaría lo sobrenatural, siquiera fuera relativo. Además, tampoco comprendemos por qué la luz, la fuerza, los impulsos que recibe la criatura para allegarse al Creador, hayan de ser sobrenaturales, ni aun mirándolos bajo el punto de vista que el Catolicismo romano los mira. Porque la Sagrada Escritura que es la *luz*, la fe que es la *fuerza*, y el amor que son los *impulsos*, no pasan de ser eminentemente objetivos, tanto que ni el amor se alcanza sin el convencimiento, ni el convencimiento sin la exposición, ni la exposición sin el ejercicio de la primera facultad del sujeto. Por otro lado, y según la propia doctrina de la Iglesia, el hombre mediante su libérrima voluntad, se hace acreedor al mérito o castigo condigno a sus faltas o sus merecimientos; para que esta libertad sea tal, es de rigor sea inteligente; la libertad inteligente en el sujeto que inquiere, analiza y juzga: luego el ejercicio de la libertad es subjetivo: luego la primera condición que el hombre ha de tener para hacerse acreedor a mérito o demérito es natural: luego todos los auxilios de la divina gracia, no son sobrenaturales».(1)

1 L. C. part. 1.^a c. V.

Muy trascendentales y muy lamentables son las equivocaciones y errores que el espiritismo comete en los párrafos copiados. Comprendiéndolos en una concepción sintética podemos reducirlos a dos esferas; ontológica la una y psicológica o subjetiva la otra.

En la primera se confunden y se niegan todas las categorías que en el orden objetivo ha reconocido siempre la ciencia, y se crea un abismo donde sólo la luz tiene derecho a brillar. Lo infinito se coloca en la misma línea de substancialidad que lo finito; la causa no sólo se pone al nivel del efecto, sino que se la supedita a él en toda su operación. Desde luego que natural es toda entidad existente, en sí misma considerada, y natural la intrínseca posibilidad de existir en relación con la esencia propia en cuanto existente; ¿pero nos querrá decir el espiritismo, que lo finito e infinito entre sí comparados se encuentran en la misma línea de entidad y substancialidad? La entidad infinita, ¿no es superior a la finita? De labios del propio Q. López hemos oído que la substancia limitada por mucha perfección que revista, jamás llegará a ostentarla en supremo grado, pues sobre ella «quedará todavía todo entero lo infinitamente perfecto que es Dios». (1) Y siendo esto cierto, ¿la existencia de lo sobrenatural no habrá de admitirse como una realidad verdadera e indubitable? Sin duda que sí; porque en este caso ya tenemos una cosa que es superior, que está *sobre* otra, y sobrenatural en su genérica acepción podemos, y debemos decir, que es «lo que está por encima de la naturaleza, material e inmaterial, visible e invisible, física y sensible o intelectual» (2).

«Dios es natural porque existe con la esencia y propiedad característica del infinito absoluto». Cierto. «El hombre es natural porque se manifiesta en la esencia y propiedad característica de ente limitado». Indiscutible. Mas por lo mismo que la propiedad característica del hombre es de ser ente limitado, y la de Dios, infinito, absoluto; la primera es inferior, relativa, contingente, lleva el sello de la dependencia substancial; y el segundo es superior, absoluto, necesario, va sellado con el marchamo de la perfección. Ahora bien; o nada significan estas palabras, y más que palabras nos atrevemos a decir objetividades, y entonces exten-

1 L. C. p. 195.

2 Jaug, L. C. Sobrenat.

derá su negro manto el escepticismo más crudo, haciendo que reine el caos absoluto o necesariamente hemos de confesar que existe lo sobrenatural ontológicamente considerado.

Que este dilema sea cierto, nos lo demuestra el propio espiritismo, cuando impulsado por la osadía se atreve a emitir estos conceptos: «Para que Dios y el hombre fueran sobrenaturales, sería preciso que ni el uno ni el otro se manifestaran *con la esencia y propiedad característica* que les es peculiar: que Dios siendo absoluto, se manifestara relativo; que el hombre siendo relativo, se manifestara absoluto». Es decir; que, según la doctrina espírita, lo infinito tendría que perder su propia entidad, dejar de existir; porque sabrá decirnos el espiritismo, ¿cómo lo absoluto substancial puede manifestarse relativo sin perder su propia esencia? Otro tanto ha de afirmarse de lo finito para que pudiera adornarse con los atributos de lo absoluto e infinito. ¿Y no es esto proclamar el imperio del escepticismo caótico? El mismo Q. López lo asevera cuando a renglón seguido añade: «Porque truncaría el orden de la naturaleza». Truncar el orden de la universal naturaleza evidentemente es causar la ruina total de cuanto concebirse puede. Y como esto no es admisible, necesariamente hay que confesar la existencia de lo sobrenatural ontológico.

Nada significa lo que el espiritismo objeta al decir: ¿Si lo sobrenatural consiste en la superioridad de unos para con otros seres, en este concepto, también entre el infusorio y la ballena, entre el grano de arena y los Alpes, mediaría lo sobrenatural, si quiera fuera relativo. «Nada significa esto, decimos, porque el infusorio y la ballena, el grano de arena y la ingente roca de los Alpes y cuantos seres relativos y finitos quieran imaginarse, todos, en cuanto substancias, se hallan en el mismo nivel, todos son relativos, todos contingentes; la superioridad que dicen los unos para con los otros, no es sustantiva ni de principio, sino accidental y terminativa, lo cual no es suficiente para considerarlos superiores en el sentido propio. Si quiere llamarse *sobrenatural* la perfección de una substancia que es superior a otra, como el hombre con relación al bruto, *no vemos inconveniente alguno*, y puede admitirse una *sobrenaturalidad relativa* y particular, (1) mas esto ya no es entitativo rigurosamente considera-

1 Cfr. R. M. Vigil. La Creación T. II. L. 2.^a c. III, n.º 2.º

do. Existe, pues, lo sobrenatural ontológico, y el espiritismo se ve obligado a confesarlo, aun siguiendo el raciocinio de sus postulados, y cuando negarlo quiere se abisma en el caos de la utopía absoluta. (1)

Lo que acabamos de decir del orden sustantivo, facilmente podemos aplicarlo al operativo. La obra siempre guarda proporción con la naturaleza; este es un axioma irrefutable. Por tanto, la substancia infinita de modo infinito realizará sus acciones; y limitado, en proporción con su naturaleza, será el obrar del sujeto finito. Luego el primer orden será superior al segundo. Luego también tendremos que afirmar lo sobrenatural entitativo en el radio de las operaciones. Entre el obrar divino y el humano podemos dibujar esa gama de distintos seres con superiores y diversas operaciones en conformidad con la más perfecta naturaleza. «Dado el carácter contingente del conocer del hombre, dice muy sabiamente el Dr. Angel Amor Ruihal, demostrado por su condición intrínseca, es necesario admitir la posibilidad de otras categorías superiores, de otros órdenes en que se realice un ideal más perfecto, hasta el ideal absoluto del ser infinito, donde el ser y el conocer se identifican. Estas categorías superiores que la filosofía reconoce como realizables, la dogmática católica las afirma como realizadas en varios de sus grados. En ello se funda la teoría de un ideal angélico en diversas gradaciones, siempre superiores al ideal humano, y la teoría de orden de sobrenaturaleza en el hombre, que responde al fin sobrenatural de su actual estado». (2)

En las últimas palabras que acabamos de transcribir, se insinúa otro género de sobrenaturalismo, pero también entitativo, y es el que ordinariamente se significa y comprende cuando de sobrenaturalismo se habla; el existente entre lo finito e infinito, no entendidos cada uno en el orden que le corresponde de superioridad e inferioridad, sino relacionados en íntimo consorcio, recibiendo el primero el influjo del segundo. En este orden es donde principalmente se le contempla y es al que se dirigen todas las miradas del espiritismo acompañado e influenciado por

1 Los espiritistas y los *espíritus* en las supuestas apariciones a los mediums frecuentemente hablan de la superioridad inmensa de la divina esencia.

2 *Los problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*, T. I, c. I, n.º 55.

su consorte el racionalismo. Fácilmente pudiera admitir el sobrenatural del que hasta ahora hemos hablado; el que rechaza de plano y en toda la línea es el presente. «Además, dice Q. López, tampoco comprendemos por qué la luz, la fuerza, los impulsos que recibe la criatura para allegarse al Creador, hayan de ser *sobrenaturales*.» Esto en otras palabras quiere decir; que, el espiritismo no comprende, porque no admite, la acción extraordinaria de la causa infinita sobre la causa finita, en orden a una operación determinada, lo cual ciertamente, no deja de ser una incomprensión bien admirable, y una negación bien destituida de fundamento y que conduce a las más fatales consecuencias.

Efectivamente, el espiritismo no puede negar, sin ponerse en contradicción con toda la realidad y aun consigo mismo, estas tres cosas: 1.^a Que la substancialidad infinita, Dios, al producir un efecto fuera de su propio ser, no ha vaciado el molde de su esencia. 2.^a Que Dios ha formado la naturaleza consciente, es de la que especialmente tratamos, con un fin determinado, y proporcionádola adecuados medios para la consecución de ese fin. 3.^a Que la naturaleza del hombre puede ser perfeccionada, con extrínseca perfección, en su esencia y en sus potencias. Cualquiera de estas proposiciones que niegue, significa abrazarse con todo género de absurdos y la negación de lo infinito, y, en consecuencia de lo finito y de cuanto concebirse puede; porque en los tres casos arguye la ulterior impotencia. Y sea la impotencialidad intrínseca, porque Dios ha agotado su virtud, sea extrínseca porque la naturaleza no puede ser perfeccionada, resultará la negación de la Divinidad. Y negada la Divinidad, ¿qué nos queda?

El espiritismo, además, incurre en contradicción, pues más de una vez le hemos oído decir y constantemente repite en sus escritos; que Dios se cierne en una esfera muy superior a la en que la criatura vive, que su potencialidad es inagotable y que puede hacer múltiples y más perfectas manifestaciones. Luego habrás de afirmar la existencia de los tres miembros establecidos, y, con ellos, asentadas quedan las bases del sobrenaturalismo.

«La condición interna psicológica y ontológica del conocer humano, escribe Ruibal, le hace inepto para la representación de un ideal absoluto. Pero esto no significa la exclusión absolu-

ta de toda capacidad para un ideal superior. Antes bien, en su misma relatividad lleva la condición de aptitud para ser informado el humano entendimiento por otras ideas que en él se originan al contacto con el orden de cosas que nos rodea». (1) Consiguientemente, lo sobrenatural en la categoría de posibilidad es algo inegable.

Menos repugnancia que el orden ontológico ofrece el que pudiéramos llamar psicológico o subjetivo. El espiritismo lo niega y no comprende cómo hay quien se atreva a aseverar lo contrario de lo que él asevera. Dando por bueno, dice, que las potencias humanas, tanto la intelectual como la volitiva, puedan ser perfeccionadas al recibir nueva luz y virtud, es tal la repugnancia que en la práctica envuelve la aplicación de esos principios, que nos vemos obligados a considerarla como operación irrealizable. Lo que determina el mérito o demérito de los actos humanos con relación a su fin, es la libertad del hombre, y tan indispensable es esta condición que faltando, el obrar humano es inconcebible, y existiendo, hace incompatible toda virtud extraña. El hombre, pues, excluye de su naturaleza toda operación sobrenatural.

Podemos conceder al espiritismo cuanto en las premisas de su argumento dice; (2) la consecuencia es totalmente falsa y no se encuentra en las premisas, por lo que inadmisiblemente resulta su argumentación. Si algo hubiera de probar sería la inaceptabilidad de los auxilios divinos, porque a ello se oponía la intrínseca repugnancia del sujeto; pero esto ni lo admite ni puede admitirlo el espiritismo. Las potencias psíquicas lo mismo reciben el ideal iluminativo cuando procede de un sujeto extrínseco finito, como cuando procede de un infinito; no existe diferencia alguna, ni de parte del sujeto que recibe ni del objeto recibido las condiciones son idénticas en uno y otro caso. Esto bien lo saben los espiritistas, por eso no lo niegan. De aquí síguese una consecuencia necesaria: si el entendimiento puede recibir del infinito un ideal que no sea el obtenido por el propio y natural obrar, o que lo sea de un modo extraordinario, ese entendimiento habrá sido elevado accidentalmente a un orden que no es el de su propia naturaleza, y en este caso tendremos ya el auxilio

1 L. C. c. II, n.º 56.

2 Hemos dicho podemos conceder, pues aunque no es verdad que sola la libertad basta para el mérito o demérito, no hay dificultad en transigir.

sobrenatural. Lo que se dice de la potencia cognoscitiva; ¿por qué hemos de negarlo tratando de la volitiva? Las dos están sujetas a las mismas condiciones.

Mas no es esta sola la consecuencia que se deduce; hay algo más, que es como la clave para resolver la dificultad de los espiritistas. El objeto intelectual, y otro tanto dígase del volitivo, finito o infinito, dice las mismas relaciones a las potencias del hombre, en orden a los actos que han de ejecutar. Ahora bien, los espiritistas no niegan ni pueden negar, que el objeto finito no prive al hombre de su libertad, ni por ende tampoco de su responsabilidad, laudatoria o recriminativa; y si esto sucede con el auxilio finito, ¿por qué habrása de negar cuando se trate del infinito? ¿Por ventura, cuando algún espiritista acude a las sesiones mediúmnicas en demanda de ayuda para disipar su ignorancia, o reclama externa cooperación en su obrar, y recibe una y otra con cuya virtud lleva a cabo lo que por sí mismo era impotente de realizar, ¿estimará haber abdicado de su libertad y perdido su conciencia refleja, hasta el punto de creerse un autómata?

Enhorabuena que «la condición primera que el hombre ha de tener para hacerse acreedor a mérito o demérito es natural.» Pero, ¿de ahí se sigue que ella sola sea suficiente y, además, que excluya otras condiciones? Esto no sólo no lo prueba el espiritismo, sino que él es el primero en admitirlo como hemos visto. ¿O pretenderán los secuaces de Allan-Kardec, que los auxilios sobrenaturales, *eminente* *objetivos*, al ser recibidos por las potencias, destruyen su naturaleza? Suposición absurda como ya antes demostramos. No, la prestación que Dios ofrece a la criatura sea por los medios ordinarios de naturaleza, sea por los extraordinarios, o que superan y están sobre la naturaleza, al menos en aquella ocasión, no son para destruir ni naturaleza ni potencias, sino para auxiliarlas y perfeccionarlas; mas, al unirse al sujeto y hacerse un principio dinámico con él, se adaptan a las exigencias de la naturaleza; porque todo cuanto en ella se recibe con ella ha de guardar proporción. Y tan cierto es esto que los católicos somos los primeros en defenderlo como un postulado necesario, sin el cual no puede concebirse el orden sobrenatural.

«Dos elementos, dice el docto Ruibal, son indispensables en la constitución de un ideal sobrenatural humano. El elemento

de sobrenaturaleza, y el elemento racional que, desde el punto de vista cognoscitivo, ha de dar la base dialéctica y psíquica, o de incorporación subjetiva del contenido del dogma. Este elemento racional ha de actuar en orden al elemento sobrenatural de tres maneras: 1.º como condición previa o preámbulo del ideal de sobrenaturaleza, sin la cual condición sería imposible todo criterio acerca de la existencia y verdad sobrenatural; 2.º como factor concomitante al acto del asentimiento, y a la interpretación de lo sobrenatural, pues sin ello faltaría tal conciencia del ser formal, de la fe y de su contenido; 3.º como dinamismo psíquico subsiguiente a lo sobrenatural conocido, que determina el desarrollo de este, formula sus principios y consecuencias buscando en cuanto sea dable su consonancia con las verdades naturales.

«La elaboración subjetiva del ideal de sobrenaturaleza que representa la dogmática, se ha de traducir siempre por la equivalencia de dos factores indispensables: la luz del conocimiento natural como elemento dinámico en orden a la intelección, y la luz de la fe como elemento especificativo de sobrenaturaleza en el objeto de conocimiento. El orden de sobrenaturaleza cuya categoría está, como su nombre lo dice, por encima del orden natural, no tiene en su manifestación ontológica ni en la psicológica respecto de la naturaleza humana, otro carácter que el de una forma accidental e impersonal; y en cuanto tal, es elemento adventicio que ni subsiste en sí, ni tiene virtud operativa sino en el sujeto humano capaz de recibirlo e incorporarlo.

«En consecuencia, si de una parte el elemento natural no puede desempeñar las funciones del elemento sobrenatural sin que este desaparezca, como lo hemos visto, de otra el elemento sobrenatural es nulo desde que se suprimen las funciones de la vida psíquica natural en que ha de actuarse. De ahí que sean absolutamente indispensables ambos factores para la constitución y existencia de un ideal sobrenatural, y que ninguna de las teorías en que alguno de ellos desaparece pueda sostenerse».(1) Lo que de la inteligencia queda dicho se ha de aplicar igualmente a la voluntad, teniendo presentes las exigencias y condiciones que reclama.

Luego lo sobrenatural es posible, concluiremos con J. Didiot,

(1) L.: C. números 56, 57, 84.

porque «es posible que entre la criatura finita y el Creador infinito existan relaciones más estrechas, semejanzas más perfectas, comunicaciones más completas que las que del acto creador resultan. Es posible que Dios se revele inmediatamente a la inteligencia humana y se haga objeto de la intuición de esta; que se dé inmediatamente a su corazón y llegue a ser objeto de su fruición» (1); es posible que iluminaciones y mociones nos eleven a actos superiores a nuestra actividad natural.

Si del estado de abstracción queremos descender al concreto, del de mera posibilidad al de realidad determinada, de los postulados a los hechos, fácil nos será demostrar que el primitivo estado del hombre fué sobrenatural. Es cuestión esta, como antes hicimos notar, puramente histórica. Pues bien; ¿qué nos dice la historia? Antes de interrogarla hemos de recordar una doctrina altamente filosófica y del todo necesaria para resolver la tesis.

El hombre es efecto de la causa divina; entre su naturaleza y la del Supremo Hacedor no existen, por consiguiente, ni pueden existir naturalmente otras relaciones que las del efecto para con su causa, y no efecto y causa unívocas que participan de la misma naturaleza específica, como sucede con el padre y el hijo, sino completamente ajenas entre sí, como lo necesario y contingente, lo absoluto y relativo, lo participado y subsistente. Todo el desarrollo, progreso y perfeccionamiento que en el hombre queramos suponer, ha de ser dentro de ese círculo. Dios podrá ser conocido por la inteligencia y amado por la voluntad, pero los actos de estas potencias jamás tendrán como objeto directo, inmediato e intuitivo, o afectivo, la naturaleza divina, la esencia deífica. Su conocimiento y su amor no pueden ser más que inmediatos, elevándose de lo finito a lo infinito, a lo menos por vía negativa, probando la existencia de Dios por las maravillas de su obrar, reconociéndole como Hacedor; empero, jamás contemplándole y en El fruicionándose potencias y naturaleza.

El espiritismo da por sentado que el humano ser evolucionando desde el estado rudimentario va elevándose de grado en grado hasta alcanzar el supremo del consorcio íntimo entre su naturaleza y la divina; pero semejante aseveración no tiene otro fundamento que la doctrina transformista. Y ya sabemos el valor

1 Jaug. L. C. Sobrenat.

que esta tiene y las garantías que ofrece para que inmoremos un instante más en refutarla.

La naturaleza humana se integra por los elementos espiritual y material; mutuamente relacionados cada uno cuenta con sus energías propias, si bien todo el dinamismo proceda de un mismo principio. La subordinación que la parte sensitiva dice a la espiritual no es una subordinación absoluta, sino limitada; de donde resulta que múltiples veces actuando en objetos diversos no se hallan acordes, lo cual da por consecuencia la pugna de las dos, y el que en repetidas ocasiones lo noble y espiritual del hombre sea sometido a lo grosero e innoble, viéndose privado de su ternura y limpidez.

Si pues el hombre se cierne en superiores regiones donde no reina el fragor de la lucha, ni el desorden extiende su imperio, sino que la plácida armonía despliega sus alas y de dulzuras y aromas dulce y suavemente marcha perfumando las riberas humanas; si el hombre siente las efusiones del abrazo y ósculo deíficos, y su inteligencia bañada en profusiones de célica luz otea glorias divinas y por ellas corroborada siente que se la capacita para llegar a la suprema visión divinal, que es la contemplación de la esencia de Dios, hemos de decir que la naturaleza humana ha sido elevada a un estado sobrenatural.

Ahora bien; ¿qué es lo que nos dice la historia? La historia unánimemente conviene en un hecho: el de que la humanidad en sus primeros días no sentía la pugna de lo sensible con lo espiritual. Las tradiciones de todos los pueblos nos hablan del estado sobrenatural de los primeros hombres, en el que su inteligencia estaba nimbada por fulgores divinos y sus amores eran los que del río de Dios procedían, y toda su naturaleza estaba matizada con los coloridos de cielo. Después de éste viene, dice Hettinger, un segundo hecho, incontestable, universal y constante, que tiene una relación íntima con el anterior; el recuerdo de una comunidad de vida del hombre primitivo *en Dios* y con Dios; la tradición de la *edad de oro*, sólidamente arraigada en todas partes, así en la antigüedad clásica como en la oriental, y venerada igualmente por los filósofos y por los poetas, como ya vimos anteriormente. (1)

Juntamente con la idea que predomina en todas la cosmogono-

1 Cfr. Hettinger. L. C. con. XXIV. et sup. c. VII a I. § 1.º

nías de los pueblos antiguos, la historia nos da testimonio de otro hecho grabado con indelebles caracteres en la conciencia del mundo antiguo; el de un estado primitivo de felicidad, en el cual, decía Platón que «Dios era su pastor. Alimentábanse los hombres con los frutos de los árboles que por sí misma les ofrecía la tierra con abundancia y sin cultivo. Vivían ordinariamente a campo raso, sin vestidos y sin camas, porque la constante benignidad de la temperatura no les molestaba nunca, y el espeso césped conque estaba cubierta la tierra les ofrecía un lecho blando y siempre preparado. Los animales no eran salvajes, ni se devoraban los unos a los otros, y por consiguiente no se veía en parte alguna la discordia ni la guerra. Estas y otras muchas eran las ventajas de semejante orden de cosas, y tal el género de vida que pasaban aquellos hombres bajo Conos». (1) «En el paraíso de delicias en el que Dios había colocado a los primeros humanos, no experimentaban el tormento, no eran afligidos por la lucha, no sentían la contrariedad; allí no había ni trabajo, ni enfermedad (2), ni vejez, sino belleza eterna, salud indestructible, cantos y poemas sin fin (3); cuerpo y alma eran felices, rosas primaverales regadas por las frescas y cristalinas aguas de Urd. «Los primeros hombres escribía Dicearco, que estaban más cerca de los dioses, vivían en un estado de perfección y felicidad, lo cual ha hecho merecer a su tiempo el nombre de la edad de oro». (4)

Estas tradiciones, tan universales, ¿nada significarán, y habránse de considerar sólo como meras ilusiones y concepciones mitológicas, carentes de todo valor intrínseco, según lo quiere el espiritismo y lo proclama el racionalismo? (5) De ninguna manera, pues, ellas eran, observa el propio Voltaire, el fundamento de la teología de todos los pueblos (6). Revisten la unanimidad, y, «tal unanimidad, nota el docto P. Weis, es siempre, si no una prueba irrefutable, por lo menos una fuerte presunción a favor de la verdad de afirmaciones sostenidas por épocas y pueblos diferentes. Querer dar por falsas miras cuya extensión es uni-

1 Polit. unto. 272, n.º 40-55, c. XV. De Leg, L. C.

2 Hesiodo, Op. et Dies, 110-115.

3 Píndaro, Pyth. 10, 60 y sig.

4 Varron De re rustic. I, 2.

5 Cfr. L. Denis, Crist. y esp. p. 77.

6 *Cuestiones sobre la Enciclopedia.*

versal, resulta no sólo temerario, sino que conduce casi ciertamente al error; porque una opinión errónea es una debilidad del espíritu, y una debilidad o un defecto son algo accidental y exterior a la naturaleza. Pero lo que es así no puede encontrarse por todas partes y siempre de la misma manera; en otro caso sería necesario admitir que la naturaleza conduce ella misma necesariamente al error y a un error determinado y en todas partes igual; lo que es inadmisibile; luego no se puede rechazar una verdad en la que los hombres estuvieron acordes en todo tiempo. (1) El estado, pues, de sobrenaturalismo, de inocencia, santidad, perfección y gracia en el que vivieron los primeros hombres es una realidad inegable. Poco importa que con el correr de los tiempos, las tradiciones se alteraran en los detalles, el fondo es en todas idéntico y por consiguiente verídico.

A corregir las pequeñas diferencias de perfil, y a confirmar el testimonio tradicional, viene otro alegato histórico, suficiente por sí solo para demostrar la tesis, aun cuando todas las tradiciones guardaran absoluto silencio; tal es el relato bíblico.

Empieza el Génesis por decirnos que Dios formó al hombre a su *imagen y semejanza* (2), en el grado más perfecto que darse pueda, según la expresión hebrea lo significa (3); similitud que consistía principalmente, como lo dice el Eclesiastés, en la rectitud que existía en el humano ser entre las diversas partes que le integraban y entre su naturaleza y la divina (4); en la santidad y perfección, al decir de la Sabiduría (5). Luego el hagiógrafo sagrado nos pinta en dos pinceladas el ameno vergel plantado por la virtud del Supremo Señor, paraíso de delicias donde, fecundadas por límpidas corrientes, crecían las flores que aromatizaban el ambiente y le embellecían con los vistosos matices de su corola; se desarrollaban las plantas, y robustos y frondosos árboles recreaban la vista del hombre y con sus frutos esquisitos regalaban su paladar; del centro del paraíso surgía el caudaloso río que, seccionándose en cuatro brazos, era la gran arteria por donde circulaba la savia que vigor y lozanía prestaba a todas las partes del delicioso edén. En medio de ese ameno

1 Apol. del Crist. Part. 2.^a T. I, 2.^a part. con II, n.º 5.

2 I, 26-27.

3 Tanque, Synop. Theol. Dog. T. II, n.º 870, b. Hetze. L. C. p. 19.

4 VII, 30.

5 IX, 3.

jardín saturado de embriagadores aromas y refrigerante brisa, es donde Dios colocó al primer hombre para que disfrutara de tanta dicha. Allí estaba, exento de ajenos pesares, libre de las propias zozobras, inmune contra los naturales elementos; señor de la uniuersa creación; el hambre no afligía su organismo, la muerte no amargaba sus días; en lo más céntrico del paraíso se destacaba frondoso el árbol de la vida; las enfermedades y dolores no atormentaban su cuerpo ni entristecían su corazón; el hombre era feliz recibiendo las caricias de los seres y participando de la amistad divina». (1)

Esto supuesto, como realidad histórica inegable, ¿no tenemos derecho a decir que el estado del hombre era un estado de sobrenaturaleza o sobrenatural? (2) Sin duda que nos asiste perfecta razón para así afirmarlo, porque bien estudiada la humana naturaleza sabemos que ninguna de aquellas dotes, no sólo no la eran debidas por esencia, ni por exigencias intrínsecas, pero ni aun las reclamaban las extrínsecas. Luego era un don totalmente gratuito y procedía de la liberalidad divina por extraordinario modo. Y esto, ¿qué es más que la realidad de un hecho sobrenatural?

Acabamos de decir que el estado del hombre, no hemos querido decir del primer hombre, porque la sobrenaturalidad extendíase a toda la especie y no a un solo individuo. El primer hombre ciertamente era un miembro de la colectividad, llevando sobre los demás la prioridad de existencia; pero el primer hombre era algo más. En el capítulo anterior dejamos demostrado que todos los humanos proceden de una sola pareja, o sea del hombre comprendiendo toda la especie; el primer hombre, era, por tanto, además de parte integrante, la raíz, el tronco, la cabeza, el que portaba en sus lumbos toda la humanidad. Por consiguiente, elevada su naturaleza al orden sobrenatural, elevada estaba toda la especie; el género humano en sí mismo considerado.

El orden sobrenatural en que vivía, no se limitaba a la presente vida. Las tradiciones de los pueblos nos hablan de la vida futura como del lugar en que las inteligencias disfrutaban de la

1 Gen. I, II, III.

2. No estimamos necesario advertir que algunas dotes eran preter naturales.

visión deífica (1), las almas se embriagaban en los amores divinos y todo el ser disfrutaba de la beatitud en la comunicación con Dios. El Génesis bien implícitamente lo deja traslucir, y cuando nada se percibiera en su decir, en las diferentes partes de la Escritura se habla de la visión facial que las almas disfrutarán en la eternidad. El solo raciocinio es muy suficiente para llegar a esa lógica conclusión, pues, de participar aquí bajo los dones divinos no habrían de verse privadas de ellos al realizar el tránsito del tiempo a la eternidad.

La iglesia católica y la eclesiástica tradición siempre han proclamado la existencia del estado sobrenatural del hombre como una realidad evidente e inconcusa. Nos abstenemos de aducir aquí pruebas, por que ya es cosa corriente y de todos sabida. La economía secular de la que inmovible se levanta en medio de los tiempos desafiando las furias del averno, se basa precisamente en la verdad del sobrenaturalismo, de él se nutre, él es su vida; a conservarle, propagarle y hacer que reine en las almas es a lo que consagra sus energías. Ella misma, engalanada con los atributos divinos, es la obra sobrenatural más prodigiosa que darse pueda. Contando va las generaciones de los que sus enemigos fueron y... ya no son. Pasaron ellos, pasaron sus obras, y la Iglesia siempre la misma.

1 Cfr. Platón, Gorgias, c. LXXIX, punto. 525, b. Hesio, L. C. 166 y sig.

ARTICULO II

EL PECADO ORIGINAL

EL PECADO ORIGINAL Y EL ESPIRITISMO.—CONFESIÓN INGENUA DE NUESTRA PARTE.—PERO AL MISMO TIEMPO AFIRMAMOS.—PRIMERA CUALIDAD DEL SOBRENATURALISMO.—SEGUNDA CUALIDAD.—ACCIDENTE EN LA NATURALEZA, MAS NO DE NATURALEZA.—ES CONTINGENTE.—CAUSAS DE LA PÉRDIDA.—SU EQUIDAD RECLAMA LA CONSERVACIÓN.—PUEDE DECIR A DIOS, NO QUIERO.—¿QUÉ SUCEDERÍA?—ACTO CORRELATIVO EN LA CRIATURA.—MANCILLA DEL PRIMER HOMBRE.—DIFICULTOSO TRÁNSITO.—LA HUMANIDAD SE PRIVÓ DE ÉL.—SE ENGENDRA UN SER SEMEJANTE.—LA NATURALEZA SE TRANSMITE COMO SE ENCUENTRA.—EL PECADO ORIGINAL NO ES PERSONAL.—LO FORMAL EN LA CULPA ORIGINAL.—TODA CULPA ES VOLUNTARIA.—TAMBIÉN LA ORIGINAL.—VOLUNTARIO DE NATURALEZA.—UNA OBJECCIÓN ESPIRITISTA.—TRES CLASES DE MALES.—NO OBSTANTE SON PENALES.—¿ES INCOMPATIBLE CON LA JUSTICIA DIVINA?—EL ATRIBUTO DE DIOS QUEDA EN SALVO.—LEY DE SOLIDARIDAD.—SUBSISTEN A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS.—ENGENDRA EL IDEAL MÁS SUBLIME.—SABIA DOCTRINA DEL C. DE TRENTO.—EL PECADO ORIGINAL Y LA HISTORIA.—¿ES UN MITO?—LA NATURALEZA, HUYE LA DEGRADACIÓN.—Y CONSERVA LA MEMORIA DE SU PECADO.—¿CÓMO SE EXPLICA UNIFORMIDAD TANTA?—SIN LA REALIDAD NO HAY EXPLICACIÓN RACIONAL.—CONCLUSIONES FINALES.

De la doctrina que acabamos de exponer fluye necesariamente un corolario de suma transcendencia: el del pecado original, basado en la culpabilidad del primer hombre, o mejor, con-

sistiendo principalmente en la misma culpabilidad. Corolario que sólo con enunciarlo, siquiera no sea más que envuelto en las vaporosas gasas del sobrenaturalismo, desequilibra el sistema nervioso de los espiritistas. De ninguna manera pueden concebir la tesis católica, que del pecado original hace como la base negativa de la actual economía de redención humana. No, el pecado original, dicen, tal como lo explican la Iglesia y los teólogos católicos, no es aceptable; no existe, ni jamás existió.

«El pecado original, escribe el espiritismo, es el dogma fundamental, base de todo el edificio de los dogmas cristianos. Idea verdadera, en el fondo, pero falsa en la forma y desnaturalizada por la Iglesia. Verdadera en el sentido de que el hombre sufre por la intuición que conserva de las faltas cometidas (1) en sus vidas anteriores y de las consecuencias que le han acarreado. Pero este sufrimiento es personal y merecido. Nadie es responsable de las faltas ajenas si no ha tomado parte en ellas. Presentado bajo este aspecto dogmático, el pecado original que castiga a toda la descendencia de Adán, es decir, a la humanidad entera por la desobediencia de la primera pareja, para salvarla después mediante una iniquidad mayor aún, la inmolación de un justo, es un ultraje a la razón y a la moral, consideradas en sus principios esenciales: la bondad y la justicia. Este dogma ha contribuido más a apartar al hombre de la creencia en Dios, que todos los ataques y todas las críticas de la filosofía. No es impunemente, en efecto, que se trata de separar en el pensamiento y en la conciencia la idea de Dios de la idea de la justicia. Así es como se siembra la confusión en las almas, y se provoca un trabajo mental que conduce forzosamente a la ruína de una de las dos ideas. Poco ha faltado para que se consiguiese destruir la de Dios, pues el hombre tiene que ver en El indispensablemente la más alta personificación de la sabiduría y del amor. Todas las perfecciones tienen que estar reunidas en el Ser eterno.

1 Téngase presente lo que el propio L. Denis, nos dice en otra parte: «Cada ser humano al volver a este mundo, pierde el recuerdo de su pasado... Esto es una necesidad física; es también una de las condiciones morales de la prueba terrena que el espíritu viene a arrostrar de nuevo». L. C. p. 251. La misma doctrina es profesada por Allan-K., «Qué es el Espiritismo», p. 76, y sig., y por todos sus prosélitos. Atense estos cabos con lo de las reencarnaciones para fines expiatorios y con lo de la intuición que copiamos en el texto. Pero ¿quién pide cuentas y razones, o a quién tienen que dárselas estos espiritistas que reciben sus dictámenes imperativos de diversos centros?

«El hombre ha perdido el recuerdo preciso de su pasado culpable, pero conserva de él una vaga impresión. De ahí procede la concepción del pecado original, que se encuentra en varias religiones, y de la expiación que necesita. De esta concepción errónea nace la de la caída, la del rescate y redención por la sangre de Cristo, los misterios de la encarnación, de la virgenmadre, de la inmaculada concepción, en una palabra, toda la armazón del catolicismo. Todos estos dogmas constituyen una verdadera negación de la razón y de la justicia divina, si, como lo quiere la Iglesia, se les toma al pie de la letra y en su sentido material. No es admisible que Dios haya creado al hombre y a la mujer con la condición de que no se instruirían. Menos admisible es aun que, por una sola desobediencia haya condenado a su posteridad y a la humanidad entera a la muerte y al infierno... Tales conceptos son los que justifican el apartamiento y el odio que la idea de Dios inspira a ciertos pensadores. Esto es lo que explica, sin excusarla, la acusación vehemente de un escritor célebre: ¡Dios es el mal!

«Si se considera el dogma del pecado original y de la caída por lo que es en realidad, esto es, por un mito, una leyenda, tales como se encuentran en todas las cosmogonías antiguas, si se sopla sobre estas quimeras, se derrumba inmediatamente todo el edificio de los dogmas y de los misterios». (1) «No podíamos ya creer tampoco en el pecado de Adán, recayendo sobre toda la humanidad. El pensamiento moderno se aparta cada vez más de esos mitos, de esos espantajos pueriles, desgarras esas telarañas que se han querido interponer entre él y la verdad». (2)

Por este lenguaje purulento y mal humorado que emplea el espiritismo, conócese bien el efecto que a sus estómagos causa la doctrina católica. Mas su lenguaje ni es nuevo, ni aun siquiera tiene la característica de paternidad, lleva ostensiblemente el marchamo de facsímil. El protestantismo liberal, por boca de Gerhard, Ritschl, Rothe, Hüllman y otros, ha sostenido que la cuestión del pecado original no es doctrina revelada que se encuentre en la Escritura, es invención humana que repugna igualmente a los atributos de la Divinidad que a la dignidad de la razón. El racionalismo considera el dogma del pecado original, co-

1 L. Denis, *Cristi. y Esp.* p. 76 y sig.

2 L. Den, *L. C.* p. 116.

mo un conjunto de contradicciones que vulneran la *bondad, la justicia y la sapiencia* del Supremo Hacedor. (1)

Muchas inexactitudes, que reconocen por causa la ignorancia, se cometen en las aseveraciones de los titulados defensores de la razón, las cuales se hallan sintetizadas todas en lo que del espiritismo acabamos de transcribir. No nos haremos eco de todas, sino únicamente de las que dicen relación directa al pecado original.

Ingenua y espontáneamente empezamos confesando con el Marqués de Valdegamas, que, «el dogma de la transición del pecado con todas sus consecuencias es uno de los misterios más tenebrosos, más incomprensibles y oscuros entre cuantos han sido enseñados por la revelación divina»; pero al mismo tiempo afirmamos con el sabio publicista, que, «entrando de lleno y derechamente en las entrañas de la cuestión, no será empresa ardua demostrar [*no ya*] la altísima conveniencia de este profundo misterio», sino la fácil comprensión de su existencia (2)

En efecto; considerada la cuestión en sus facetas generales, la difícil, o imposible y absurda concepción del pecado original, puede provenir o de la esencia y atributos de Dios, o de la personalidad humana; en una y en otra la encuentran los espiritistas. Ahora bien, estúdiase la naturaleza divina, o analícese la humana, en ninguna se presenta el óbice que los ocultistas señalan. ¿De dónde, pues, habrá de resultar lo que llaman «negación de la razón y de la justicia divina?»

Como postulado irrefragable hemos de admitir lo que en el artículo precedente se ha demostrado; la existencia de un orden que se cierne sobre la naturaleza, de un orden sobrenatural, cuyo sujeto es el propio hombre. La primera cualidad de este sobrenaturalismo es, la de ser un don totalmente gratuito; al estar sobre la naturaleza, ni forma parte de su esencia, ni puede ser una propiedad de la misma, ni aun siquiera una como secuela de las exigencias que el constitutivo humano reclama para ostentar la perfección y grandeza a que parece llamado por la posición y dignidad que tiene. El Infinito al plasmar la naturaleza de los distintos miembros que integran el universo, a ninguno debía de dotarle con otros componentes que los adecuados con relación

1 Cfr. A. M. Weis, L. C. conf. III, n.º 5.º y sig.

2 *Ensayo sobre el Catolicismo*, Lib. 5.º, c. I.

al fin para que les formaba; cumplido este requisito había satisfecho a su infinita sabiduría y a la dulce melodía que el coro de la creación tenía que entonar al Supremo Artífice. Los dones que en la naturaleza se encuentren, pero que excedan ese orden, han de considerarse como efecto de la liberalidad y largueza divinas, que ha querido embellecer con tan ricas preseas la obra de sus manos. Las perfecciones sobrenaturales que el hombre ostenta son, por consiguiente, gracias deíficas que el Dios de los amores ha depositado en la naturaleza, como en el cáliz de la flor se deposita la perla matinal. (1)

De la cualidad supererogatoria que presenta el sobrenaturalismo, síguese otra, a manera de corolario. El intrínseco constitutivo de lo sobrenatural, no pertenece a la esencia humana; se distinguen, como lo intrínseco de lo extrínseco; lo sobrenatural no puede, por tanto, formar parte de la personalidad humana que, ciertamente afecta a lo más íntimo del ser, y además, no siendo esencia, ni parte de la esencia revestirá el carácter de accidente. «Este ideal de sobrenaturaleza, escribe Ruibal en la obra citada, ofrécese con dos caracteres fundamentales que deciden sobre su índole y operaciones en el ser humano. Son estos, el no constituir elemento personal, sino la yusta-posición en el *yo* que eleva a funciones sobrenaturales; y la categoría de elemento accidental respecto de la naturaleza, que hace sea lo sobrenatural en cuanto factor de esta, simplemente complementario; bien que esencial respecto del fin a que se ordena», (2) y no en verdad, como observa el angélico, el de accidente, cuyo fundamento se halle en la naturaleza o en sus exigencias, cual si fuera una de las propiedades o inamovible cualidad, sino el de accidente contingente, amovible, de cuya separación nada pierde el sujeto en cuanto a la tersura de su naturaleza. «La gracia, escribe muy doctamente el sabio Hettinger, no es un momento necesario en el desarrollo natural del hombre... es una fuerza vital de

1 No ha faltado quien, como los pelagianos, niegue la sobrenaturalidad de los dones supererogatorios; otros, como Bayo, Quesnell y los pistorienses, los han estimado fruto exigido por la integridad de la naturaleza, y escuela ha habido que los reputaba consecuencia de la honestidad o armonía que la divina sabiduría se debía a sí misma; los llamados modernistas defienden que son reclamados por la naturaleza tal como se encuentra al presente. Cfr. F. Valen, L. C. *De Deo Cre* q. XXXVII, n.º 751, Tanque. L. C. n.º 868-869.

2 L. C. n.º 56, nota.

un orden superior que se apodera de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, aun de las más inferiores, y que modela a este a imagen de Jesucristo para formar el nuevo hombre; es una cosa sobre añadida a la naturaleza». (1)

El orden sobrenatural concebido en estas condiciones, que son las verdaderas en que debe concebirse, resulta que tiene como primera característica la contingencia, ya se le considere en su objetividad, ya se le mire con relación al tiempo. Lo sobrenatural que de matiz sublime sirve a la esencia y dotes naturales del hombre, puede, consiguientemente, perder su brillo, desaparecer, dejando intacta la esencia y atributos. La causa de esta pérdida, que no tiene el carácter de simple negación, sino de verdadera privación, desde el momento que se la considera adherida al sujeto racional, ha de buscarse en dos fuentes; divina una, y humana otra. El Dador que libre y graciosamente confirió el don sobrenatural, pudo otorgarlo con las condiciones y supeditado a los módulos que a bien tuviera establecer; el sujeto que tan honorífica distinción recibiera, también, libre, tenía arbitrio para despojarse de ella por un acto voluntario, pues si bien respecto del fin a que se ordena es absolutamente necesaria, con relación al sujeto es del todo accidental, por lo que a su naturaleza está supeditada, la que puede servirse o no de esa energía divina para la consecución de ulteriores perfecciones, como sucede con toda prestación externa que se le ofrece.

La primera suposición, elevando la tesis a las regiones de la posibilidad, no envuelve repugnancia en sus términos; pero considerada en el orden de la sabia providencia del Altísimo, palmariamente es inadmisibile. Para conceder que Dios privase al hombre de los auxilios sobrenaturales, habría que afirmar antes que no le tenía ordenado a un fin sobrenatural, pues que si se admite, como hay que admitir, la elevación a un fin que exceda las fuerzas de naturaleza, nos veremos obligados a afirmar también los medios; pero el que Dios, una vez elevó la naturaleza humana, la hubiera abandonado, es hipótesis arbitraria y absurda. La naturaleza objetivamente considerada siempre es la misma y lleva el distintivo propio de todas las esencias, ¿En virtud, pues, de qué habría de cambiar lo que una vez estableciera? No se nos oculta que tratándose de algo que no es debido al sujeto

1 L. C. c. nf. XXIV.

puede otorgárselo por el tiempo que a El le pluguiere, mas esto que podemos conceder en abstracto, debemos negarlo al tratar del caso concreto, en tanto la determinación divina no se manifieste clara y terminante, pues de lo contrario, su equidad reclama la perpetua conservación de lo que principió la infinita sabiduría.

Muy de otro modo se presenta la cuestión refiriéndonos al sujeto que en nacarino vaso encierra el precioso licor. No ya es fácil que quiebre el continente y efunda el licor, sino también probable, y más que probable muy admisible, que sea una triste realidad el fatal acontecimiento. La libertad de nuestra naturaleza, aunque fortalecida con los auxilios divinos, puede despreciar lo absoluto y abrazarse con lo relativo, abandonar la senda que a las eternas playas conduce y recrearse en los arenales del desierto; puede decir a Dios: no quiero ni la bondad con que me brindas, ni los medios que para conseguirla me ofreces. Puede, psicológicamente considerada, desestimar lo sobrenatural, privarse del accidente amovible y reducirse a la categoría de su naturaleza. Empero, ¿qué sucedería si las preciadas joyas fueran arrancadas del vestido en que el Supremo Artífice las entrelazara con sus divinas *manos*?

En la primera hipótesis, inadmisibile a todas luces, sólo tendríamos que repetir: El señor lo dió, el Señor lo quitó, como a El le plugo, así se ha cumplido, alabada su infinita sabiduría. (1) Nadie está capacitado para ser consiliario divino y menos para ser fiscal de las acciones del Señor. En el segundo supuesto, el cuadro varía por completo. La generosidad deífica adornando al humano ser con los atavíos esplendentes de su propia naturaleza, enriqueciéndole con sus dones y ordenándole a la divina visión, para que inteligencia y voluntad eternamente se fruicionen en la posesión de la verdad y bondad infinitas, excede todo cuanto nuestro entendimiento puede concebir. Nunca el hombre por mucho que discurriese hubiera oteado las alturas sobre naturales, si el que a sí mismo se denominó Misericordioso (2), no se digna revelar y comunicar las maravillas en su divina esencia ocultas. Al acto de generosidad por parte del Supremo Hacedor tiene que responder otro correlativo por parte de la crea-

1 Job. 1, 21.

2 Exod. XXII, 27.

tura. ¿Y cuál habrá de ser ese acto que brotando del humano corazón, llegue a la presencia del infinito remunerador? Los poetas en rimadas estrofas se lo brindaban al pueblo con el fin de que lo recitara en familia, lo cantara en las solemnes ceremonias y fuera él siempre y en todo lugar la expresión más sincera de su espíritu; los artistas con delicado y fino buril lo dibujaban en sus lienzos; en sus composiciones lo exhibía el literato y era a lo que en todo momento el sabio prestaba atención. El beneficio, gratitud, loa es lo que a su benefactor debe; y gratitud, alabanza sempiterna era lo que el hombre debía a Dios por la dignidad con que le había distinguido.

Si la criatura, lejos de corresponder y cantar las munificencias del que es Omnipotente, comete la más negra felonía; no solo sufrirá la pérdida de lo que le corresponde según el orden preestablecido, sino que irroga grave injuria y ofensa al Dios de amor y grandeza; comete un crimen reprochable, un pecado.

Pues bien; testigo la historia bíblica (1) y la de todas las cosmogonías (2), esto es lo que sucedió con el primer hombre. La Divinidad no satisfecha con dotar a la humanidad de los ricos dones de espiritualidad, la recubrió con las vistosas corolas de lo sobrenatural. Ruiseñor de amena floresta, cisne de apacibles lagos debió el hombre entonar melodiosos cantos, meciéndose al baibén de la fresca brisa. Felices se deslizarían sus días como las de la canora ave; y del vergel de la tierra al del cielo sería traslado; mas, incauto y descontentadizo, despreció felicidad tanta por conseguir lo que no estaba a su alcance, y perdiendo la que tenía no pudo conseguir la que muy lejos de su potencia estaba. Con esto, al mismo tiempo que se privó del accidente sobrenatural, cometió el pecado reprochable de ingratitud contra el Dios bondadoso y quebrantó su mandato divino que de imperativo servía a su conciencia.

La culpabilidad de la primera pareja es algo tan palmario, históricamente considerado y tan comprensible en su objetividad, que ni racionalismo ni espiritismo pueden oponer una dificultad seria, y aun fácilmente conceden que no sólo pudo pecar sino que de hecho pecó. Lo que Hegel se atrevió a llamar «una

1 Gen, II-III.

2 Cfr. Hetze. L. C. p. 91 y sig. Enci. Euro-Amer. T. II, Adán.

loca ilusión», (1) es una cosa tan demostrada que ningún cerebro sereno, después de estudiada la materia, aun prescindiendo del aspecto dogmático, se atreve hoy día a seguir por las huellas del filósofo alemán. El mismo Strauss, que llegó a escribir lo que luego copiaremos, admitía la posibilidad y la realidad del pecado en el primer hombre. (2)

Lo incomprendible de la cuestión se halla precisamente al llegar a este punto, a lo que pudieramos llamar final del acto, en las inmediatas consecuencias de la ingratitud de Adán; al hacer el tránsito del primero a los que le siguieron. «No podíamos ya creer, dice el espiritismo; en el pecado de Adán, *recayendo sobre toda la humanidad*, el pecado original que castiga a toda la descendencia de Adán, es decir a la humanidad entera por la desobediencia de la primera pareja». «Esta doctrina de la Iglesia, decía el citado Strauss, que hace caer las consecuencias del pecado de Adán sobre su posteridad, tiene cierta cosa tan repugnante para el sentimiento y para la razón, que fué combatida desde el principio». (3) Empero, estas locuciones espiritistas y racionalistas, impulsadas por las causas que ya hemos indicado, tienen más de espejismo que de efectividad, y la cuestión bajo este aspecto es tan comprensible como bajo el que acabamos de ver.

Efectivamente: El pecado real y verdadero que cometió el primer hombre tiene dos facetas; la una que pudiera llamarse positiva, y negativa la otra. Por la primera, en la que esencial y formalmente consiste el pecado, se ofendía al Supremo dador de todo bien, y esta era una acción exclusivamente personal. Por la segunda, el hombre se privaba de cuanto sobrenatural había recibido, y con esto se efectuaba algo de trascendencia incalculable.

El primer ser humano, como sucede en los primeros miembros de todo género de vivientes, es no sólo un miembro integral de la especie, que precedió en tiempo; además de esta prerrogativa, es la raíz y tronco de donde brotan todas las plantas siguientes, y en su semilla lleva ya la potencialidad de toda la especie, es la misma especie podemos decir, pues, en élla toda se encierra. «Nuestro primer padre fué, escribe Donosc Cortés, a

1 *Filosofía de la Religión*, p. 190.

2 *Glaubenelebre*. II. p. 52.

3 L. C. Apud Hettin L. con. XXV.

un tiempo mismo un individuo y una especie, un hombre y la especie humana, la unidad y la variedad juntas en uno; y como es ley fundamental y primitiva que la variedad que está en la unidad salga de la unidad en que está para constituirse por separado, salvo en volver en su última evolución a la unidad en donde originariamente reside, de ahí fué que la especie que estaba en Adán, salió de Adán por la generación para constituirse separadamente. Empero como Adán al propio tiempo que era individuo era especie, resultó necesariamente de aquí que Adán estuvo en la especie de la misma manera que estuvo en el individuo. > (1) «El primer hombre, dice Hettinger, no era solamente un hombre, sino *el hombre*, ni solamente un individuo, sino el cabeza de la raza.» (2)

Esta doctrina fundamental nos autoriza para afirmar otro postulado no menos evidente; el de que el primer humano al ser elevado al orden sobrenatural y al recibir en su naturaleza un don, un accidente; era elevado y lo recibía no sólo el hombre, sino todo el hombre, la especie, toda la humanidad; el accidente no era tanto accidente personal como específico y correspondiente a la humanidad. «La justicia original, dice a este propósito el Angélico, en la que fué formado el primer hombre, era un accidente de la naturaleza específica, no como causado por los principios de la especie, sino como un don otorgado divinamente a toda la naturaleza». (3)

Palmariamente se deduce de esto que el primer hombre, al cometer el pecado y desestimar el precioso don sobrenatural, no tanto se vió privado de él su persona, cuanto la naturaleza específica cuyo accidente era. El hombre y todo el hombre, la humanidad, fué la que perdió dicha tan deseable, y, reducida al orden de naturaleza, quedó hasta cierto punto contaminada, pues la falta de lo sobrenatural, «no es una cosa meramente negativa, sino que propiamente hablando es una verdadera privación del alma despojada por su culpa de una dignidad, de una virtud sobrenatural, que según los juicios de Dios, debía haber sido para siempre el patrimonio de la humanidad». «Como el primer hombre era a la par individuo y especie, su caída no fué un aconte-

1 L. C. lib. 5.º c. 1.

2 L. C.

3 l. 1.ª q. C. a. 1.

cimiento individual y particular, fué la caída *del hombre*, la caída del género humano» (1). «Hubo, pues, un Adán individuo y otro Adán especie, y como el pecado fué antes de la separación y como Adán pecó juntamente con su naturaleza individual y con su naturaleza colectiva, resultó de aquí que así el uno como el otro fueron pecadores». (2)

Con estas doctrinas que actúan a manera de axiomas en el raciocinio, y las cuales conjuntamente surgen de la historia, de la teología y de la filosofía, fácil es llegar donde los espiritistas conceptúan que es algo utópico sólo el intentarlo. «El hombre, escribe el doctor de Aquino, engendra de suyo un ser semejante a él en cuanto a la especie. Los hijos, son, pues, semejantes a sus padres, cuanto a los accidentes inherentes a la especie humana, a menos que haya algún defecto en las operaciones de la naturaleza». (3) Estas aseveraciones jamás han sido desmentidas por las leyes ontogénicas. De donde se sigue que, «si nuestros padres primeros hubieran procreado antes de pecar, sus hijos hubieran participado, por vía de generación, de su naturaleza incorrupta. Para que las cosas no hubieran sucedido de esta manera, hubiera sido necesario un milagro por parte de Dios como quiera que aquella transmisión no hubiera podido impedirse sin mudar aquella ley en virtud de la cual cada ser transmite lo que tiene, en otra por cuya virtud su ser no pudiera transmitir sino aquello precisamente que le falta. Caídos en mísera rebeldía nuestros primeros padres, fueron justamente despojados de todos sus privilegios... En este estado, es cosa clara que el padre no pudo transmitir por generación sino aquello que tenía, y que el hijo había de nacer apartado de Dios de apartado de Dios». (4) Tan evidente aparece esto que huelga todo ulterior raciocinio, pues si la naturaleza humana carecía de lo sobrenatural, al transmitirse por generación, el fruto que de ella brotara, ¿cómo habría de contenerlo? Tenemos ya, por consiguiente, a la humanidad, no sólo sin el preciado don sino privada del mismo, al que por el orden providencial hubiera tenido derecho.

Ahora bien; esto supuesto, ¿qué nos falta para que podamos

1 Hettin. L. C.

2 Don. Cort. L. C.

3 L. C.

4 Don. Cort. L. C.

aseverar la existencia del pecado original como algo propio de toda la humanidad?; ¿para decir con toda verdad que nacemos en pecado?; ¿que este se transmite por generación? Nada, pudiéramos contestar, pues ya se encuentran reunidas todas las condiciones que la materia exigía. Diremos, sin embargo, que falta un requisito; saber en qué consiste realmente el pecado original.

Los espiritistas, en las palabras arriba transcritas y en todas sus locuciones al tratar de esta cuestión, claramente expresan la idea de que la Iglesia y los católicos imputamos a toda la humanidad el pecado personal del primer hombre. Nada más inexacto. El pecado original, en cuanto original, no es personal, éste y aquél se mueven en dos esferas muy distintas. El pecado original es, dice muy sabiamente el Angélico, pecado de naturaleza. (1) El pecado original no es algo positivo, algo que tiene verdadera entidad, aunque sea lesiva de ajenos derechos; es negativo, privativo; sencillamente consiste en la pérdida de lo sobrenatural que en la naturaleza existía; esta es su esencia, esta su formalidad. «El pecado original es un hábito, dice Sto. Tomás, es como una disposición desordenada, proveniente de la falta de aquella armonía primitiva en la que consistía la justicia original... Por tanto, la privación de la justicia original, en cuya virtud la voluntad del hombre estaba supeditada a la voluntad de Dios, es lo fómalo, lo sustantivo del pecado original». (2) «El abandono voluntario de la gracia, este oscurecimiento y esta mancha del alma, que perdía con la gracia su esplendor sobrenatural y celestial hermosura que de ella recibía, del alma; objeto antes de las contemplaciones de Dios y en la actualidad de su aversión, es lo que forma la esencia del pecado original, de ese estado de pecado en que nacen todos los hombres». (3)

Cualidad primaria de toda culpa es el ser voluntaria; la culpa original, sopena de no ser culpa verdadera, no podía carecer de ella. Esta condición que a primera vista parece difícil de concebirse, es muy fácil si se profundiza un poco la materia y se atiende a las circunstancias especiales que la distinguen. Hemos dicho ya que el primer hombre, como cabeza del género humano,

1 L. C.

2 l. 2^a q. LXXXII. a. l. III.

3 Hettin. L. C.

llevaba en sí toda la humanidad específicamente considerada; el impulso, pues, de la voluntad al obrar extendía su actuación a la persona y a la naturaleza, y, en conformidad con ella, persona y naturaleza participaban del voluntario, cada una según su proporción (1) «Esta privación, en cuanto causada por la voluntad de quien fué cabeza de la naturaleza humana», tiene en todo hombre razón de pecado, no de la persona en cuanto tal, sino de la naturaleza o de la persona en cuanto participante de la naturaleza humana. Y según es pecado así también es voluntaria. Es decir, es voluntaria por voluntad, no personal, sino natural, o sea, por voluntad de quien fué origen y fuente de la naturaleza que de él se había de propagar». (2)

¿Qué tiene que oponer a este raciocinio Allan-Kardec, y qué tienen que decir ninguno de sus secuaces? Se presenta a nuestra vista el pecado original, como un espectro sombrío, como algo inconcebible? ¿Tendrán la osadía de seguir imputándonos que hacemos recaer sobre toda la humanidad el pecado personal del primer hombre? Una sola objeción pueden hacer; la de que Dios «castiga a toda la descendencia de Adán, es decir, a la humanidad entera por la desobediencia de la primera pareja». Después de lo escrito fácil es responder a esta objeción, basada en la supuesta culpabilidad; por lo que no pasa de ser una atribución gratuita y sin fundamento objetivo.

Preguntamos a los espiritistas; ¿a qué género de castigos se refieren cuando este lenguaje emplean; al del infierno, como claramente lo dicen las palabras de L. Denis, antes copiadas? Si a este se refieren, contestaremos: que a la arbitrariedad añaden la calumnia. ¿Cómo, cuándo y dónde ni la Iglesia católica ni alguno de sus doctores han enseñado que la culpa original lleva consigo la pena eterna?. No, la pena eterna es personal y el pecado original es de naturaleza. ¿Se refieren a los males morales, o sea a las ofensas que los hombres incesantemente cometen contra el orden por Dios establecido? Pues también se equivocan. Los males morales no son efecto directo del pecado original. Primero, porque éste es defecto de naturaleza, como se ha dicho repetidas veces, en tanto que aquéllos sonlo de la per-

1 Sto. Tom. I. 2.^o q. LXXXI. a. 1.

2 Enc. Euro-Amer. T. LXII, Peca. Cfr. Billot. De pe. Ori-Thes. XI-XII, Fr. Valen. L. C. q. XXXVIII. a. III-IV.

sona; y segundo, porque los católicos afirmamos que los males morales, el pecado personal, afectando ciertamente a la naturaleza parcial, podían haber existido, aunque no fueran precedidos de la culpa original, pues el hombre no nacía confirmado en gracia, en la impecabilidad. (1)

Ahora, si tratan de los males físicos y desórdenes que existen en la naturaleza, aunque pudiéramos negar toda la afirmación ocultista, pues como ya notamos en capítulos precedentes, integrada la humana naturaleza por doble elemento, cada uno con sus potencias y objetos definidos, pero opuestos múltiples veces; y, como dice el Angélico: «puesto que el cuerpo humano está formado de partes corruptibles y contrarias, resulta necesariamente destructible; que el apetito sensitivo se inclina al deleite que proporcionan los sensibles objetos, contrarios no pocas veces a la razón, y que la inteligencia, no poseyendo su objeto en el acto, sino que se encuentra en potencia para las cosas inteligibles, las ha de recibir mediante el concurso de los sentidos, con o cual muy difícilmente llega a conocer la verdad y fácilmente se aparta de su camino»; todo es causa más que suficiente para engendrar los desórdenes y desequilibrios de la naturaleza. No obstante, para responder a los espiritistas, diremos con el mismo Angélico, que, «si uno rectamente reflexiona, con bastante seguridad podrá apreciar, supuesta la divina providencia, la cual a cada perfección proporcionó congruos perfectibles, que Dios para esto unió la naturaleza superior a la inferior, para que la dominase, y si a ello se opusiera algún impedimento originado de la defectuosa naturaleza, Dios le removería por singular y sobrenatural beneficio, para que de esta manera, siendo el alma de superior naturaleza que el cuerpo se estime que a él fué unida con la condición de que nada en el cuerpo pudiera ser contrario al alma, e igualmente aconteciera entre la razón y los sentidos...

«Así, pues, aunque tales defectos en absoluto, parezcan naturales al hombre atendiendo a la humana naturaleza en su parte inferior, no obstante, considerando la divina providencia y la dignidad de la parte superior, puede probarse con bastante probabilidad que tales defectos son penales, y que por ende el género humano está contaminado originalmente con algún pecado» (2).

1 Sto. Tom. I. 1.^{ae} q. C. a. II.

2 Summa C. Gentes. Lib. 4.^o c. LII.

Mas ¿de aquí se deduce que semejantes penas sean castigo de la culpa personal ajena? De ninguna manera. Son males de naturaleza debidos a defectos de la misma naturaleza. ¿Y qué contradicción o repugnancia hay en esto? ¿Qué derechos ajenos se vulneran con este procedimiento? Por ventura, a la naturaleza humana ¿se le ha privado de algo esencial? El desorden y alteración actual con sus fatales consecuencias, es pena sí; pero lo es sólo mirando a la providencial liberalidad de Dios; atendiendo a la naturaleza en sus propios constituyentes es efecto directo de dos contrarios que pugnan por la consecución de un objeto; pues no hay inconveniente en afirmar que la naturaleza en sus principios intrínsecos nada sufrió directamente con la pérdida de lo sobrenatural, y que se conservan en las mismas condiciones que tuvieran en su puridad. (1) Este procedimiento, muy fácil de comprender, según se ha visto, no «constituye, por consiguiente, una verdadera negación de la razón», como pretende el espiritismo. Pero si no repugna a la razón menos se opone a la «justicia divina».

Y en verdad; ¿por qué motivos la justicia divina es incompatible con la existencia del pecado original? ¿Será por la relación que a Dios dice? Pero si el pecado original es sólo la privación de algo innecesario al hombre en cuanto hombre, de algo indebido, que excede su propio constitutivo; si lo sobrenatural es un don totalmente gratuito, con el que la Divinidad quiso enriquecer al hombre, siempre que de parte de la humanidad se cumplieran algunas condiciones; ¿por qué al desaparecer estas, siquiera fuera en el inicio humano, habrá de ser Dios injusto no continuando en la prestación *absolutamente indebida*? ¿Será por lo que a la naturaleza en sí misma se refiere? Y bien; preguntamos nosotros, ¿qué ha perdido la naturaleza con el pecado original? Después del pecado ¿la faltó algo de lo que antes le pertenecía y era *propio*? Error protestante fué afirmar que la naturaleza había sufrido cambio radical, perdiendo hasta la propia libertad y quedando inclinada necesariamente al mal. (2) Empero, muy lejos de suceder semejante desvarío, la naturaleza humana permaneció íntegra en su totalidad y conservando para con Dios las mismas relaciones que hubiera tenido sin el don gratuito; por el pecado original, el

1 Cfr. Salmaticenses. *De vitis et pec.* I-II, q. LXXXV, a. I-III, Fray Valen. L. C. a. VI.

2 Fr. Valentín. L. C.

hombre «sólo fué desviado de Dios en cuanto fin sobrenatural. Y siendo esto así; ¿dónde aparece vulnerada la justicia del Supremo Hacedor? Menos aún que la justicia sufren la bondad y sabiduría divinas. Sabiduría y bondad divinas difícilmente alcanzan mayor ostentación que en la economía del orden por Dios establecido según se ofrece en la sucesión de los tiempos, armonizando tan sabiamente extremos tan distantes, sin lesionar en lo más mínimo los nobles atributos de la naturaleza hominal. Luego «la transmisión de las consecuencias del pecado se explican por sí mismas sin ningún género de contradicción ni de violencia». Y la doctrina del pecado original que se ofrecía por los espiritistas, como absurdos y «espantajos pueriles», es la más racional, supuestos algunos postulados de fácil comprensión.

A idéntica conclusión se llega siguiendo otro procedimiento distinto, pero no menos fácil ni menos evidente; al que Donoso estimó como «una de las más bellas y augustas revelaciones del dogma católico»; el de la gran ley «que nos deja atónitos por su sabiduría y como pasmados por su grandeza»; la ley de la responsabilidad común, o de la *solidaridad*, que «es tan universal, que se manifiesta en todas las asociaciones humanas» «Por la solidaridad el hombre, levantado a mayor dignidad y a más altas esferas, deja de ser un átomo en el espacio y un minuto en el tiempo; y anteviviéndose y sobreviviéndose a sí mismo, se prolonga hasta donde los tiempos se prolongan, y se dilata hasta donde los espacios se dilatan. Por ella se significa la unidad substancial de la naturaleza humana, y el estrecho parentesco que tienen entre sí unos con otros todos los hombres» (1)

En virtud de esta ley sucede que en los cuerpos colectivos bienes y males afectan a todo el organismo; la acción del todo se atribuye a la parte y la de la parte al todo, a una y a otro se les considera responsables de los actos que realizan como miembros del cuerpo orgánico; cuando una parte se resiente todas se resienten, cuando una pena todas participan de la pena, como igualmente participan de las alegrías. Estas y aquellas se extienden allí a donde no llegan los miembros físicamente considerados. Mueren estos, pasan los tiempos, y glorias que se alcanzaron y castigos a que se hicieron merecedores perduran a través de las generaciones gravitando sobre las partes que subsis-

1 L. C. c. III.

ten. Los que forman un todo moral, que abarca el pasado y el futuro, són los responsables; y cuando por el presente pasan, que es a modo de centro, cuyos extremos son los términos indicados, al sufrir las consecuencias no se consideran víctimas de una injusticia, antes por el contrario, piensan que sobrellevan lo que según el recto orden les corresponde.

Ahora bien; el género humano por ventura ¿no es la gran colectividad que se levanta en la historia de los pueblos, y rompiendo valladares y fronteras une a todos los miembros que la integran con los lazos indestructibles de la unidad substancial de naturaleza y con la misión de aspirar a un mismo fin sirviéndose de idénticos medios? Desde el primer hombre que dió principio a la humanidad hasta el último que la de fin, constituyen la cadena eslabonada, forman la admirable unidad que hace de todos los hombres el complicado organismo del género humano. «Afirmar de muchos que están en comunión entre sí, es lo mismo, dice Donoso Cortés, que afirmar de ellos que son solidarios» (1) En virtud, pues, de esta solidaridad, como los bienes sobrenaturales a la naturaleza se hubieran transmitido a todos los hombres, también habían de transmitirse las privaciones y desgracias que a la misma acontecieran, sin que por esto puedan estimarse reos de injusticia, ni por la naturaleza ni por la divinidad. Antes y después seguían rigiéndose por una ley recta, equitativa y razonable. El pecado original con todas sus lamentables deducciones, es lo correlativo de la unidad substancial del género humano con todas sus grandezas. Unas y otras son comunes a la humanidad, lo que equivale a decir, que son propias de la humanidad, pertenecen a todas y a cada una de sus partes. ¿Cómo, por consiguiente, podrán querellarse de injusticia?

Esta doctrina de la solidaridad es la que nos permite repetir con Donoso: «El dogma que enseña la corrupción simultánea en Adán del individuo y de la especie, nos explica la transmisión; por vía de generación, de la culpa y de los efectos del pecado, y la naturaleza antitética, contradictoria y desordenada del hombre que todos vemos, nos lleva como por la mano, de inducción en inducción, primero al dogma de una corrupción general de toda la especie numana, después al dogma de una corrupción transmitida por la sangre, y por último al dogma de la prevarica-

1 L. C.

ción primitiva; el cual enlazándose con la libertad dada al hombre y con el de la Providencia que le dió aquella libertad, viene a ser como el punto de conjunción de los dogmas que sirven para explicar el orden y el concierto especial en que fueron puestas las cosas humanas, con aquellos otros más universales y más altos que sirven para explicar el peso, número y medida en que fueran criadas, por el Criador todas las criaturas». (1)

Así entendida la doctrina del pecado original compréndese que, muy lejos de «sembrar la confusión en las almas y provocar trabajos mentales que conducen forzosamente a la ruina de la idea de Dios o de su justicia», engendra la idea más sublime que puede darse de la providencia deífica y grandeza humana, afirmando la fe en la bondad infinita, máxime si se relaciona con el instrumento que su sabiduría supo excogitar para de lo mismo que es como una enfermedad de naturaleza, convertirlo en la más grande satisfacción y alegría de la misma; compréndese cuánta razón tuvo y cuán sabiamente se condujo el Concilio de Trento, cuando después de decirnos en el canon primero de la sesión quinta, que el primer hombre al traspasar el mandato de Dios perdió al instante la santidad y justicia en que había sido constituido, nos dice en el segundo que, esa santidad y justicia con todos los efectos lamentables que a su desaparición se siguieron, las perdió igualmente para todos los hombres, y añade en el tercero; que ese pecado que es uno por origen, y que transfundido a todos, no por imitación, sino por propagación, es propio de cada uno», anatematizando al que en contrario se atreva a sentir.

Después de todo lo expuesto, una sola cosa nos resta para completar la materia y acabar de ver la sin razón de los espiritistas, al ponerse frente a frente de la filosofía que rige, subordinada desde luego a la providencia, los destinos de la humanidad y sirve de clave para explicar sus más difíciles misterios; hablar de la existencia del pecado original en cuanto es objeto de la historia. ¿Qué aspecto presenta al contéplarla como una realidad? ¿Corresponde la objetividad al concepto o se trata de un mero espejismo?

La universalidad del pecado original entre las antiguas generaciones es tan evidente que hasta el mismo Voltaire, según an-

1 L. C. c. III.

tes dijimos, la estimaba patrimonio de todos los pueblos de la tierra; en todos se conserva la tradición de la gloriosa edad de oro y en todos, con más o menos claridad, se habla de la caída del hombre. Porque es tan universal huelga el que insistamos con nuevas citas, sobre todo teniendo presente que en virtud de esa misma evidencia, el propio espiritismo no la niega, antes bien, nos dice que «se encuentra en todas las cosmogonías antiguas.» Pero si no se atreve a negar la existencia, en cambio niega su valor objetivo; estimándola como un mero espejismo.

Paradoja más o menos le importa muy poco al espiritismo. De manera que a la tradición sobre la caída del género humano, ¿jamás precedió un fundamento real y verdadero, y fué fruto de no sabemos qué, ni quiénes? Fantasear con sueños dorados, en los que la humanidad estuviera refrigerándose los días de su vida es muy hacedero y fácil de comprender, pues el instinto mismo nos impulsa a lo que de gloria nimbe nuestras sienas. Pero inventar la existencia de lo que precisamente degrada nuestra naturaleza, es tan contrario a la misma que sin que preceda la realidad jamás la razón humana se determina a ello. Y menos aún a conservar y públicamente exponer el pecado que nos llena de oprobio. La memoria del pecado original no es propiedad de algún ser oscuro y que en viejos pergaminos la tenga sepultada en los senos de la tierra, sino que se extiende a todos los pueblos y estos la enseñan en sus cosmogonías, donde todos habían de aprender lo que para ellos revestía más interés. Esto ¿es comprensible a la humana psicología? El apologista A. M. Weiss se pregunta: «¿Cómo se esparció esta creencia por la tierra? Los pueblos, dice, son incapaces de responder a esta pregunta. Se conserva fácilmente el recuerdo de hechos consoladores y edificantes, pero el recuerdo de que nos avergonzamos y de que deseáramos deshacernos se borra pronto; sin embargo, los hombres no han olvidado completamente la respuesta de esa pregunta». (1)

«El hombre, dice el espiritismo, cohonestando un absurdo con otro, ha perdido el recuerdo preciso de su pasado culpable pero conserva de él una vaga impresión». No, las tradiciones sobre la caída primitiva, nunca hacen referencia a estados de pretéritas vidas, ni sólo recuerdan el pecado con términos gené-

1 L. C. conf, III, n.º 6º.

ricos signo de vagas impresiones; hablan con toda precisión por lo que al hecho fundamental se refieren, sirviéndose únicamente de términos un tanto genéricos y confusos cuando mencionan los detalles. Todas se refieren al mismo hecho y todas le suponen realizado, no en pasadas existencias, sino al principio del género humano; y lo que es más, de modo semejante al relato bíblico. ¿Quién pudo conferir esta unidad y uniformidad si nunca precedió una acción real?

«Este hecho que hemos querido sentar está demostrado hasta la evidencia. Todos los pueblos de la tierra han considerado al hombre como a un ser caído y degenerado. Añadamos ahora que le consideraron caído de la manera y con las circunstancias que más favorecen la incredulidad en la relación de Moisés: una fruta prohibida, un espíritu maligno bajo la forma de una serpiente insinuándose en el ánimo de la MUJER. Esta seducida por la serpiente y seduciendo al hombre a su vez: todos los males de la especie humana derivados de esta transgresión; he aquí el fondo de las tradiciones universales.

«De aquí saco yo un raciocinio sin réplica a favor de la verdad de este punto fundamental de nuestra religión.

«Tantos pueblos, tan diferentes en sus circunstancias, tan dispersos, tan separados entre sí, no pueden hallarse de acuerdo sobre un hecho único, sino porque este hecho ha realmente sucedido en la época del origen común a todos ellos, produciendo una sensación profunda en la misma fuente del género humano. Aquí podemos muy bien exclamar con Cuvier: ¡Es posible que una casualidad nos dé un resultado tan admirable! Las ideas de los pueblos que tan pocas relaciones tienen entre sí, cuyo idioma, cuya religión, cuyas costumbres nada tienen de común, ¿podrían concertarse de tal manera, sino tuvieran por base la verdad?

«Si las tradiciones universales no estuviésemos de acuerdo con la relación de Moisés sino en el hecho sencillo y aislado de la caída y degeneración del hombre, ya esto sólo no dejaría de ser una prueba de la veracidad de esta relación; pero no es únicamente en el fondo de la relación donde existe este acuerdo, sino que también existe en los pormenores, y pormenores los más extraordinarios. ¿Qué cosa hay en efecto, más singular, que ver a todo el género humano, caído en desgracia por la culpa de un primer hombre, que la caída de este primer hombre viniera pre-

cisamente de la *mujer*, y de la *mujer* instigada por ser sobrenatural y maléfico, revestido bajo la forma de un animal, y más particularmente revestido de la SERPIENTE? Nadie dejará de convenir en que todas estas circunstancias son muy extrañas, y que la misma incredulidad, a la cual me dirijo en este momento, deberá confesarme que son al parecer absurdas; a lo menos esto es lo que ha dicho siempre, sin tener otra arma que oponer a la verdad de este fundamento de nuestra religión. Ahora bien, esta misma arma es la que la confunde y la vence; pues todas las circunstancias, y en especial aquellas que más nos chocan por su apariencia de absurdo, conservadas por todas las tradiciones unánimes de toda la tierra, han venido a ser, en virtud de su propia inverosimilitud otros tantos argumentos incontrastables de la completa verdad de la narración mosaica, a la cual vienen a conformarse puntualmente todas las relaciones. Sí, cuanto más extrañas son, más inverosímiles, más absurdas, si así se quiere llamarlas, las circunstancias características de la historia escrita por Moisés, tanto más imposible es que el sentido común de todos los pueblos del mundo las haya imaginado tan universal e idénticamente y que en ellos se hayan tan profundamente arraigado, a no tener un gran fundamento; y es tanto más necesario admitir que el mismo HECHO quedó impreso en la tradición primitiva con una fuerza tal que todas las tradiciones sucesivas han conservado su sello sin poderlo borrar.

«Sea cual fuere el aspecto bajo el cual consideremos al género humano, es imposible explicar la concordancia universal sobre este punto, más que por la fuerza de la verdad y la de verdad elevada a su más elevada potencia. Cuanto más chocante es para la razón humana el misterio del pecado original, cuanto más se resiste a la imaginación, cuanto más oscuro es, más incomprendible, más impenetrable, tanto es menos creíble el que se haya insinuado naturalmente en el espíritu de todos los hombres, y que el universo entero se haya empeñado en inventarlo y creerlo de una misma manera; porque lo que parece absurdo a un individuo, con mayor razón debe parecerlo a dos, a tres, a ciento porque el *sentido común* se opone con más fuerza a su admisión.

«De cualquier modo, pues, que consideremos el espíritu humano, ya sea con relación al sentido común, que es su expresión, y que rehusa soportar por mucho tiempo y uniformemente el yu-

go del error, ya sea con respecto a su disposición a dejarse engañar o engañarse a sí mismo, lo cual hace que el error varíe según los tiempos y lugares, siempre vendremos a parar a este resultado: que cuanto más se aleja una cosa de la verosimilitud, cuanto más extraña y singular se nos presenta, menos puede prestarse a esa *universalidad y perpetuidad*, que es el carácter distintivo de esta creencia; y que desde el momento que lo logra, es precisamente porque en su base y en su fondo tiene un principio de verdad primitiva tanto más cierto y más poderoso, cuantos mayores fueron los obstáculos que le oponen sus propias experiencias». (1)

A este sabio discurso del ilustre publicista francés, ni nosotros tenemos nada que añadir, pues compendia de un modo admirable la doctrina del por qué de las tradiciones acerca del pecado original, demostrando su verdad real y objetiva, ni los espiritistas pueden oponer nada en serio o razonable.

Es por tanto, un hecho inegable y un dogma definido: 1.º La existencia del orden sobrenatural, o de lo mismo sobrenatural y los dones gratuitos sobreañadidos a la naturaleza humana. 2.º La existencia del pecado original que del primer hombre se transmitió al género humano, como partícipe de la naturaleza caída o privada del don gratuitamente concedido por la liberalidad de Dios al primer hombre. 3.º Tanto la existencia de lo sobrenatural como del pecado original, son una palmaria demostración de la bondad, sabiduría y justicia divinas, y están conformes a los dictámenes de la humana razón. 4.º De donde se deduce, que el espiritismo se equivoca lamentablemente al negar la verdad de uno y otro.

1 A. Nicolás, L. C. T. I, L. 2.º c. IV, § 1.º.

CAPITULO XI

METEMPSICOSIS, PALINGENESIA, REENCARNACION

EL ESPIRITISMO Y LA FILOSOFÍA.—EXCELENTE QUÍMICO.—EL MUNDO YACÍA EN LA IGNORANCIA.—PUNTO CARDINAL DEL ESPIRITISMO.—¿A DÓNDE VOY?—¿QUÉ SOY?

Tan elevado es el concepto que de sí propio tiene el espiritismo, que no satisfecho con llevar en los labios el caramelo de filosofía, ha tenido la osadía de escribir una obra titulada: «El Espiritismo es la Filosofía», personificada, por esencia; y como filosofía, lo mismo que verdad, no puede haber más que una verdadera, aun para los partidarios de la verdad relativa, de un solo golpe el espiritismo convierte en ruinas todo lo existente y él se levanta arrogante sobre ellas como en su trono.

Sin otras recomendaciones que esta su arrogancia bastaría para dar por bueno el epígrafe, y el contenido del epígrafe, que Perujo pone a uno de sus artículos: «El espiritismo es absurdo como sistema filosófico», y aun para mejorarlo con una corta enmienda diciendo: *El espiritismo es el absurdo filosófico*. Esta sería la proposición contraria y a la vez la que expresara toda la verdad, porque sin duda que «es hacer demasiado honor al espiritismo conceder que sea un sistema filosófico». (1)

El espiritismo escribe, habla, afirma, niega y realiza toda su labor llamada científica por antítesis, sin para nada tener en cuenta las doctrinas filosóficas, los cánones de la dialéctica ni la estabilidad del orden objetivo. Con más facilidad que el químico descompone las moléculas de la física y material naturaleza y las vuelve a recomponer en su estructura extrínseca, el es-

1 Perujo. *La Fe católica y el espiritismo*, § 14.

piritismo, llegando hasta la esencia de los seres vivos, hace cuantas carambolas le vienen en talante; ya los da vida, ya se la quita, ora fija leyes, si leyes pudieran llamarse, por las que la forma se hace presente o ausente de la materia; el alma sale y entra, marcha o viene, anima o deja muerto al propio cuerpo. ¡Como si el problema de la vitalidad y animación de los seres fuera de tan fácil solución como dar movimiento a un maniquí mediante la corriente eléctrica! ¡Por algo uno de los axiomas del espiritismo es que hasta él el mundo había yacido en la ignorancia acerca de los más importantes problemas!

Cuando las doctrinas que llevamos expuestas no lo demuestran, viendo cómo han jugado con la existencia del hombre y la han sometido a los caprichos de su *ciencia*, lo demostrará lo que diremos en el presente capítulo. Hemos llegado y vamos a entrar en lo que el propio espiritismo nos dice que «constituye el punto esencial de las enseñanzas del espiritualismo moderno»; en «la pluralidad de las existencias del alma y su ascensión en la escala de los mundos». «¿Cuál es el hombre que en las horas de silencio y recogimiento no ha interrogado alguna vez a la naturaleza y a su propio corazón preguntándoles en el secreto de las cosas, el por qué de la vida, la razón de ser del universo? ¿Dónde está aquel que nunca ha intentado levantar el velo de la muerte, ni conocer sus destinos, ni saber si Dios es una ficción o una realidad? No hay ser humano, por indiferente que sea, que no haya meditado alguna vez sobre estos formidables problemas». (1)

Al primero de estos problemas formidables, ya le consagramos bastante espacio al tratar de la preexistencia; ahora completaremos la materia contemplando su último aspecto; a dónde voy, o sea, el que se refiere al destino. Convenimos con los espiritistas en asignar sumo interés a estos problemas, y no concebimos que haya hombres racionales que puedan mirarlos con indiferencia, o que no se dignen consagrarlos una mirada, siquiera tengan siempre su vista fija en la yerba de la pradera, en las bellotas del monte o en las perfumadas flores del jardín.

Entre estas dos cuestiones extremas que se refieren al principio y fin del hombre, hay otra intermedia de no menor importan-

1 L. Denis, *El por qué de la vida*, Tradu. por Elisa, § 1.

cia; la que dice relación a la existencia del sujeto: ¿Qué soy?; ¿Cómo se desarrolla mi vida?

Capítulo especial pensábamos dedicar a esta cuestión, para demostrar el ridículo pensar del espiritismo; mas por no alargar excesivamente la obra, y porque el fondo de la cuestión ya está aclarado indirectamente, y se irá esclareciendo más en lo que nos falta que decir, nos concretamos a hacer una breve exposición de los componentes de la naturaleza humana, persuadidos que ella bastará para convencerse de la falsedad espiritista.

ARTÍCULO PRIMERO

EL HOMBRE, SUS COMPONENTES Y LAS ÍNTIMAS RELACIONES

LA IGLESIA Y LA UNICIDAD DE LA FORMA HUMANA.—PALMIERI Y TONGIORGI.—DUO-DINAMISMO Y TRIDYNAMISMO.—ÍNTIMO ENLACE DE LAS PARTES.—PARALELISMOS Y OCASIONALISMOS.—SIN LA UNIÓN FALTA LA VIDA.—NO AGRADA A LOS ESPIRITISTAS.—VÍNCULO SEMIMATERIAL.—LOS TRES COMPONENTES DEL HOMBRE.—EL ALMA DURANTE EL SUEÑO.—DICHOTOMÍA HUMANA.—MUERTE Y RESURRECCIÓN DEL HOMBRE.—LOS PROSÉLITOS DE ALLAN-K.—LO QUE DICE EL TEOSOFISMO.—EL ALMA CENTRO DE LA VIDA.—LOS TRES ESTADOS DEL ESPÍRITU.

Discuten las escuelas, aun después del Concilio Vienense y de la epístola de Pío IX al cardenal Geissel, acerca de la unicidad de la forma en la naturaleza humana, opinan de diverso modo creyéndose todas iluminadas por la esplendorosa luz; mas en lo que no admiten discrepancia es en el distinguir las partes integrantes o substanciales del hombre.

La naturaleza humana se compone de una parte frágil, grosera y quebradiza que es la carne corruptible; pero tiene otra sutil, espiritual, inmortal que es el alma. La unión que guardan es tan íntima que, aun en la opinión de los atomistas, como Palmieri y Tongiorgi, el alma y el cuerpo forman única naturaleza; aquélla es la parte activa, ésta la pasiva; el alma es la forma o hace las veces de tal, el cuerpo es la materia sobre la que actúa el principio vital, que le presta vida, acción y movimiento a la parte orgánica; los dos constituyen una substancia animada que se llama hombre. El *duo-dinamismo* y *tridy-namismo* ora fuesen sosteni-

dos por los antiguos, ya también por algún moderno, siempre se consideraron por la sana filosofía y por la doctrina de la Iglesia, como sistemas menos razonables e insostenibles, por estar en pugna no sólo con los principios fundamentales de la psicología sino con los hechos que la propia conciencia de cada individuo testifica. (1)

El ser substancial, decía la escuela, se manifiesta en su acto; o, según es la naturaleza así resulta la operación. El vínculo tan estrecho que el alma y el cuerpo dicen entre sí para formar el sujeto, ese es el mismo que tienen cuando de la operación se trata; una y otro concurren a la formación del todo que se llama acto humano y acto vital, como dos causas parciales produciendo un solo efecto; ni el cuerpo obra sin el alma ni el alma sin el cuerpo; la presión del uno se refleja inmediatamente en el otro la información que el alma tiene sobre el cuerpo en el vivir, esa misma dice en los actos.

Los paralelismos y ocasionalismos de algunos escritores se hallan en pleno desacuerdo con la experiencia y con el íntimo sentir de cada naturaleza. Más repugnancia envuelve aún la aserción de los que quisieran ver entre el alma y el cuerpo un tercer agente, sirviendo a modo de lazarillo y medio transmisor. Ridículo por demás y triste sería el papel de semejante comisionado, porque o pertenecía al orden espiritual, o estaba en la jerarquía de la materia. En el primer caso inútil era el pretender llamar a las puertas del cuerpo para transmitirle las órdenes superiores; sin resonancia sus golpes, inmateriales sus miembros, las puertas del bajo alcazar cerradas permanecerían constantemente sin que jamás dieran libre tránsito a la virtud que de lo alto procedía y así el alma nunca se comunicaría al exterior. El mismo resultado negativo tendríase en la suposición contraria; es decir, cuando el agente transmisor perteneciera a la jerarquía de la materia. El cuerpo se vería condenado a la incomunicación con el alma y entonces, ¿cómo explicar las operaciones humanas? Además; estas hipótesis necesariamente arguyen diversos principios de vitalidad, y a diversos principios de vitalidad evidentemente corresponden diversas naturalezas. ¿Dónde estaría, pues, el hombre? (2)

1 Cfr. Marce. a. P. J. C. D. L. C. Psicol. Disp. VI, q. II, a. I-IV, Mercier, L. C. números, 254-255.

2 Cfr. F. Marce, L. C. a. III.

La unión de los dos componentes del hombre de tal manera es precisa para obrar y vivir el humano ser, que la separación de una y otro, siquiera sea instantánea, es lo que origina la muerte. En el mismo instante que el organismo, por causa natural o violenta, deja de recibir el influjo del alma, la vida deja de circular por las arterias, el corazón se paraliza y el cuerpo no es más que un cadáver. En algún caso insólito puede acontecer que algunos músculos conserven ciertos movimientos durante un periodo más o menos breve, pero esos movimientos puramente mecánicos diferencianse grandemente de los actos vitales y desaparecen tan pronto como cesa el total influjo del principio vital.

El alma, desde el primer momento de la concepción, o desde que el embrión alcanza el grado de organización necesaria para ser informado (1), tan estrechamente se une al cuerpo que nada puede separarla de él; penas y alegrías, dolores y goces, salud y enfermedad todo lo comparten, no hay fieles amigos que a ellos puedan compararse; la muerte es la única que pone dique a esa corriente vital, que rompe esa amistad y el vínculo que la establecía.

La precedente doctrina, admitida por todos los sabios, aun por los llamados materialistas, que no ven en el alma otra cosa que un principio energético mediante el cual se pone en movimiento el mecanismo humano, no es del agrado de los espiritistas.

Para ellos ni el hombre se compone sólo de alma y cuerpo, ni la unión que entre sí tienen constituye una sola naturaleza; ni se necesitan para vivir y obrar en múltiples ocasiones; ni su unión es tan íntima que la separación signifique la muerte, pues con frecuencia antes que llegue el estado definitivo del último adiós, el alma ha salido del cuerpo, vagando por los cuerpos astrales o por los espacios sidéreos en francachela con otras almas que han acudido a la cita de un espíritu. «Además del alma y del cuerpo, se pregunta Allan-K., ¿hay alguna otra cosa en el hombre? El lazo que une el alma al cuerpo». La naturaleza de este lazo nos dice que es «semimaterial, y sirve de intermedio entre el Espíritu y el cuerpo, y así debe ser, agrega, para que puedan comunicarse el uno con el otro. Por medio de este lazo el espíritu obra sobre la materia y *vice-versa*. Así, pues, el hom-

1 Cfr. Fr. Marce, L. C. Disp. VI, q. 1, a. VI, § 4.

bre está formado de tres partes esenciales: 1.º El cuerpo, o ser material, análogo a los animales y animado por el mismo principio vital; 2.º El alma, Espíritu encarnado, cuya habitación es el cuerpo, y 3.º El principio intermedio o *periespíritu*, substancial, semimaterial que sirve de envoltura primera al Espíritu, y une el alma al cuerpo. Tales son el fruto, el germen, el periespermo y la cáscara. Incesantemente lo repetimos, el alma es independiente del principio vital, pues el cuerpo no es más que la envoltura.» De aquí se deduce palmariamente lo que a renglón seguido afirma: «Que el cuerpo puede vivir sin el alma, y que la vida orgánica puede animar un cuerpo sin alma.» (1)

De hecho el alma muchas veces abandona el organismo y éste continúa su vida orgánica «Durante el sueño, ¿descansa el alma como el cuerpo? No, el espíritu nunca está inactivo. Durante el sueño, los lazos que le unen al cuerpo, se aflojan y no necesitando el cuerpo, recorre el Espíritu el espacio y entra en relación más directa con los otros espíritus. El sueño libra parcialmente al alma del cuerpo. Cuando uno duerme se encuentra por un momento en el mismo estado en que fijamente se halla después de la muerte. Los espíritus que con prontitud se separan de la materia en el acto de la muerte han tenido sueños inteligentes. Cuando duermen se unen de nuevo a la sociedad de otros seres superiores a ellos: viajan, hablan y se instruyen con ellos, y hasta trabajan en obras que encuentran completamente hechas al morir. Los sueños son producto de la emancipación del alma, que se hace independiente por la suspensión de la vida activa y de relación». Emancipación e independencia que se verifican no sólo en el sueño profundo, sino cuando el hombre siente la pesadez del organismo después de larga vigilia. «¿Es necesario el sueño perfecto para la emancipación del Espíritu? No; el Espíritu recobra su libertad cuando los sentidos se entorpecen, y aprovecha para emanciparse todos los momentos que le proporciona el cuerpo. Desde el instante que existe postración de fuerzas vitales, el Espíritu se desprende, gozando de mayor libertad a medida que el cuerpo es más débil. Por esto el dormir o un simple entorpecimiento de los sentidos ofrece a veces las mismas imágenes que el sueño. Con frecuencia en un estado que no es aún el de dormir, cuando tenemos los ojos cerrados, vemos

1 El Libro de los Esp. n.º 155-156.

imágenes distintas, figuras cuyos más mínimos detalles apreciamos. Entorpecido el cuerpo, el Espíritu procura romper sus cadenas. Se transporta y ve; de modo que si estuviese completamente dormido soñaría. A veces mientras dormimos o dormitamos, tenemos ideas que parecen muy buenas, y que a pesar de los esfuerzos que hacemos para recordarlas se borran de la memoria. Son resultado de la libertad del Espíritu que se emancipa y goza de mayores facultades en aquel momento». (1)

Así entra y sale, se acerca y se aleja, se viste y se desnuda el espíritu en y de sus relaciones con la parte material, como quien se muda de vestido, sostiene una conversación con un amigo en aptitud peripatética y hace frecuentes visitas al alcázar cuyas puertas estánle franqueadas en todo momento; lo cual no impide que el organismo experimente cansancio en todas esas operaciones del espíritu; «porque el Espíritu, dice Kardec, está sujeto al cuerpo como el globo aereostático al poste en donde está atado, y así como las sacudidas del primero conmueven al segundo, la actividad del Espíritu reacciona sobre el cuerpo y puede hacerle experimentar cansancio» (2) Lo propio que sucede en las separaciones intermitentes acontece en la separación definitiva. «A veces en la agonía el alma ha abandonado ya el cuerpo, no existiendo más que la vida orgánica. El hombre no tiene ya conciencia de sí mismo y sin embargo le queda aún un soplo de vida». (3)

Estos cánones de Allan-Kardec, claramente afirman la *dichotomía* humana. Independiente es el principio vital que informa el cuerpo del que informa el alma; la vida de esta nada tiene que ver con la del cuerpo; tan independiente es la vitalidad orgánica de la espiritual, que ésta no sólo no la presta influjo, sino que la supone existente cuando al organismo quiere acercarse, y desde que falta, el alma ha de abandonarlo. (4) Son, como ya antes dijimos, dos substancias completas, subsistentes, con meras relaciones accidentales. La unidad del hombre queda, por tanto, destruída, y con esto lejos de formar parte de la jerarquía espiritual se ve reducido al nivel de los animales durante los periodos de vigilia, y en las horas de sueño su vida no excede el ni-

1 L. C. números 401-402-407-409-410.

2 L. C. n.º 112.

3 L. C. n.º 156.

4 L. C. n.º 156.

vel de los vegetativos. El hombre, según esta doctrina espiritista, muere tantas veces cuantas son las que al sueño se consagra y tantas veces resucita cuantas son las que del sueño despierta; entre la separación intermitente y la definitiva no hay más diferencia que la que al tiempo se refiere. El alma juega con la parte física cual si se tratara de un objeto infantil.

Todo esto y otras grandes resultancias que siguen necesariamente a las palabras del corifeo espírita, y que sería un mayúsculo ridículo sino fuera un absurdo inconcebible, es aceptado por el coro de los prosélitos ocultistas como dogmas infalibles. «El hombre, dice L. Denis, tiene dos naturalezas. Su cuerpo y sus órganos derivan de la materia, sus facultades intelectuales y morales proceden del espíritu. Hay un tercer elemento que une a los otros dos transmitiendo a los órganos las órdenes del pensamiento. Este elemento es el fluído vital, o periespíritu, materia etérea que nuestros sentidos no pueden percibir. El espíritu está encerrado en la materia como un prisionero en su celda y los sentidos son las aberturas por las cuales comunicamos con el mundo exterior. El cuerpo no es más que una vestidura prestada; una forma pasajera, un instrumento con cuyo auxilio el hombre [mejor dijera el espíritu] prosigue en este mundo una obra de purificación y progreso» (1) La única diferencia que introduce a la concepción de su maestro, aunque contradiciéndose, es la de hacer depender el funcionamiento orgánico de la virtud del espíritu. «Con mayor exactitud, añade, aún podemos decir a propósito del cuerpo humano, que los órganos que componen tan admirable máquina son como las ruedas incapaces de funcionar sin un motor, sin una voluntad que las ponga en acción. Ese motor es el alma». (2)

1 *El por qué de la vida*, § 3.

2 L. C. Con esta concepción espiritista guarda gran analogía la de su allegado el teosofismo. En una obra moderna se nos dice: «El hombre triple está constituido por el yo físico, el yo psíquico y el yo causal. El yo físico, el hombre de instintos y apetitos animales, mora en el cuerpo físico, la envoltura terrestre que se disuelve y que se renueva constantemente bajo la ley natural del cambio perpetuo. El yo psíquico, el hombre de las emociones, de las esperanzas y el temor de las penas y placeres, de la duda y confianza, mora en el cuerpo psíquico, que, aunque sujeto al tiempo, se halla por encima de los límites del espacio, habitando en una región en donde el espacio no tiene influencia alguna, dado que el espacio sólo es propio del espacio material. Por encima de estos dos que están sujetos a la muerte, se halla el yo causal, el inmortal, en la envoltura causal fuera y más allá del tiempo. Y el hombre per-

El desarrollo y funcionamiento de los tres elementos que forman el mecanismo humano ofrecen para L. Denis, y para todos los espiritistas, el mismo aspecto que para su maestro. «El alma es el centro de vida del periespíritu, como éste es el centro de vida del organismo físico. Ella es la que siente, piensa y quiere; el cuerpo físico unido al cuerpo flúidico, constituye el doble organismo con cuyo auxilio obra sobre el mundo de la materia» (1) «El hombre puede vivir simultáneamente con la vida física y con la vida libre del espacio. Los fenómenos del sonambulismo, del desdoblamiento, de la visión, de la acción a distancia, son otros tantos modos de esta vida exterior, de la cual no tenemos ninguna conciencia durante la vigilia. El espíritu en la carne es como el prisionero en su calabozo; el estado de sonambulismo le hace salir de él permitiéndole extender más o menos el círculo de sus percepciones, sin dejar de mantenerle unido por un lazo a su envoltura. La muerte es su completa liberación. Hay, pues, para el espíritu tres estados de vida; la vida en la carne, el

sonal se halla entre los dos; el yo animal debajo y el yo causal divino arriba, según sean las alternativas de su voluntad y destino. «*La Memoria de los Nacimientos pasados* por Charles Johnston, traduc. por José Granés, p. 47 48.

El yo causa, de este galimatías teosofista, es como el espíritu de los ocultistas; como él es el que se cierne sobre todas las contingencias, y, «protegido o amparado por el Uno Eterno, el Océano de Vida infinita; el Sol, cuyo esplendor radia sobre todas las cosas; el Alma de las almas «incomible en medio de todas las contingencias del mundo terráqueo, sírvase como de instrumento» de nuestros deseos y aspiraciones a los que da forma, modelándolos conforme a nuestra voluntad». L. C. p. 49. Sólo que esta doctrina tiene menos eufemismos en su lenguaje, y se abraza más abiertamente con el panteísmo y monismo; de ahí que sin ambages añada: «Por lo tanto, el yo causal es el señor del pasado y del futuro, el depositario del entero ciclo de nacimientos», y hasta el alma inferior al yo causal, se halla completamente dotada con todos sus *infinitos poderes*, siendo una misma cosa con todas las demás almas en la vida superior; de suerte que ningún crecimiento es posible para lo infinito, ni existe ningún progreso imaginable para lo que es el sin límites de todo» p. 57. La «finidad, empero, de las dos doctrinas es tan íntima que los espiritistas dan por buenas, y hasta proclaman por su guía, las fantásticas concepciones de la Blavatski y de Bessant. L. Denis es quien nos dice, en su obra «Después de la muerte», que en el Congreso espiritista y espiritualista, reunido en París el 1889, estaban representados los miembros de las escuelas espiritistas, teósofos, cabalistas, swedborgianos y con unión perfecta afirmaron por unanimidad de votos los dos principios siguientes «1.º Persistencia del Yo consciente, después de la muerte, o sea inmortalidad del alma; 2.º Relaciones entre los vivos y los muertos. «A su vez el teosofismo dice: «No olvidemos que los espiritistas concuerdan con nosotros en varios puntos de capital importancia». La Prensa, de la Habana, 1-11-1925.

1 L. D. Cris. y esp. p. 227.

estado de desprendimiento o desencarnación parcial durante el sueño, la vida libre del espacio. Estos tres estados corresponden a los tres mundos en los cuales el alma debe trabajar para su progreso constante; el mundo material, el mundo fluídico y el mundo superior». (1)

Allan-Kardec nos ha dicho, que el alma en la agonía muchas veces se anticipa a salir del cuerpo antes de perder la vida orgánica; León D. va al otro extremo y, sin negar la doctrina de su maestro nos dice: «A veces queda el alma como clavada al cuerpo miserable hasta la descomposición completa y aun siente, según la expresión de un espíritu, los gusanos roer su carne» (2).

Ridícula hasta el hastío es la precedente doctrina, y más si se tiene en cuenta lo que los espiritistas nos dicen acerca de su careado periespíritu: que el fluído que hace las veces de «cañamazo» «es un organismo fluídico; es la forma preexistente y sobreviviente del ser humano, sobre la cual se modela la envoltura carnal; es el que asegura el mantenimiento de la estructura humana y de los rasgos de la fisonomía. En el cerebro de este cuerpo espiritual es donde se almacenan los conocimientos que se imprimen en él con líneas fosforescentes, y sobre estas líneas se modela y se forma el cerebro del niño en la reencarnación». (3)

1 L. C. p. 224 y 227.

2 Después de la mu. p. 172.

3 L. D. L. C. p. 147.

ARTICULO II

LA PALINGENESIA Y METEMPSICOSIS

AFIRMACIÓN ESPÍRITA Y CATÓLICA.—DOCTRINA ESCATOLÓGICA.—UNIÓN FINAL.—EL JUICIO Y SUS TRES EFECTOS.—EL MILENARISMO.—EL SÍMBOLO ATANASIANO Y LOS CONCILIOS.

Antes de proseguir adelante en la dilucidación de tan importante materia, dejaremos asentados los dos puntos fundamentales en que la afirmación de los adversarios se identifica (si bien con notable diferencia, como ya se ha podido advertir y se verá más en este artículo) con la afirmación católica. El espiritismo predica la espiritualidad del alma y defiende su inmortalidad; en el catolicismo una y otra aseveración son dogmas (1) de su credo. Con un alma corruptible directa o indirectamente y de naturaleza mortal, inútil sería hablar de viajes eternos o de contemplaciones que no se acaban. Las razones en que se fundan estos asertos son tan obvias y accesibles que relevan de aducirlas.

Clara es la doctrina eclesiástica sobre el nacimiento y vida del hombre. Es el hombre, por la posición que en las entidades goza, como el centro a donde convergen las líneas todas de la circunferencia; lo finito a él se *ordena*, y lo infinito, aunque bajo distinto aspecto, igualmente a él dice relación; aquello le tiene como fin inmediato, y, Dios también le puso por fin de sus operaciones visibles, mediante las cuales había de ir acrecentando en perfección; mas toda la economía divina ordenándose al humano

1 Aunque la espiritualidad del alma no ha sido definida solemnemente, como es afirmación del magisterio ordinario nos permitimos emplear este vocablo.

corazón carecería de explicación sin la escatología hominal. La obra redentiva, la salvífica, la revelación, la gracia, todo el orden sobrenatural y gran parte del natural, sólo pueden concebirse y aceptarse en su admirable grandiosidad, suponiendo la existencia escatológica.

El hombre nace por la virtud del Altísimo el cual para cada cuerpo crea un alma; unidos con unión substancial forman el sujeto que en su naturaleza lleva la energía operativa recibida del Omnipotente, la excelsitud del espíritu y la pequeñez de la materia; es uno y vario al mismo tiempo, el cosmos y universo en miniatura; elevado en el primer eslabón de la cadena, según vimos anteriormente, al orden sobrenatural, a él ha de encaminarse con su propia virtud y la recibida de lo alto. Vive unos días más o menos largos, después, la parte corporal que, si no es por privilegio ajeno a su naturaleza, tiende a la corrupción y de hecho se descompone, anuncia el fin de la jornada sobre la tierra; llega el momento en que los dos fieles amigos se dan el último adiós, la materia desciende al sepulcro; ¿y el espíritu? El espíritu regresará a Dios que le crió (1) Muerto el hombre, separada el alma de su cuerpo, no volverá a unirse a él, o a otro semejante, pues, está decretado que los hombres mueran una sola vez; (2) sólo el último día, cuando Dios por su infinita virtud, vuelva a congregar las moléculas de barro e infunda cada una de las almas en el respectivo cuerpo que tuvieron, será cuando se enlacen nuevamente para ya nunca más separarse.

Empero, como el hombre tenía un fin, determinado, particular, al que debía aspirar durante los días de su vida en la tierra, pues no para otra cosa fué en ella criado, y como había recibido medios proporcionados para la consecución de tan noble e inmerecido fin, en el mismo instante de la muerte se presentará a su divino Hacedor y tendrá que darle cuenta de la mayordomía confiada. El juicio puede producir uno de los tres efectos siguientes: O el alma, tan justa y equitativamente hubo administrado los bienes que se la concedieron, que en el instante final de su vida nada tenía por qué ser reconvenida; sirviéndose de las divinales gracias se había enriquecido y con ellas adornado, vistiendo el albo cendal de la santidad más pura, y entonces tendrá

1 Ecle. XII, 7.

2 Hebr. IX, 27.

la dichosa ventura de oír aquel dulce llamamiento del divino Esposo que embriaga de placideces todo el ser y será elevada a la contemplación y posesión de la verdad infinita, a la visión de Dios cara a cara fruicionándose eternamente en la participación del infinito bien; o exenta sí de mayor culpabilidad, libre de transgresión grave de la ley, su inteligencia y voluntad a Dios se dirigen, a Dios aman, a Dios quieren, pero responsable de pretéritas culpas y por las que no ha satisfecho enteramente a la justicia divina, lleva sobre sí la mácula de la injusticia; la luz deífica no irradia en ella con todos los fulgores, necesita purificación; y será, por ende, enviada al lugar de expiación, al purgatorio, creado por el amor y misericordia del Altísimo, en cuyo lugar permanecerá hasta que la purificación haya sido completa y se encuentre dispuesta a gozar la visión divinal; o el alma, finalmente, abusó de sus facultades, quebrantó los divinos mandatos, se mofó de su beneplácito; en vez de amarle se complació en ofenderle, en buscar su placer criminal y en no glorificar a Dios como obligada estaba; en el último momento de la vida terrena afectivamente estaba separada de Dios; y en este caso separada continuará eternamente, jamás contemplará ya su divino rostro, eternamente le odiará y eternamente estará condenada a este horrible castigo cuyo tormento será el infierno más inconcebible que el alma prescita experimente. Este es el famoso triángulo en que han de moverse todos los hombres cuando llegue el momento de resolver la *incógnita* de la presente vida.

Un solo católico no ha puesto en duda la verdad de estas afirmaciones. Hubo algunos, como los milenaristas, que, no penetrando bien el sentido de algunas frases escriturísticas y escudados con la autoridad de Papías, quisieron introducir modificaciones accidentales, defendiendo que las almas no eran juzgadas en el momento de la muerte, y que después de la primera resurrección, los justos, antes de llegar a la visión facial de Dios, reinarian con Cristo mil años en Jerusalén, gozando de todos los honestos placeres que la tierra produce, después de cuyo tiempo sucedería el juicio universal, y los santos irían al cielo ejercitándose eternamente en el sublime ejercicio de amar y entender la Divinidad. Pero la verdad evangélica sintetizada en el símbolo atanasiano: «Esta es la fé católica; que todos han de rendir cuentas de sus hechos, y los que hicieron buenas obras irán a la vida eterna, mas lo que obraron el mal irán al infierno eter-

no. Todo el que fiel y firmemente no creyere esta verdad no podrá salvarse», es el dogma que siempre ha modelado las creencias y conducta de los fieles cristianos. Los Concilios de la Iglesia, como el Florentino (1), el IV lateranense (2) y el XI de Toledo (3), el papa Clemente IV, en la profesión de fe propuesta a Miguel Paleólogo (4) y Gregorio XIII, en la proposición a los griegos, presentaron estas enseñanzas como la norma de creer y obrar. Los SS. PP. y Doctores de la Iglesia unánimemente han profesado la misma doctrina.

1 Mansi, L. C. T. XXXI. A. c. 1051.

2 Mansi, L. C.

3 Mansi, L. C. T. XI, c. 157.

4 Denzin, Banw, L. C. n.º 587.

§ 1.º

DOCTRINA ESPIRITISTA

EL PENSAMIENTO MODERNO SE APARTA DE ESTOS MITOS.—DOGMA PALINGENÉSICO.—IMPRESIÓN AL PISAR EL LINTEL DEL NUEVO PALACIO.—JUICIO DEL ALMA.—INCOMUNICACIÓN E IGNORANCIA DE LOS ESPÍRITUS.—CÓMO SE VERIFICA LA REENCARNACIÓN.—EL VERDADERO PURGATORIO.—ASCENSIÓN DEL ESPÍRITU EN LAS REENCARNACIONES.—¿ES LIBRE EL ESPÍRITU PARA REENCARNARSE?—EL ESPÍRITU Y SU ENVOLTURA PERIESPIRITUAL.—INFANCIA EN LAS REENCARNACIONES.—ETERNA CARRERA.—SÓLO LAS AGUILAS MIRAN AL SOL.—DESTINO DEL ALMA.—AFINIDAD CON LA TEOSOFÍA.—LA BASE DE ESTOS EDIFICIOS.

Lo que en la Iglesia es indiscutible, el espiritismo lo rechaza de plano. «Empero ya no podíamos creer, nos dice, que la vida sea una obra de salvación personal, el trabajo un envilecimiento, un castigo, con la perspectiva del infierno eterno, o de un purgatorio del cual no se puede salir si no mediante oraciones pagadas, o bien un triste y monótono paraíso en el cual podamos ser condenados a vivir sin actividad y sin trabajo. El pensamiento moderno se aparta cada vez más de esos mitos. Imposible parece que el alimento dogmático de la Iglesia haya podido ser servido por espacio de siglos a las inteligencias populares, cuando el más ligero estudio de la naturaleza, cuando una sola mirada dirigida al espacio podían darnos de la vida siempre renaciente, de la causa suprema y de sus leyes, una idea tan imponente, tan fecunda en grandes enseñanzas y en potentes inspiraciones». (1)

1 L. Den. Cris. y Esp. p. 116-117.

Así hablan los espiritistas a quienes la dispepsia cerebral y la anestesia cardiaca imposibilitan para toda grande idealidad. ¿Y cuál es «la idea tan imponente, tan fecunda en grandes enseñanzas y en potentes inspiraciones» que ellos ofrecen para sustituir al *mito* de la Iglesia católica?

No otra que la que se encierra como en tabernáculo intangible, en el dogma fundamental, inalterable, infalible de la palingenesia, reencarnación o metempsicosis. «La pluralidad de las existencias del alma y su ascensión en la escala de los mundos, constituyen el punto esencial de la enseñanza del espiritualismo moderno». (1) Para los espiritistas, no empezamos a existir cuando somos formados en el útero materno. Hemos vivido antes de nacer, y no morimos *como personalidad humana* cuando la muerte toca las telas de nuestro corazón, se cierran sus válvulas y se congela la sangre. «Nuestras vidas son las etapas sucesivas del gran viaje que proseguimos en nuestra marcha, hacia el bien, hacia la verdad, hacia la belleza eterna». (2)

Según los espiritistas «el alma desprendida del cuerpo material y revestida con su envoltura sutil, constituye el espíritu, ser fluido de forma humana» (3); al dejar la parte corruptible de la materia, no se presenta ante el acatamiento divino a rendir cuentas de sus obras y a ser juzgada; en los primeros instantes, «a la separación del cuerpo sigue siempre un tiempo de turbación, fugitivo para el espíritu justo y bueno, que se despierta pronto a todos los esplendores de la vida celeste; muy largo hasta el punto de abarcar años enteros, para las almas culpables, impregnadas de fluidos groseros. Muchas creen vivir con la vida corporal largo tiempo aun después de la muerte. El periespíritu no es a sus ojos más que un segundo cuerpo carnal, sometido a los mismos hábitos, y a veces a las mismas sensaciones físicas que durante la vida». (4) Luego de pasado este período de turbación el alma empieza a conocerse a sí misma, empieza a darse cuenta que no es en el cuerpo grosero donde está prisionera, sino que está como vagabunda y errante en aquellos espacios donde tantas veces había concurrido durante las horas del sueño corpo-

1 L. C. p. 255.

2 L. De. L. C.

3 L. De. Después de la mu. p. 170.

4 L. D. L. C. p. 172.

ral, y «siente la impresión que la entrada en la vida nueva la produce y la de aquellos cuya existencia ha transcurrido indecisa, sin faltas graves ni méritos señalados; se encuentra al principio sumida en un estado de estupor y de profundo abatimiento; luego viene un choque a sacudir su ser. El espíritu sale lentamente de su envoltura como una espada de su vaina. Recobra su libertad, pero tímido y vacilante no se atreve aún a hacer uso de ella y permanece adherido por el temor y la costumbre a los sitios en que ha vivido. Continúa sufriendo y llorando con aquellos que han participado de su vida. El tiempo pasa para él sin que se dé cuenta; al fin otros espíritus le asisten con sus consejos; le ayudan a disipar su turbación, a librarse de las últimas cadenas terrestres y a elevarse hacia centros menos oscuros». (1)

Inmediatamente sigue el juicio del alma, «en su interior y no fuera de él, sino en su propia conciencia» y como «ya en el mundo no caben las ideas de paraíso y de infierno eterno» no se condena a las penas sin fin ni tampoco a una visión de «inmovilidad, de inacción que es el retroceso y la muerte», sino que en virtud de «una ley natural, análoga a las de atracción y gravedad, se fija la suerte de las almas después de la muerte. El espíritu impuro, entorpecido por sus fluídos materiales, queda confinado en las capas inferiores de la atmósfera terrestre, mientras que el alma virtuosa, de envoltura depurada y sutil, se lanza gozosa, rápida como el pensamiento y flota en el azul infinito». (2)

«En ese estado de erraticidad permanecen en los espacios más o menos tiempo, según la diafanidad del periespíritu. «Los espíritus malos, sobre los cuales cae con fuerza el peso de sus faltas, no pueden prever el porvenir. No saben nada de las leyes superiores. Los fluídos que los envuelven se oponen a toda relación con los espíritus elevados que quisieran arrancarles a su inercia, a sus inclinaciones, pero no pueden por causa de la naturaleza grosera, casi material de esos espíritus y del limitado campo de sus percepciones. De ello resulta una ignorancia completa de su suerte y una tendencia a creer eternas las penas que les atormentan. Así muchos de ellos, imbuídos aún en las preocupaciones católicas, creen y dicen estar en el infierno. Devorados por el celo y el odio, a fin de buscar diversión a sus dolores

1 L. D. L. C. p. 175.

2 L. D. L. C. p. 175.

siguen a los hombres débiles e inclinados al mal. Los persiguen con encarnizamiento y les inspiran ideas funestas.» (1) «Esos espíritus envueltos en fluidos espesos, sufren las leyes de gravitación y son atraídos hacia la materia. Bajo la influencia de sus apetitos groseros las moléculas de su cuerpo fluidico se cierran a las percepciones exteriores y les hacen esclavos de las mismas fuerzas materiales que gobiernan a la humanidad. Pero poco a poco, de estos nuevos excesos nacen nuevos tormentos. La reacción del mal causado les encierra en una red de fluidos más sombríos. Las tinieblas se hacen más densas, se forma un estrecho círculo», y entonces impulsados los espíritus inferiores así como los superiores por una ley inmutable de los «planes divinos, a la que e ejercicio de la libertad humana en ningún caso puede poner obstáculos», la ley de la purificación, «la reencarnación acerba y dolorosa, se presenta ante su vida.» (2) El espíritu deja el estado de erraticidad, abandona los espacios y vuelve a encerrarse en la cárcel para llorar sus extravíos de las anteriores etapas, en las que tuvo por morada la materia.

«La reencarnación se efectúa por medio de una aproximación graduada, por una asimilación de las moléculas materiales al periespíritu, el cual se reduce, se condensa, se entorpece progresivamente, hasta que por una agregación suficiente de materia, constituye una envoltura carnal, un cuerpo de gusano. Tan luego empieza la asimilación molecular que debe dar nacimiento al cuerpo, la turbación se apodera del espíritu; un sopor, una especie de anonadamiento le invade poco a poco. Sus facultades se velan sucesivamente, su memoria se desvanece, su conciencia se duerme. El espíritu está como sepultado bajo su espesa crisálida».

«Al abrirse a la vida terrestre, el alma tendrá, durante un largo periodo, que preparar ese organismo nuevo y adaptarle a las funciones necesarias. Hasta después de veinte o treinta años de tanteos y esfuerzos instintivos no volverá a recobrar el uso de sus facultades, disminuidas por la materia, y podrá proseguir con alguna seguridad la peligrosa travesía de la existencia. El vagido del niño que acaba de nacer ¿no representa la queja del espíritu ante las tristes perspectivas de la vida?» (3) De esta manera vuel-

1 L. C. p. 202 203.

2 L. C. p. 184 y 203.

3 L. C. p. 216.

ve a empezar a vivir sobre la tierra, y como «la tierra es el verdadero purgatorio», «sufriendo en ella para despojarse de los últimos vestigios de la animalidad, para borrar las faltas y crímenes del pasado» se irá purificando. «No pudiendo los espíritus mejorarse más que sufriendo las tribulaciones de la vida corporal, ¿se deduce que la vida material es una especie de *tamiz o depuración*, por el que deben pasar los seres del mundo espiritista para llegar a la perfección? Sí, exactamente es así. Se mejoran en esas pruebas evitando el mal y practicando el bien». (1)

En tejer y destejer esta tela de Penélope continuará el alma «sus renacimientos en cuerpos carnales que se sucederán en este globo. Cada vez volverá a emprender, con órganos rejuvenecidos, la obra de perfeccionamiento interrumpida por la muerte para proseguirla y llevarla más lejos» (2), pues «en cada nueva existencia, el espíritu da un paso en el camino del progreso» (3); aunque el propio Kardec confiesa que algunas veces «los espíritus pueden permanecer estacionarios, pero no retroceden, y su castigo consiste entonces en no adelantar y en volver a empezar las existencias mal empleadas, en la esfera que conviene a su naturaleza.» (4)

«A medida que el espíritu se purifica, el cuerpo que reviste se aproxima igualmente a la naturaleza espiritista. La materia se hace menos densa, no se arrastra tan penosamente por el suelo, las necesidades físicas son menos groseras y los seres vivientes no tienen necesidad de destruirse mutuamente para alimentarse. El espíritu es más libre y tiene de las cosas lejanas percepciones que nos son desconocidas, viendo con los ojos del cuerpo lo que nosotros sólo vemos con el pensamiento. La purificación de los espíritus produce en los cuerpos en que están encarnados el perfeccionamiento moral; se debilitan en él las pasiones animales, y el egoísmo cede el puesto al sentimiento de fraternidad. Por esto en los mundos superiores a la tierra son desconocidas las guerras, no teniendo objeto el odio, y la discordia, porque nadie piensa en dañar a su semejante. La intuición que tienen de su porvenir y la seguridad que les da la conciencia, libre de remordimientos, hace que la muerte no les cause temor

1 Allan-K. L. C. n.º 196.

2 L. De. Después, de... p. 115.

3 Allan-K. L. C. n.º 168

4 L. C. 178.

alguno y la ven llegar sin miedo y como una simple transformación».

«La duración de la vida en los diferentes mundos parece que está en proporción del grado de superioridad física y moral de esos mismos mundos, lo cual es completamente racional. Mientras menos material es el cuerpo, menos expuesto está a las vicisitudes que lo desorganizan, y mientras más puro es el espíritu, menos son las pasiones que lo debilitan. Este es otro favor de la Providencia que abrevia así los sufrimientos». (1)

Haciendo uso de la libertad dé que están adornados, ¿no sería mejor renunciar a las reencarnaciones y continuar siendo espíritu? «No, no, permaneceríamos estacionarios y queremos caminar hacia Dios» (2); y se ha de tener en cuenta además que la «libertad del ser se ejerce, en un círculo muy limitado, por una parte, por las exigencias de la ley natural que no puede consentir ningún menoscabo ni alteración en el orden del mundo; y por otra parte, su propio pasado cuyas consecuencias recaen sobre él a través de los tiempos hasta la completa reparación» (3)

Ya que no sea libre en la reencarnación, supuesto que las vidas de las distintas existencias se han de vivir en los diversos astros, globos o mundos que pueblan el universo, ¿siquiera les será concedido elegir el mundo en que quieren pasar la nueva fase? «No, siempre». (4)

«Todas las almas que no han podido librarse de las influencias terrestres, deben renacer en este mundo para trabajar en su mejoramiento; tal es el caso de la inmensa mayoría. Como las demás fases de la vida de los seres, la reencarnación está sometida a leyes inmutables y reguladoras», (5) «pero puede pedirlo, y obtenerlo, si lo merece; porque sólo conforme al grado de elevación de los espíritus les son asequibles los mundos». (6) «El grado de pureza del periespíritu y la afinidad molecular que determinan la clasificación de los espíritus en el espacio, fijan también las condiciones de la reencarnación. Los semejantes se atraen. En virtud de este hecho, de esta ley de atracción y de

1 L. C. n.º 182.

2 L. C. n.º 175.

3 L. Den. L. C. § 40.

4 Allan-K. L. C. n.º 184.

5 L. D. L. C. § 41.

6 Allan-K. L. C.

armonía, los espíritus del mismo orden, carácter y tendencias análogas, se reúnen y siguen a través de sus múltiples existencias, encarnándose juntos y constituyendo familias homogéneas. «Cuando llega la hora de reencarnarse el espíritu se siente atraído por una fuerza *irresistible*, por una misteriosa afinidad hacia el centro que le conviene». (1) Y no puede ser de otra manera, porque si al espíritu se le dejara la elección, «nosotros somos siempre malos jueces de lo que es para nosotros el verdadero bien, y si el orden natural de las cosas debiera doblegarse a nuestros deseos, ¿qué horribles desórdenes no resultarían? El primer uso que el hombre haría de una libertad absoluta sería apartar de sí todas las causas del dolor, y asegurarse desde la tierra una vida de felicidades». (2) Mas entonces, ¿cómo se cumpliría «la expiación y el mejoramiento progresivo de la humanidad?» (3) Siguen, pues, los espíritus adheridos siempre a su tegumenta periespiritual, como el caracol a su concha, marchando de astro en astro, apareciendo y reapareciendo en el mismo y en diversos, buscando en todos la piedra filosofal de la purificación, la que, no pocas veces, sabiendo donde se encuentra, no se dignan descender a cogerla, por lo que son condenados a desandar la ruta andada y a empezar desde el primer escalón de aquella etapa.

¿Y qué aspecto ofrecen en cada una de las reencarnaciones? «Al pasar de un mundo a otro, ¿pasa el espíritu por una nueva infancia? La infancia es en todas partes una transición necesaria; pero en todas partes no es tan estúpida como la vuestra» ¿Y cuál es la porción del universo que el espíritu ha de tener por morada para ir alcanzando su perfección? ¿Puede vivir indistintamente en una o en otra? El espíritu vivirá en el mundo que corresponda a «su grado de elevación», porque «el estado físico y moral de los vivientes no es perpetuamente el mismo en cada globo, pues, también están sujetos los mundos a la ley del progreso» (4) Dejando en cada fase el *detritus* de la materia según van pasando por el tamiz de la purificación; ¿llegará un periodo en el que la pesantez del cuerpo desaparezca?, ¿en el que las

1 L. D. L. C.

2 L. D. L. C. § 40.

3 Allan-K. L. C. n.º 167

4 Allan-K. L. C. n.º 185, 185.

groseras pasiones no dejen sentir la fuerte atracción? «Existen mundos en los cuales el espíritu dejando de habitar su cuerpo material, no tiene otra envoltura que el periespíritu? Si, y esta envoltura se hace tan etérea, que para vosotros es como si no existiese, y tal es el estado de los espíritus puros. Parece resultar de esto que no hay una demarcación clara entre el estado de las últimas encarnaciones y el de espíritu puro. Esa demarcación no existe, y desapareciendo gradualmente la diferencia, se hace insensible, como desaparece la noche a los primeros fulgores del día» Y no sólo el cuerpo pierde su espesura, «la substancia del periespíritu no es la misma en todos los globos, es más o menos etérea. Al pasar de un mundo a otro el espíritu reviste la materia propia a cada uno de ellos, operación que dura tan poco como un relámpago».

«¿Los espíritus puros habitan en mundos especiales, o están en el espacio universal sin predilección de un globo sobre los otros? Los espíritus puros habitan en ciertos mundos; pero no están confinados en ellos como los hombres en la tierra, y más fácilmente pueden estar en todas partes. En sus nuevas existencias, ¿puede el hombre descender a más baja posición de la que ocupa? Respecto de la posición social, sí; pero no considerado como espíritu. ¿El alma de un hombre de bien, puede, en una nueva encarnación, animar el cuerpo de un malvado? No; porque no puede degenerar (1) ¿El alma de un perverso puede llegar a ser la de un hombre de bien? Sí; si se arrepiente, y entonces la transformación es una recompensa. La marcha de los espíritus es siempre progresiva y nunca retrógrada; se elevan gradualmente en la jerarquía, y no descienden de la altura a que han llegado. En sus diferentes existencias corporales pueden descender como hombres pero no como espíritus. Así el alma de un potentado de la tierra puede más tarde animar al más humilde artesano, y viceversa; porque los rangos entre los hombres están con frecuencia en razón inversa de los sentimientos morales. Herodes era Rey y Jesús Carpintero» (2) Si «en cada nueva existencia, el espíritu da un paso en el camino del progreso, y cuando se despoja de todas sus impurezas, no necesita ya de la vida corpo-

1 A pesar de esta respuesta tan categórica de Kardec es este un punto muy oscuro en la doctrina espiritista.

2 Allan-K. L. C. números 186, 188, 193, 194.

ral» (1) ¿qué tiempo ha menester para llegar a ese estado, y cuál es el número de encarnaciones que han de contarse?

«Hay una jerarquía de espíritus que está dividida en tres grandes fases: vida material, vida espiritual y vida celestial, reflejándose, influyendo la una en la otra y formando un todo que constituye el campo de evolución de los seres, la escala de Jacob [de Job dice Denis] de la leyenda. Los grados de la jerarquía espiritual empiezan en el seno de la vida animal y se prolongan hacia alturas inaccesibles a nuestras concepciones actuales.» (2) «Al medir el tiempo que la Humanidad ha necesitado desde su aparición en el globo para llegar al estado de civilización, comprendemos que para realizar sus destinos, para ascender de claridades en claridades hasta lo Absoluto, hasta lo Divino necesita el alma de periodos sin límites.» (3) «Como quiera que sea, las encarnaciones sucesivas son siempre muy numerosas, porque el progreso es casi infinito.» (4)

«Siguiendo la evolución, a cuya ley todo obedece en el universo, y hasta el universo mismo, los espíritus siguen su eterna carrera arrastrados hacia un estado superior y entregados a ocupaciones diversas.» (5) «Al fin llega un día en que el espíritu, después de haber recorrido el ciclo de sus existencias terrestres, después de haberse purificado por sus renacimientos y migraciones a través de los mundos, ve terminarse la serie de sus encarnaciones y empezar la vida espiritual, definitiva, la verdadera vida del alma, de la cual están desterrados el mal, la sombra y el error. Al llegar a este punto las últimas influencias materiales se han desvanecido ya. La calma, la serenidad, la seguridad profunda, han sustituido a las penas y a las inquietudes de otro tiempo. El alma ha alcanzado el término de sus males; ya está segura de no padecer más. Del recuerdo de las lejanas alarmas, de las penas, de los dolores, se transporta a las felicidades del presente y las saborea con deleite. ¡Qué delicia sentirse vivir en medio de espíritus ilustrados, pacientes y cariñosos; unirse a ellos con los lazos de un afecto que nada puede turbar; compartir sus aspiraciones, sus ocupaciones, sus gustos, sentirse comprendido, auxi-

1 A. Kardec. L. C. n.º 168.

2 L. D. L. C. § XXXV, 3.º

3 L. D. L. C. § 11.

4 A. K. L. C. n.º 169.

5 L. D. L. C. § 54.

liado, querido, exento de necesidades y de la muerte, joven con una juventud en la cual los siglos no pueden hacer mellal. Luego estudiar, admirar, glorificar la obra infinita, penetrar más profundamente sus misterios divinos, reconocer en todas partes la justicia, la bondad y la belleza celestiales e identificarse con ellas; seguir a los genios superiores en su tarea y en sus misiones; comprender que se llegará a igualarles, que se continuará ascendiendo, que siempre, siempre nuevas alegrías, nuevos trabajos, nuevos progresos nos esperan; tal es la vida eterna, magnífica, desbordante, la vida del espíritu purificado por el sufrimiento.» (1)

«Cada espíritu es un foco de luz, de una luz velada mucho tiempo, comprimida, invisible, que se aviva con el valor moral, crece lentamente y aumenta en extensión y en intensidad. Para alcanzar este grado de esplendor se necesita un conjunto de trabajos; de obras fecundas, una acumulación de existencias, que, a nosotros humanos, nos parece la eternidad. Elevándose a mayor altura, hacia cumbres que el pensamiento no puede medir sin vértigo; ¿no se llegaría a vislumbrar por medio de la intuición lo que es Dios, alma del Universo, centro prodigioso de luz? Solamente los más grandes espíritus, nos dicen, pueden resistir la visión directa de Dios. La luz divina expresa la gloria, el poder, la majestad del Eterno; es la visión misma de la verdad. Pero son pocas las almas que tienen la dicha de contemplarla sin velos. Para soportar su brillo abrumador es menester gozar de una pureza absoluta» (2).

«El destino, pues, del alma humana, nacida en la debilidad, su fin grandioso es ser colaborador de Dios, esto es, destinada a realizar en torno suyo, por medio de Misiones cada vez más importantes, el orden, la justicia, la armonía; a atraer a sus hermanos inferiores, a conducirles hacia las cumbres divinas, a subir con ellos de círculo en círculo, hacia el objetivo supremo, hacia Dios, el ser perfecto, ley viva y consciente del universo, foco eterno de amor y de vida». (3) «Transformar almas y mundos, ¿no es crear? Y este trabajo gigantesco, fértil en goces; ¿no es preferible a un triste y estéril reposo? Colaborar con Dios, rea-

1 L. D. L. C. § XXXV, 1.º

2 L. D. L. C. 3.º

3 L. D. Cris. y Esp. p. 255.

lizar en todo y en todas partes el bien y la justicia; ¿qué puede haber más grande y más digno de un espíritu inmortal?» (1)

A Ludovico Figuier se le ocurrió la descabellada idea de que, tras largas peregrinaciones en la vida de erraticidad y tras múltiples reencarnaciones, las almas se reúnen en el sol, al cual están afluyendo constantemente. Ellas son las que alimentan el calor solar y las que proyectan a través de los espacios las irradiaciones lumínicas y vivificadoras que comunican a la tierra y demás planetas efluvios de vida vegetativa, sensitiva y aun espiritual. (2)

Este delirio incalificable tuvo imitadores; recientemente se ha dicho, y citando nada menos que la autoridad de Allan-K., que las almas solidificándose son las que constituyen el sol desde donde irradian los esplendores de vida. Otros han sostenido que cuando no el sol, sí pueden formar los planetas, los que, como menos fijos, están más en armonía con la vida reencarnacionista. «Cuando las almas, dice el Sr. Mateo Lujambio Ugarte, han logrado colocarse en la categoría del progreso intelectual y moral, correspondiente a la que representa el espíritu santo forman grandes centros o núcleos para dirigir el destino de los mundos tanto en la concerniente al orden material como en lo moral, según lo manifiesta Allan-Kardec en la nota correspondiente al número 188 al igual que lo expone en el número 540 del libro de los espíritus, apareciendo de lo expuesto por Kardec, que el sol es centro de reunión de las almas superiores desde que irradian por medio del pensamiento hacia los mundos que están bajo su dirección, sirviéndose para el efecto de otras almas que acusan menos progreso con las que comunican y transmiten sus instrucciones mediante el fluido universal». (3)

«Este ser o unidad colectiva que formará el Alma del Planeta Tierra, gravitará hacia el centro potencial; al igual que deberán gravitar otras almas o Unidades planetarias correspondientes a cada uno de los Mundos de nuestro sistema, cuando a efecto de un superior progreso, estén capacitadas para ello; viniendo a formar de todas esas Almas colectivas, un poderoso Núcleo, que será quien constituya un Gran ser o alma Solar; por ser el

1 L. D. El por qué de... § 7.

2 Cfr. Moigno, *Les splendeur de la foi*, T. II, p. 489.

3 L. C. p. 80.

Sol, la causa a quien deben la existencia esos Mundos por haber estado incluidos en él, antes de haber surgido a la vida individual, así como a todo principio de desenvolvimiento, para los gérmenes de la inteligencia contenidos en la substancia o materia que los constituye». (1) «Siendo, pues, las almas la resultancia de la evolución realizada en el transcurso de miríadas de siglos, que se desarrolló bajo la benéfica influencia de Dios, Sol o Padre generador de la vida (justo es que) al adquirir en esos Mundos que forman el sistema planetario, un progreso determinado, vuelvan de nuevo al seno de aquel; a quien le deben la causa de su existencia, de su voluntad, de su acción; con lo que podemos plantear la hipótesis, de que venimos del Dios Sol o Padre Celestial, en el estado de la más absoluta inconsciencia, y volveremos a él, en el de la plenitud de la conciencia, y amor al bien». (2)

El Sr. Aladro que contesta a Lujambio: «No estoy conforme con el pensamiento que expone refiriéndose a las aseveraciones de Allan-Kardec sobre que las Almas o Espíritus superiores se juntan, se condensan y solidifican, formando soles que irradian sobre los mundos su luz y Potencia vivificadora», decía por su parte: «Seríame más viable aceptar la teoría de estos seres superiores desencarnados, y desperiespiritualizados en cometas» (3).

1 L. C. p. 96.

2 L. C. p. 98-99.

3 L. C. p. 88.

La afinidad que la doctrina reencarnacionista del espiritismo guarda con la esotérica del teosofismo es tan perfecta que denota bien a las claras el principio común de donde proceden. La propia Annie Besant escribió: «Por lo que hace a mí, creo que gran parte del antagonismo entre los partidarios de la filosofía esotérica y los del Espiritismo, ha tenido su origen en una confusión de términos del que se ha derivado una mala comprensión de los conceptos de cada cual.» (Man. Teoso. § ¿La Muerte y después?) La misma doctrina se ha defendido en el Congreso teosófico de París el 1921, «Como saben todos los espiritistas, regularmente preparados, el espiritismo y la teosofía, se dijo, tienen muchos puntos de contacto, tantos, que creemos que el tiempo se encargará de aproximarlos en algo que aún discrepan y que más que de fondo es de forma» Hoy. n.º 20. 19-12-1922.

En el teosofismo como en el espiritismo la parte inmortal [condicionalmente dice el teosofismo] del llamado hombre, reencarna multitud de veces, llega al Devachán, regresa a la tierra, alcanza la perfección en el Nirvana, y aun entonces «surge de nuevo en su integridad el día en que la gran ley vuelve a poner en acción todas las cosas» Man. Teos. § Nirvana. «La muerte consiste, se nos dice, verdaderamente, en un proceso repetido de desnudarse. La parte inmortal del hombre arroja de sí, una después de otra sus envolturas externas, y—lo mismo que la serpiente

Tanto en la doctrina reencarnacionista del espiritismo, como en la de su colega el teosofismo, hemos procurado ofrecer una síntesis lo más fiel y verídica que ha sido posible; y, a trueque de ser un tanto enojosos, lo hemos procurado hacer con sus mismas palabras, a fin de que no se piense, como en otras ocasio-

de su piel y la mariposa de su crisálida—sale de aquella y pasa a un estado superior de conciencia. Ahora bien: es un hecho que esta salida del cuerpo y la permanencia de la entidad consciente, ya sea en el doble astral o ya en un cuerpo de pensamiento aun más etéreo, puede tener lugar durante la vida terrestre; de manera que el hombre puede familiarizarse con el estado desencarnado y llegar a no sentir los terrores que rodean lo desconocido» L. C. § *El destino del cuerpo*, p. 210 «El alma es impulsada a descender hacia el cuerpo, por el Cuerpo de Deseos, y entonces aparece el animal que está en nosotros, llenando nuestras vidas de pasiones y apetitos. La parte más elevada del alma es la que impulsa a elevarse hacia el espíritu, y entonces el genio, el poder, la belleza y la fe, que son las verdaderas cualidades de la vida humana, se desarrollan. A su debido tiempo llega la muerte. ¿Qué sucede entonces? o mejor dicho ¿qué ha sucedido en el momento de la muerte? Ante todo el cuerpo ha sido separado del alma; el cuerpo ha sido separado con el conjunto de todos aquellos poderes instintivos y elementales en él contenidos que lo construyeron y ayudaron en su trabajo durante la vida, y al que ahora abandonan de nuevo a la disolución. Pero cuando el cuerpo ha sido abandonado, el alma no es más pura de lo que era un día, un mes o un año antes, mientras estaba todavía en la tierra. El alma conserva todavía adherida a ella su peor mitad, pasiones, cuadro de lujuria y apetitos, deseos por los objetos sensuales no satisfechos aún, la malevolencia, el egoísmo y el amor propio, que constituyen la ocupación común de la vida ordinaria.

«El alma no puede elevarse de repente a la vida espiritual. Casi inmediatamente después de la muerte física, libre el alma de sus penas y dolores, se reconcentra en sí misma, percibiendo un movimiento de agilidad y vigor, comparable al vigor puro y saludable de los espíritus elevados. La envoltura mortal ha sido abandonada, pero a menudo no hay una conciencia bien clara de que la muerte ha tenido lugar, y esto sólo llega después de repetidos esfuerzos llevados a cabo para hablar a las personas vivas que se acaban de dejar, las cuales están todavía vívidamente presentes para la persona que acaba de morir. Pero este vívido contacto con la vida terrestre, sólo dura algunas horas, o a lo más, algunos días; entonces la perspectiva que rodea al alma empieza a cambiar; las pasiones y deseos empiezan a amortiguarse por sí mismas, y gradualmente desaparecen a través de un período de purificación. El espíritu atrae al alma hacia su espléndida y pura vida, pero el alma oprimida por las pasiones, no puede al principio responder a la atracción. Se debe despojar gradualmente de los deseos terrestres, pues, aparentemente, está todavía en contacto con el mundo viviente, en el sentido de que tiene conciencia de la proximidad de los suyos. Luego en el decurso del tiempo, bien sea este de días, de meses o de años, pues esto depende de sus deseos terrestres, libre ya el alma de su cautiverio, se despoja del Cuerpo de Deseos. Las pasiones pasan a un estado latente, a manera de la semilla de la flor seca y marchita. La parte superior del alma es atraída por el espíritu, y el potente y radiante poder, la pura voluntad del espíritu la inunda, e infunde nueva vida y vigor en los hermosos sueños del alma, inspirándole la bondad y el deseo de conocer la verdad. Este es el gran día del alma, día de bienaventuranza y reposo,

nes lo ha hecho algún espiritista, que inventamos y que truncamos textos.

Ahora bien; «en esta doctrina ¿existe un algo, a la par tan ra-

cuando se han dejado atrás todas las penas y fatigas de esta vida mortal. Cuando el alma abandona su vestido de deseos, pasa en unión con el espíritu al Devachán, la Bienaventuranza [nombre que recibe la vida de reposo], completamente penetrada de la triunfante e inmortal juventud del espíritu. Entonces el alma se baña en las lagunas de vida que reaniman su vigor y energía. La recompensa que recibe está en proporción con la intensidad de sus aspiraciones. Como que las almas de los hombres difieren en la medida de sus aspiraciones, así también difiere el Reposo Feliz para cada una de ellas. Cada alma forma su propio Devachán. Unida el alma estrechamente al espíritu, comparte con este su vida más amplia, y recibe las semillas de esperanza, los ideales de desarrollo futuro que la guían y estimulan cuando de nuevo vuelve a esta vida terrestre.

«Este paraíso de felicidad y poder puede durar tanto como cualquiera vida humana por dilatada que sea; puede durar tres veces más; no se nos ha fijado un número de años definido, pero no concluirá hasta que haya tenido lugar la plenitud del reposo y el olvido de las miserias humanas. La vividez de la dicha languidece lentamente, la luz protectora y el poder del espíritu se oscurecen en el alma que se halla adornada por la felicidad, y a medida que el espíritu se retira, el sentimiento de la vuelta a la tierra empieza a agitar y mover las semillas del deseo que fueron abandonadas cuando la flor de la última vida terrestre se secó». *La memoria de los nacimientos pasados*, por Charles Johnston, p. 8 y sig. «Finalmente, las causas que condujeron al ego al Devachán, se agotan; las experiencias adquiridas han sido asimiladas por completo, y el alma principia a sentir de nuevo la sed de la vida material sentiente, que sólo puede satisfacer en el plano físico. Mientras mayor es el grado de espiritualidad alcanzado, mientras más pura y más elevada ha sido la vida terrestre precedente, tanto más larga es la estancia en el Devachán. «El tiempo medio de la estancia en el Devachán, es de diez a quince siglos, nos dice H. P. Blavatsky, y efectivamente el ciclo de quince siglos es de los más señalados en la historia. El ego está entonces pronto para volver, y trae consigo su experiencia entonces aumentada y cualquiera otra adquisición que haya hecho en el Devachán en el campo del pensamiento abstracto; pues mientras se halla allí, puede en cierto modo adquirir más conocimiento.

«Pero el ego, al cruzar el vestíbulo del Devachán en su salida del mismo—la muerte en el Devachán para el renacimiento en la tierra—encuentra en «la atmósfera del plano terrestre» las semillas del mal, sembradas por él en su vida precedente en la tierra. Durante el período devachánico se ha encontrado libre de todo dolor, de toda pena; pero el mal que hizo en su pasado ha permanecido en un estado de suspendida animación no en estado de muerte. El ego tiene que asumir la carga del pasado, y estos gérmenes o semillas que retornan como cosecha de la vida pasada, son los Skandhas, nombre apropiado que tomamos de nuestros hermanos los budhistas. Consisten en cualidades materiales, sensaciones, ideas abstractas, tendencias y poderes mentales y mientras que el puro aroma de estas últimas se unieron al ego y le acompañaron al Devachán, todo lo que era grosero, bajo y perverso, permaneció en el estado de animación suspendida que he mencionado antes. Estas son recogidas a su paso hacia la vida terrestre por el ego, y con ellas se construye el modelo del nuevo «hombre de carne» que el hombre verdadero tiene que habitar. *Man. Teos. § La vuelta a la tierra*, pá-

zonable y tan sublime, y además, algo tan satisfactorio para nuestras más elevadas aspiraciones, que uno no puede menos de creer que la verdad es algo parecido?» (1)

gina 262 y sig. «Una vez aquí sus afinidades le atraen hacia la nación, clase y familia cuyas costumbres se hallan más en armonía con su propia naturaleza, y, uniéndose al cuerpo del niño aún no nacido, pasa inmediatamente de nuevo por las puertas del nacimiento. Luego, gradualmente, el aspecto más humano del alma, las pasiones así como la inteligencia llegan a su desarrollo, con lo cual se ha vuelto una vez más, a entrar de lleno en la vida humana. Así pasa de la infancia a la juventud, y luego de la vejez a la muerte». Charles J. L. C. p. 15, «De este modo la ronda de nacimientos y de muerte, continúa la vuelta de la rueda de la vida, la jornada por el ciclo de necesidad hasta que la obra se termina y el edificio del hombre perfecto se completa». Man. Teos. L. C.

Difícil es calcular el número de reencarnaciones indispensables para llenar este ciclo. En los «Fragmentos of Occult Truth» y en lo que a los mismos se añadió más tarde, donde se encuentra la fuente del teosofismo, «se decía que todo el desarrollo de la humanidad sólo consistía en los repetidos renacimientos de las mismas almas humanas.» «Varias eran las razas [equivalentes a reencarnaciones iteradas] que habían poblado la tierra, nada menos que cuatro han precedido a la que ahora habita el planeta», las dos primeras eran a manera de las fantásticas sombras de los sueños olvidados; con la tercera, la materialidad llegó al punto en que hoy la vemos; de ella apenas si existen más que unos pocos individuos, y aun estos han descendido a los últimos límites de la degeneración. La cuarta se conserva su memoria en la historia del Atlántico; sus descendientes mezclados con los brotes de la tercera raza primitiva, habitan las tierras y continentes que conocemos. De la unión de la tercera y de la cuarta resultó la quinta, nuestra presente humanidad, de cuyo fecundo semillero proceden los indios de la raza. En el interior de la China se encontraban algunos restos, puros de la cuarta raza, los cuales junto con los aborígenes de la Australia, eran los restos y vestigios de un pasado desvanecido. Cada uno de nosotros hemos pasado por cada raza, tiempo y clima. A la quinta raza se sucederán otras, hasta que la humanidad alcance la perfección; y cuando este ciclo de vida haya terminado y, con él haya desaparecido la tierra que nos sustenta, aun entonces quedan otros ciclos mayores, y otros mundos más nobles en los cuales nosotros, exactamente los mismos, estamos destinados a hallar nuestro desarrollo más completo.» Char. J. L. C. p. 16, y sig. Y cuando todos estos ciclos también hayan terminado su curso «lo que el Devachán es a cada vida terrestre, es el Nirvana para el ciclo de reencarnaciones que termina». Las almas, pues, llegarán al Nirvana, no para permanecer descansando en el eterno sopor. *La Doctrina secreta* nos enseña que la entidad nirvánica vuelve a la actividad cósmica en nuevo ciclo de manifestación, y que el hilo de radiación que es imperecedero y que sólo se disuelve en el Nirvana, surge de nuevo en su integridad el día en que la gran Ley vuelve a poner en acción todas las cosas» Man. Teos. § Nirvana, p. 264-265.

1 Charles J. L. C. p. 12.

§ 2.º

VALORES ESPIRITISTAS Y SU APRECIACION

SIN VALORES POSITIVOS NADA SE PUEDE AFIRMAR.—ACERTADO JUICIO.—MONISMO Y PANTEÍSMO.—LA PALINGENESIA ESPÍRITA ES ANTIFILOSÓFICA.—EL YO PERMANENTE.—CONOCIMIENTO DEL ALMA.—EL PERIESPÍRITU.—LA REENCARNACIÓN ESPÍRITA ES ANTIRRACIONAL.—ANTE LAS MESAS DE UN GRAN FESTÍN.—EXISTE LA FINALIDAD.—EL HOMBRE CARECE DE FIN.—LA LEY DEL PROGRESO INFINITO.—CONCLUSIÓN FÉRREA, PERO LÓGICA.—LA ARGUMENTACIÓN DIRECTA.—COLABORADORA DE DIOS.—EL UNO ES RELATIVO, ABSOLUTO EL OTRO.—LAMENTABLE CONSECUENCIA.—PODRÍAMOS DISCUTIR CON LOS ESPIRITISTAS.—EL PUNTO FINAL SE IDENTIFICA CON LA LÍNEA.—EL FIN ÚLTIMO RAZÓN DE PLENITUD.—¿QUIÉN SERÁ TAN PRIVILEGIADO?—RÉPLICA QUE NADA VALE.—FIN DE LA REENCARNACIÓN.—PRINCIPIO SIN EXCEPCIÓN.—O ES FALSA LA LEY O NO HAY PURIFICACIÓN.—PUEDE DECIR A DIOS: NO TE SERVIRÉ.—DIOS MISMO RESPETA LA LIBERTAD.—EL ESPIRITISMO NIEGA LA LIBERTAD.—LA REENCARNACIÓN Y EL DETERMINISMO.—EL CRIMINAL NATO.—SOMETIDA A LEYES INMUTABLES.—LA REENCARNACIÓN Y LA PENA.—CADA UNO ES JUEZ DE SÍ MISMO.—PODRÁ O NO REENCARNARSE.—EL ABSURDO NO SE EVITA.—LA MEMORIA DE LO PASADO.—IMPORTANCIA QUE REVISTE.—RIDÍCULA EXPLICACIÓN.—IDÉNTICA ES LA SITUACIÓN DEL ALMA.—NI DE PARTE DE LA MATERIA, NI DE LA SUBSTANCIA FLUÍDICA.—EJEMPLO QUE NIEGA EN VEZ DE AFIRMAR.—SIN CONCIENCIA NO HAY EXPIACIÓN.—LOS ABSURDOS SE ACRECIENTAN.—FÉRREA TENAZA.—DIGNA DE ESTIGMATIZACIÓN.

En materia tan oscura como la que estamos ventilando nada puede afirmarse si no se cuenta con datos positivos que garanticen la afirmación; de ahí el que, si la razón no encuentra repugnancia el admitir una reencarnación en la que «el alma conservara la conciencia de su personalidad y la serie de nuevas moradas accidentales tuviera un ciclo bien determinado», en el que se reflejara una ley superior de expiación para los necesitados; como tampoco tiene ningún alegato a su favor; si puede hablar de expiación, no puede sin embargo determinar el modo de verificarse. Mas, no es esta la hipótesis que nos ocupa en los presentes momentos, como puede haberse comprendido por lo expuesto.

«La ciencia verdadera [de los modernos tiempos] tiene catalogada a la doctrina reencarnacionista del espiritismo, entre las fábulas más insensatas, reputándola inepta para resolver el problema de la vida». (1) Y muy pocas veces la ciencia habrá emitido un juicio tan acertado como este, pues, efectivamente la aseveración espiritista es antifilosófica y antirracional.

No recordemos, para demostrarlo, la argumentación que ya dejamos sólidamente asentada al tratar de la preexistencia, afirmación con la que en puridad esta se confunde y hasta se identifica en todos sus aspectos, menos en el escatológico. Baste recordar lo que dijimos acerca del panteísmo y monismo de la doctrina espiritista. Cuanto más atentamente leemos las obras del espiritismo nuestra convicción es más íntima; a cada momento nos encontramos con frases como las siguientes: «El Ser Supremo no existe fuera del mundo; es parte de él, integral y esencial. Es la unidad central donde van a confundirse y a armonizarse todas las relaciones. Dios es el Universo y el Absoluto. En él, los tres principios constitutivos del Universo se unen para formar una unidad viviente». (2) Ahora bien, en la doctrina panteísta y menos en la monista, ¿es dado hablar de reencarnaciones con fines expiatorios, de vidas sucesivas en fases interminables? Si todo es Dios, o parte de Dios; si Dios es la causa formal del universo; si es su parte integral y esencial; y si Dios al mismo tiempo es la perfección por esencia, ¿cómo admitir evolución intrínseca en los seres?; ¿cómo suponer que se han de ir perfeccio-

1 Rev. S. Antonio, año XIV, n.º 9.

2 L. D. Desp. de la muer. n.º 100, 104.

nando y perfeccionándose nada menos que mediante la contrición y purgación de sus culpas? En el panteísmo y monismo ni es concebible la culpa, ni tampoco la corrección. Mas dejemos este aspecto de la cuestión y descendamos al terreno donde los espiritistas, aunque contradiciéndose, se quieren colocar.

La palingenesia espiritista es antifilosófica y en consecuencia inadmisibile. Nada hay ciertamente más imborrablemente grabado en nuestra conciencia que la persuasión de la propia personalidad; contra esta convicción íntima del yo, y del yo constituido por algo estable, subsistente, tal cual lo concibe el común sentir de las gentes, nada valen las argucias de escuelas que tienen la particularidad de perder ese sentido común, que es el mejor guía en las investigaciones filosóficas. Este yo permanente no es, ni puede ser otro que el sujeto de todas las operaciones que radican en la humana naturaleza, bien pertenezcan a la esfera de lo espiritual, ya se las vea moverse en el círculo de lo material. La persona que piensa, y que habla es la misma que se alimenta, trabaja y descansa. Pues bien; admítase por un instante la teoría reencarnacionista del espiritismo con su indefinida serie de re-nacimientos, y, luego dígasenos, dónde está la unidad personal y la propia conciencia de la identidad de la persona. Este absurdo los mismos espiritistas lo confiesan, cuando admiten que un mismo sujeto puede ser Pitágoras, Alejandro Magno, Juliano el Apóstata y Napoleón. La triple personalidad de Rivail ya sabemos que es predicada por sus secuaces.

¿Y qué cerebro puede tomar en serio, ni aun en consideración siquiera, cuanto el espiritismo escribe de la vida en los espacios desde el momento que el alma se despide de su antiguo carcelero, hasta que *contra toda su voluntad* ha de regresar a vivir en las mazmorras de la carne? ¿Quién puede creer que el alma en el plano astral se encuentra en acecho, como el experto cazador sobre su presa, para en el momento de efectuarse el acto generativo, descender, ocultarse en el embrión y empezar una nueva existencia? Y cuando esto fuera, ¿en cuya virtud podría el alma introducirse en el útero materno para vivir la vida embrional, o mejor, convivirla, y ejercer entonces y después todas las funciones orgánicas que han de llevarse a cabo en el curso de la vida? ¿Piensa el espiritismo que la acción vital es un producto que depende de la potencia volitiva de ningún espíritu? No le creemos tan retrasado en alcances filosóficos, para que se atreva

a sostener semejante concepto, aun cuando llegamos a conceder cuanto del influjo de la voluntad en los fluidos y en los objetos corporales escribe León Denis en su obra «Después de la muerte». (1)

Responderá que no lo hace por su propia virtud, sino por la de la gran taumaturga la naturaleza, a cuyo impulso, como luego se verá, se deben todas las maravillas que nuestra razón observa en la marcha perfecta de los seres? Ocurrente sería afirmar que es la naturaleza la que se halla atisvando las acciones honestas o inmorales de las criaturas para en el momento dado enviar un alma con el fin que se encierre en la malla tejida cuando menos se esperaba. En su ciego e inconsciente caminar, ¿quién la inclinaría hacia uno u otro lado? El espiritismo no puede afirmar que la Divinidad, porque incurriría en una serie de contradicciones; tampoco puede decir que el alma, el espíritu, porque «después de la muerte se encuentra envuelto en fluidos opacos que ya no dejan pasar las impresiones del mundo exterior». (2)

El oficio que a la generación está asignado en el orden de los seres ya dijimos cual era; así como también dijimos que en la hipótesis de las múltiples existencias era una acción que carecía de toda finalidad, particularmente si se tiene en cuenta lo que nos dice el espiritismo; que el renacer del alma más que renacer es evolucionar. Además, la repugnancia que esto arguye en el acto de la naturaleza es tan grande que ella es suficiente para dar al traste con todas las teorías reencarnacionistas. (3)

Es antifilosófica esta palingenésica teoría, porque mina por su base el gran edificio del espíritu, agosta la perfumada flor del alma y aplica la segur al árbol de la naturaleza destruyéndola en su totalidad. Es postulado de la ciencia espiritista que «a la separación del alma y del cuerpo sigue siempre un tiempo de turbación que dura más o menos, según la conducta que en la vida, que acaban de dejar hubieran observado los espíritus; los fantasmas de lo pasado les atormentan horriblemente. El espíritu se encuentra entonces suspenso entre dos sensaciones, la de las cosas materiales que se borran y la de la nueva vida que se delinea ante él. Esta vida, la entrevé ya como al través de un ve-

1 § 32.

2 L. D. L. C.

3 Cfr. Sto. Tomás, Contr. Gent. L. 2.º c. LXXXIII.

lo, llena de encanto misterioso, temida y deseada a la vez»: (1) Otro tanto acontece «cuando llega la hora de reencarnarse, el espíritu se siente atraído por una fuerza irresistible, por una misteriosa afinidad hacia el centro que le conviene. Esa es una hora terrible, hora de angustia más tremenda, que la de la muerte» (2).

Estas locuciones y otras similares que reflejan palmariamente el sentir del ocultismo, no pueden conciliarse con la doctrina del verdadero espiritualismo. Libre la naturaleza espiritual de la parte material no hay imágenes ni fantasmas que tengan la virtud de afectarla directamente, no pueden existir obscuridades o tinieblas capaces de conmover su ser y de impedir el ejercicio de sus potencias espirituales. Cuando el alma constituye un solo supuesto con el cuerpo al que anima, entonces no solamente hemos de afirmar que tiene necesidad de lo sensible, como medio transmisor, sino que no le es dado realizar sus actos de otra manera que mediante la cooperación de los sentidos. (3) Esta es la causa de las turbaciones, de la visión imperfecta, de la falsa apreciación de los objetos, la que da origen al discurso en cuyo procedimiento es donde se introduce el error. Mas el conocer de la naturaleza espiritual, separada de la grosera, es intuitivo, y en la intuición no es posible la falacia y sin la falacia, es preciso rechazar la opinión espiritista. (4) El sambenito del periespíritu que siempre lleva vestido el alma, según los espiritistas, nada quita ni pone en este punto; antes bien, demuestra no sólo lo antifilosófico de la doctrina, sino que la lleva hasta la meta del ridículo.

«El periespíritu es un organismo fluídico. Este cuerpo fluídico no es, sin embargo, inmutable; se purifica y se ennoblece con el alma, la sigue a todas sus innumerables encarnaciones, sube con ella los grados de la escala jerárquica, se hace cada vez más diáfano y brillante». Pues este cuerpo *fluídico*, tiene un cerebro, independiente del alma, y, «en el cerebro de este cuerpo *espiritual* es donde se almacenan los conocimientos que se imprimen en él con líneas fosforescentes, y sobre éstas líneas se modela y

1 L. D. L. C. § 30.

2 L. D. L. C. § 41.

3 Cfr. Mercier, L. C. n.º 222.

4 Cfr. Sto. Tom. I, p. q. LXXXIX, a. IV.

se forma el cerebro del niño en la reencarnación». (1) Estos dislates no necesitan comentarios.

La reencarnación espiritista es antirracional y conduce al colmo de la insensatez, por no decir que induce necesariamente a los más horrendos crímenes. Ya es doctrina corriente entre los prosélitos de la *nueva ciencia*, expresada unas veces en forma de interrogación, de indubitable aserto otras, que todos los organismos inferiores están animados por un alma espiritual, más o menos perfecta. «Antes de adquirir la conciencia y libertad, antes de poseerse en la plenitud de su voluntad, ¿ha tenido cada una que animar los organismos rudimentarios y revestir las formas inferiores de la vida? En una palabra, ¿han pasado por la animalidad? El estudio del carácter humano, que lleva aún grabadas las huellas de la bestialidad nos induce a creerlo así. Además, el sentimiento de absoluta justicia nos dice que tampoco el animal debe vivir y padecer sin más perspectiva que la nada. Una cadena ascendente y continua enlaza todas las creaciones, el mineral al vegetal, el vegetal al animal, y este al hombre. Los uno doblemente en lo material como en lo espiritual. Estas dos formas de la evolución son paralelas y solidarias, no siendo la vida más que una manifestación del espíritu que se traduce por el movimiento. El alma se elabora en el seno de los órganos rudimentarios. En el animal no es aún más que un bosquejo; en el hombre adquiere el conocimiento y ya no puede retrogradar. En todos los grados, prepara y labra su envoltura, siendo las formas sucesivas que reviste la expresión de su propio valor. La situación que ocupa en la cadena de los seres está en relación directa con su estado de adelantamiento». (2)

Admitidos estos postulados, nos parece estar viendo a los grandes *sabios* del espiritismo sentados ante las mesas de regío comedor, y hondamente preocupados por el gran conflicto que les atormenta el cerebro y desgarrá el corazón. ¿Con qué alimentarán sus estómagos hambrientos y saciarán su devorador apetito? El más horrendo crimen de los hombres es el que se comete cuando después de haber privado de la vida a un ser animado por una substancia espiritual, se ceban en su cadáver hasta llegar a convertirle en su propio manjar. Las aves, los peces,

1 L. D. L. C. § 31.

2 L. D. L. C. § 11.

los juguetones corderillos, los apetitosos vegetales, las exquisitas frutas, hasta el agua cristalina, todo, según los espiritistas, lleva en sí la vida espiritual o el germen de la misma. Comer y beber es, por tanto, hacerse reo de la más negra acción. ¿Qué dicen a esto los prosélitos de Allan? O se hacen acreedores a grandes crímenes nutriéndose de otros seres de la misma naturaleza que ellos, con la sola diferencia de ser un poco más imperfectos; o tienen que admitir otro mayor; el matar a la humanidad por el método del hambre. Ninguno de los dos creo que acepten, y, entonces se han sentenciado a sí mismos y a toda su teoría reencarnacionista.

La finalidad existe en el universo. Este es un principio admitido incondicionalmente. Uno de los impulsores principales, al menos aparentemente, de la doctrina palingenésica, es el teleológico.

Pues bien; el hombre en la teoría espiritista carece de fin. En primer lugar, porque hablándole de fin, únicamente le ofrece un espejismo, que sin cesar va rítmicamente alejándose del pobre alucinado cuando creía estar ya bañándose en aquel lago de placideces, donde todos los trabajos y fatigas pretéritas serían sustituidas por el placer más embriagador, exento de dolores y de consecuencias desagradables, como las que suelen tener las pequeñas dosis de bienestar que en la tierra disfruta. El fin es para él un objeto indefinido. Nace y renace, deja la vida de un planeta, y ora vuelve a reasumirla, en distintas o en las mismas condiciones, ora vive errático en los espacios intersidiales, pasa largos años en plano astral; ya se traslada a uno de tantos planetas como pueblan el universo, se viste sucesivamente del esplendente vestido o se cubre con la negra túnica ¿Cuánto durará la peregrinación? De labios de los espiritistas más prominentes acabamos de oír que las reencarnaciones son siempre muy numerosas, indefinidas, y si el alma se va quedando rezagada a buen seguro que jamás llegará. Ahora bien, «una prueba indefinida equivale a afirmar un movimiento sin meta, una tendencia sin objeto» (1) El fin indefinido es una irrealidad, puede existir en las hipótesis que más o menos fundadas se finjan los sabios, pero ontológicamente considerado, jamás ha existido una inteligencia que intentara considerarlo como algo que podía

1 Ugart. de Encilla, L. C. L. 1.º c. V.

mover la potencia psíquica o terminar un acto intelectual; lo indefinido es lo impreciso, lo abstracto, lo que carece de un punto al que puedan dirigirse las miradas del pensador, y de un lugar en que pueda encontrar reposo el peregrino que cruzando marcha los interminables arenales del desierto. (1)

Responderán los espiritistas, que este modo de concebir las cosas, es no entender su doctrina, adulterar su pensamiento, pues que ellos, si bien cuentan por miriadas interminables los años y hasta los ciclos que han de recorrer los espíritus, acumulación de existencias que, a nosotros los humanos nos parecería la eternidad; admiten, no obstante, y confiesan claramente, que llegará un día en el que el alma desligada ya de todas sus groseras y opacas envolturas, y quizás libre del transparente y delicado fana! en el que aparecía siempre encerrada, disfrutará de las grandezas de lo sublime en toda su plenitud y sentirá el perfume de la Divinidad que embriagará todo su ser. «En estas mansiones fluidicas es donde se despliegan las pompas de las fiestas espirituales. Los espíritus puros deslumbrantes de luz se agrupan allí por familias. Su esplendor, los variados colores de sus envolturas, permiten conocer su elevación y determinar sus atributos. Este esplendor inflama al espíritu entero que resplandece como un sol, o como esos astros errantes que corren los abismos celestes dejando en pos de sí una estela luminosa. Este es el fin hacia el cual evolucionan todas las almas, el centro donde todas las esperanzas se realizan, donde todas las nobles aspiraciones son satisfechas». (2)

Este hablar del espiritismo no es más que pura fraseología y charlatanería de los voceros de la *nueva ciencia*, carente de toda objetividad. No somos nosotros quienes formulamos alegato tan increíble en la seriedad del asunto; son los propios espiritistas quienes se encargan de decirnos, que el fin por ellos enunciado, no es tal fin, ni tiene carácter de término; de donde resulta que no sólo se nos ofrece como indefinido el objeto final, sino que se pierde en las inmensidades de la vereda inmensurable. El aludido fin es únicamente un simple descanso como los que había tenido anteriormente al dejar una fase para encarnarse en otra.

1 Perujo, Dic. de Ci. Ecle. Plura, y la obra del mismo nombre y autor.

2 L. D. L. C. § 35. 2.

El verdadero fin a que las almas han de aspirar, o mejor diremos, el trayecto que han de recorrer, es *infinito*.

Efectivamente; marchar, marchar, como el judío errante sin nunca detenerse, seguir siempre olfateando la huella tras la que empezó a andar cuando, humilde y despreciable arcilla ya la futura luz esplendente se encontraba «oculta bajo la carne, como una antorcha ardiendo solitaria en el fondo de un sepulcro» (1); he ahí el único fin de las almas espíritus. Ya copiamos antes, y ahora repetiremos algunas de las palabras espiritistas que demuestran la presente afirmación y añadiremos otras nuevas que den más fuerza a la tesis.

«Al fin llega un día, dice, que el espíritu... ve terminarse la serie de encarnaciones y empezar la vida espiritual, definitiva, la verdadera vida del alma, de la cual están desterrados el mal, la sombra y el error. El alma ha alcanzado el término de sus males; ya está segura de no padecer más. Luego estudiar, admirar, glorificar la obra infinita, penetrar más profundamente sus misterios, reconocer en todas partes la justicia, la bondad y la belleza celestiales e identificarse con ellas; seguir a los ingenios superiores en su tarea y en sus misiones; comprender que se llegará a igualarlos; que se continuará ascendiendo, que siempre, siempre nuevas alegrías, nuevos trabajos, nuevos progresos nos esperan; tal es la vida eterna, magnífica, desbordante, la vida del espíritu purificado por el sufrimiento». (2)

«Fácilmente se comprenderá que el espíritu humano ha de ser la resultante de un progreso adquirido mediante el cumplimiento de la ley; progreso que ha tenido que marcarse paulatina y gradativamente al atravesar los reinos mineral, y vegetal y animal irracional, y que seguirá marcándose eternamente en el hominal, *sin adquirir jamás su última expresión*, porque sobre todo progreso y perfeccionamiento que pueda medirse quedará todavía todo entero lo *infinitamente* perfecto que es Dios» (3)

«Para que el germen potencial pueda llegar a espíritu, tiene que atravesar por todas las series que constituyen los reinos mineral, vegetal y animal. Luego las modalidades de las series del progreso son infinitas. Pero como la potencia determinante del germen

1 L. D. L. C.

2 L. D. L. C.

3 Q. López, L. C. 2.^a part. c. VI.

es inagotable y siempre se encuentra en igual defecto o débito de realización, su progreso tiene que ser infinito, y por consecuencia *infinitas deben de ser las series progresivas de realización*» (1).

Una de las leyes inexorables del espiritismo, que no admite excepción, es la de «la eternidad de la realización de la esencia universal» (2), la del «progreso infinito» (3). Pero «la idea de un progreso que nunca se detiene, es propiamente la idea de un progreso sin objeto; pues además de ser una falta de sentido, semejante progreso sería también lo más desconsolador y más vacío que pudiéramos imaginarnos. Suprimir el fin del pensamiento es matar el alma». (4) La conclusión de Schelling es dura, con todo, es la lógica de los hechos y del sentido común, más inexorable que las leyes espiritistas. Admitir y afirmar como último objeto del alma el que pudiera reflejarse en la cima que dista infinitamente del espíritu, es sencillamente decir y afirmar que el alma no tiene fin, ya que nunca llegaría a él. Y suprimir el fin de las aspiraciones del alma es sin duda alguna matarla antes que empiece a vivir. Luego los espiritistas niegan y privan a las almas de verdadero fin.

No sólo se deduce semejante consecuencia de lo que pudiéramos llamar argumentación indirecta, como es la que acabamos de presentar, sino que a ella llegamos muy principalmente tomando por guía la argumentación directa; analizando en su propia naturaleza lo que los espiritistas denominan objeto final de los espíritus al terminar el ciclo de las reencarnaciones.

En efecto; ¿qué es lo que constituye el fin de las almas según las enseñanzas de los espiritistas? «Tal es el destino del alma humana, nacida en la debilidad, pero llamada a elevarse, a realizar en ella la vida en toda su plenitud, a conquistar todas las riquezas de la inteligencia, todas las delicadezas del sentimiento y a *llegar a ser un día colaboradora de Dios. Esta es la tarea del ser* y su fin grandioso, colaborador de Dios, esto es, destinado a realizar en torno suyo, por medio de misiones, cada vez más importantes, el orden, la justicia, la armonía; a atraer a sus hermanos inferiores, a conducirles hacia las cumbres divinas, a su-

1 M. G. Soriano. L. C. 2.^a part p. 121-122.

2 M. G. S. L. C. p. 125.

3 L. D. El por. de. § 11.

4 Schelling, Filos. de la Reve: IV, 2.^a p. 13, Ap. Het. con. XXIV.

bir con ellos de círculo en círculo, hacia el objeto supremo, hacia Dios. Esta participación en la obra infinita es al principio muy inconsciente, el ser colaboradora sin saberlo, y frecuentemente sin quererlo, al orden universal; después, a medida que va recorriendo su camino, esa colaboración se hace más y más consciente. Poco a poco, su razón se ilumina; el alma comprende la armonía profunda de las cosas, penetra sus leyes y se asocia estrechamente a ella por sus actos. Cuanto más se desarrollan sus facultades, más se acrecen sus cualidades efectivas, más se afirma y acentúa su participación en el divino concierto de los seres y de los mundos». (1) «El alma en su vida superior y perfecta, colabora con Dios, forma los mundos, dirige sus evoluciones, vela por el progreso de las humanidades y el cumplimiento de las leyes eternas». (2) «Hombre, hermano mío, ten fe en tu destino pues es muy grande. Has nacido con facultades incultas, con aspiraciones infinitas, y tienes *la eternidad para desarrollarlas y satisfacerlas*. Engrandecerte de vida en vida, instruirte por el estudio, purificarte por el dolor, adquirir una ciencia cada vez más vasta, cualidades cada vez más nobles, he ahí lo que te está reservado; Dios ha hecho aún más por tí. Te ha dado los medios de colaborar a su obra inmensa, de tomar parte en la ley del progreso abriendo nuevas sendas a tus hermanos, elevándoles, atrayéndoles a tí, iniciándoles en los esplendores de lo verdadero y de lo bello, en las sublimes armonías del universo. (3)

«Empero con el mañana más o menos remoto, va adunada una nueva empresa para el espíritu: la de ser mentor de otro que no ha llegado a su grado de perfección. Sin dejar de cumplir su labor propia de jardinero, el que es guía de otro le instruye, le corrige, le ayuda, en una palabra; siendo motivos a su júbilo el que su auxiliado avance sin tropiezo, cumpla sin esfuerzo y con deleite y reconozca pronto los beneficios de la laboriosidad. Entonces protector y protegido se entrelazan con los indisolubles lazos de la gratitud y el cariño y extendiendo sus benéficos efluvios a otros seres, repiten la labor, para tener la satisfacción de repetir también los motivos de alborozos. Tales son el *ayer*, el *hoy* y el *mañana* de la vida eterna del espíritu». (4)

1 L. D. Cri. y Esp. p. 255-256.

2 L. D. El p. § 9.

3 L. D. L. C. § 7.

4 Q. L. L. C.

Estas son, expuestas sin ambages ni eufemismos veladores, las doctrinas espíritas relativas al fin para que las almas han sido formadas. Y esto, ni es fin, ni cosa que se parezca, ni puede serlo por más falaces raciocinios que hagan los buenos discípulos de Kardec. En ninguna filosofía jamás se han confundido la noción y realidad de fin con la noción y realidad de medios. Son de tal naturaleza que en la esencia constitutiva llevan clara y abierta oposición; el uno es relativo y el otro absoluto; aquél es el punto final y éste la línea unitiva; tiene el medio razón de vía, de conductibilidad; dice el fin razón de término de aquiescencia en la ascensión; aquiescencia que no se ha de confundir, como tan lamentablemente lo hacen los espiritistas, con la idiota pasividad; antes se compagina y es la más honorífica actividad; el fin es lo que el alma pretende alcanzar, y tratándose del fin último es el término del cual no ha de pasar, el centro del que no ha de salirse, porque consiste en la unión de la potencia con su propio objeto, la cual, si mientras no se removieron todos los obstáculos, permaneció en la búsqueda, sintió la acuciadora nostalgia; desde el instante que se le revela en toda su evidencia y con él se abraza, ya no inquiere, ya no busca nuevas impresiones que la hablen de ulteriores avances, lee y lee constantemente en su propio objeto, goza y se recrea sin cesar en la posesión de lo que tan de veras había ansiado. Si continuara el camino, si persistiera en la búsqueda, señal palmaria que no se encontraba todavía en su centro, en su propio fin.

Ahora bien; el fin de las almas desaparece, porque el medio y el fin se confunden y llegan a identificarse; el fin que establecen no es punto final, no es término; es línea, es camino; lo que el alma ha de alcanzar como objeto de sus aspiraciones y centro hacia el que se dirige, ya lo posee desde el primer momento de su vida. Y con esto, ¿no ha desaparecido totalmente el fin?, ¿no se ha borrado de la categoría de las entidades?

Colaborar con Dios en la obra del bien y de la justicia; he ahí el sublime, grandioso fin de las almas según los espiritistas. Está bien. Pero ¿y desde cuándo empiezan las almas, a ejercitarse en tan grandiosa obra?; ¿después de múltiples, interminables y casi infinitas reencarnaciones?; ¿cuando han recibido el premio de las fatigosas labores?; ¿cuando ha llegado al venturoso día en que despojadas de la grosera envoltura se ostentan en toda la majestad de su naturaleza? Si esto fuera, todavía podríamos dis-

cutir con los espiritistas, mirando la cuestión bajo otro aspecto; pero muy lejos de suceder así, es desde el principio de su existencia cuando las almas realizan la obra magna, admirable, de colaboración, de magisterio, de transformación, de bondad y de justicia; nos lo han dicho los propios espiritistas en las palabras copiadas. Luego ya tenemos que el medio y el fin se confunden, empiezan a existir, puede decirse, simultáneamente; el punto final es la línea, el camino es el término. Con lo cual podemos y debemos afirmar, que uno y otro quedan anulados. Porque si el alma se encuentra en el término ¿qué vereda habrá de seguir? ¿hacia donde se encaminará?

Lo que más sorprende, no es el decir que el espíritu participa de tan excelsa obra desde los comienzos de su vida, sino el aseverar con tanto aplomo como si se tratara de la verdad más evidente, siendo así que es el error más inconcebible, que, «esta participación en la obra infinita es al principio *muy inconsciente*, el ser colaboradora sin saberlo, y frecuentemente sin quererlo al orden universal». De modo que el sujeto espiritual consciente, libre por esencia, está en su propio centro, lleva a cabo el más grandioso acto que puede efectuar, sin saberlo, sin tener conciencia de semejante operación, más aún, contrariándolo su voluntad. ¿Y esto es fin, ni admirable, ni privado de todas las admiraciones? No; y los espiritistas demuestran al escribir semejantes cosas, si lo hacen persuadidos de lo que dicen, que desconocen por completo los más rudimentarios elementos de todo discurso y de los componentes de cualquiera objetividad. Ni vale afirmar que «después; a medida que va recorriendo el camino, esa colaboración se hace más y más consciente». Pues esto mismo acaba de patentizar que desconocen en absoluto lo que están tratando, y que ignoran las nociones de fin y de medio.

¡Bonito destino el de las almas en esta hipótesis espiritista! ¡Y este es el esplendente cielo, en cuyos fulgores ha de estar bañándose todo el ciclo de la eternidad! Jamás hemos encontrado dislate parecido en las absurdas concepciones de la filosofía antigua. Sus filósofos siquiera conservaron sentido común para distinguir entre el principio y el fin de la obra y la atribuyeron bien distintas perfecciones. Tan estupendas invenciones estaban reservadas a los que se presentan como los anarquistas de los órdenes moral e intelectual.

Concedamos, empero, que los espíritus, después de verse exentos de las pesadas ligaduras; purificados, al través de tanto tamiz porque han debido pasar, viven ya en las regiones fluidicas, libres, gozosos y su ocupación no es otra que la de contribuir con la Divinidad al perfeccionamiento de las almas y de los mundos. (1) Con esto, ¿hemos de decir que el alma ha alcanzado su verdadero fin por el que suspira constantemente? No. Y aquí es donde esperábamos a los espiritistas para oír de sus propios labios la negación clara y contundente del fin de las almas; pues hasta ahora sólo lo han hecho implícitamente, porque si es verdad que los principios suyos eran, las conclusiones las deducimos nosotros. Aquí no sucede lo mismo.

El fin último tiene razón de plenitud en todos los órdenes, pues, de lo contrario el verdadero término final estaría por conseguir, y, en el sujeto ejercería la misma influencia que el centro ejerce sobre todas sus partes; y sintiendo la atracción, siempre experimentaría inquietud, no gozaría lo que debiera gozar, no estaría en la posesión de su real objeto y por ende se vería privado de la felicidad para la que fué hecho.

Pues bien; los espiritistas han de convenir con nosotros (en más de una parte lo defienden), en que el objeto de la inteligencia, o lo que es lo mismo, su fin, es la verdad; el objeto y fin de la voluntad, la bondad y el objeto y fin del alma gozar esos objetos finales. Y por una economía, que no es de este lugar el examinar, pero cuya persuasión llevamos todos grabada en lo más íntimo de nuestro ser, el alma ansía contemplar y beatificarse en esos objetos, no envueltos y prisioneros entre las redes de lo finito, participados en los grados relativos; quiere contemplarlos en lo absoluto, en sí mismos, en su principio, en su esencia infinita y eterna, tal cual tienen que ser la bondad y la verdad imparticipadas. Dicho en otras palabras; el alma ansía ver a Dios facialmente, no tranquilizándose cuando sólo le admira en sus efectos. Por ríos de perfumadas aguas y océanos de luz en que el alma se sienta como dormir el sueño placentero, siempre experimentará un gran vacío, siempre sentirá la atracción del centro, siempre deseará ver la fuente inefable para embriagarse en

1 No decimos «transformar almas y mundos, como hace el Sr. Denis, y' menos tomándolo como equivalentes de crear», porque sería no saber lo que se habla, ¡Confundir la transformación con la creación y atribuir esta a la criatura!

delicias eternas y eternamente permanecer en ella. Cuando esto no haya conseguido, tampoco habrá alcanzado su total felicidad. Ver a Dios cara a cara, el fin supremo de las almas. Esto, repetimos, lo admite el espiritismo.

Empero, ¿qué almas son las que alcanzan tan prodigioso fin? «Elevándose a mayor altura, dice el espiritismo, hacia cumbres que el pensamiento no puede medir sin vértigo, ¿no llegaría a vislumbrar por medio de la intuición lo que es Dios, alma del Universo, centro prodigioso de luz?» Fijese el lector lo que el espiritismo se responde así mismo. «Solamente los más grandes espíritus, pueden resistir la visión directa de Dios. La luz divina expresa la gloria, el poder, la majestad del eterno; es la visión misma de la verdad. Pero son pocas las almas que tienen el derecho de contemplarla sin velos. Para soportar su brillo abrumador, es menester gozar de una pureza absoluta». (1) Luego a excepción de esas pocas almas ninguna alcanza el supremo fin. Y aun estas tampoco lo alcanzan, pues L. Denis dice: «No hay felicidad eterna» (2).

No se replique que las demás no tienen derecho. Porque todas iguales por naturaleza, todas han de tener los mismos derechos, todas las mismas aspiraciones, todas idéntico fin. «Entre las almas, dice L. Denis, no hay más que diferencias de grados, diferencias que les es permitido igualar en el porvenir». (3) Por otra parte ¿dónde estaría la tan cacareada justicia, que para todos tiene el mismo rasero? Luego por confesión de los propios espiritistas, las almas carecen de fin. Luego la hipótesis de la reencarnación es inaceptable, absurda, ha de ser anatematizada.

La teoría palingenésica del espiritismo es inaceptable, según sus propios principios; se opone diametralmente a la finalidad para que es admitida y por consiguiente se destruye a sí misma por la base.

En verdad; ¿cuál es el fin de la reencarnación?, ¿para qué las almas han de emigrar de uno a otro cuerpo, de uno a otro planeta? Doctrina constante es en el espiritismo, llegada a transformarse en axioma y que actúa como principio fundamental; que los

1 L. D. Desp. de la mu. § 35.

2 L. D. L. C. p. 282.

3 L. D. L. C. § 12.

espíritus, si andan erráticos por los espacios, si tienen que reencarnarse múltiples veces, es porque han menester purificarse. La única necesidad de la palingenesia es la de la purificación, porque el tiempo de una fase, al decir de los espiritistas, es insuficiente para que las almas llenen su cometido. Ahora bien; la purificación, según las doctrinas y postulados del espiritismo, es algo imposible. Luego la teoría reencarnacionista es inadmisibile.

Es imposible; en primer lugar, porque entre «los principios que resultan del Nuevo Espiritualismo, principios enseñados por los espíritus desencarnados, que están en mucho mejor situación que nosotros, para discernir la verdad», se encuentra el siguiente: «Progreso infinito» (1) Este es un principio de tal naturaleza que jamás sufre excepción. «La marcha de los espíritus es progresiva y nunca retrógrada» (2) Aceptamos, por ahora, el axioma y apotegma del espiritismo, y le aceptamos en todo su rigor, y aceptado, decimos: El progreso que incesantemente evoluciona, que jamás retrograda, siempre va adelante; lo que en el orden moral equivale a decir según esa ley; que los espíritus nunca retroceden moralmente, esto es, nunca pueden ser reos de culpabilidad, pues toda culpa significa un retroceso. «En el progreso indefinido el alma no tendría nada de que arrepentirse, porque no habría perdido nada» (3) Si el progreso es una marcha necesaria, significa una perfección incesante. La purificación es evidente que arguye una culpa; o un estado de culpabilidad libremente abrazado; si este no hubiera existido, ¿de qué se habría de purificar? La culpa significa una imperfección, una marcha en dirección contraria a la que debiera llevar. Luego o la ley del espiritismo es falsa, cosa que él no admite, ni puede admitir tenido en consideración la totalidad del sistema; o no existe la finalidad de la palingenesia; la purificación. Y en cualquiera de los dos casos, la reencarnación es imposible.

En segundo lugar; es imposible la purificación, según la teoría espiritista. Todo acto expiatorio, como es la purificación, no es otra cosa que un acto de equidad, restaurativo del desequilibrio causado, el restablecimiento del orden perturbado al transgredir una ley que de norma servía a una potencia libre, cual es,

1 L. D. El por. de la vi. § 9.

2 Allan-K. L. C. n.º 104.

3 Lolze, *Microcosmos*, III. p. 56, ap. Het. L. C. con. XXIV.

en nuestro caso la voluntad del operante. Si no hay transgresión de la ley, no hay desequilibrio; el sujeto ha sido fiel en sus cumplimientos; ¿dónde la responsabilidad?, ¿cómo se concebirá la necesidad de una reparación cuando nada hay que reparar?

Pues bien; el hombre, según el testimonio del espiritismo, no puede quebrantar la ley; más, la ley no puede ser violada. «Para que Dios pudiera castigar con justicia, sería preciso que el hombre *violara la ley; la ley es de suyo inviolable*, por ser eterna, y además porque como expresión del Absoluto Ser, no puede, ni estar sujeta a transtornos, ni ser hollada por ningún ente relativo; de lo que se sigue que Dios no puede castigar faltas no cometidas, tanto por oponerse a ello la justicia, cuanto por estar en pugna con su propio modo de ser descender del trono de padre bondadoso siempre dispuesto a otorgar beneficios, al sillón de juez implacable, nunca satisfecho de dictar su sentencia». (1) La consecuencia que de esto se deduce es bien palmaria.

Preteriendo las hipótesis que se hallan en oposición abierta con el sentido común, y que, ordinariamente son olvidadas por los mismos que las elaboran, cuando de la vida real se trata, todos convienen en que la existencia del movimiento que observamos en los seres vivientes, reconoce dos generatrices; necesaria la una, exenta de necesidad la otra; aquélla obra automáticamente, ésta se mueve con libertad. En el hombre hay movimientos automáticos, esto es innegable, pero lo es así mismo que también los hay dotados de libertad. Abierto el ojo necesariamente ha de ver el objeto, siempre que iluminado, se ofrezca en las debidas condiciones; algo semejante o igual acontece con la mirada interna; la inteligencia está formada para entender como el ojo para ver. Estamos en presencia de un acto orgánico y psíquico, con todo, es un ejercicio automático; ha sentido la atracción, cual si se tratara de la energía magnética, como lo siente el anillo que se ha desprendido de su centro.

Sin embargo, aun cuando los espacios irradian intensos fulgores de esplendente sol, el hombre puede cerrar su diafragma y la retina no recibirá la impresión de la luz, quedándose sumido en la obscuridad. Idéntico fenómeno se verifica en lo intelectual y en lo moral. El hombre es libre de abrir o cerrar los ojos, es libre para abrazarse o desechar la verdad, para abrazarse o des-

1 Q. Lop. L. C.

echar la virtud. Puede decir; no quiero instruirme, y convertirse en un salvaje en medio de la cultura más perfecta. Sé que a Dios se le ha de amar, que se ha de practicar la virtud; pero también sé que tengo libertad para decir a ese Dios a quien todo se lo debo; no te serviré, no te amaré, antes, el desprecio será lo único que tenga para tí; cuando quieras que beba las aguas puras de la virtud, iré a enfangarme en las cenagosas del vicio; cuando quieras que me alimente de los manjares exquisitos del espíritu, entonces daré a mi naturaleza manjares hediondos sacados de la materia putrefacta; soy libre y puedo hacer lo que me plazca, aunque sea privarme de la vida. Esta libertad es un atributo tan evidente e inseparable de la naturaleza, que nadie, si no es por sistema, se atreve, en la realidad de la vida, a negarlo o arrancarlo del sujeto racional. El mismo Dios respeta tanto esta cualidad del hombre, que si bien es verdad que físicamente podría destruirla mas como esto equivaldría a destruir el sujeto donde radica, deja que la criatura humana proceda en sus operaciones movida por la causa libre, deja que obre su voluntad aceptando o rechazando el objeto según sea su beneplácito.

La teoría reencarnacionista del espiritismo arranca la libertad de la naturaleza y convierte sus movimientos de libres en necesarios. Aserto que parecerá paradójico, amén de villana calumnia al espiritismo y a su doctrina; pues, si fuera verdad, esto solo bastaría para condenarlo, aun cuando tuviera a su favor todos los comunicados de los espíritus. Además que de nada se gloria él tanto como de la libertad. Pero vamos a demostrar con sus mismas palabras, que es cierta nuestra afirmación.

Primero, con la teoría reencarnacionista, se coarta la libertad de obrar a muchos sujetos, cuando se hallan animados por cierta clase de espíritus, conduciendo abiertamente al determinismo. Allan-K., al tratar de la décima clase de espíritus [espíritus impuros] nos dice: «Son propensos al mal y lo hacen objeto de sus maquinaciones. Como espíritus dan consejos péfidos, promueven la discordia y la desconfianza, y, para engañar mejor toman todas las apariencias. Se apoderan de los caracteres bastante débiles para seguir sus excitaciones, a fin de *arrastrarlos a su perdición*, y están satisfechos cuando consiguen retrasar su progreso, *haciéndoles sucumbir en las pruebas que sufren*. Los seres vivientes a quienes animan durante la encarnación, son dados a todos los vicios que engendran todas las pasiones viles y degra-

dantes, tales como: el sensualismo, la crueldad, la maulería, la hipocresía, la codicia y la sórdida avaricia. Hacen el mal por el placer de hacerlo, sin motivo la mayor parte de las veces, y por aversión al bien escogen casi siempre sus víctimas entre las personas honradas. Cualquiera que sea el rango social que ocupen, son azote de la humanidad, y el barniz de la civilización no los libra del oprobio y de la ignominia». (1) Tan claramente se reflejan en las precedentes palabras la privación de la libertad y determinismo en semejantes sujetos, que persona tan poco sospechosa en la materia como el Sr. Fernando Ortiz, por único comentario, después de copiadas escribe: «Creo que estamos en presencia de delincuentes natos» (2).

El mismo Sr. Ortiz había escrito en el párrafo anterior al citado: «Si a los creyentes de las religiones más en boga se les dice que hay hombres que *nacen* criminales y que *fatalmente* han de serlo durante toda su vida, creerán oír una blasfemia; en cambio los espiritistas os dirán que bien puede ser. No creerán en espíritus criminales natos, pero en hombres delincuentes natos, sí. Cabe efectivamente en la filosofía religiosa espiritista la idea del hombre criminal nato».

«Admitiendo como principio esencial de su teoría el evolucionismo de los espíritus, fácilmente se puede explicar entonces la posibilidad y hasta la frecuencia de que muchos hombres sean criminales natos, porque al nacer ellos en este mundo traen a la vida encarnado un espíritu atrasado y todavía sumido en el error moral de la delincuencia, tan profunda y hondamente, que con probabilidades casi decisivas puede decirse que atravesará por esta vida siguiendo criminal». Y confirma sus palabras con las que copia de Allan-Kardec, «Por otra parte, no es racional considerar la infancia como estado normal de inocencia. ¿No vemos niños dotados de los peores instintos en edad en que no ha podido la educación ejercer aún su influencia? La ley civil absuelve sus crímenes; porque, según dice, obra sin discernimiento, y tiene razón, porque, en efecto; obran más por *instinto que deli-*

1 L. C. n° 102. En el capítulo de la moralidad oiremos hablar a Kardec de la *obses ón*, de la fascinación y de la subyugación que ejercen ciertos espíritus en algunos sujetos, coartando la libertad y potencias psíquicas en unos casos y anulándola por completo en otros, especialmente en la subyugación.

2 L. C. § 13.

beradamente. Pero ¿de dónde pueden provenir esos tan distintos instintos de niños de una misma edad, educados con las mismas condiciones y sometidos a las mismas influencias? Los que son viciosos *lo son porque sus espíritus han progresado menos, y sufren entonces las consecuencias, no de sus actos como niños, sino de sus existencias anteriores*».

Segundo, se coarta la libertad de obrar a las almas, nosotros decimos simplemente al hombre, con relación a su marcha en el adelantamiento intelectual y moral. En esta doctrina el espíritu no puede decir: no quiero perfeccionarme, no seguiré por la senda de la ilustración, quiero permanecer en la ignorancia: no me abrazo con la virtud, sino que viveré en el vicio; ni amaré a Dios, ni a Dios iré por el acto de mi voluntad. «¿Puede el espíritu, dice Kardec, retardar indefinidamente, o precipitar su progreso?» (1) «Somos dueños de acelerar o acortar el paso, dueños de entregarnos a los goces groseros y de deténnos vidas enteras en las regiones inferiores, pero tarde o temprano el sentimiento del deber se despierta, el dolor viene a sacudir nuestra apatía, y *forzosamente* volvemos a emprender nuestra carrera», (2) «porque la marcha de los espíritus es progresiva y nunca retrograda.» (3)

La inflexibilidad de esta ley es tan irreductible que no admite oposición de ningún género; antes o después el espíritu tendrá que seguir la carrilera trazada de antemano. La ley del progreso es una ley natural que no puede sufrir menoscabo por la voluntad libre; y en presencia de dos leyes naturales, pues también lo es la de la libertad del espíritu, habrá de desaparecer ésta, considerada como particular, para que subsista la que se ordena al bien del universo.

Es verdad que a esto responden los espiritistas que, «tarde o temprano el sentimiento del deber se despierta»; que «una vez desprendido de la materia, piensa de muy distinto modo; porque cae muy pronto en que ha calculado mal, y entonces es cuando adquiere un sentimiento contrario en una nueva existencia» (4) y así dispuesto sigue la carrilera. Pero esto no es más que farandulería del espiritismo. Pues, además de que a él mis-

1 L. C. n.º 195.

2 L. D. Desp de la .. § 12.

3 Allan-K. L. C. n.º 194.

4 Allan-K. L. C. n.º 195.

mo le acabamos de oír que «forzosamente volveremos a emprender nuestra carrera», ya hemos dicho que la potencia volitiva en tanto no se vea en presencia de su objeto propio y adecuado extensiva e intensivamente, cual es la bondad absoluta, permanece muy libre para determinarse o no determinarse a un acto; nada significa que conozca la utilidad y conveniencia y hasta el placer de la buena obra; y aun estimando que el procedimiento contrario es descabellado, puede renunciar a todos esos bienes en perfecto uso de su libertad, y no hay forzamientos posibles que la hagan emprender su carrera. Luego esa ley espírita destruye la naturaleza espiritual por el aniquilamiento de la libertad.

Otro tanto sucede con referencia a la reencarnación. Acabamos de decir que la purificación individual e indirectamente la colectiva, fin único de las reencarnaciones, cae de plano en el radio de la libertad. Por tanto, será potestativo el reencarnarse o no reencarnarse, pues los medios no pueden revestir más necesidad que el fin, y despreciado éste, mal puede aseverarse que se hayan de abrazar aquellos.

Pues bien, esta libertad desaparece, según los espiritistas, al tratar de las reencarnaciones. «Todas las almas que no han podido librarse de las influencias terrestres, deben nacer en este mundo [las demás en otros] para trabajar en su mejoramiento; tal es el caso de la inmensa mayoría. Como las demás fases de la vida de los seres, la reencarnación está sometida a leyes *inmutables* y reguladoras. Cuando llega la hora de reencarnarse, el espíritu se siente *atraído por una fuerza irresistible*, por una misteriosa afinidad al centro que le conviene. Esa es una hora terrible, hora de angustia, más tremenda que la de la muerte. En realidad la muerte no es más que la desligadura de los lazos carnales, la entrada en una vida más libre, más intensa. La encarnación por lo contrario *es la pérdida de esta vida de libertad, un aminoramiento de sí mismo*, el pasaje de los claros espacios a la cárcel oscura, el descenso a un abismo de sangre». (1)

«Cuando el espíritu cuenta con inagotable posibilidad de mo-

1 L. D. L. C. § 41. No todos opinan, dice el P. Franco, que el espíritu elija sus penas. En una de las supuestas misiones del medium Basichi, se dice al narrar la aparición de la niña: ¡Cuán bien estoy! Mas no es así para todos. ¡Ay de mí! ¡Cuántos espíritus sufren acerbos dolores! Lloran ahora sus culpas, pero inútilmente; la justicia de Dios es igual para todos e impone a cada uno la merecida expiación... J. J. Fran. S. J. *Los espíritus de las tinieblas*, § 45.

dificarse progresivamente y tiene *el deber de reencarnarse necesariamente*, en toda posibilidad de su naturaleza, se encuentra en la *imprescindible necesidad* de pasar por todo género de vida, por todo modo de existencia, por todo orden de modalidad, por toda especie de determinación, para realizar toda su potencia en todos sus grados de actividad. Por eso *hay necesidad* de que el espíritu reencarne en los organismos a cada grado activo de sensibilidad e inteligencia que en cada tiempo de su existencia posea, para objetivarse en él, percibir lo que le sea posible, conocer lo que perciba y conservar los conocimientos que adquiriera.» (1)

Causada la reencarnación por la *imperiosa necesidad* de la progresión, ¿cómo tendrán valor los espiritistas para desmentirse a sí propios escribiendo lo que al comentar esa ley escriben? De ninguna manera la voluntad puede concebirse libre bajo esa presión irresistible que una fuerza superior ejerce sobre ella. Luego la libertad en la doctrina reencarnacionista se convierte en puro fantasma y con ella tiene que desaparecer la naturaleza en que radica. Mas, como ésto no puede admitirse, tendremos que confesar la falsedad de la teoría espiritista.

El reencarnacionismo espírita resulta igualmente inaceptable considerándolo bajo otro aspecto muy distinto. Desde luego hemos de convenir con los adversarios (hipotéticamente) y ellos han de convenir con nosotros, en que la reencarnación tiene finalidad penal, reviste el carácter de pena, o si mejor les place, por dar gusto al Sr. Q. López, diremos que tiene carácter y finalidad correccional, para los efectos es lo mismo. Imponer la pena, correccional o no correccional, es función exclusiva del juez. Si el juez es el supremo, a su alta sabiduría se le encargará proceder como estime más prudencial, llegando hasta condonar la pena, supliendo con su benevolencia y la buena voluntad del reo lo que debiera estar encomendado a la acción punitiva o aflictiva; si el juez es subalterno habrá de proceder en conformidad con una ley superior que de pauta le sirve.

El juez que ha de escrutar las acciones de los espíritus y sentenciar su litigio es, nos dicen los espiritistas, la propia alma, cada uno es juez de sí mismo. «El [el espíritu] es su propio

1 M. G. Sori. L. C. § 16.

juez» (1). «El hombre, es por lo tanto su propio justiciero». (2) El hombre, pues, cada espíritu en particular, será quien haya de imponerse la pena que estime más adecuada para los fines de la expiación, atendidas siempre, como se atienden cuando se trata de corregir, las disposiciones del culpable. Luego podrá escoger o no el medio purificativo de la reencarnación. ¿De dónde se deduce la necesidad de que todas las almas hayan de renacer en múltiples fases y pasar por todos los grados desde el vegetal y aun desde el mineral?

Si los espiritistas arguyen, que esta necesidad es el resultado de una ley general inflexible, entonces el espíritu no ya deja de ser su propio juez, sino que sufre uno de los castigos más ominosos y que más repugnan a su naturaleza (3), y que el espíritu, usando de su libertad, jamás escogería (4). En uno y otro caso los espiritistas incurren en contradicción; sobre todo teniendo en cuenta que «Dios no hiere a nadie», y que la expiación, al decir del espiritismo, no tiene razón de castigo sino de simple corrección, para la cual es suficiente un acto externo; un propósito de la enmienda, un arrepentimiento sincero. Luego, o cada espíritu no es juez de sí mismo, como quieren los espiritistas, en cuyo caso la reencarnación viene a convertirse en algo utópico, si no tenemos pruebas evidentes de lo contrario, y siempre que sea limitada y necesaria para el espíritu, o si se admite que los espíritus se juzguen a sí mismos, la hipótesis palingenésica resulta igualmente utópica. (5)

Entre los múltiples argumentos que aún pudieran aducirse para demostrar la falsedad de la tesis espiritista, existe uno que muy principalmente suele llamar la atención así de los espiritistas como de los que combaten el espiritismo. Si bien nosotros no lo consideramos de interés sumo, no dejaremos de mencionarlo, pues cierto es, que tiene más valor de lo que piensan los espiritistas. Tal es el que se refiere a la memoria de lo pasado.

Si realmente hubiera existido la reencarnación; ¿cómo es que nadie tiene conciencia de semejante hecho? Esta memoria es ab-

1 L. D. L. C. § 31.

2 L. D. L. C. § 39.

3 L. D. L. C. § 41.

4 L. D. L. C. § 40.

5 Más cuerdo el teosofismo, dice: «Todos los hombres pueden separarse de las filas de aquéllos que mueren para renacer y unirse con la hueste de los inmortales.» Char. J. L. C. p. 42.

solamente necesaria para poder llenar los fines de la palingenesia. Sin la conciencia de las culpas, ¿cómo ni ha de expiarlas, ni ha de estimularse en la consecución de valores máspreciados ignorando los que poseía antes del nacimiento? Además, «¿cuándo se ha visto a un juez condenar a un reo y castigarle, sin manifestarle el por qué de la pena y del castigo, máxime si el supuesto reo no tiene conciencia de haber cometido falta alguna?» (1).

Esta misma interrogación se hacen los espiritistas, anticipándose a la objeción, pues realmente es de sentido común. Las respuestas que nos brindan no pueden ser, ni más peregrinas ni menos filosóficas. Bajo dos aspectos miran la cuestión; concediendo en el primero que existe la total ignorancia, negándolo parcialmente en el segundo.

«Este obstáculo, escriben, temible en apariencia, es fácil de vencer» (2) Primero, porque «el hombre no puede ni debe saberlo todo, y así lo quiere Dios en su sabiduría» (3) En verdad, que esta respuesta no admite contestación, en el terreno teológico, cuando se demuestra su existencia. Mas con esto entramos de lleno en el misterio. Rogamos a los espiritistas que la tengan muy presente cuando tantas interrogaciones hacen a la unicidad de existencia y se habrán obviado muchas dificultades.

Empero, ahora nos hallamos en el terreno filosófico; no estamos, pues, satisfechos con semejante respuesta. La dificultad es fácil de vencer, dice, porque en segundo lugar; «La memoria de las cosas vividas, de los actos cumplidos, no es condición necesaria para la existencia»; más aún, esta memoria sería un obstáculo grandísimo y por ende «el olvido de lo pasado debe ser la condición de toda prueba y de todo progreso. El pasado de cada uno de nosotros tiene sus manchas y sus mancillas. Bueno es que el velo del olvido nos oculte los unos a los otros, y que, al borrar momentáneamente de nuestra memoria recuerdos penosos nos libre de incesante remordimiento. El conocimiento de nuestras faltas y de las consêcuencias que han traído, presentándose ante nosotros como horrenda y perpetua amenaza, paralizaría nuestros esfuerzos y haría nuestra vida insoportable y estéril.

1 Urra. L. C. n.º 201.

2 L. D. L. C. § 14.

3 Allan-K. L. C. n.º 392.

«Ninguno de nosotros se acuerda del tiempo pasado en el seno de su madre, ni siquiera en la cuna. Pocos hombres conservan la memoria de las impresiones y de los actos de la primera infancia. Sin embargo, estos son parte integrante de nuestra existencia actual. Todas las mañanas al despertar perdemos el recuerdo de la mayor parte de nuestros sueños, aunque estos sueños nos hayan parecido por el momento otras tantas realidades. Nuestros días y nuestras noches son como nuestras vidas terrestres y espirituales, y el sueño parece ser tan inexplicable como la muerte». (1)

Con relación al «cómo puede ser responsable el hombre de actos y redimir faltas de cuyo recuerdo carece», Allan-K., cuya opinión aceptan todos sus prosélitos, se limita a decirnos: «En cada nueva existencia, el hombre tiene más inteligencia y puede distinguir mejor el bien del mal. ¿Dónde estaría el mérito si recordase lo pasado? En el estado de desencarnación cuando todo lo ha comprendido, busca pruebas análogas a aquellas porque ya ha pasado o aquellas luchas que cree propicias a su progreso, y suplica a los espíritus superiores a él que le ayuden en la nueva tarea que emprende; porque sabe que el espíritu que le será dado como guía en la nueva existencia, procurará hacerle reparar sus faltas, proporcionándole una especie de intuición de las que ha cometido». (2)

¡Bonita explicación a tan enmarañados problemas! Si algo parecido hubiera salido de la pluma de un católico, los más duros calificativos de los léxicos no bastarían a expresar el estado de ánimo que contra él habrían formado. Las falsedades y errores que encierra son incalificables.

Empecemos por la primera afirmación implícita que hace; la de que los espíritus pueden perder y de hecho pierden la memoria de las pasadas existencias, al empezar una nueva fase corporal. Cosa la más fácil, al decir del espiritismo, porque el alma experimenta una serie de perturbaciones que borran toda noción de lo pasado. Pero es más fácil afirmar que probar la afirmación.

¿En virtud de qué han de producirse semejantes perturbaciones, que eclipsen totalmente las facultades del alma? Es ver-

1 L. D. L. C.

2 L. C. n.º 593.

dad que el alma se encierra en el cuerpo como en oscuro calabozo y en él se halla como prisionera, voluntaria por supuesto; con entrada y salida libre, pues ya sabemos lo que los espiritistas nos dicen sobre el particular. Mas, ¿por ventura cuando el culpable es recluso en oscura prisión pierde la noticia de los actos perpetrados en su corta o larga vida de criminal? ¿Qué significan para el prisionero las tinieblas exteriores? ¿Son ellas tal vez las que pueden interceptar sus raciocinios? Están incomunicados con el mundo exterior, no hablan ni oyen hablar; empero, ¿no han de poder hablar consigo mismos, recapacitar toda su vida sembrada de crímenes y hacerla desfilar como película cinematográfica ante la pantalla de su conciencia y mirarla detenidamente con la luz de su entendimiento? Cuanto más solitario se encuentre menos dificultades le impiden vagar libremente por los campos, donde hubiera dejado girones de su inocencia y sangrada piel de su cuerpo.

Pues idéntica es, según los espiritistas, la situación del alma reencarnada, con la ventaja sobre el prisionero, que puede dejar su cárcel cuando mejor le plazca. ¿Por qué, pues, habrá de perder la memoria? El sujeto, constituido exclusivamente por el espíritu, permanece idéntico en las dos fases; no formando un todo substancial con el cuerpo, tampoco precisa de sus órganos como de instrumento material, para ejercer sus funciones. El obstáculo no está de parte de la materia, menos aún de parte del sujeto, en cuyo seno lo que una vez se escribe ha de permanecer imborrable y siempre se tiene presente. Luego físicamente es imposible la aserción espírita. La anihilación del sujeto sería la consecuencia de esos postulados, según ya vimos antes.

El ejemplo que aduce, lejos de confirmar su tesis, es una palmaria refutación.

Evidentemente comprueba dos cosas, que son precisamente las que afirma la doctrina católica. La una, que el alma en esta vida, no forma por sí sola un sujeto independiente, sino que hace un todo integral y substancial con el cuerpo. La otra que para obrar necesita de los órganos corporales. Y cualquiera de las dos que se paralice el sujeto se imposibilita para la acción. Como quiera, pues, que en la infancia los miembros no han alcanzado el desarrollo necesario para la operación, el alma necesariamente se ve privada de ejercer los actos psíquicos. Si esto así no fuera; ¿por qué había de tener conciencia de los ejercicios de la vida

adulta y no de los de la niñez? En la doctrina espírita, ¿qué diferencia existe entre el primer momento y el segundo, particularmente si se tiene en cuenta su doctrina acerca del influjo de la voluntad en la materia bruta del cuerpo? (1)

Más digno de irrisión, es lo que nos dice del sueño. La disparidad entre uno y otro caso no es preciso que nos detengamos a exponerla. ¿Y quién les dice a los espiritistas que no recordamos las fantásticas imágenes de los sueños?

Menos acertado estuvo Kardec con la explicación del estudiante, pues hasta se contradice de un modo lastimoso. Después de admitir el olvido total de las cosas escribe: «Si a cada nueva existencia se corre un velo sobre el pasado, nada pierde el espíritu de lo que ha adquirido en aquel; olvida únicamente la manera de cómo lo ha adquirido. Sirviéndome de la comparación del alumno, poco le importa recordar dónde, cómo y con qué profesores cursó el cuarto año, si, al entrar en el quinto, sabe lo que se aprende en el cuarto.» (2) Si todo lo recuerda y no olvida otra cosa que el nombre del mentor y el de la universidad, ¿qué es lo que ha desaparecido del sujeto? Con esta respuesta, Allan-K., que, unas líneas antes había escrito: «Todo se encadena en el espiritismo, y cuando se estudia el conjunto se ve que los principios se desprenden los unos de los otros,» da un salto tan grande que pudiéramos llamarlo salto mortal. ¡Tanto se aleja de sus principios! Tan fatales consecuencias le acarrearán que le producen el suicidio.

La réplica del espiritismo que, «semejante olvido sólo tiene lugar durante la vida corporal», y que «al dejarla, el espíritu recobra el recuerdo del pasado» (3) nada soluciona, antes complica la situación. ¿Qué importa que haya vivido largo tiempo en la luz, si esta desaparece totalmente? Lo mismo queda en tinieblas, hubiera sido o no iluminado anteriormente. Al ser restablecido a la luz y recordarlo todo, servirá únicamente para torturarlo más y más, comprendiendo la impotencia a que siempre es reducido. Además, que este flujo y reflujo de la potencia intelectual es antifilosófico y pugna con todos los principios intrínsecos de la naturaleza espiritual.

Como se pudiera conceder que la memoria de las pasadas

1 Cfr. L. D. L. C. § 52.

2 Qué es el espi. Dial. 2.º Olvido de lo pasado.

3 Allan-K. L. C.

existencias no es condición necesaria para vivir, es, cuando todos los espiritistas asintieran a la opinión de Calderone; que las reencarnaciones son evoluciones rigurosas y no expiaciones (1). Mas en este caso, por salir de un escollo caerían en un abismo insondable.

A lo expuesto ha de añadirse; que sin la conciencia de la transgresión de la ley es imposible expiar la culpa. Esto es tan del sentido común que huelgan todas las palabras. Cuanto escriban en contrario los espiritistas no servirá para otra cosa que para ponerse a sí mismos en solfa antes que lo haga el adversario. Luego la falta de memoria de las pasadas existencias significa la negación palingenésica. (2)

Empero, ¿es tan positivamente cierto que nadie conserve alguna memoria de sus pasadas existencias? El espiritismo, y también el teosofismo, según acabamos de ver en la nota, nos responden negativamente. «No obstante, el pasado no está, para algunos hombres completamente desvanecido. Un sentimiento confuso de lo que han sido reside en el fondo de su conciencia. Es la fuente de las instituciones, de las ideas innatas, de los re-

1 La *Reincarnacione, Inchiesta internazionale*, p. 25, Milano, 1913. Ap. P. Ugart. L. C. p. 65.

2 Cfr. Perujo L. C. El teosofismo en esta cuestión, como en la anterior, se muestra un poco más precavido. Lo mejor para no cojerle a uno en la tierra es elevarse a los cielos; dos planos tan distintos difícilmente se encontrarán. «Así, pues, dice a la pregunta que naturalmente se presenta a la mente y a menudo se hace; «¿por qué no recuerdo mis vidas pasadas?, está basada en una mala inteligencia de la teoría de la Reencarnación». El «Yo», el verdadero «Yo» se acuerda, pero el hombre animal, que todavía no se halla en completa unión, con su verdadero Yo, no puede recordar un pasado, en el que personalmente no tomó parte». Annie Bessant, L. C. *Qué es lo que se reencarna*, p. 124. «Parece ser, pues, que la memoria de los nacimientos pasados, bien sean estos espirituales o materiales, o que se refiera dicha memoria a nuestras aspiraciones y deseos anteriores, se halla actualmente contenida en la sustancia de un nuevo modo de ser que se halla más allá y por encima del modo de ser de esta tierra y del paraíso; de suerte que no existe en la forma de la memoria que nos es conocida, y por lo tanto no puede ser recordada del mismo modo que recordamos los acontecimientos del día anterior. No se halla presente como memoria en la esfera de la nueva personalidad, del mismo modo que lo que acontece al padre no está presente en la memoria del hijo... Y ahora hemos llegado a nuestra respuesta definida; es verdad que la memoria de los nacimientos pasados se conserva, pero sólo se conserva por el yo causal, el inmortal, y sólo a medida que conquistemos nuestra inmortalidad, y nos elevemos conscientemente por encima de las barreras del tiempo podremos recuperar positivamente la memoria de nuestro pasado. Interin se hallen todos nuestros pensamientos y esperanzas limitadas al yo físico, nos es imposible conservar más memoria de nuestro pasado que la que conservan los animales después de la muerte». Charles. J. L. C. p. 40 y 50.

cuerdos vagos y de los presentimientos misteriosos, cual ecos debilitados de los tiempos transcurridos.> (1)

A este hablar del espiritismo pudiéramos responder como lo hace la escuela, al tratar de argumentos insustanciosos. Sea, todo lo que dice el espiritismo. Y que el pasado no esté completamente desvanecido para algunos hombres; lejos de favorecer su aserto, le lleva a una situación más extremosa, y acrecienta los absurdos. Algunos hombres rememoran confusamente lo pasado; luego la tesis queda íntegra para la inmensa mayoría. Y lo que antes preguntábamos con relación a todos, ahora lo hacemos con relación a los más. Aunque fueran los menos, aunque fuera uno solo, la tesis permanece idéntica; las dificultades las mismas.

Hemos dicho que los absurdos se acrecientan, y efectivamente. Los unos se recuerdan, los otros ninguna memoria conservan. Con este ligero modo de hablar los espiritistas se ven prisioneros en la férrea tenaza del dilema que se han puesto a sí mismos. Esta diferencia o desigualdad que separa a los unos de los otros; o es debida a un principio intrínseco, o a uno extrínseco. Afirmar lo primero es afirmar la desigualdad intrínseca de la naturaleza individual, afirmación que contradice a toda la doctrina fundamental espiritista; defender lo segundo, como este principio no podría ser más que la Divinidad, es hacerla reo del mayor de los crímenes y proscribir de su naturaleza la justicia más estricta, principal heraldo del espiritismo. Luego el espiritismo se guillotina con su propia arma.

Al sostener el recuerdo de lo pasado, lo hace fundándose no ya en lo gratuito, sino en errores positivos. El recuerdo de las existencias, dice, es un hecho, porque se conservan o tenemos ciertas *intuiciones confusas*, y es la fuente de las ideas innatas. Ahora bien; ¿qué género de intuición es ese que no lleva evidencia objetiva y sólo sí vago e indeterminado conocimiento? Las ideas innatas son algo inadmisibles en buena filosofía. (2)

Bajo cualquier aspecto, pues, que se mire la teoría palingénésica, no ofrece probabilidad ni posibilidad, debiendo, en consecuencia, ser amandada entre los errores más execrables por los frutos tan lamentables que en los corazones de los ignorantes produce.

1 L. D. L. C.

2 Cfr. Fr. Marc. Psychol. Disp. V. q. I, n.º 275 y sig. J. Lottini, Comp. Philo Scho. Anthropol. c. XXXVII.

ARTICULO III

FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA PALINGENÉSICA

LACTANCIO.—EL MÉTODO NO NOS AUTORIZA.—LA PROGRESIÓN
CONSTANTE.—DOS CLASES DE REVELACIÓN.—CITA EVAN-
GÉLICA.—LO QUE DICE STIKE ES FALSO.—LA RESURREC-
CIÓN Y LA REENCARNACIÓN.—PASAJE DE S. MATEO.—PERÍ-
COPE DE S. JUAN.—LOS CANONES DE LA HERMENEÚTICA.—
EL ZOHAR.—¿LA JUSTICIA DIVINA VULNERADA?—PARÁBO-
LA DEL EVANGELIO.—SON ELLOS QUIENES VULNERAN LA
JUSTICIA.—NO EXISTE MAYOR INJUSTICIA.—LA LEY DEL
PROGRESO ENTORPECE MÁS.—LA EVOLUCIÓN Y LA HISTO-
RIA.—EL INDIVIDUO SÍ, LA HUMANIDAD NO.—EL CATOLI-
CISMO.—UN CITA DE BALMES.—CIVILIZACIONES QUE PA-
SAN.—LOS BEHIQUES ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.—ÚLTI-
MO ARGUMENTO ESPIRITA.—LLAMADA A LAS PUERTAS DE
LA ANTIGÜEDAD.—LOS ESPIRITISTAS EQUIVOCADOS.—LA
AUTORIDAD DE HERODOTO.—LOS MONUMENTOS LA DES-
MIENTEN.—EL LIBRO DE LOS MUERTOS Y LA METEMPSICOSIS.
—¿ADMITÍAN LA RESURRECCIÓN?—PITÁGORAS.—LOS BU-
DISTAS.—OTROS PUEBLOS.—EL P. LAGRANGE Y LOS ASIRI-
LO-BABILONIOS.—NADA FAVORECE A LA HIPÓTESIS REEN-
CARNACIONISTA.

Delirio del alma neurótica, ridiculeces dignas de todo des-
precio e indignas de seria refutación; tal fué el calificativo que
merecieron a Lactancio las doctrinas palingenésicas (1). Los de-
lirios y ridiculeces ningún otro fundamento tienen que el cere-

1 Institu. divin. lib. VII, c. XII.

bro desequilibrado y el sistema nervioso alterado. Al emitir nuestro juicio por lo que a diario nos comunican efemérides y revistas, no nos desviaríamos ni un ápice del sentir de Lactancio, y tal vez tuviéramos que emplear más duros epítetos. La vida ministerial que ejercemos nos ha hecho ver cuadros bien lamentables originados precisamente por la malhadada idea palingenésica. Pero el método que venimos siguiendo en éstas líneas no es de naturaleza que nos autorice el desprecio y la negación de examen, sirviéndonos de apriorismos.

Convencidos estamos nosotros de la falsedad de semejante doctrina; convencidos estarán cuantos, teniendo algunas nociones de filosofía, miren con fijeza y seriedad la cuestión. Nuestros adversarios, empero, ¿se hallan convencidos de la falsa posición que ocupan?

Demostrado el error palingenésico; analizado en sí mismo y en su aspecto intrínseco, vamos ahora a estudiarlo en su aspecto intrínseco para completar la materia y hacer más patente el error espiritista.

«¿En qué se funda el dogma de la reencarnación?» Esta es la pregunta que se formula a sí propio el verdadero generador del moderno espiritismo. La respuesta que él da, no obstante los alardes transformistas del autor y de todos sus discípulos, no ha experimentado modificación substancial, por eso apenas aduciremos algo más que las palabras del corifeo espírita.

El dogma de la reencarnación se funda «en la justicia de Dios y en la revelación» (1) Estos son los argumentos cardinales sobre los que gira toda la doctrina espiritista; argumentos como se ve teológicos. Mutuamente se complementan; la revelación (espírita) manifiesta la justicia, y ésta a su vez corrobora la veracidad de la revelación. Pero estos argumentos nada significan y se apoyarían en el vacío, si no encontraran la base en un tercero de distinto orden, del orden científico-religioso; si este desaparece, la justicia nada representa, la revelación se esfuma y la reencarnación no merece siquiera los honores de mito. Este argumento es el tantas veces mencionado; la evolución y progreso constante de toda la entidad finita que emerge de la naturaleza divina. A su vez el aserto de la progresión es corrobora-

1 Allan-K. El lib. de los Espíritus n.º 171.

do por la supuesta justicia de Dios. Oigamos a Allan-K. y después analicemos.

Estos argumentos exigen la reencarnación, «porque como lo repetimos siempre, un buen padre deja siempre a sus hijos una puerta abierta al arrepentimiento. ¿No te dice la razón que sería injusto privar irremisiblemente de la dicha eterna, a todos aquellos, cuyos mejoramientos no ha estado en su mano? Por ventura los hombres ¿no son hijos de Dios? Sólo entre los hombres egoístas impera la iniquidad, el odio implacable y las penas irremisibles. Todos los espíritus tienden a la perfección, y Dios les proporciona medios de conseguirla por las pruebas de la vida corporal; pero en su justicia les permite que cumplan en nuevas existencias lo que no pudieron hacer o terminar en la prueba anterior. La doctrina de la reencarnación que admite muchas existencias sucesivas, es la única conforme con la idea que nos formamos de la justicia de Dios, respecto de los hombres que ocupaban una posición moral inferior; la única que puede explicarnos el porvenir y basar nuestras esperanzas, puesto que proporciona medios de enmendar nuestras faltas por nuevas pruebas. La razón así lo indica y así nos lo enseñan los espíritus». (1)

Empecemos por las enseñanzas llamadas de los espíritus, o sea por el argumento de la revelación, para luego analizar los otros dos que están más enlazados.

La revelación puede ser de dos clases, la una propiamente espírita, dentro y fuera del campo ocultista, y de esta bastante hemos hablado en anteriores capítulos, y la miraremos más detenidamente en el especial que la consagramos. La segunda es la que, si bien los espiritistas pretenden colocarla en el mismo plano que la precedente, los católicos la ponemos en línea muy distinta, por tratarse de la verdadera y sobrenatural revelación: tal es la doctrina de los Evangelios. Los espiritistas creen hallar algunos relatos que confirman su teoría y hablan de verdadera reencarnación. Entre otros, que más bien se refieren a la pre-existencia, citan el siguiente:

«Y había un hombre de entre los fariseos, cuyo nombre era Nicodemo, magistrado de los judíos. Este vino a él de noche y

1 L. C.

le dijo: Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios por maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tu haces, si no tuviere a Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: En verdad, en verdad te digo, si uno no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios. Dícele a él Nicodemo: ¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Puede por ventura entrar en el vientre de su madre, segunda vez, y nacer? Replicó Jesús: En verdad, en verdad te digo: si uno no nace de agua y de Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne, carne es, y lo nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que dije: es menester que nazcais de nuevo. El Espíritu donde quiere espira: y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene y a dónde va: así es todo el que nace del Espíritu. Respondió Nicodemo y le dijo, ¿Cómo pueden ser estas cosas? Respondió Jesús y le dijo: ¿Tú eres el maestro en Israel, y no sabes esto? (1)

Comentando este pasaje, el espiritismo escribe las cosas más peregrinas. «En la conversación de Jesús con Nicodemo, dice, éste al oír al Cristo hablar de renacimiento, no comprende cómo puede producirse. Ante tal pobreza de entendimiento, Jesús se encuentra apurado. Su pensamiento no puede extenderse ni tomar vuelo. Para él, la reencarnación, no es más que el primer eslabón de una serie de más altas verdades. Era ya conocida de los hombres de aquel tiempo. ¡Y todo un doctor de Israel la ignora por completo! De ahí el apóstrofe de Jesús: Si no comprendéis las cosas de la tierra, ¿cómo podré explicaros las cosas celestiales, las que se refieren a mi misión particular?» (2)

El Sr. Denis da por supuesto, sin probar la suposición (3), que Jesús hablaba de la reencarnación, muy ajena de la mente de Nicodemo; suposición que no sólo es arbitraria, como inmediatamente veremos, sino contraria a la doctrina de Jesús. Ahora escuchemos otro sentir espírita que parece más científico.

«Para nosotros, que creemos en la reencarnación, estas palabras de Jesús, dirigidas a Nicodemo, son claras. Los teólogos han comprendido por «nacer de agua y de Espíritu», el renacimiento moral por medio del bautismo, y por esta razón en las

1 Joan, III, 1-10.

2 L. D. Crist. y Esp. p. 296.

3 Como demostración de la mente de Jesús, aduce las palabras de un pastor holandés, que son tan arbitrarias como las suyas.

traducciones católicas se ha escrito «del agua y del espíritu santo», aunque esta expresión no existe en el texto hebreo. Pero se ha olvidado que entre los antiguos hebreos para quienes las ciencias físicas estaban aún en la infancia, el agua representaba el germen de la materia (lo que hoy llamamos *fluido universal*,) como se desprende de las palabras del Génesis (I, 2): «Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban en la haz del abismo; y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas» Y aun en el capítulo I, versículos 6, 7, y 9: «Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento, en medio de las aguas; y divida aguas de aguas. Y le hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento; y fué hecho así», Dijo también Dios: «Júntense las aguas que están debajo del cielo, en un lugar y descúbrase la seca. Y fué hecho así». Luego el agua representa aquí visiblemente la materia primera, de que fué hecha toda la creación material. Luego, si el agua representa la materia, *nacer del agua y del Espíritu quiere decir*: nacer de la materia y del Espíritu. El mismo Cristo lo explica a Nicodemo, cuando dijo: Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de Espíritu, Espíritu es».

«En el penúltimo versículo alude Jesús a nuestra ignorancia sobre nuestro pasado y nuestro porvenir. En efecto, hasta la aparición del Espiritismo, que nos lo explica, ¿sabíamos de dónde veníamos, a dónde vamos y por qué estamos aquí? Ciertamente que Jesús lo dijo; pero no se le comprendió, y no se le podía comprender antes de conocer las leyes reveladas por el Espiritismo, del mismo modo que no se pudo comprender el Génesis antes de conocerse las leyes reveladas por la astronomía, la física, la química y la geología» (1)

El P. Ugarte, al comentar el precedente párrafo, escribe: «En este pasaje el intérprete espiritista supone muchas cosas gratuitas y falsas a la vez. Tales son: que el agua representaba el germen de la materia; que a esto llamamos hoy fluido universal; que de esa agua o materia fuese hecha toda la creación material; que hasta la aparición del espiritismo no supiésemos ni pudiéramos saber de dónde veníamos, a dónde íbamos, ni por qué estábamos aquí; que a Jesús no se le comprendió antes de conocer las

1 Enrique Stike, *El Espiritismo en la Biblia*, p. 34-35.

leyes reveladas por el espiritismo; que no se pudo comprender el Génesis antes de ser reveladas las leyes de astronomía etc.» (1) Razón más que suficiente posee el sabio apologista para llamar totalmente gratuitas y falsas las suposiciones del espiritismo. Toda esta interpretación la leería Stike entre líneas en el *texto hebreo*, pues, parece ser el predilecto de los espiritistas. Mas como el texto hebreo no existe, porque el evangelista S. Juan escribió en griego, la lectura espírita carece de todo fundamento.

Ahora, fácil es probar que cuanto dice Stike, y también Denis, es falso, demostrando la falsedad del fundamento; la reencarnación. Jesús en este pasaje, ni habló ni pudo hablar de la reencarnación. En efecto; la resurrección y la reencarnación son dos cosas tan antitéticas que se excluyen mutuamente; afirmar la reencarnación equivale a negar la resurrección, y viceversa, por eso todos los espiritistas son prosélitos de los saduceos en este punto, nada hay para ellos tan utópico como la resurrección. Si, pues, Jesucristo era partidario de esta, forzosamente hemos de decir que en el lugar citado por los espiritistas, no habló de la reencarnación.

Ahora bien; en el Evangelio de San Mateo se lee: «En aquel día se le acercaron saduceos, que dicen no haber resurrección, le preguntaron, diciendo: «Maestro, Moisés dijo: Si alguien muere no teniendo hijos, el hermano suyo se casará con la mujer de él, y suscitará prole a su hermano. Pues había entre nosotros siete hermanos: y el mayor después de casarse falleció, y como no tuviese prole dejó la mujer suya a su hermano. Y así mismo el segundo, y el tercero, hasta los siete. Después de todos murió también la mujer. Pues en la resurrección, ¿de cuál de los siete será mujer? Porque todos la tuvieron a ella. Y Jesús respondiendo, les dijo: Erráis, por no conocer las escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casan los hombres ni las mujeres, sino que son como ángeles de Dios en el cielo. Y a cerca de la resurrección de los muertos ¿no habéis leído lo que os fué dicho por Dios hablando así: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos sino de vivos». (2) ¿Se desea un testimonio más palmario en el que Jesucristo afirme la resurrección?

1 L. C. part. 1.^a Lib. 1.^o c. V, p. 61.

2 XXII. 25-32.

En el propio S. Juan, por si los espiritistas piensan que variamos de fuente para refutarlos, encontramos testimonios que podemos considerar más evidentes. «No os maravilléis de esto, porque viene hora en la cual todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hicieron obras buenas, a *resurrección* de vida, y los que hicieron obras ruines, a *resurrección* de juicio». (1) Al tratar de la resurrección de Lázaro escribe el Evangelista: «Dijo, pues, Marta a Jesús: Señor, si estuvieras aquí, no hubiera muerto mi hermano. Pero ahora todavía sé que, cuanto a Dios pidieres, te lo dará Dios. Dícele Jesús: Tu hermano *resucitará*. Dícele a él Marta: se que *resucitará* en la *resurrección* en el postrer día... Alzaron, pues, la piedra. Y Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído... Y cuando esto hubo dicho gritó con poderosa voz: Lázaro, ven acá fuera. Y salió el difunto, ligados los pies y las manos con vendas y el rostro estaba envuelto en sudario.» (2) Aquí Jesús no sólo afirma la resurrección, sino que la demuestra con un acontecimiento que puso en conmoción a todo Jerusalén y sus contornos. «¿Cómo, pues, conciliaremos esto con lo que Stike y demás comparsa espírita nos dicen?

Los cánones de la más elemental hermeneútica, nos autorizan y hasta nos obligan, a que entre dos testimonios, el uno evidente y el otro obscuro y dudoso (para nosotros no lo es ninguno de los dos, pero concedemos audiencia a los espiritistas), nos abracemos con el primero y dejemos el segundo, y que éste lo expliquemos por aquél. (3) Luego afirmando Jesucristo la resurrección

1 V. 28.

2 XI, 20-24 y 41-44.

3 Necesaria teológicamente la resurrección, no abremos de consagrar capítulo especial, como pensábamos; sólo nos permitiremos añadir aquí algunas palabras, en relación con los textos copiados. El Sr. Denis parece negarlos toda evidencia, mas véase con qué fundamento. «Por otra parte, si se consultan las Escrituras con atención, se observará que el sentido grosero atribuído en nuestros días por la Iglesia a la resurrección, no está justificado en manera alguna. En ellas no se encuentran los términos; resurrección de la carne, sino más bien resucitar de entre los muertos (a mortuis resurgere) y, en un sentido más general; la resurrección de los muertos (resurrectio mortuorum) La diferencia es grande. «Cri. y Esp. p. 96. ¡Y tan grande que es la diferencia! Como que lo que dicen las Escrituras y la Iglesia es muy racional, y lo que el espiritismo, un gran dislate. Las Escrituras hablan de la resurrección del sujeto, que es a quien todas las operaciones se atribuyen; el Sr. Denis de una parte del sujeto, de la ínfima, de la que no puede existir sin el influjo de la superior. ¿Quisiera que las Escrituras dijeran que

ción no pudo afirmar en parte alguna la reencarnación. Luego es falsa toda la interpretación de los espiritistas; y falsas todas las supuestas leyes reveladoras del Espiritismo, como fuente de comprensión. La diversa interpretación del espiritismo demuestra la verdad de la última consecuencia.

En sentir del Sr. Stike, por las leyes reveladoras del espiritismo se conoce el sentido oculto de las palabras de Jesús, y de este modo sabemos, lo que no sabíamos; de dónde venimos, a dónde vamos y por qué estamos aquí. Empero, al decir del señor Denis, precisamente en virtud de las mismas palabras, ignoramos todas estas cosas. «Este aire o este espíritu, que sopla donde quiere» es el alma que elige un nuevo cuerpo, una nueva morada, *sin que los hombres sepan de dónde viene ni a dónde va*. (1) Y como el alma es la que constituye el *sujeto*, ni se sabe de dónde viene ni a dónde va. Y por comentario dice el señor Denis: «¡¡¡Esta es la única explicación satisfactorial!!!»

Jesucristo en este lugar ciertamente hablaba de la regeneración espiritual mediante las aguas del bautismo, las cuales al rociar el cuerpo, simultáneamente el alma, por la virtud del Altísimo, participada al elemento material, siente el rocío de la gracia del Espíritu, Espíritu que, de todo el contexto de las Escrituras, dedúcese palmariamente ser el Espíritu Santo, conforme ha sentido la tradición católica.

Nada obsta la réplica que hace el espiritismo. «Jesús añade estas palabras significativas»: ¿Y tú eres maestro en Israel, e ignoras estas cosas? Lo cual demuestra que no se trataba del bautismo de los judíos y de Nicodemo, sino de la reencarnación ya enseñada por el Zohar, libro sagrado de los hebreos». (2)

¿De qué, cómo y cuándo los judíos y Nicodemo conocían el bautismo de Jesús y estaban familiarizados con aquella enseñanza? El Bautista bautizó, pero él mismo ¿no dijo cuán diferente era su bautismo del que había de administrar Jesucristo? (3) El

la carne. sola, aislada, sin la otra parte con la que concurre a integrar el sujeto, es la que ha de resucitar? Esto además de antiteológico, es anti-filosófico. Más ridículo se muestra aún Allan-K., para quien resurrección y encarnación son palabras sinónimas. Lo que no obsta para que en el mismo número diga que se diferencian. *El Evangelio según el Esp.* capítulo IV, n.º 4-10.

1 L. C. p. 41. Lo mismo afirma Allan-K., L. C. n.º 9.

2 L. D. L. C.

3 Joan, I. 26 y sig. Math, III, 11, Luc. III, 16.

bautismo de Jesús en la forma que El se lo anunciaba les era desconocido, y muy poco exégeta se muestra el Sr. Denis afirmando lo contrario. Lo que sí debían conocer muy bien era la doctrina reencarnacionista, por contenerse, según el Sr. Denis, en uno de los libros sagrados de los hebreos. Al causarle, pues, extrañeza a Nicodemo, maestro de Israel, la enseñanza de Jesús, señal evidente que no era de la reencarnación de lo que hablaba.

Para concluir esta materia tan enojosa y ya demasiado extensa, vamos a analizar muy brevemente los otros dos argumentos.

Que la doctrina antipalingenésica vulnera el atributo de la justicia divina es una afirmación que los espiritistas, ni prueban ni probarán, aunque se estén reencarnando toda la eternidad, y acumulen cuantos conocimientos adquieran en todas ellas.

Refiere el Santo Evangelio en la parábola de los operarios, cómo unos en pos de otros, a diversas horas del día, a la de prima, tercia, sexta y nona fueron a trabajar a la viña del Señor. «Llegado el anochecer, dice el dueño de la viña a su mayordomo; llama a los operarios, y págales el jornal, comenzando por los postreros hasta los primeros. Viniendo, pues, los de cerca de la hora undécima, recibieron a denario cada uno. Y viniendo los primeros pensaron, haber de recibir más, pero cobraron también ellos a denario cada uno. Mas luego de cobrar murmuraban contra el amo de la casa, diciendo: Estos postreros hicieron obra una hora, y los ha hecho iguales a nosotros, que soportamos el peso del día y del calor. Pero él respondiendo a uno de ellos le dijo: Compañero, no te hago agravio: ¿no te conveniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete. A mí me viene en voluntad dar a este postrero lo mismo que a tí. ¿O es que yo no puedo hacer lo que quiera de lo que es mío?» (1)

¿Por ventura Dios no puede distribuir sus dones como mejor le plazca, sin que por eso falte a la justicia? ¿O es que ha de pedir consejo a los señores espiritistas para saber su infinita sabiduría cómo ha de cincelar el cuadro del universo? (2) Sobre esto ya dijimos bastante al tratar de la preexistencia, y como todo

1 Math, XX. 1-14.

2 Kardec admite la diferencia. «Todas las facultades, dice, son favores de que debe darse gracias a Dios, puesto que hay hombres que son privados de ellos». Los Mediums, n.º 226.

es adaptable a este punto, no es menester añadir una palabra más. Sólo responderemos algo a los espiritistas para hacerlos ver, si quieren ver, que son ellos quienes con esta teoría cometen una gran injusticia.

Arguyen: «¿no dice la razón que sería injusto privar irremisiblemente de la dicha eterna a todos aquellos, cuyo mejoramiento no ha estado en su mano?» Ahora bien; si el hombre, como aquí dicen, no se ha perfeccionado «porque el perfeccionamiento no estaba en su mano», es porque no podía obrar; si no podía obrar, es por que carecía de libertad, si carecía de libertad la naturaleza inteligente se ve colocada en la esfera de las no inteligentes. ¿Y puede concebirse mayor injusticia, no con relación al sujeto como tal, que ningún derecho posee con anterioridad a su existencia, sino en el orden ontológico, transcendental; en el mismo transcendente divino, que el suponer privado de las cualidades esenciales a un sujeto, cuya naturaleza las reclama?

Si el espiritismo concede libertad al hombre, entonces incurrir en el extremo contrario. No ha de darse un momento en toda la línea de su existencia, en que no pueda elegir la perfección o rechazarla, y vendremos a parar a la injusticia transcendental de la eterna peregrinación, o de la vulneración de todos los derechos divinos por el hombre; no obstante lo cual, se ve obligado a concederle cuanto a las almas santas concede; y esto además de ser una doble injusticia, envuelve una repugnancia metafísica, porque tendríamos el sí y el no juntamente, la luz y las tinieblas en un punto mismo, el odio y el amor animando un mismo corazón, la transgresión de la ley y la guarda de la misma simultáneamente.

Esto no sucedería, insiste el espiritismo, «porque todos los espíritus tienden a la perfección, su marcha siempre es progresiva»; la evolución y progresión son la ley que rige todas las cosas con necesidad imperiosa. Por lo que al hombre se refiere ya hemos dicho que esta ley es la guillotina de la libertad, y la mayor injusticia que concebirse puede. Si a las demás entidades hace referencia, ya también se ha dicho que el evolucionismo es hoy día condenado por toda la ciencia seria.

Diráse: que si en lo solitario puede ser esto verdad, no en la marcha de la humanidad, la cual siempre es progresiva, y a la larga ésta influirá en la del individuo. Pero el ciclo de la humanidad es tan reducido que muy pronto completa su vuelta; y la

humanidad como el individuo vuelve al punto próximo de donde saliera cuando se encontró caída. Los milenarios que transcurrieron (cuantos más quieran añadir los adversarios mejor) en el mundo antiguo son argumento irrefutable: Civilizaciones externas deslumbrantes, décadas y centurias permanecieron fecundizando al universo con sus frutos; mas luego secóse la raíz y el árbol quedó convertido en tronco. Esto nos parece ahora imposible, y que jamás decaerán las sociedades, pero además de que no es verdad esta suposición; si hoy persisten más tiempo y no decaen los pueblos como en la antigüedad, es debido, aunque los espiritistas no quieran creernos (si bien lo van ya confesando todos los grandes pensadores) al gran foco cultural y civilizador que existe en el seno del universo, el Catolicismo. (1)

1 Cfr. Balmes El protestantismo comparado con el Cato. c. XX. A propósito de civilización y progreso perpetuo, y del que el espiritismo práctico engendra, concedásenos autorización para copiar, siquiera sea a modo de nota, lo que hace poco tiempo escribía un periódico serio de la Isla de Cuba, Decía pues: «Alma ilustrada», una amena revista de Ciego de Avila, publica un trabajo de Calixto Masó, titulado los BEHIQUES, apuntes sobre la religión de los indios de Cuba, tomados de las crónicas de P. Pane, de Pedro Martir de Anglería y otros historiadores del siglo XVI. Y leyendo ese trabajo no he podido substraerme a la comparación entre aquellas prácticas ridículas del curanderismo religioso de tainos y siboneyes y el curanderismo espiritista que en mi país impera hoy, como si en vez de educarnos y progresar estuviéramos retrocediendo a los días de la conquista.

«Los behiques, sacerdotes de la religión antillana, ejercían, como casi en todos los pueblos de la antigüedad ocurrió, el arte de curar. Veamos ligeramente la fórmula que empleaban para sugestionar a sus clientes.

«Encargados de la curación de un enfermo, aspiraban polvos de tabaco; tras un riguroso ayuno, para embriagarse y caer en éxtasis. Pasada la borrachera sacaban de una cazuela un tinte negro con que se teñían cara y manos. Tomaban unos huesecillos envueltos en una hoja de cierta planta y visitaban al enfermo a quien se había administrado previamente un purgante vegetal».

«El behique daba tres o cuatro vueltas al rededor del enfermo, moviendo cara, labios, ojos y narices en los más grotescos gestos; aspiraba el aliento del enfermo y depositaba el de su boca sobre las sienes y cuello del endemoniado. Le frotaba las manos, las piernas y otras partes del cuerpo y salsa corriendo llevándose—decía—el mal espíritu que Mabuya había depositado allí. De nuevo volvía y sacándose de la boca el pedazo de carne o los huesecillos que había preparado, decía al cliente; he aquí lo que te hacía daño; tu Cemí estaba disgustado de tí y permitió que el mal te atacara; en su nombre te salvo».

«Generalmente el paciente seguía sufriendo y moría. Pero si de las ridículas repugnantes pruebas que sobre el cadáver desarrollaban los deudos, resultaba que no había fallecido por culpa del curandero, sino por exceso de su maldad para con el Cemí, la fama del behique corría de cacicazgo en cacicazgo y era visitado y admirado por tainos o siboneyes. Han pasado cinco siglos sobre la tierra que Colón descubriera. Re-

La pretensa ley del progreso indefinido, por el cual todas las criaturas lleguen al mismo nivel, cielo que nunca aparece, es, pues, antihistórica, antifilosófica y antirrational, bastando ella sola, como ya se ha dicho, para dar al traste con la verosimilitud reencarnacionista.

Otro argumento suelen esgrimir los espiritistas, con el fin de probar su aserto; el de la autoridad humana. «El dogma de la reencarnación no es nuevo; es una resurrección de la metempsicosis de Pitágoras. Mas, Pitágoras, no es el autor del sistema sino que la tomó de los filósofos indios y egipcios, entre los cuales existía desde tiempo inmemorial. La idea, pues, de la transmigración de las almas, era, una creencia vulgar, admitida por los hombres más eminentes». (1) Esta antigüedad, al decir del Sr. Delanne, es la mejor garantía de la afirmación reencarnacionista. (2)

ligiones mil veces más lógicas y admirables [téngase en cuenta que el escritor del artículo no era, ya murió, católico y prácticamente no profesaba ninguna religión, porque en ninguna encontraba, decía él, la evidencia deseada que revista los caracteres de verdadera], han influido sobre la ética de los nuevos pobladores. Todo eso que llaman civilización y progreso ha resplandecido sobre lo que fueron cacicatos y luego haciendas mercedadas. Pues bien; los novísimos behiques también se ponen en éxtasis, también se presentan a las tribus blancas y negras dotadas de un poder sobrenatural para vencer al espíritu del Mal alojado en los cuerpos de sus enfermos; también si no untan sus manos de un líquido negro ni dan vueltas en torno del lecho, simulan dormir para esta vida y operar desde el campo sideral; también administran pócimas, agitan ramas de albahaca y escoba amarga para espantar de la habitación a los enemigos, y hacen un grandísimo aprecio de las rosas nítidas que incesantemente recogen en patios y jardines, ignoro para que «ceremonia».

«No te voy a curar yo—es su primer declaración al ser llamados—te va a curar el espíritu de Bruno Zayas, el alma de Pasteur, la ciencia de Albarrán, el espíritu del mismo Hipócrates, cien veces reencarnado». Y recetan y prescriben a las veces medicamentos de patentes en cuyas recetas aprenden para qué enfermedades sirven; a las veces unturas nauseabundas; casi siempre purgantes, oraciones extrañas siempre. Por acaso sana algún paciente, ya que es proverbial la frase de un gran médico cubano: «el enfermo se cura muchas veces con el facultativo, sin el médico y a pesar del facultativo». La naturaleza del individuo suele triunfar de la enfermedad, aun cuando por ignorancia de diagnóstico, en vez de ayudarle, se entorpece la operación».

«Cuando esto sucede la fama del nuevo behique traspone valles y montañas y a sus puertas llegan pacientes a pie, en coche y lujosos automóviles. Cuando el mal resulta incurable, un nuevo éxtasis, un nuevo sueño fingido servirá para declarar que el Cemí no perdona al pecador. Y entonces será llamado un médico titular para que, previas dos visitas que cobrará, certifique la defunción, sin lo cual el entierro no podría hacerse sin grandes dificultades de orden legal».

«Cinco siglos pasados... Cinco semanas para la humanidad incivilizada (Diar. de la Mari. año XCI. n.º 121). Los comentarios huelgan.

1 Allan-K. El lib. de los esp. n.º 222.

2 *Le Spiritisme*, c. VI.

Generalmente las opiniones y doctrinas filosóficas de la antigüedad, muy en especial las de algunas escuelas, no eran otra cosa que un cúmulo de errores, entre los que se vislumbraba alguna vez un hacecito de mortecina luz. El que algunos antiguos hubieran defendido la metempsicosis nada prueba, por tanto, a favor del espiritismo, sino que este se abraza con erróneas y trasnochadas doctrinas; pues entre las absurdas, una de las que más, era la que a la transmigración se refería. (1)

Con todo, está por demostrar que los antiguos defendieran la doctrina espiritista. Suponen que Pitágoras la tomó de los egipcios, siendo estos unos de los primeros, debido a su antigüedad, y de los que con más ardor propugnaron la doctrina reencarnacionista. Pues bien; los espiritistas suponen muy mal. Es muy incierto que los egipcios, al menos en el periodo clásico, al que todos se refieren, fueran partidarios de la metempsicosis. La autoridad de Herodoto (2) había servido de pauta en el opinar sobre la materia; pero la opinión de Herodoto no está en armonía con lo que nos dicen los monumentos egipcios. «En los mejores y más antiguos monumentos de la Religión primitiva de Egipto no se encuentran restos de verdadera metempsicosis» (3) El «libro de los muertos» es un tremendo alegato contra esta doctrina. Y en el caso de admitir que los egipcios defendieran la absurda opinión, el modo que tenían de concebirla era tan distinto del que tienen los espiritistas que apenas si guardan alguna afinidad. La doctrina del ya citado libro de los muertos, destruye por su base la reencarnación espiritista. El sujeto conserva su identidad personal. El primer acto después de la muerte es presentarse ante el tribunal de Osiris y sus 42 asesores para ser juzgado y sentenciado. La sanción punitiva o remunerativa es la que seguía al juicio. Admitían una especie de purgatorio y una bienaventuranza para los que en la tierra hubieran sido justos. (4) De modo que podemos decir y afirmar que nunca defendieron la reencarnación y sólo, dudosamente, una metempsicosis o transmigración limitada a cumplir, por cierto número de veces,

1 Cfr. Gellium, lib. 4 c. XI. *Noctium atticarum*.

2 Li. II, c. 125.

3 Enci. Euro-Amer, T. XXXIV, Metp., R. F. Val. La Re. a tra. de los sig. T. I, lib. 2.º c. II, a IV.

4 Cfr. R. F. Valbue. L. C. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, p. 58-44.

algún castigo de los dioses. Además es bastante verosímil, y parece encontrarse no pocos indicicios, ora en el libro citado, ya en el embalsamamiento de los cadáveres, que admitían la resurrección, doctrina que excluye totalmente la de la metempsicosis.

Tomando por base el sentir de los egipcios, no falta quien con mucha probabilidad, más que la de los espiritistas, afirma que es dudoso si Pitágoras defendió realmente o no, la reencarnación. Si al decir de Herodoto, la tomó de los egipcios, muy lógico es decir que no la defendió, y, en el caso afirmativo, lo haría en el sentido que sus maestros. Con lo cual dicho se está, que no fué defensor de las doctrinas espíritas. (1)

Más cierta es la suposición refiriéndola a los budistas, pero la diferencia con la teoría espiritista es muy considerable. (2) Con relación a los persas, germanos, celtas y druidas, es muy arriesgado aventurar juicio, pues, se muestran sus doctrinas muy indecisas acerca de la cuestión (3); algunos de estos pueblos, como los persas, parece más bien que abiertamente la rechazan, porque es muy probable que admitieran la resurrección.

De los Asirios-babilonios, escribe el P. Lagrange; «Tan allá como nos conducen los textos, encontramos dividido el mundo en tres reinos; el de los dioses, el de los vivos y el de los muertos; el de los muertos estaba debajo de la tierra, y el espíritu del difunto le pertenecía naturalmente. Por otra parte no se había roto todo lazo de unión entre el cuerpo y el alma; mientras el cuerpo permaneciese expuesto al aire libre, el alma no podía bajar a los infiernos, y estaba condenada a andar errante sobre la tierra en un dominio que no era el suyo. Sepultado el cuerpo quedaba libre el alma para hacerle compañía, o para juntarse con las otras almas. Schwally ha visto bien que el alma usaba de este privilegio; pero eso mismo supone necesariamente la noción de un reino soterráneo que los espíritus de los muertos recorren tan libremente como vuelan los pájaros por el aire; así es que la sepultura se practicó en beneficio y por interés del difunto. Contra los espíritus que volvían no faltaban encantamientos; Asurba-

1 Cfr. Enc. Eu.-Ame. L. C.

2 Cfr. R. F. Valb. L. C. T. II. lib. 5 c. I. § 4.º

3 Cfr. R. F. Valb. L. C. c. II, a III, § 2.º F. y T. III, lib. 5. c. III, a. II, § 3.º y 5.º y a. III. § 3.º

nipal no teme gran cosa los espíritus de los antiguos reyes de Elán y se regocijaba en hacerles daño.» (1)

Ni la filosofía, ni la revelación divina, ni la pretensa de los espíritus, ni la autoridad humana, ni la historia, nada, absolutamente nada, hay que favorezca la hipótesis reencarnacionista de los espiritistas. ¿Cómo, pues, habrá de admitirse?

«Que nuestro espíritu, libre ya de las ataduras de la carne, deba purificarse en vidas sucesivas, en los astros o en los otros cuerpos, sufriendo una metempsicosis más o menos prolongada; que durante este tiempo esté condenado a servir de tormento y de piedra de escándalo a los demás, es un pensamiento que por lo horrible subleva nuestro corazón e inteligencia; que siega en flor las más bellas y consoladoras esperanzas y aspiraciones de nuestra conciencia, y ante él sería mil veces preferible no existir. Nuestro corazón no puede conformarse con un porvenir más allá del sepulcro que rebaja grandemente la dignidad de nuestro espíritu, que nos convierte en seres viles, traviesos y seductores, que ahoga cuanto hay de más noble y elevado en el fondo de nuestro ser.» (2)

1 *Etudes sur les religions semitiques en la Revue Biblique*, Número 2.º 1902, p. 228-229.

2 *Antonelli. El Espiritismo o los fenómenos mediánicos*, p 151, trad. por Cañas.

Las doctrinas reencarnacionistas que acabamos de tratar son, con pequeñas diferencias de matiz, defendidas por todos los espiritistas en general, y no estamos de acuerdo con todo lo que dicen los Señores Valentí Camp y Enrique Massaguer. Escriben estos señores: «Los adeptos a la tendencia exclusivista, especialmente en los países latinos y sudamericanos, siguen todavía la doctrina que explicó Kardec: creen en la reencarnación, y hállanse bajo la dirección de Leymarie, L. Denis, G. Delanne, en Francia; Tummolo, y Hoffmann, en Italia; existiendo algunas divergencias entre Kardekistas puros, futuristas y positivistas. Por el contrario, los espiritistas de la escuela anglo-sajona, dirigida desde hace largo tiempo por Oxon, Hardinge, Rogers Dawson y Benett, no aceptan la reencarnación, circunscribiéndose a predicar el espiritualismo moral, que, más bien que un sistema de cosmología, es una norma de conducta para la vida. Los norteamericanos y los holandeses en su mayoría, no son reencarnacionistas; pero los primeros no dejaron de inclinarse al aspecto teatral a base de la mediumnidad física llena de recursos inesperados». L. C § 4.º El «grave cisma entre los espíritus anglosajones y franceses» de que habla el P. Maignage «La Religión espiritista. C. VI. n.º 186 y sig., no significa una desviación y negación total de la reencarnación, sino más bien una nueva faceta de la cuestión.

CAPITULO XII

LAS PENAS ETERNAS O EL INFIERNO

EL INFIERNO.—LO QUE SE PRECISA PARA NEGAR EL INFIERNO.—EL LETARGO DEL MUNDO HASTA EL ESPIRITISMO.—LO QUE DECÍA VOLTAIRE.—SI HAY CIELO HAY INFIERNO.—LA NATURALEZA DEL HOMBRE ES INMORTAL.—EL HOMBRE Y SU FIN.—EL HOMBRE Y LA LIBERTAD.—EL MOMENTO DECISIVO.—¿QUÉ SUCEDERÁ?—DOBLE DILEMA.—CÍRCULO DE HIERRO. EL ESPIRITISMO SE EQUIVOCA.—EL DOGMA DE LA IGLESIA.—TODO LO DEMÁS ES SECUNDARIO.—LA SANCIÓN DIVINA.—CERTEZA DEL INFIERNO.—EL EVANGELÍO.—EL ESPIRITISMO Y EL VALOR DE LO ETERNO.—IRREFLEXIÓN DE ALLAN-K.—CLEMENTE ROMANO Y OTROS SS. PP.—L. DENIS NO ENTIENDE LA ESCRITURA.—EL HOMBRE QUE QUIERA SE CONDENARÁ.—DIOS NO ES AUTOR DEL INFIERNO.—EL CULPABLE ES EL PROPIO VERDUGO.—ROUSEAU ADORANDO LOS DECRETOS DIVINOS.—LOS ESPIRITISTAS HAN DE RESOLVER LA OBJECCIÓN.—SU DURACIÓN ES ETERNA.—EL ANGÉLICO Y LEIBNITZ.—PROPORCIÓN DE GRAVEDAD.—LA PRESCIENCIA DIVINA Y LA CONDENACIÓN DE LAS ALMAS.—NI CONTRADICCIÓN NI INJUSTICIA.—CALVINO Y ZUINGLIO.—LA OBRA MAESTRA DE LA CREACIÓN.—EL HOMBRE Y LA GRACIA.—¿NO ME VALIERA MÁS NO HABER NACIDO?—ARGUMENTO AQUÍLES.—LA RAZÓN FUNDAMENTAL DEL INFIERNO.—LOS ESPIRITISTAS DEFIENDEN EL INFIERNO.—NO HAY FELICIDAD ETERNA.—LA CONVICCIÓN DE LA ETERNIDAD DE LAS PENAS.

A medida que se profundiza más la doctrina espiritista se observan mayores errores y más grandes absurdos. Acabamos

de ver lo que piensa el espiritismo acerca del objeto vial de las almas; cómo las somete a la tortura que experimentan los peregrinos del desierto. Adelantemos ahora un paso más; miremos al objeto final, íntimamente enlazado con el anterior, como lo está el camino a su término, el medio al fin. Después de afirmada la reencarnación por la misma causa que se pone una escala para conseguir algo, veamos lo que siente del infierno, uno de los aspectos finales, tocando sólo indirectamente el otro aspecto, el del cielo o bienaventuranza.

Para negar la existencia del infierno y convencerse de semejante negación «es preciso desechar radicalmente todo el Catolicismo, todo el Cristianismo, todas las religiones de la tierra, el sentido universal de los hombres de todos los siglos, y presentarse solo contra todo el género humano. El ánimo más esforzado no se atreve a pasar adelante al llegar aquí y le es necesario rendirse por fin a aquel antiguo adagio de *sentido común*; que lo que fué creído *siempre, en todas partes y por todos* es verdadero; que debe ser *necesariamente cierto* lo que según Cicerón, reúne las opiniones de todos, y últimamente, como dice Joubert, que «cuando un raciocinio ataca el instinto y la práctica universales,» puede ser difícil de refutar, pero de seguro es sofístico y falaz». (1)

Mas a los espiritistas, ¿qué les importa el común sentir del género humano? El mundo entero hasta que el espiritismo apareció en la tierra dormía el letargo de la inconsciencia, los hombres eran todos salvajes o semisalvajes, las ideas del infierno estaban muy en armonía con su ignorancia, temperamento y educación, mas «para las aspiraciones modernas [infiltradas por los espiritistas] se necesitan otros acentos, otras formas, otras manifestaciones religiosas» (2)

En el grado de cultura a que hemos llegado, la idea del infierno ya no es admisible, «la teoría del infierno eterno no puede ya ser invocada por ningún hombre sensato.» (3) «El infierno queda como una figura simbólica de las mayores penas, cuyo término es desconocido.» (4) Y aun este simbolismo llegará tam-

1 A. Nic. L. C. T. II, c. VIII.

2 L. D. Crist. y esp. p. 130.

3 L. D. Desp. de la... §37.

4 Allan-K. El Cielo y el Inf. c. V, n.º 9.

bién a desaparecer, porque «el pensamiento moderno se aparta cada vez más de estos espantajos pueriles.» (1) Allan-K., suponiendo que le hablaba el espíritu de Laménais, hace esta recomendación: «Dedicaos por todos los medios que estén a vuestro alcance, a combatir, a anonadar la idea de las penas eternas, pensamiento blasfematorio de la justicia y de la bondad de Dios, origen más fecundo que otro alguno de la incredulidad, del materialismo, de la indiferencia que han invadido a las masas desde que su inteligencia ha empezado a desarrollarse.» (2)

Voltaire, a un amigo que le escribió: «Creo haber encontrado al fin, la certidumbre de la no existencia del infierno», le contestaba: ¡Sois hartos feliz: yo estoy aún muy lejos de ello! Diderot, la raposa de los enciclopedistas, no sentía mayor tranquilidad cuando miraba su alma al través de la tumba, y Rousseau no incluyó la negación del infierno entre las negaciones de su espíritu escéptico. Los espiritistas no se curan de nada, ni de nadie, forman legión aparte entre los humanos, se rigen por distintas reglas, y por no prestar atención a nada, ni aun a la lógica se la prestan.

«El cielo eterno suscita la idea del infierno eterno. Son, escribe el P. Ugarte, los platillos necesarios de la justicia equitativa, que recompensa lo bueno y castiga proporcionalmente lo malo. Si se concibe un Cielo, surge espontáneamente la idea de un Infierno. Nadie que no sea materialista, ni los mismos espiritistas, han puesto en duda la existencia de una eterna felicidad. Y, sin embargo; si hay una felicidad eterna natural es pensar que puede haber una eterna desventura.» (3) Pues bien, los espiritistas afirman un correlativo y niegan el otro, admiten un platillo de la balanza y rehusan el otro, defienden el cielo e impugnan el infierno eterno. Esto del cielo eterno, es en la afirmación del docto apologista, pues para nosotros, según veremos más adelante, y ya insinuamos en el capítulo anterior, los espiritistas, confundiendo con los materialistas, no admiten la felicidad eterna. Actitud que les lleva a otra paradoja más inexplicable y más absurda, a afirmar su negación, la existencia de un verdadero infierno, con la eternidad de penas. Extraña parecerá esta proposición, a

1 L. D. Cris. y esp. p. 116.

2 El lib. de los esp. n.º 1009.

3 L. C. lib. 1.º c. IX.

los espiritistas y aun a los que no comulgan con sus ideas, sin embargo, en breve daremos la prueba, a nuestro humilde parecer, convincente.

Para refutar a nuestros adversarios y demostrar su falsedad, no seguiremos la ruta hasta aquí trazada por los apologistas; los estudiosos de la *nueva ciencia*, emplean diverso método en su argumentación, se colocan en plano bastante distinto del en que se colocaban los Lucrecios y los *sabios* del tiempo de Nerón y Robespierre; aquellos dirigian sus flechas directamente contra los principios, se les podía mirar frente a frente; los espiritistas atacan más de flanco, y cuando parece que marchaban con el enemigo, es entonces cuando dejan al descubierto el ariete demolidor y tratan de convertirlo todo en ruinas.

Empecemos, pues, por establecer algunos postulados en los que necesariamente han de convenir con nosotros, para después hacerlos llegar hasta las últimas consecuencias, o si tal vez se niegan a seguir el camino comenzado, hacerlos ver la inconsecuencia y el error en que incurren. Luego, fácil será resolver las objeciones.

Sea el primer postulado o principio, el que se refiere a la naturaleza del hombre, o si les agrada más a los espiritistas, diremos del espíritu, no tenemos en ello inconveniente, pues siendo la parte principal del sujeto, muy bien puede por ella denominársele.

Lleva el hombre en su constitutivo algo tan sumamente sutil, tenue y delicado que supera a la «substancia fluídica» de que nos hablan los discípulos de Allan-K.; no está sujeto a los accidentes de lo mutable, el tiempo no deja grabada la vetustez, el espacio no le aprisiona entre sus mallas, los achaques, enfermedades, trabajos y dolores no consumen su naturaleza; se cierne sobre los tiempos, riése de la muerte, nada hay que pueda vulnerar su vida; *es inmortal*. La inmortalidad es el atributo primordial de la esencia espiritual. Salida el alma de la posibilidad, por la virtud del Altísimo, jamás dejará de existir por defección intrínseca; disfruta la eternidad *a parte post*, como nos dice la escuela. Esta inmortalidad la propugnan acérrimamente los espiritistas contra la escuela materialista. El alma vivirá siempre, siempre, es inextinguible por naturaleza, y lo es igualmente por la bondad del Omnipotente, que según los cánones de su infinita sabiduría, no destruye la obra de sus manos.

El segundo postulado es como corolario del antecedente. El hombre, como todas las cosas, según decíamos en el capítulo anterior, lleva en su naturaleza la razón de su existencia, esta razón es la de su finalidad. Nada se hace si no es impulsado por un fin, nada existe si no es por y con un fin determinado; si el fin desaparece, desaparece la obra. Inmortal el alma, el fin que la caracteriza ha de ser igualmente eterno; jamás podrá dejar de ser una vez se ha convertido en esfera del alma, es decir, desde el instante mismo en que el sujeto espiritual llegó allí, donde llegar debiera al ser creado. Si esto no se admite, si se afirma que el fin del alma no es eterno, con real y verdadera eternidad; se habrá afirmado también la anihilación del alma, porque carecería de finalidad. Dicho se está, y aparece bien claro, que en el fin, el alma no ha de seguir avanzando, como no lo sigue la piedra cuando a su centro ha llegado; pues, de lo contrario sería señal manifiesta que la marcha no se había concluido, y por ende que todavía no disfrutaba de la posesión del fin. Esta fijeza y estabilidad del sujeto, sin que por esto quiera decirse que carece de actividad, pues precisamente es entonces cuando se presenta más dinámica en todas sus potencias, la confiesa el propio espiritismo. Allan-K. escribe: «Dicen algunos; ¿no probaría Dios mayor amor hacia sus criaturas creándolas infalibles (es decir, perfectas, estables, no sujetas a mudanzas), y, por consiguiente exentas de las vicisitudes inherentes a la imperfección? Sin ninguna duda puede hacerlo, si no lo ha hecho es porque en su sabiduría ha querido que el progreso fuese la ley general». (1)

Es el tercer postulado el que se refiere a la intrínseca perfección de que se halla dotada la naturaleza humana, la cual la distingue, como anteriormente dijimos, de todos los seres de la creación visible, y la constituye en plano determinado y muy superior y hace que, mientras aquellos se mueven a impulsos de causa extrínseca unos, intrínseca otros, pero totalmente necesaria, el espíritu se mueva con rítmico movimiento por él mismo regulado. El hombre disfruta del libre albedrío, la libertad es uno de los atributos esenciales de su naturaleza, y es el más ad-

1 El Cie. y el Inf. c. VII. § 3º n.º 32. Rogamos al lector se fije en estas palabras del espiritismo y las relacione con lo que en el capítulo anterior nos dijo sobre el fin, y con lo que copiaremos más adelante en este.

mirable y sublime, «El espíritu, dice Allan-K., tiene siempre su libre albedrío». (1)

En virtud, pues, de los dos primeros postulados, el hombre ha de llegar a un fin, y fin eterno, en el cual permanezca en tanto subsista su naturaleza, lo que equivale a decir, que existirá siempre. Mas, en virtud del tercer postulado, el hombre no puede llegar a su fin como llegan los demás seres; la consecución será efecto de un acto voluntario, deliberado. Y aunque es cierto que ninguna potencia es libre con relación a su propio objeto (2), y por eso la voluntad siempre se abraza con la bondad real o aparente, esto se ha de entender con relación a lo que pudiéramos llamar objeto, fin negativo, indeterminado, general, o como dice el Angélico, cuando se atiende a la razón final del último fin (3), no cuando se presenta el objeto, determinado, concreto, en particular, considerando más bien la realidad del fin (4), pues entonces evidentemente se ve que la determinación ha de estar regida por la libertad; si esto no sucediera sería, o porque no existía el fin, o porque no existía la libertad, y ninguna de las dos suposiciones es admisible. Contamos, por consiguiente, con los términos necesarios; el sujeto y el fin del mismo, uno y otro eternos; y con una relación o vínculo que ha de unirlos, tan necesaria como los mismos términos.

Para mayor precisión y claridad aún podemos añadir otro como postulado que se refiere al momento histórico en que vivimos. Es evidente que en la actual etapa, en la que el espíritu desarrolla y perfecciona sus potencias y de sublimidades reviste todo su ser, no ha llegado al fin, no se encuentra en el punto final de la línea, sino que aún por la línea está caminando; el momento de la prueba, del perfeccionamiento es el que al presente vive. «Los hombres son imperfectos, y como tales, están sujetos a vicisitudes, más o menos penosas; este es un hecho que es preciso aceptar, puesto que existe». (5)

Sentados estos principios, que los mismos espiritistas son los primeros en confesar; podemos y debemos preguntar: Si el hombre es inmortal, y eterno es su fin; si todavía no se encuentra en

1 L. C. n.º 19.

2 Cfr. Salma. Tract. VIII, Disp. I, n.º 74 y sig.

3 I. 2.ª q. I. a. VII.

4 St. Tom. L. C. Salm. L. C. n.º 71, Complut. De anima. Disp. ult.

5 Allan-K. L. C. n.º 32.

la posesión, a la que aspira desde el instante de iniciar su carrera, sin género de duda que habrá de llegar un momento en que los dos términos queden vinculados y como unificados, y lo queden precisamente por la relación que siempre sirvió de vínculo; llegará un momento en que el hombre se abraza con su fin. O expresado esto en otros términos; llegará un momento en que se finalice la prueba. «Los que han llegado al fin, dice Kardec, han pasado como los otros por las pruebas sucesivas». (1) En aquél momento el hombre es tan libre como en cualquiera otro de los que precedieron. Si en virtud, y en uso de su libertad, dice entonces: No quiero abrazarme con ese fin determinado y positivo, sino que toda la eternidad quiero vivir de él separado, ¿qué es lo que sucederá?

No queremos decir a los espiritistas que ese instante decisivo sea en el que se verifica nuestra muerte, en el planeta tierra, prescindimos de él. Si nos hablan de múltiples pruebas y fases por las que el alma ha de pasar antes de ejercer el último acto de la serie vial, e iniciar el de la serie final, no tenemos inconveniente en admitirlo, hipotéticamente, porque queremos llegar hasta el último extremo; pero cuando en él nos veamos les formularemos la misma pregunta.

Nos responderán los espiritistas, ¿que entonces volverá a empezar la serie de pruebas? Respuesta inadecuada e incongruente, ya que nos colocamos en el último acto de la postrera serie; que no pueden repetirse eternamente, pues esto equivaldría a negar el fin, cosa que ni admiten los espiritistas ni es admisible, como ya se ha dicho y fácilmente puede comprenderse. ¿Cuál será, pues, la consecuencia que se siga a esa aptitud de la criatura libre? Compelidos los espiritistas por la fuerza de las premisas, y no pudiendo solucionar la cuestión ni evadir la consecuencia, en conformidad con su teoría han excogitado una respuesta que nada responde, como vamos a ver, y les deja encerrados en el mismo círculo de hierro.

«Ningún espíritu, dice Allan-K., se halla en tal condición que no pueda mejorarse nunca [es decir, que no esté en tiempo de prueba]; de otro modo, estaría destinado fatalmente a una eter-

1 Allan-K. L. C.

na inferioridad y fuera de la ley del progreso, que dirige infaliblemente [esto es necesariamente] todas las cosas» (1).

Esta respuesta que es el tópico de todos los espiritistas, lejos de solucionar algo, envuelve la cuestión en el caos y precipita la consecuencia que ellos pretendían evitar. Efectivamente; en la primera parte rotundamente se niega la finalidad del agente libre; si siempre puede seguir ascendiendo nunca llega al fin y esto, ¿no es negar la existencia del mismo? Lo propio acontece en la segunda. La ley del progreso que infaliblemente rige a todas las cosas: 1.º o priva de la libertad al espíritu, o se la deja intacta; 2.º o esa progresión tiene límites, o es eterna. Si la progresión es eterna, infinita, es nula, como ya antes vimos; si la progresión es limitada, y el sujeto por su fatalidad se ve privado de libertad, habrá sentido vulnerada su naturaleza, dejado de existir; si la libertad queda intacta, en ese caso intactas quedan también las interrogaciones que hemos formulado, y nada se habrá adelantado.

Replicará el espiritismo, tratando de armonizar la ley de progresión incesante con la libertad; que, «a medida que la perfección del espíritu se acrecienta, se aumenta la libertad, y que el espíritu, siendo el artífice de su propia desgracia, acaba por comprender que de él depende el hacerla cesar; y que cuanto más persista en el mal, durará más tiempo su desgracia, que su sufrimiento durará siempre si él mismo no le pone término» (2), y que por ende, en virtud del impulso progresivo, al propio tiempo que en virtud del intrínseco y libre, se decide a salir de aquel estado y a seguir la peregrinación hasta llegar a la meta? Enhora-buena. Pero esta es una solución como la anterior, complica más el asunto y más estrecha a los espiritistas. Porque «siendo el hombre libre, no es impulsado fatalmente ni hacia el bien, ni hacia el mal, es libre de trabajar o de no hacer nada por su adelantamiento» (3). Esto es Kardec quien lo dice: y libre ha de permanecer también en la elección de su objeto final. Luego el hombre puede abrazar o desestimar el propio fin, aunque sepa que se atrae su desgracia. Este círculo en el que los propios espiritistas se han encerrado, y que la dialéctica ha venido a fortalecer

1 L. C. n.º 19.

2 Allan-K. L. C. n.º 20.

3 L. C. n.º 32.

con cinturón de acero, resulta infranqueable, no puede tampoco romperse, y en él han de encontrarse prisioneros.

Ahí, sin poder negar los postulados, que ellos son los primeros en afirmar; sin poder rechazar la lógica que es inflexible, les volvemos a formular la pregunta: Si el hombre, en ese último acto electivo del fin, repele su verdadero objeto final y se abraza con la negación, se desvía del término, al cual fuera llamado, y quiere permanecer en los caprichos de su libre albedrío; ¿cuál será la consecuencia que se siga de semejante determinación? La consecuencia ineludible será... *el infierno y el infierno eterno*.

Y en verdad; pues, ¿qué es el infierno? Cosas muy peregrinas nos dicen los espiritistas sobre esto, con la particularidad de atribuirselo todo a la Iglesia católica, el enemigo que hay que hacer desaparecer. «El espiritismo no viene a negar la penalidad futura; al contrario, viene a patentizarla. Lo que destruye es el *infierno localizado con sus hornos y sus penas irremisibles*. El espiritismo rechaza la tercera alternativa, la de la condenación eterna.» (1) Mas, el espiritismo está muy equivocado. «Lo que enseña la Iglesia es que los que mueren en mal estado de conciencia, es decir en pecado grave, sufren un castigo que no tendrá fin. He aquí el dogma; lo demás que puede decirse sobre el lugar de este castigo, sobre el grado y la calidad de las penas no es de fe.» (2) «Al fin y al cabo, lo que podemos llamar substancial en el dogma del infierno, es que el hombre rebelde será eternamente privado del bien eterno, de la posesión y amistad de Dios. Y nótese bien, esto, y nada más esto constituye, según el catolicismo, la gran pena, la pena substancial de la condenación. La privación eterna de Dios, la llamada pena de daño, he aquí, según la enseñanza católica, la gran desventura del pecador impenitente. Dios crió al hombre y le dió un destino sublime; hizolo capaz del Bien infinito, y puso en el fondo de su alma, una aspiración vaga, pero continua y poderosa hacia este bien puro y sin mezcla. Pero Dios quiso que el hombre durante su vida en este mundo se hiciera digno de alcanzar tal bien, viviendo conforme a la ley eterna e inmutable que en el mismo ser divino tiene su origen; que profesara el hombre especulativa y prácticamente obediencia y reverencia al Ser Primero y soberano; y sólo cum-

1 Allan-K. L. C. c. V. n.º 8.º.

2 Balmes, Car. a un escp. c. III.

pliendo con estas condiciones quiso que alcanzara el supremo bien para que fué criado. El que no quiere seguir este camino no se sentirá compelido, pues Dios quiere que el hombre le sirva por elección de su voluntad; mas al terminar la vida, el que haya usado mal de su libertad se encontrará burlado, privado del último fin, y condenado a vivir eternamente sufriendo todos los horrores que esta pérdida lleva consigo.» (1)

«El que seas o no eterno, escribe el sabio apologista P. Weis, no es cosa tuya; eterno sólo pudo hacerte Dios, pero el eternamente venturoso o desgraciado, eso sí que está en tu mano. ¿Por qué tiembles ante la palabra eternidad? Antes debiera asustarte la palabra *¡solo!* Si logras a Dios, eternamente serás feliz, porque el Señor es un océano de paz. Si pierdes a Dios, serás eternamente desgraciado, te verás eternamente privado de todo bien y de todo goce. Huérfano de Dios, soledad eterna; en ella consiste *el mayor tormento del infierno.*» (2) «Debe tenerse muy presente, que por esto mismo, y sin hacer intervenir a ningún otro agente, el hombre encuentra inmediatamente su recompensa o su castigo en esta misma fidelidad o en esta rebeldía; porque lo que constituye su fidelidad, la unión con Dios, hace también su ventura; y lo que constituye su rebeldía, *su alejamiento de Dios*, hace también su desdicha. Pues el infierno es el mismo pecado, dice Bossuet.» (3)

Esto es, por tanto, lo que constituye el verdadero infierno; todo lo demás, es secundario para el agente libre. La pérdida del fin, la exclusión voluntaria del centro de atracción que sobre las almas ejerce su influjo; he ahí el infierno. Las lágrimas, los gemidos y llantos, el crujir de dientes, el mismo fuego deborador, no son más que débiles manifestaciones de la grande y triste realidad. ¿Quién no ha visto la horrible escena del corazón desesperado por la súbita pérdida de algún bien que era sumamente caro al amante? El tormento físico a que pueda verse sometido en aquellos momentos, nada le inmuta, el gusano roedor es quien inflama y devora sus entrañas y produce los efectos tan sorprendentes. El gusano roedor de la conciencia que en lo más íntimo del ser aparece al poner el último acto vial, será el buitre que devore las entrañas del nuevo Ticio, sin que jamás llegue a

1 C. H. Vosen. L. C. § 63.

2 *La ciencia práctica de la vida*, c. XXV.

3 A. N. L. C. T. II, c. VIII.

consumirlas. No hay dolor que compararse pueda al que experimenta el miembro cuando sale de su lugar, no se concibe violencia tan intensa como la que se produce al separarse del centro de atracción; y nada hay que pueda compararse a la pérdida del fin último, ni en el tiempo, del que entonces se sale tomando la eternidad por medida, ni en la intensidad, pues que es el bien inapreciable de lo infinito. Luego la consecuencia que necesariamente se sigue al acto postrero del agente libre, por el cual renuncia a su último fin, es la del infierno e infierno eterno. Esta conclusión creemos que es legítima e irrecusable.

Aceptando como base los principios expuestos, otras varias son las razones que pudieran aducirse para llegar a la conclusión antecedente. La soberanía de Dios, ciertamente desaparecería en la hipótesis de que el espíritu malvado no hubiera de sufrir el infierno eterno, y juntamente con la soberanía desaparecería el mismo Dios, que no puede concebirse destituido de semejante atributo; y el hombre perverso sería el que ostentara los títulos de la Divinidad, supuesto que él era el triunfador, el invencible, el soberano, que se reía y mofaba de Dios. ¿Qué le importaba de las amenazas, del que pudiéramos llamar Júpiter Tonante, si era impotente para hacer valedera su voluntad, y al fin y a la postre vería penetrar por los umbrales de su regio alcázar al que siempre le había denostado, y a denostarle se presentaba en su propia morada? Tan absurdo es todo esto que sólo pensarlo horroriza.

La justa y equitativa sanción de la ley divina, que siempre quedaría incompleta, tenidas en cuenta las circunstancias del sujeto ofensor, de la ofensa y del sujeto ofendido. Este defecto, en lo que es complemento de la ley, se dejaría sentir en el principio; todo ello repercutiría en el autor de la ley y Dios perdería los atributos de la Divinidad, impotente para regular los movimientos del gran mecanismo.

Sin la eternidad del infierno la justicia divina quedaría incumplida. En este caso el hombre podría decir a Dios: «Sé que podéis castigarme y me conformo con ello; pero al mismo tiempo sé que no podéis hacerlo más que con cierta medida, que, por grande que sea, pasará, y os veréis obligado a perdonarme y hacerme dichoso. Pues bien, como en la satisfacción de mis pasiones me propongo un placer sin límites, consiento en el castigo que me tenéis preparado, y con esta condición puedo entre-

garme a todas las maldades, esperando abrazarós algún día, y obligar a vuestra misericordia a poner un término a vuestra justicia. Semejante justicia ¿quedaría satisfecha? ¿No quedaría más bien hollada y vilipendiada?; ¿no contendría la misma idea de su término, la legitimación anticipada de todos los excesos?» (1)

La misma soberana esencia de Dios, fundamento del orden y de la moralidad, que siente infaliblemente la alteración producida por el desorden que consigo lleva la transgresión de la ley divina, reclama la eternidad del infierno.

La distinción radical y esencial que debe haber entre el bien y el mal, que de no ser eterno el infierno llegarían a confundirse, a identificarse. (2)

Estos y otros varios argumentos que a la razón llevan la más apodíctica convicción, podrían aducirse, mas como es fácil encontrarlos en cualquier apologista, nos abstenemos de aducirlos. (3)

Si los precedentes argumentos son razón más que suficiente para probar no sólo la posibilidad de las penas eternas, como opinara A. Dupont (4), o la probabilidad de las mismas, según sentir de algún otro escritor (5), sino también la certeza moral de su existencia, excluyendo toda dubitación racional; con todo, el principal argumento no es ninguno de los expuestos; «otras razones de más peso, diremos con C. H. Vosen, nos hacen más fuerza. Estas son la autoridad de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, quien con acento conmovedor y con palabras de gran aseveración nos aseguró esta verdad de la fe; este es para nosotros el más poderoso argumento, y toda la razón de nuestra creencia.» (6) Esta es igualmente para los espiritistas la razón de más probanza, pues que, para ellos, Jesucristo, cuando menos, es el medium más extraordinario y sapiente que haya vivido entre los hombres del planeta tierra. Aduzcamos algunos testimonios en que Jesús enseña la eternidad de las penas infernales.

En San Mateo se dice: «Ay de aquel hombre por quien el escándalo viene. Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtale y arrójale de ti: bien te está enfrar en la vida manco o cojo, antes que

1 A. N. L. C.

2 Cfr. Bougaud, L. C.

3 Cfr. P. Ugarte, L. C. Honora, del Val. L. C. Tract. VIII, a. III.

4 *Eternidad del infierno. Dic. de la fe cat.*

5 Cfr. C. H. Vosen, L. C.

6 L. C. § 65.

teniendo dos manos o dos pies ser arrojado al fuego sempiterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácale y arrójale de ti: bien te está entrar en la vida con un ojo solo, antes que teniendo dos ojos ser arrojado a la gehena del fuego. (1) San Marcos refiriendo este pasaje dice, después de relatarlo: «al fuego inextinguible, donde el gusano de ellos no fallece, y el fuego no se apaga.» Esta frase la repite otras dos veces en los versículos siguientes y al final de la última añade: «porque cada cual con fuego será salado, y toda víctima con fuego será salada.» (2) Se dice que con sal serán salados, porque la sal era el símbolo de la incorruptibilidad, de lo que nunca perece y dura eternamente (3), para de este modo dar mayor vigor a la frase, que de suyo bien claramente expresa la eternidad de las penas; pues, como bien arguye San Agustín comentando este lugar: «Si el gusano nunca fallece y si el fuego no se apaga, ciertamente que no ha de tener fin ni término su existencia.» (4)

Luz más esplendorosa que los textos copiados irradian los que en otro lugar nos ofrece el mismo S. Mateo: «Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y serán congregadas ante él todas las gentes, y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi padre, poseed en herencia el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo... Entonces dirá así mismo a los de la izquierda: Idos de mí malditos, al fuego sempiterno, el preparado para el diablo y sus ángeles... E irán estos al suplicio sempiterno, y los justos a la vida sempiterna.» (5)

Que la palabra sempiterno haya de recibir en este lugar el significado más riguroso que en sí misma tiene, por una eternidad real y verdadera, es cosa tan clara con atender al paralelismo establecido *entre el suplicio sempiterno y la vida sempiterna*, que, sólo intentar la alteración de la palabra suponiendo que significa un tiempo indefinido de tormentos y no realmente eter-

1 XVIII, 7-9.

2 IX, 42, 49.

3 Cfr. Hilario Ob. Coment. in Mat. ML. c. IV, 9. 935

4 Ad. Orosi, c. 6, ML. 42. 673.

5 XXV, 31-46.

no, es, dice Hurter, un absurdo inconcebible. (1) El premio y el castigo, el suplicio y la vida, están igualmente regulados por la eternidad, en uno y en otro lugar se emplea la misma palabra, con la misma fuerza y con idéntico sentido. Si, pues, en el segundo miembro, la vida sempiterna ha de entenderse de la eternidad que no se acaba, ¿por qué razón en el primero habrá de tener un significado impropio? Idéntica es, dice el P. Valentín Casajoana, la relación del premio al mérito, que la de la pena a la culpa. (2) Luego de la autoridad divina, como antes de la humana y de razón lo hicimos, podemos, y debemos concluir, que la existencia del infierno eterno se presenta indubitable.

Como dar asentimiento a estas legítimas conclusiones, sería destruir por su base el edificio del espiritismo, los espiritistas no quieren rendir su inteligencia en obsequio de la verdad, y fingiendo cohonestar sus actos, intentan proyectar algunas sombras sobre el cuadro de luz, recusándolo luego como inaceptable por falta de armonía en sus líneas. Las objeciones que oponen son bastantes en cantidad, pocas en la diversidad cualitativa. Veamos algunas para demostrar el exiguo fundamento y aun la irracionalidad evidente que ofrecen. Sea la primera la que se refiere al argumento escriturístico.

Es cierto, dicen los espiritistas, que las Escrituras hablan de la eternidad, mas, «la palabra *eterno* se emplea a menudo figuradamente en el lenguaje vulgar para indicar una cosa de larga duración y cuyo término no se prevea, aunque se sepa perfectamente que ese término exista. Decimos, por ejemplo, los hielos eternos de las altas montañas, de los polos, aunque sabemos por una parte, que el mundo físico puede tener un fin, y por otra, que el estado de esas regiones puede cambiar por la dislocación normal del eje, o por un cataclismo. La palabra eterno en este caso no quiere decir perpetuo hasta el infinito. ¿Y acaso no sabéis que lo que vosotros entendéis por *eternidad* no era entendido del mismo modo por los antiguos? Que consulten los teólogos los orígenes, y como todos vosotros, descubrirán que el texto hebreo no daba el mismo significado a la palabra que los griegos; los latinos y los modernos han traducido por *penas sin fin, irremisibles*». (3) «Es cierto que San Gerónimo no ha tenido re-

1 Medulla Theol. Dogmat. Tract. X, Thes. CLXXV.

2 Disquisi. Scholasti. Dogmati. Disq. VI. Thes. VIII.

3 Allan-K. El lib. de los esp. n.º 1.009.

paro en hacer figurar en el texto del Evangelio según S. Mateo, estas expresiones: «El fuego eterno, el suplicio eterno». Mas las palabras hebreas que se han traducido así, no parecen tener de ningún modo el sentido que los latinos les han atribuido». (1)

Flojillos anduvieron esta vez los *espíritus* en las comunicaciones que hicieron a Allan-Kardec, y más pobre de raciocinio se muestra Mr. Denis.

En primer lugar, pudiéramos responder como lo hace el docto agustino, P. Honorato del Val, diciendo: que la eternidad de las penas no la deducimos exclusivamente de la palabra *eterno*, (2) sino de todo el contexto escriturístico y de otras locuciones, las cuales necesariamente han de significar la eternidad verdadera.

Pero respondiendo directamente diremos, que si bien la palabra *eterno*, a menudo se emplea en sentido figurado, no puede admitirse esto en los lugares citados. El sujeto y la finalidad a que se refieren, el paralelismo en que se fundan los SS. PP. que inmediatamente citaremos, de tal manera concretan el sentido, que es una verdadera aberración pretender darle otro impropio. Los ejemplos que aduce el corifeo espiritista, lejos de convencer algo, demuestran la irreflexión del autor, pues todos ellos se refieren a objetos materiales, que ni son ni pueden ser eternos. Otro tanto sucede con los que cita el Sr. Denis, de las diferentes partes de la Escritura antigua, los cuales hacen referencia a lo temporal, o a acciones realizadas, o que se han de realizar en el tiempo.

Mas aquí totalmente es distinto; el sujeto a quien se pronuncian es eterno, con eternidad real; la acción a la que se ordenan es la postrera vial del agente libre, la cual por necesidad tiene que ser eterna, según lo hemos demostrado. ¿Cómo, pues, podrá decirse que la locución es una locución impropia, si por otra parte no se da una declaración positiva en este sentido, cosa que al presente no sucede?

Menos acertados andan en la llamada que hacen a la inteligencia de los antiguos. Platón, cuyo espíritu, supone Allan-K., que es el revelador de este modo de interpretar, pudo entender lo *eterno* como quisiera; pero si los griegos y latinos daban un sig-

1 L. D. Cris. y esp. p. 88.

2 L. C.

nificado propio, según el admite, entonces se corrobora nuestro sentir, pues ciertos estamos que los hebreos daban a la palabra eternidad, cuando de esta materia se trataba, toda la fuerza que pueda tener, como es fácil demostrar con un sencillo análisis exegético. Los teólogos de todos los tiempos han consultado los *origenes*, y han hallado la identidad de significado en una y otra lengua.

Clemente Romano, al que los espiritistas concederán haber existido antes de San Jerónimo, y el cual para nada necesitaba el texto *arameo*, no hebreo, como equivocadamente dicen nuestros adversarios, de San Mateo, ni tampoco el de los otros escritores evangélicos, pues muy bien pudo recibir la interpretación oral, por ser de los tiempos apostólicos, paladinamente defiende la eternidad del infierno. «Todas las almas, nos dice, son inmortales, sin excluir la de los impíos, aunque mejor las fuera no ser incorruptibles, pues castigadas con pena *sempiterna* por el fuego inextinguible, sin morir, ningún fin pueden obtener, a causa de su gran maldad.» (1) S. Ireneo, anterior igualmente al solitario be-tlemita, escribía: «A cuantos el Señor dijere: Apartaos de mi malditos, al fuego eterno, *siempre* estarán condenados». (2) Tertuliano, del siglo tercero, en su Apologético, decía que las penas eran no sólo diurnas, sino «*sempiternas*». (3) S. Juan Crisóstomo, en el siglo cuarto, parangonando la beatitud con la infelicidad a que las almas estarán sujetas en la otra vida, proclama la eternidad para las unas y para las otras. (4) S. Agustín, después de establecer el paralelismo a que hicimos referencia, con la dialéctica que le caracteriza, y terminar aseverando que sólo pensar en la finitud de los suplicios es un gran absurdo, (5) no satisfecho con esta explicación, al comentar las palabras del evangelista S. Juan; «la ira de Dios permanecerá sobre los que no creen en el Hijo», (6) y las del Apóstol; «los inicuos no poseerán el reino de Dios», (7) escribe: «En verdad, que este apostólico decir sería falso si los tales pecadores, *después de cualquier tiempo* fueran

1 Citado por el Damasceno en el Eclog.

2 Haeres. l. 4. c. 28, n.º 2.º MG. 7. 1062.

3 c. 45 ML. 1.165.

4 Paraen. I, ad Theod. laps. n.º 9-10, MG. 47, 287-290.

5 De Civt. Dei. l. 21, c. 23, ML. 41.976.

6 III, 36.

7 I. Cor. VI, 9.

libertados y poseyeran el reino de Dios. Mas como no es falso este decir, ciertamente que no poseerán el reino divino. Y si jamás llegarán a semejante posesión, serán cruciados en el eterno suplicio». (1)

Inútil es seguir aduciendo confirmaciones para lo que está suficientemente confirmado, aun por el sentir de los propios espiritistas. Allan-K. en el lugar citado, como queriendo afianzar su argumentación, escribe las siguientes palabras, que son la mejor refutación de su anterior decir: «La eternidad de los castigos corresponde a la eternidad del mal. Sí, mientras el mal exista entre los hombres, subsistirán los castigos. (2) Mejor argüir no tenemos los católicos para defender el dogma. Esta es la razón fundamental del infierno sempiterno. La pena es la correlación de la culpa, mientras el mal exista existirá el castigo. Ahora bien, como el mal, según dejamos demostrado, subsistirá eternamente, con eternidad verdadera, síguese necesariamente que el castigo también ha de ser eterno. La prueba de la menor no precisa mayor explicación.

La razón de Kardec es lógica, sólo que milita en contra de él. La que nos ofrece el Sr. Denis júzguela el lector por sí mismo. «Semejantes pensamientos no pueden ser del que ha dicho: «Dios no quiere que ninguno de estos pequeños perezca». Estas palabras quedan confirmadas con las de los apóstoles: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (3), «Dios es salvador de todos los hombres» (4), «Dios no quiere que ningún hombre perezca, sino que hagan penitencia» (5).

Tales aducciones, como la cita que hace de San Clemente Alejandrino, tan mal interpretada; ¿qué es lo que prueban a favor de la finitud de las penas? Los católicos somos los primeros en admitir y defender la voluntad salvífica de Dios para todas las almas, y en buena lógica hacemos algo más, que tanto escandaliza a los espiritistas; sabiendo que el deudor se encuentra inca-

1 L. C. c. 25, ML. 41, 741, y De Bapt. contra Dona. l. 4, c. 18-19, 45, 170-171.

2 Es muy de notar lo que añade: «Importa interpretar en sentido relativo los textos sagrados, no en sentido absoluto» ¿Por qué este interés si no lo pide el texto?

3 1. Tim. II, 4.

4 id. IV, 10.

5 II, S. Ped. III, 9.

pacitado para saldar por sí mismo la inmensa deuda contraída, y que en la contaminación llegó a inficionarse la sangre, principio vital de la restauración, proclamamos la bondad y amor divinos hasta afirmar que la personalidad divina terminó la humana naturaleza, pagando de esta manera, con sus actos, la deuda; redimiendo al deudor y purificando con su sangre vertida en la Cruz toda la naturaleza pecadora. Dios quiere la salvación de todos, y «el Cristo Salvador obró también la salvación de todos, y no solamente la de algunos privilegiados». Mas como los sujetos que la han de recibir están dotados de libertad, libremente han de recibirla. La voluntad divina queriendo y la Providencia deparando los medios hacen cuanto de su parte debieran hacer; empero respetan demasiado la obra de sus manos, la libertad del hombre, para destruirla intentando forzarla a obrar. No, Dios llama, Dios auxilia, pero no violenta. «Sólo sé una cosa, Señor; que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Tú vienes a mi puerta y llamas con blandura y si no respondo, aguardas a mi puerta y vuelves a llamar: sé que puedo no responderte y perderme; sé que puedo responderte y salvarme; pero sé que no podría responderte si tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices, siendo tuya la pregunta y tuya y mía la respuesta». (1)

«No quieras pensar, escribe el docto Agustín, que serás atraído violentamente; el ánimo es atraído por el amor... ¿Cómo creo por mi voluntad si soy violentado?... Si al poeta (2) le fué dado decir: cada cual es atraído por el cariño; por el deleite; no la necesidad sino el placer; no la obligación sino la placidez; ¿cuánto mejor debemos decir nosotros que a Cristo viene el hombre que se goza en la verdad, que se goza en la beatitud, que se goza en la justicia, que se goza en la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo?». (3) El hombre, pues, que quiera arrojarse al suplicio eterno se arrojará, aunque el Cristo haya operado la obra salvífica, y Dios quiera la salvación de todos; porque no es suficiente la virtud de un solo agente, siquiera sea el divino, es necesaria la de los dos. De manera que los pensamientos evangélicos muy bien pueden emanar de una misma fuente.

1 Dono. Cortes, L. C. I, 1. c. VI.

2 Virgilio, Eclog. 2, n.º 65.

3 Tract. in. Joan, n.º 4, ML, 35, 1.608.

El primer obstáculo filosófico-teológico que los espiritistas presentan contra las penas eternas, es el que más afecta al sentimiento de las gentes, por cuyo motivo es muy fácil oirlo de labios de los incrédulos y también de muchos católicos tibios; tal es, el de la misericordia divina. «La doctrina de las penas eternas en absoluto, dice el espiritismo, convierte al Ser Supremo en un Dios implacable. ¿Sería lógico decir de un soberano que es muy bueno, muy bienhechor, muy indulgente y que no quiere más que la dicha de los que le rodean, pero que es al mismo tiempo celoso, vengativo, inflexible en su rigor y que condena a la última pena a las tres cuartas partes de sus súbditos por una ofensa o infracción a sus leyes, aun a aquellos que faltaron por no conocerlas? ¿No sería esto una contradicción? ¿Y será Dios menos bueno que un hombre?» (1) Ninguna contradicción hay en la afirmación católica; sí muchas inexactitudes en la espiritista.

Bastaría en primer lugar, que hubiese sido afirmado por Jesucristo, como lo fué, para que los espiritistas y no espiritistas acotáramos la aseveración del más sabio que ha existido, pues siguiendo los cánones espíritas, no son los hombres quiénes de juzgar las sublimidades que revelan los más altos espíritus, y toda su perdición está en pretender parangonar el modo de obrar humano, al modo de obrar superior. Esto dicho, llamar vengativo y celoso al Ser Supremo, es el colmo de la insensatez y de la locura.

En segundo lugar, una sencilla reflexión basta para deshacer la montaña gigantesca que pretende levantar el espiritismo. La misericordia de Dios sería vulnerada por la venganza y crueldad que se refleja en la eternidad inflexible de penas, y extendiéndose estas a la mayoría de los espíritus, y aun a aquellos que faltaron por no conocer la ley. Pero ¿quién le ha dicho al espiritismo que Dios es el inventor cruel de tan insufrible tormento? No, Dios no es el que toma venganza de sus criaturas, Dios no es el autor del suplicio eterno en su aspecto más horripilante; no sólo la Divinidad no toma venganza de ningún espíritu, sino que múltiples son las gracias con que constantemente llama a los que por su amor fueron formados, y les perdona, y les espera y les vuelve a esperar. El verdadero autor del infierno es el pecador; ya dijimos que

1 Allan-K., L. C.

el más atroz tormento de las almas consiste en la carencia de la verdad y del bien absolutos, en la privación del Infinito, para el que fué criado y a cuya posesión voluntariamente renunció, eligiendo vivir en la morada de su capricho, antes que en los tabernáculos del Altísimo. «De manera que el culpable es su propio verdugo, la falta lleva en sí misma su propio castigo, y el pecado se abre su propio infierno. Hasta la filosofía antigua entrevió esta verdad, cuando decía por boca de Platón, que «Dios no puede ser autor del mal moral, y del pecado. Por consiguiente no es Dios el autor del infierno, pues, el infierno si lo entendemos es el mismo pecado; (1) lo engendró el pecado, de la misma manera que el crimen engendra el remordimiento. El hombre decide de su suerte por una elección libre». (2)

Todo lo demás que en el infierno podemos concebir nada significa. «Lo que provoca esas lágrimas no es el fuego del infierno, ni esas llamas devoradoras, ni esas tinieblas, ni ese desorden y confusión; sino que es la pérdida de Dios. Poseído Dios, aun el fuego sería una delicia. Sin Dios, lejos de Dios, rechazados y malditos por Dios, todo es fuego, llamas, tinieblas, dolores. Si no hubiese fuego en torno suyo, lo crearía el condenado. Sacaría de sus entrañas consumidas por el dolor, de su corazón abrasado por la desesperación». (3) ¿Dónde está, pues, el espíritu de venganza? Con esto ya se ve también la verdad que encierran las palabras blasfematorias; Dios castiga «aun a aquellos que faltaron a las leyes por no conocerlas».

Admitido el castigo como obra de Dios, en lo que de físico y positivo tiene; ¿porqué la misericordia del Señor quedaría negada? Es que la misericordia de Dios es como la de los hombres, que repetidas veces no cuenta por base la justicia, viniendo con esto a ser mayor crueldad? Si infinito es este atributo, infinito son los demás, y la misericordia en Dios es justicia. «Y un Dios tan justo, ¿cómo es posible que no castigue con tanto rigor, después de haber sido tan ofendido por una criatura rebelde y de haberla soportado pacientemente durante toda su vida? ¿Y qué? Sólo existe acaso, entre los atributos de Dios la bondad?

1 *Sermón sobre la gloria de Dios en la conversión de los pecadores*, Bossuet.

2 A. Ni. L. C.

3 Bougaud. L. C. T. V, c. XV.

¿Y dónde queda la justicia? ¡Ah! Sí, ambas existen en El, y ambas deben reinar en El». (1)

Si misterioso es lo uno, misterioso es lo otro; en su presencia exclamaba Rouseau, más cuerdo que los espiritistas: «¡Oh ser clemente y bueno! Sean los que fueren tus decretos, los adoro; si en toda la eternidad castigas a los malos, mi flaca razón se anonada ante tu justicia; mas si el tiempo ha de apagar los remordimientos de estos desventurados, si han de tener fin sus males y si la misma paz nos espera a todos un día, te doy las gracias.» (2)

Nuestros adversarios, empero, que por algo no se modelan por los patronos existentes, no se satisfacen con repudiar el atributo de la misericordia admitiendo la eternidad de las penas, cosa que habían hecho todos los que tienen por qué merecer el infierno; llegan donde muy pocos llegaron; atacan igualmente la justicia. «Creer en el infierno eterno, es hacer una injuria a la Divinidad». (3) Dos son los motivos, al decir de los espiritistas, por qué puede ser lesionada la justicia divina; la falta de proporcionalidad y la presciencia.

«Dios es soberanamente justo, dice Kardec. La soberana justicia no es la más inexorable, ni la que deja toda falta impune; es la que lleva la cuenta más rigurosa del bien y del mal, que recompensa al uno y castiga al otro en la más equitativa proporción y no se engaña jamás. Si por una falta temporal, que siempre es resultado de la naturaleza imperfecta del hombre y a menudo del centro en que se encuentra, el alma puede ser castigada eternamente, sin esperanza de alivio ni de perdón, no hay ninguna proporción entre la falta y el castigo; luego no hay tampoco justicia». (3)

Esta duda se la deben resolver a sí mismos los espiritistas, cuando por una falta transitoria, tal vez instantánea, en momento de alucinación que apenas si dejó brillar el destello de luz, condenan al espíritu a largos años de tortura y agonías insoportables, arrastrando las pesadas cadenas de las reencarnaciones; y cuando aquí en la tierra funcionarios judiciales condenan a degenerados seres a larga y perpetua carceración. Cuantas flechas

1 P. A. Gallerini, S. J. Antídoto, trad. por A. Piaggio, cart. 17, Balmes Cart. a un es. cart. 5.^a

2 Emilio, I, 4.º Profesión de fe del presbítero saboyano.

3 El cic. y el inf. c. VI n.º 15.

pretendan asestar contra la justicia divina, pueden volverse contra ellos; la diferencia de grados en nada altera la cuestión. Por eso cuando ellos desenreden su madeja, les mostraremos el hilo de la nuestra.

Por lo demás, semejante modo de argüir no tiene otra base (si admitimos que procedan con rectitud que es muy dudoso) que una ignorancia y confusión filosóficas inconcebibles en hombres de mediana intelectualidad. El rayo en un instante dado reduce a pavesas grandes edificios, trastorna gigantescas máquinas y las más grandes obras de la hidráulica moderna. ¿Querrán decirnos los espiritistas, hasta cuándo perduran aquellas ruinas y desórdenes? *Espiritus* vivos limpian (cosa que sucede con harta frecuencia) los fondos de las grandes sociedades y estados. ¿Por cuánto tiempo permanecerá la efectividad de aquellos desfalcos? Las operaciones se efectuaron en un momento, las consecuencias ¿cuánto duran?

¿Y por qué no hemos de aplicar este raciocinio cuando se trata del desequilibrio moral, introducido por un acto psíquico de la criatura inteligente y libre? El acto material pecaminoso, podemos decir que es transitorio; ¿sonlo igualmente sus efectos? El desorden moral ¿no continúa?

Además, tampoco concedemos que el acto psíquico pecaminoso (no la ejecución externa), formal, y hasta cierto punto materialmente considerado, sea un acto transitorio, y una falta temporal. El infierno, hemos dicho y probado, que es el eterno y voluntario apartamiento del Bien absoluto, de Dios; es el pecado en lo que tiene de más substancial, el desorden interminable, reaccionando sobre el mismo que lo introduce. Al llegar el último instante de la prueba, el pecador, libremente escoge vivir separado de la Divinidad, y como ese acto es el decisivo, por eso su duración es eterna. De ahí es que los precedentes desórdenes, rectificadas antes o en la posición del último acto, no causan el infierno, si no es en principio; si la voluntad permanece adherida a él eternalmente. Y aquí, ¿dónde está la desproporción? No nos ha dicho el propio espiritismo, que tanto perdura la pena cuanto la culpa? No otra cosa es la que afirma el catolicismo. «La eternidad de la pena, dice el Angélico, no responde tanto a la cantidad de la culpa, como a la irremisibilidad de la misma». (1) El

1 1, 2.^{ac} q. LXXXVII, a. III y V.

propio Leibnitz decía: «Los condenados permanecen siempre siendo malvados; justo es que permanezcan siempre miserables». (1)

Mirada la cuestión bajo otro aspecto; quisieran los espiritistas decirnos, ¿en qué jurisprudencia y códigos penales se atiende principalmente al tiempo invertido en perpetrar el crimen al juzgar y aplicar la pena? Entre esta y el delito ha de haber proporción, sí, pero no es de tiempo, lo es, de gravedad. ¿Y por qué en el código divino se ha de seguir diverso procedimiento?

Si la justicia divina nada pierde y sí acrecienta mucho su fulgor contemplándola en la razón de proporcionalidad, menos pierde, y más acrecienta su hermosura mirada en la segunda faceta.

«Puesto que Dios lo sabe todo, sabía, al crear el alma que pecaría, y por lo tanto ha sido condenada desde su formación a eterna desgracia. ¿Es posible esto? ¿Es racional?» (2) Esta dificultad lo mismo que la anterior se presenta formidable contra los mismos que la suscitan, y pensando que obstruían la marcha de la tesis católica lo que hacen es encerrarse a sí propios en el dédalo más espantoso.

Que Dios había condenado a la criatura desde el principio de su formación al suplicio eterno. Sea; el suplicio, aunque fuera eterno, no excedería los límites de lo físico; y el mal físico, según vimos anteriormente, no es un verdadero mal, y si se le considera con relación a otros fines superiores puede ser un bien, como es una cosa buena la destrucción de los seres inferiores al hombre, para que este se alimente; por tanto, el infinitamente sabio podía ordenar esa economía divina a un orden ulterior, y convertir en gran bien lo que a la criatura le parecía un mal.

Mas, si porque Dios sabiendo que el hombre iba a pecar, y no obstante, le crió, se ha de decir que le condenaba desde su formación a eterna desgracia; con la misma razón podemos decir a los espiritistas: que si Dios, a pesar de saber que el hombre había de pecar, le crió, desde el principio de su formación le condenó al pecado; la relación es idéntica al infierno y al pecado. Ahora bien; el pecado es el desorden moral, es un mal intrínseco, es la destrucción de la providencia deífica, es la destrucción del mismo Dios, en cuanto del pecado depende; es el mal

1 Ap. A. Gallerini, L. C.

2 A. Kard. El lib. de los esp. L. C.

que podemos llamar absoluto, opuesto al bien absoluto que es Dios; es la carencia de rectitud, de bondad, de perfección, de todo cuanto signifique algo positivo en el orden superior, y es por ende la anihilación afectiva de la Divinidad. Luego Dios, en este caso sería el factor, al menos en causa, del mal moral, el destructor de sí mismo. Y ¿quién puede con semejante absurdo?

Si los espiritistas responden; que Dios no es quien perpetra el pecado, ni quien a él determina, sino que lo permite, y por eso puede crear y crea las almas; la misma respuesta y con más razón podemos aplicar a nuestro caso. Si, pues, en lo primero, que admiten ellos, no hay injusticia, menos la habrá en lo segundo; si aquello es muy racional, más lo será esto.

Si replican; que Dios en el caso del pecado «da medios de ilustrarse»; también en el del suplicio sempiterno concede todos los auxilios necesarios, para que de él puedan libertarse. Cuanto objeten a la doctrina católica, se puede redargüir con mucha más lógica a la hipótesis espiritista; con la especialidad que en esta realmente se sigue el absurdo, por el determinismo de que ya hablamos; no así en el dogma cristiano.

Empero, respondiendo directamente diremos: que en esa economía divina bajo ningún aspecto hay ni contradicción ni injusticia. Para llevar la convicción a los ánimos no apelaremos a «los secretos y profundos juicios de Dios, del misterio insondable de la predestinación», como hace C. H. Vosen (1); nos basta dirigir una mirada sintética a la obra divina, tal cual salió de la virtud del Omnipotente y se conserva en su naturaleza.

Empecemos por manifestar la equivocación y confusión en que incurren los espiritistas, al exponer su argumento. Una cosa muy distinta es la presciencia y otra muy distinta la predeterminación a un fin concreto; la primera no dice para con el sujeto, al cual se refiere, más que una relación indeterminada; en cuanto presciencia ni quita ni pone valor en la naturaleza del sujeto, ni en su operación; muy diferente es en la segunda, la relación es bien precisa y marcada, pone en contacto virtual al determinante y al determinado; éste recibe el impulso de aquél, y le recibe ordenado a un fin concreto y de un modo necesario en orden al último fin del operante, de tal manera que nunca le es dado apartarse totalmente de la primera determinación; el sujeto es

1 L. C. § 71.

mero instrumento, e instrumento necesario del principal agente, cuya primaria intención al plasmar la obra fué la de llevarla hasta el término prefijado. La tesis predeterminista y predestinista pudo defenderla Calvino con algunos de sus partidarios, como Zuínglio y Beza, y con ella se abrazaron los fatalistas; pero la doctrina católica jamás la contó entre sus proposiciones y siempre la impugnó acerbamente hasta llegarla a reprobar con definición solemne. (1) Aseveró la presciencia, negó la predeterminación. En Dios existe lo primero, no puede concebirse lo segundo. La presciencia deja intacta la libertad, la predeterminación de ella priva al sujeto.

Hecha esta explicación, necesaria para la mejor inteligencia, veamos la sublimidad de la tesis católica; cómo la infinita sabiduría, no obstante conocer que numerosas criaturas habían de renunciar a su último fin positivo, y en esa renuncia encontrar su propio y eterno tormento, pudo formarlas sin quebrantar ninguno de sus atributos; antes bien haciendo que brillaran con más esplendor.

Un adarme de entidad y afirmación es de inmensa mayor apreciación que utópicas montañas de carencia entitativa y de negaciones. Dios es la bondad y el amor por esencia, cuanto obra no puede obrarlo si no es por bondad y por amor; son ellos el impulsor de su actividad, ellos tienen que ser también el fin de la misma actividad; el fin parcial en la difusión de la perfección y el fin total en la ordenación de toda la obra. Al concebir Dios el cuadro admirable de la bondad manifestativa, le concibió como un grandioso organismo cincelado en el blanco lienzo de la pureza divina, y le contempló no muerto, sino animado, viviente, cuyas figuras eran, no maniqués automáticos, que llenaban los fines deíficos sin conocimiento, sino que, iluminadas muchas de ellas, por la esplendente luz, eran centros autodinámicos (si bien recibida su virtud primera del origen de todo lo existente), y libremente aportaban su tributo e iban perfilando las diversas líneas y contribuyendo a la perfección de toda la obra.

Pero la dote de la libertad que es la más sublime, la obra maestra de la creación, y la más portentosa, si fuera lícito hablar así, de los portentos divinos, pues, a ella se ordenan todas las cosas invariablemente, de tal manera que la creación sería inex-

1 G. Trid. Ses. VI, can. XVII.

plicable sin el sujeto libre, y el hombre sería inexplicable no siendo libre», (1), al ser como esculpida por la mano del Divino Artífice, en la naturaleza finita, lleva consigo una condición intrínseca, la de ser participada, siendo participada ha de ser relativa; unidas estas condiciones a la que preside toda la economía divina, que por otra parte es necesaria para el mayor matiz de la obra, la de que el agente libre, libremente ejecute su labor, libremente alcance el fin que asignado le ha sido en el cuadro divino, resulta una consecuencia tan imprescindible como las condiciones: que esa libertad puede cumplir o no cumplir su cometido, es decir, en virtud de su derecho natural, puede faltar a su deber, puede no llegar a su término, y no llegando a su perfección se privará del goce consiguiente; y privándose de la beatitud experimentará la tortura más horrible que concebirse pueda; tortura que ni estuvo en la mente del Supremo Artífice, como fin determinante, ni de algún modo contribuyó a ella, sino que fué consecuencia necesaria de la misma perfección imperfecta del sujeto. Una parte de la obra es verdad que habría perecido, pero el cuadro en sí considerado habría recibido los coloridos esplendentes, y hasta aquellas sombras contribuirían a darle mayor realce. ¿Dónde estaría la injusticia?

Lo que a primera vista pudiera parecerlo, puesto que la libertad si era deficiente, ya sabía el Artífice que faltaría, subsanado y corregido queda con la acción providencial, pues en la perspectiva del sublime cuadro, no se encontraba aislada en la lucha con obstáculos insuperables; la virtud del todo Omnipotente se cernía sobre su cabeza, una mirada, una plegaria y cual hilos de plata descendería copiosa lluvia de energía divina confortadora de la potencia impotente, próxima a desfallecer; con este auxilio fácil era la labor a realizar, y con creces estaba superada la deficiencia de la cualidad natural. La presciencia divina observaba que innumerables de aquellas figuras despreciando el auxilio de lo alto, dejarían de tributar la voluntaria cooperación y se condenarían eternalmente al separarse de la fuente de toda belleza, a pesar de estar formadas para disfrutar la gloria. Empero esta malicia y obstinación no iban a ser causa para que el admirable concierto universal dejara de ser admirado. Las deficiencias

1 D. Cortés, L. C. I, 2.º c. I.

del orden particular nunca han de obstruir la grandiosidad del general.

Lo que Dios en su visión eternal contempló fué lo que realizó al iniciar el tiempo; plasmó el cuadro de la creación como reflejado estaba en el espejo de su esencia; formó al hombre dotado de una libertad limitada, y como limitada imperfecta, con la imperfección de poder apartarse del bien y seguir el mal; con la imperfección de perderse. Pero Dios, cuya regla es la equidad, para que el hombre no se fuera a extraviar a causa de la misma limitación de su naturaleza, la corroboró con extraordinarias gracias iluminativas y operativas, y además no cifró su consecución final en un solo acto, sino que le puso como pauta general la múltiple iteración, pudiendo subsanar en los siguientes el error de los pasados. Dios, en una palabra, deparó al hombre todos los medios por los que puede conseguir su fin. Si a pesar de esta largueza divina el hombre se obstina en perderse; qué habría de hacer Dios, ¿dejar sumido en el silencio de la nada el concierto universal que también refleja las perfecciones deíficas, canta su gloria y de beatitud inunda a todas las demás criaturas que supieron llegar a su término, o privar de la libertad al hombre?

Hemos dicho que un adarme de afirmación vale más que montañas de negación. Sería además, someter lo universal a lo particular, privar de tanto bien a la obra divina, y comunicación de tanta bondad a las criaturas, por la malicia y perversidad de unas cuantas; sería privar a las mismas criaturas que se pierden de la perfección de la existencia que en sí misma vale más que todos los infiernos; sería someterse el bien al mal, Dios, no simplemente a la potencia limitada, sino a la potencia como destructora del orden moral, es decir, del mismo Dios. ¿Y quién puede admitir semejantes dislates?

No, el hombre no puede decir a Dios: «Señor, ¿no me valiera más no haber nacido? ¿Por qué me hiciste lo que soy? Si tu me hubieras consultado, no hubiera recibido la vida con la facultad de perderla: el infierno me aterra más que la nada. Esta pregunta es absurda por cualquier lado que se la mire. En efecto; si toda criatura en el hecho de serlo es imperfecta, y si la facultad de perderse constituye la imperfección especial de los hombres, el que esa pregunta hace viene a preguntar; por qué el hombre es una criatura, o lo que es lo mismo, por qué la criatura no es el

Criador: por qué el hombre no es el Dios, que crió al Hombre *Quod absurdum*.

«Y si no es esto lo que se quiere decir; si lo que únicamente se dice con esa pregunta es: por qué no me salvas a pesar de mi facultad de perderme, el absurdo está más claro todavía; porque ¿qué significa la facultad de perderse, dada al que no ha de perderse nunca? Si el hombre hubiera de salvarse de todas maneras, ¿cuál sería el objeto final de la vida en el tiempo? ¿Por qué no comienza y se perpetúa en el paraíso? La razón no puede concebir que sea a un mismo tiempo necesaria y futura, como quiera que lo futuro no va si no con lo contingente, y que por su naturaleza misma es presente lo que por su naturaleza misma es necesario». (1) Muy lejos, pues, de reflejarse contradicción e injusticia en la economía divina sometida a su presciencia, con fulgores que todo lo esplenden destella la bondad amorosa que impulsa todas las obras deíficas; bondad que hizo exclamar al Crisóstomo: «Crió Dios a los que se habían de perder, a pesar de esa previsión, porque la bondad superó a la previsión». (2)

A estas objeciones que pudiéramos llamar indirectas, el espiritismo, añade otra, al mismo tiempo que como dificultad insuperable, como argumento directo, intrínseco, filosófico. Trasládemoslo y analicemos sus partes.

«El principal argumento, dice, de los defensores de la teoría del infierno, es que la ofensa inferida por el hombre, ser finito, a Dios, ser infinito, es, de consiguiente, infinita y merece un castigo eterno. Pues bien, todos los matemáticos nos dirán que la relación de una cantidad finita a lo infinito es nula. Se podría retorcer el argumento y decir que el hombre, ignorante y finito, no es capaz de ofender a lo infinito, y que su ofensa es nula con relación a este». (3) Este argumento aquiles de los espiritistas se esfuma antes de soplarlo.

Mucho lamentamos que los *sabios de la nueva ciencia* desconozcan lo que tanto les interesa saber, y por ese defecto calumnien tan osadamente al adversario. Ya lo dijimos poco ha, y ahora lo repetiremos con los Salmaticenses: La eternidad del infier-

1 D. Cortés, L. C. lib. 2, c. II.

2 *De reprobatione*, S. Juan Damasc. *De fide ortodoxa* lib. 4, c. XXI, MG, 94, 1.198.

3 L. D. L. C. p. 87.

no no tiene como *principal fundamento la infinitud de la culpa; la razón fundamental se encuentra en la disposición del sujeto que eternamente se desvía de la fuente de la gracia, se aparta de Dios, y a Dios odia.* (1)

Siendo totalmente errónea la primera parte del argumento espiritista, todo lo demás ya poco nos interesa. Con todo, dirémosles que, ningún católico defensor del infierno ha aseverado que la ofensa activa, causal, considerada en el sujeto como efecto del acto pecaminoso, según parece que la entienden los espiritistas, revista la cualidad de la infinitud; si se refieren a la ofensa pasiva, u objetiva, formal, y por parte del ofendido, término del acto reprochable, aún en este caso son no pocos los teólogos que niegan todo género de infinitud a la culpa (2).

Que los matemáticos afirmen o niegen nos tiene sin cuidado. Cuando los espiritistas experimenten alguna lesión orgánica no será a los Aragos y Flamariones a quienes acudan, para que diagnostiquen por medio de los cálculos algebraicos, sino a los doctores en medicina para que lo hagan conforme a los canones de la ciencia médica. Pues cuando de lesiones morales se trata, tampoco son las matemáticas las que han de fallar. El agregar que «se podría retorcer el argumento, y, decir que, el hombre ignorante y finito, no es capaz de ofender a lo infinito, y que su ofensa es nula con relación a este», es tarea que les dejamos a los propios espiritistas, pues son ellos los que a cada momento nos hablan de culpabilidad, de crímenes, de ofensas a Dios, de castigos merecidos, siquiera sean medicinales, impuestos por el mismo Dios a los prevaricadores.

Al empezar este capítulo dijimos que los espiritistas, no sólo pretendían negar la existencia del infierno, sino que, por una paradoja inexplicable, después de predicarse espiritualistas, venían a confundirse con los materialistas, no admitiendo la eterna felicidad de las almas, y que esta aptitud les lleva a otra paradoja más increíble; a afirmar su negación, la existencia del infierno sempiterno. ¡¡¡Los espiritistas propugnadores de las penas del infierno!!! Cosa increíble; pero cierta, como lo vamos a demostrar brevemente.

Antes de raciocinar el aserto, hemos de recordar los postu-

1 Tract. XXI, Disp. I, n.º 50.

2 Tract. XIII, Disp. VII, n.º 22-25, y Tract. XXI, Disp. I, n.º 55 y sig.

lados ya insertos. El hombre es inmortal. El hombre como todos los seres tiene un fin determinado. El fin del hombre, sin necesidad de precisar por ahora el objeto, no puede ser otro que la felicidad. Este fin ha de ser como el mismo hombre, eterno. Si esta cualidad no tiene, el sujeto racional no disfrutará la eterna beatitud; sus aspiraciones no se habrán llenado totalmente, seguirá, por tanto sintiendo la nostalgia, no habrá llegado a su fin; en medio de la gota de placidez con que rocíe sus potencias, seguirá clamando como el personaje de Sakespeare; lejos de estimarse feliz se tendrá por un desgraciado, condenado al suplicio de Tántalo; desgraciado, cuando se le propina la pequeña dosis de bienestar, más parecida a un calmante que al verdadero placer, pues, él ansiaba engolfarse en el piélago de inefables y eternas alegrías y se le brinda una partecita de dulzura, y esta, acibarada, no ya con el temor de perderla, sino con la completa certidumbre de que un día más o menos lejano, se le ha de privar de ella. Esto en realidad no es cielo, es un dolor insoportable. Y, si, dado que el sujeto es eterno, eternamente ha de estar en ese flujo y reflujo; esto es un verdadero infierno. Pues, ¿qué es lo que llamamos infierno, si no la privación eterna del bien absoluto?

Pues bien; oigamos al espiritismo, que en pocas palabras disipa todas las dudas y resuelve la cuestión. El espiritismo dice: «No hay felicidad eterna» (1). La frase completa es: «no hay felicidad ni desgracia eterna», pero como los dos miembros están regidos por el mismo verbo y calificados por el mismo adjetivo, sin alterar el orden ni el significado, puede descomponerse como lo hemos hecho, pues tampoco para nuestro propósito se alteran los valores.

Si no hay felicidad eterna, y el hombre eternamente vive; ¿cuál es la consecuencia necesaria? Pues no puede ser otra que, la eterna carencia de la posesión perfecta y total del objeto beatífico, de la felicidad completa, del verdadero fin, de Dios. ¿Y qué otra cosa es el infierno? (2)

Que tampoco hay eterna pena. Si el espiritismo quiere significar, como así creemos, que la pena de sentido desaparece algu-

1 L. D. Desp. de la muert. Resumen.

2 Cfr. J. Martín Herrera, Arzob. de Santiago de Cuba, Pastoral sobre el espi. n.º 20, año 1881, marzo.

na vez, no tenemos inconveniente concedérselo (en este caso particular). Mas, ¿qué significa la existencia o no existencia del suplicio material, cuando el espíritu es víctima de la llamada espiritual que cineriza sus entrañas sin acabarlas de consumir? Estóico sobrellevó Scévola la ignición de su mano; alegres, risueños, inundados de gozo se arrojaban los héroes del Cristianismo a las encendidas hogueras. El verdadero infierno repetimos, consiste en la eterna carencia del Bien absoluto, y esta carencia es la que afirma el espiritismo; no sólo porque diciendo que la felicidad no es eterna, niega la posesión de la bondad por esencia, la cual como objeto propio y fin del hombre, una vez poseída ha de ser interminable, sino porque paladinamente lo afirma. Anteriormente ya copiamos las palabras en las que el espiritismo decía: «solamente los más grandes espíritus, pueden resistir la visión directa de Dios»; los demás, desterrados quedan de los divinos Eliseos.

El propio Allan-K. admite la doctrina de la proposición aun para la pena material. Fundado en la relación que debe existir entre el castigo y la culpa, escribe: «Estando subordinada la duración del castigo a la mejora, resulta de esto que el espíritu culpable que no se mejorara nunca, *sufiría siempre, y que para él la pena sería eterna*». (1)

Con lo dicho, estimamos que demostrada queda la eternidad de las penas, la nulidad de las objeciones y aun la defensa que los mismos espiritistas hacen del infierno. Para terminar copiaremos las palabras conque el insigne filósofo de Vich, finalizaba su carta al tratar de igual materia: «Como quiera, dentro de medio siglo la cuestión del infierno estará prácticamente resuelta para los dos: ruego al cielo que lo sea felizmente para ambos; pero si usted tiene la temeridad de aventurarse a lo que pueda suceder, me quedaré llorando su funesta ceguera, suplicando al Señor se digne iluminarle, antes que llegue el día de la ira, en que a la presencia del Juez Supremo velarán su faz los ángeles tutelares, no sabiendo qué alegar en descargo de usted para libertarle de la tremenda sentencia». (2)

1 L. C. c. VII, n.º 14.

2 Cat, a un escp. car. 5.º

CAPITULO XIII

JESUCRISTO Y SU OBRA

CENTRO DE LO NATURAL.—PUNTO CONVERGENTE DE LO SOBRENATURAL.—EL DIOS SALVANTE Y REDIMIENTE.—BASTA MIRARLA COMO HECHO HISTÓRICO.—NO ES ALGO ABSOLUTO.—LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.—ES SUFICIENTE ABRIR LOS OJOS.—EN EL LIBRO DE LA HISTORIA HUMANA Y DIVINA.—HERMOSA CONFESIÓN DE ROUSEAU.—MALICIA O IGNORANCIA.—LOS APÓSTOLES EMBAUCADORES.—LA EXCISIÓN DE LAS ROCAS.—SINGULAR POSICIÓN ESPIRITISTA.—JESÚS Y LOS CURANDEROS.—EXÉGESIS DEL ESPIRITISMO.—EL HIJO ES IGUAL AL PADRE.—ARBITRARIEDAD DE ALLANKARDEC.—SAN AGUSTÍN AL HERESIARCA ARRIO.—LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.—HIPÓTESIS KARDECIANA.—NO HAY REDENCIÓN.—LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.—LA REVELACIÓN ESPIRITISTA.—ASCENSIÓN A LOS CIELOS.—O SE ADMITE TODO, O TODO SE RECHAZA.—PALABRAS DE JESÚS.

Seguir la enumeración de los errores dogmáticos que los matriculados en la *nueva ciencia* ofrecen como el manjar más apropiado para las generaciones que, buceando en los bajos fondos de la naturaleza, sienten, no obstante, la atracción de lo divino, dentro y fuera de sí mismos revelado, es tarea que nos llevaría más allá de los límites prudenciales. Sendos volúmenes pudieran llenarse con los materiales que nos proporcionan. ¡Tanto se extiende la obra demoleadora del espiritismo! Expuestos y refutados los dislates que a la naturaleza divina y a su obra exterior como creador y remunerador, casi totalmente dentro de la esfera natural, dicen referencia, vamos a dar una síntesis, sumamente

concisa, de los que se refieren a Dios, redentor y salvador en el orden sobrenatural.

Como en el primero hay un centro alrededor del que giran todas las entidades que lo integran, igualmente ha de haberlo en el segundo; Dios, era en el primero y Dios ha de ser en este, pues no hay criatura que pueda ser imán del mundo, solo Dios es quien puede atraer a Sí todas las cosas; la diferencia se encuentra en que en el primero se presenta como Supremo Hacedor, y se refleja en sus efectos, en tanto que en el segundo se nos ofrece como Salvador, y se manifiesta en nuestra propia naturaleza, vestido de nuestra carne y soportando nuestras miserias. Por las obras se demuestra evidentemente la divinidad del Dios creante y providente; por las obras palmariamente se prueba la divinidad del Dios redimente y salvante. Jesucristo, nacido en Belén de una virgen, y entre los escarnios y vituperios de la Cruz, muerto en el Gólgota, es verdadero Dios.

Para evidenciar que la Iglesia católica es una realidad divina, no se precisan argumentos escriturísticos, ni aceptar la revelación y los hechos miraculosos como premisas que han de impulsar a las alturas deíficas. «He dicho alguna vez, y se lo he dicho a un impío, discutiendo con él, sin descender a pormenores y llevándole a un campo donde no podía retroceder: poned a la razón humana, libre de pasiones, en presencia de la Iglesia, como un hecho que mira a otro hecho y vereis cómo sale del contraste la demostración que obliga a la razón a negarse a sí misma, o a rendirse y proclamarla. La Iglesia como manifestación de la verdad absoluta en la Historia, se prueba como Dios, mostrándose. Dios no se demuestra a sí mismo con silogismos; se muestra con el resplandor del milagro, como una centella de su divinidad, pasando por las inteligencias de los hombres para que caigan de rodillas ante Su Majestad, las almas. A la Iglesia, si se la mira frente a frente, seduce a la razón con un resplandor divino». (1)

«Cuando desde el punto de vista más elevado, decía el mismo sapientísimo apologista, que es desde el que se abarca bien el círculo que van describiendo los sucesos de la Historia, los

1 J. V. de Mella, *La transformación de la mujer por el cristianismo. La transformación de la sociedad por la mujer cristiana*, conf. 1920, Madrid.

partidos y las sectas que combaten en la hora actual a la Iglesia católica, cuando se los mira en detalle y se los abarca en conjunto con una mirada sintética, y después la mirada se convierte a la Iglesia misma, y se observa, por decirlo así, su proceso histórico, el ánimo se fortifica, y aun mirándola simplemente con ojos humanos, aún mirándola simplemente como una escuela filosófica social y política que resplandece en el mundo, enseñando una doctrina vivificante que ha penetrado todas las sociedades y de la que viven hoy hasta los estados que la niegan, la Iglesia católica es tan extraordinaria, y se manifiesta de tal manera, que yo me admiro, que hasta los mismos impíos, hasta los que la odian con odio verdaderamente satánico, no se postren ante ella mudos de asombro al verla pasar por la Historia». (1)

Pero la Iglesia católica no es un algo absoluto en sí misma, es relativo, es una obra, un efecto; y como todo relativo, toda obra y todo efecto, no encierra, no puede encerrar la explicación de su propia naturaleza, la razón de su ser se encuentra en lo absoluto, en la causa que sale de los límites de lo relativo; la existencia de aquélla es la manifestación de la existencia de ésta, y la Divinidad de ésta, es la prueba de la divinidad de aquélla. Ahora bien; la causa, el operante, lo absoluto de la Iglesia es Jesucristo; él es su Fundador. Luego para convergerse de la divinidad personal de Jesucristo, no se necesitan milagros, revelaciones ni otros comprobantes similares, basta abrir los ojos, limpios de vaho de la materia putrefacta y mirar su obra; mirarle a El, plasmándola, conservándola, vivificándola. Basta leer en el libro de la historia escrito con la sangre de los mártires, con la pureza de las vírgenes, con la castidad de las esposas, con la penitencia de los confesores, con la radiante luz de los doctores. Y cuando esta lectura no bastara, o se la estimara demasiado enojosa, bastaría la lectura de otra obra más corta, más fácil, pero no menos divina: la lectura de los Evangelios.

«Confieso, decía el escéptico Rousseau, que la santidad del Evangelio es un argumento que habla a mi corazón, y que sentiría hallar alguna verdadera objeción en contra suya. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán mezquinos son junto a este! ¿Es posible que un libro tan sencillo y tan sublime sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia

1 Disc. en el Jai-Alá de Madrid, el 6 de enero de 1911.

cuenta no sea más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta o de un ambicioso sectario? ¡Qué blandura, que pureza, en sus costumbres! ¡Qué tierna gracia en sus instrucciones! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus respuestas! ¡Qué imperio en sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin flaqueza ni ostentación? Cuando pinta Platón un justo imaginario cubierto de todo el oprobio del delito y acreedor a todas las recompensas de la virtud, retrata punto por punto a Jesucristo; tan de bulto es la semejanza que la han visto todos los padres, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué obcecaciones, o qué mala fe ha de tener quien se atreva a comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Que distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia sostuvo fácilmente hasta el fin su papel, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, creeríamos tal vez que con todo su talento no fué Sócrates otra cosa que un sofista. Dicen que inventó la moral, pero otros la habían practicado antes que él; no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Justo había sido Arístides antes que hubiera dicho Sócrates qué cosa era la justicia; Leónidas había muerto por su país, antes que Sócrates hubiera dictado como una obligación el amor de la patria; sobria era Esparta, antes que Sócrates hubiera alabado la sobriedad; antes que hubiera definido la virtud, Grecia abundaba en hombres virtuosos. Pero ¿dónde había aprendido Jesús aquella pureza y elevada moral, cuyo ejemplo y lecciones solo El ha dado? En el seno del más furioso fanatismo se hizo escuchar la más alta sabiduría, la sencillez de las virtudes más nobles honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que puede darse; la de Jesús expirando en los suplicios, afrentado, escarnecido, maldito por un pueblo entero, es la más horrible que sea dable temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que con lágrimas se la presenta; Jesús, en medio de un suplicio horroroso, ruega por sus encarnizados verdugos. Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios. ¿Diremos que es inventada la historia del Evangelio? Amigo mío, nadie inventa así, y los hechos de Sócrates, que ninguno pone en duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. En realidad, esto es desviar la dificultad sin destruirla; más incomprendible sería que

cuatro hombres hubiesen escrito este libro de común acuerdo, que el que uno solo haya dado materia para él. Nunca hubieran imaginado unos autores judíos ni aquel estilo ni aquella moral, y el Evangelio presenta caracteres de verdad tan grandes, tan de relieve, tan perfectamente inimitables, que aún sería el inventor más admirable que el héroe». (1)

Esta obra miran y esta obra leen los espiritistas, tanto, que Allan-Kardec escribe al empezar a tratar de la naturaleza de Cristo: «En el examen que vamos a hacer de la cuestión de la divinidad de Jesucristo, dando de mano a las sutilezas del escolasticismo, nos apoyaremos exclusivamente en los hechos que resultan del texto del Evangelio, y que examinados fría, concienzudamente y sin prevención, suministran superabundantemente todos los medios de convicción que pueden desearse». (2) ¿Y cuál es la consecuencia que de esta lectura deduce el espiritismo? La consecuencia es negativa. Para los espiritistas, ni la obra es divina, ni es divino el operante; ni Jesucristo es Dios, ni la Iglesia reviste los caracteres de divina. ¿En virtud de qué procedimiento llegan a semejante deducción? El derecho que les asiste y la virtud que les presta fuerzas, es el derecho de la malicia y la virtud de la ignorancia.

Efectivamente; el espiritismo emplea la audacia y la malicia. Empieza poniendo a salvo la autoridad de los narradores evangélicos diciendo, «que nadie podría recusar la narración sin atacar la veracidad de los apóstoles», (3) y a renglón seguido, niega de plano cuanto los apóstoles dicen acerca de los hechos miraculosos efectuados por Jesucristo; y no sólo recusa la autoridad apostólica, sino que palmariamente trata a los apóstoles de trapaceros y embaucadores, pues no satisfecho con la afirmación genérica desciende a los casos particulares y desmiente los hechos aducidos. Que los Evangelistas nos dicen que la hija de Jairo, y el hijo de la viuda de Naín habían muerto real y verdaderamente, y que Lázaro, no sólo había muerto, sino que por el tiempo transcurrido de cuatro días, ya despedía hediendo olor; pues el espiritismo, nos dirá, que todo eso es puro engaño; que

1 Emilio, I, 4.º Profesión de fé del presbítero saboyano, Tradc. de Rafael Urbano, p. 78-80.

2 Obras post. *Estudios sobre la naturaleza de Cristo*, § 1.º

3 Allan-K., L. C. y Génesis. c. XV, Resurrecciones.

ninguno estaba muerto, ni por consiguiente fueron devueltos a la vida por la virtud de Jesucristo; lo único que padecían era un letargo. Y por no admitir el hecho comprobado del Evangelio llega a decirnos que el estado de putrefacción *cadavérica* nada significaba, y que alguna vez se produce, parcialmente, en el estado letárgico. Que los apóstoles narran otros hechos sobre los que el decantado fluido periespiritual o magnético ningún influjo puede tener, como el de la multiplicación de los panes; pues, no importa. Los apóstoles se engañaron. Que dejan escritos otros más evidentes y que aún hoy día pueden comprobarse; como la excisión de las rocas a la muerte de Jesucristo, del cual decía S. Cirilo de Jerusalén: «Si se quiere negar que aquí haya muerto un Dios, que se mire a las rocas rasgadas del calvario»; (1)—como otros fenómenos sísmicos y atmosféricos de que habla el Evangelio y el pagano Phlegón, según testifica S. Jerónimo,—y que examinado por geólogos tan eminentes como Sauley y Addisón, no sólo es reconocido por existente, sino que testifican que la hendidura de la roca de tres pies de larga por veinte de profundidad, según afirma Fouard, (2) es de todo punto un hecho sobrenatural; pues tampoco importa nada.

El espiritismo por y para no reconocer la veracidad apostólica, que dejaría mal parado su sistema, y con él su honorabilidad, tiene el valor de escribir: «Los discípulos de Jesús, profundamente afectados por la muerte del Maestro, han relacionado con ella algunos hechos particulares, que en otras circunstancias no hubiesen dado importancia alguna. Bastó que un fragmento de roca se desprendiese en aquellos momentos acá y acullá, para que gentes predisuestas a lo maravilloso, vieran en ello un prodigio y que amplificando el hecho, dijeran que las rocas se habían hendido» (3).

¡Cuánta contradicción para falsear los hechos! ¡Los apóstoles ya no son los verídicos! ¡Son predisuestos a lo maravilloso, a pesar de su *incredulidad*! ¡Trazan cuadros fantásticos! ¡Se sienten impresionados por la muerte de Jesús, escribiendo bastantes años después del acontecimiento! ¡Y que nos digan con tanta frescura que «las palabras de Cristo» las heimos de aceptar como

1 Cfr. P. Estanislaio de la V. del C., C. D. Sermón de las Siete pala.

2 La Pasi. de N. S. J. Rouen, 1876, apud. Steenkiste Coment. in Math. c. II, c. XXVII, v. 51, comple. setc. 2.^{na} q. 906.

3 Génesis, L. C. n.º 55.

están en el Evangelio, pues son «palabras que nadie puede recusar sin atacar la veracidad de los apóstoles»!! (1).

Emplea la malicia, porque después de haber estudiado a Jesús y su admirable proceder, comete la villanía de compararle con la gente de más ínfima estofa, y decir a sabiendas que sus milagros se hallan en el magnetismo, y son fruto de todas las religiones. «Actualmente se sabe, escribe, que estos efectos son resultado de aptitudes y disposiciones fisiológicas especiales; que se han producido en todos los tiempos, en todos los pueblos, y que no tienen más títulos para ser considerados como sobrenaturales que todos aquellos cuyas causas eran desconocidas. Esto explica por qué todas las religiones han tenido sus milagros [Calvino no era de esta opinión], que no son más que hechos naturales, pero casi siempre amplificadas hasta el absurdo, por la ignorancia y la superstición. La mayor parte de los hechos que el Evangelio cita como realizados por Jesús, está completamente demostrada [lo dice Allan-Kardec] por el magnetismo, y por el Espiritismo, pasando a ser aquellos meros fenómenos naturales. Puesto que a nuestra vista se producen, ora espontáneamente, ora provocados, nada hay de anormal en que Jesús poseyese facultades idénticas a las de nuestros magnetizadores, curadores, sonámbulos, videntes, mediums, etc.». Después de esto nada tiene de extraño que termine: «Preciso es, pues, dejar de incluir los milagros entre las pruebas en que pretende fundarse la divinidad de la persona de Jesucristo. Veamos ahora si hallamos tales pruebas en las palabras de Jesús». (2) Veámoslo, sí, y comprobaremos que a la malicia se une la ignorancia.

El espiritismo aduce varios textos evangélicos para demostrar su tesis; en abigarrada exposición va haciendo desfilar todos aquellos que hablan de Jesucristo, como distinto del Padre; a El inferior y por El enviado. De Jesucristo como Hijo de Dios vivo, ofrece también algunos, entre otros el que dice: «Yo y el Padre somos una misma cosa». (3) Y en estos casos para embarazarse del principio que él mismo ha establecido al decir, que «el dogma de la divinidad de Jesús, está fundado en la igualdad absoluta entre su persona y Dios, puesto que es el mismo

1 Allan-K., Obras post. L. C.

2 L. C. § 2.º

3 Joan, X, 30.

Dios» (1), comenta del siguiente modo: «Es decir, que su padre y él son uno solo por el pensamiento, puesto que él expresa el pensamiento de Dios y tiene su palabra» (2). Gracioso modo de interpretar la frase *una sola cosa*, que no puede significar más que identidad, y no de acción sino de naturaleza; y de interpretarla al tratar del evangelista que en más de un lugar nos dejó escrito, hablando de Jesucristo: «*Este es el verdadero Dios*». (3)

Sigue aduciendo textos evangélicos que nos hablan del Hijo de Dios y luego hace el siguiente raciocinio: «El título de *Hijo de Dios*, lejos de implicar igualdad, es, por el contrario, indicio de sumisión; y que está sometido a alguien, no a sí mismo. Para que Jesús fuera absolutamente igual a Dios, preciso sería que como El existiese de toda la eternidad, es decir, que fuera *in-creado*, y el dogma dice que Dios lo *engendró* desde toda la eternidad. Pero quien dice *engendró*, dice *crió*, sin que influya en que deje de ser una criatura el que haya o no sido criado de toda eternidad, y como tal criatura, se halla subordinado a su Creador. Esta es la idea implícitamente contenida en la palabra Hijo» (4)

Cuando tan lamentablemente se llega a alterar el significado de las palabras y a tergiversar los conceptos filosóficos, no cabe dudar que obedece; o a ignorancia inconcebible, o a una malicia refinada; pero cualquiera que sea la que mueve la pluma desacredita por completo al escritor. ¿De dónde saca el espiritismo que los verbos *engendrar* y *criar* son sinónimos?; ¿que tanto monta decir engendró como crió? Según esto, tendremos, que como el acto de engendrar es muy propio de las vivientes criaturas visibles, también lo será el de criar; y que siempre que se pone un acto generativo, es un acto creativo lo que se pone. ¿Y quién puede admitir este absurdo?

La generación, según que se considere en el principio activo o en el término pasivo, es un acto por el cual se produce un ser de la misma naturaleza, por virtud del sujeto generante, o es el ser producido revistiendo la naturaleza del viviente generador como producto de un acto vital. La creación es un acto por el cual un agente forma un ser de distinta naturaleza, sin presupo-

1 Allan-K., L. C. § 3.º

2 Allan-K. L. C.

3 Joan, V. 20.

4 Allan-K., L. C. § IX.

ner elemento pasivo; o es la cosa formada por la virtud del Omnipotente que de la posibilidad la trasladó a la realidad. En la generación los dos términos son intrínsecos, una misma es la naturaleza específicamente considerada, y también lo será numéricamente cuando la naturaleza obre con toda su virtualidad, según se ha dicho anteriormente; en la creación los términos son extrínsecos.

Con esto, ya puede comprenderse la falsedad del raciocinio espiritista. Jesucristo siendo Hijo de Dios vivo, por naturaleza, no sólo no es inferior a El, sino que necesariamente tiene que ser igual, idéntico, y tiene que ser engendrado. Jesucristo, Hijo de Dios, como lo es, no puede menos de ser Dios, y por ende tiene que ser y es increado. Ya en el capítulo consagrado al estudio de la Trinidad, demostramos cómo el Verbo divino es engendrado; cómo este acto generativo produce una persona distinta, pero permaneciendo idéntica en la substancia. La noción pues, de Padre e Hijo no significa superioridad o inferioridad, sino únicamente orden en la procesión. Pues bien, este Verbo que necesariamente es Dios, e igual al Padre, es el llamado Hijo de Dios en los evangelios, porque es el que *se hizo carne y habitó entre nosotros*. (1)

El propio Allan-Kardec, al copiar las palabras del evangelista S. Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (2), se ve compelido a escribir: «Este pasaje de los Evangelios es el único que, a primera vista, parece contener implícitamente una idea de identificación entre Dios y la persona de Jesús». (3) Pero véase la manera tan original de la interpretación.

«La cuestión de la divinidad de Jesús, se ha presentado gradualmente, naciendo de las discusiones promovidas con motivo de las interpretaciones que daban algunos a las palabras *Verbo e Hijo*. Hasta el siglo IV no fué adoptada como principio la Divinidad de Jesús, y sólo por una parte de la Iglesia; de modo que

1 S. Juan, 1, 14.

2 1, 1, 14.

3 L. C. § VIII.

este dogma es resultado de la decisión de los hombres y no de una revelación divina». (1)

¡¡¡Que sólo una parte de la Iglesia aceptó la Divinidad de Jesús, y esto en el siglo IV, y como principio, y como fruto de la Discusión!!!

Discutieron, sí, Ebión y Cerinto; negaban la divinidad de Jesús todos sus prosélitos, como la negaron Arrio y los arrianos, y la negaron en el transcurso del tiempo los socinianos, y la niegan los espiritistas. Pero en la Iglesia jamás se puso en discusión; fué la piedra angular sobre la que se levantó todo el edificio del catolicismo. ¿Por qué, millones de mártires derramaron su sangre? Mas veamos lo original de la interpretación.

Empieza por recusar las palabras suponiéndolas «una mera opinión personal, una inducción, en la que campea el misticismo habitual del evangelista.» Este es el camino más expedito para librarse de la pesadilla. «Pero aun aceptándoías, dice, tales como son, no resuelven de modo alguno la cuestión en el sentido de la divinidad, puesto que son igualmente aplicables a Jesús, criatura de Dios.

«En efecto, el *Verbo* es Dios, porque es la palabra de Dios. Habiéndola recibido Jesús directamente de Dios con misión de revelarla a los hombres se la asimiló; la palabra divina de que estaba penetrado, se encarnó en él; la trajo consigo al nacer, y con razón pudo decir Jesús: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Puede, pues, estar encargado de transmitir la palabra de Dios, sin ser el mismo Dios. Según el dogma de la divinidad, es el mismo Dios quien habla; en la otra hipótesis, habla por boca de su enviado, lo que nada amengua la autoridad de sus palabras.» (2)

A este peregrino raciocinar tan sin razón, pues que incurre en múltiples inexactitudes, no siendo la menor la de confundir lo sustantivo con lo adjetivo, el sujeto con su acción, atribuyendo esta misma confusión al Evangelio, podemos, como respuesta plenamente satisfactoria, repetir lo que S. Agustín decía en ocasión algo semejante al herèsiarca Arrio. «Para que no pienses impropia e incorrectamente, según era costumbre al interpretar la humana locución, escucha qué es lo que pien-

1 Allan-K., L. C.

2 L. C.

ses. Dios era el Verbo. Preséntese ahora no sé qué infiel arriano, y diga que el Verbo de Dios fué hecho. ¿Cómo puede ser que el Verbo de Dios sea hecho, cuando Dios todas las cosas las hizo por el Verbo? Si el mismo Verbo de Dios fué hecho, ¿por qué otro verbo lo fué? Si esto dices: que este es Verbo del Verbo por quien aquel fué hecho, ese mismo digo que es el único Hijo de Dios. Pero si no le confiesas verbo del Verbo, concede que no ha sido hecho, aquel por quien todas las cosas fueron formadas. Pues no pudo hacerse a sí mismo, siendo él quien todo lo hizo. Luego da asentimiento y cree las palabras del Evangelista.» (1)

La negación de la divinidad de Jesucristo, lleva a otra serie de errores dogmáticos. Si Jesucristo no es Dios, Jesucristo no resucitó. Verdad que los apóstoles dan testimonio de la resurrección de su divino Maestro, llegando hasta rubricarlo con la sangre; que en la resurrección hacen descansar todo el organismo eclesiástico, y toda la economía salvífica; empero, esto nada significa, como tampoco el que aun los adversarios estuvieran conformes con el sentir apostólico. Los espiritistas, porque así les conviene, niegan la veracidad de los apóstoles; y la resurrección de Jesucristo, no es un hecho plenamente demostrado.

«Es este, dice Kardec, un problema cuya solución no puede deducirse por de pronto más que por hipótesis, a falta de elementos suficientes para formar una convicción. Esta solución es de una importancia secundaria, que no aumentaría ni disminuiría los merecimientos de Jesucristo, ni afectaría a los hechos que acreditan de una manera más perentoria su superioridad y su misión divina. No puede haber, pues, acerca del modo en que esta «desaparición» se ha verificado más que opiniones personales, que no tendrían valor si no en cuanto estuviesen sancionados por una lógica irrecusable, y por la enseñanza general de los espíritus. Pero hasta la hora presente ninguna de las que se han formulado ha realizado la sanción de este doble criterio. Si los espíritus no han resuelto todavía la cuestión con unanimidad de enseñanza, consiste en que no se ha llegado aún el momento oportuno de hacerlo, o en que aún se carece de los conocimientos necesarios, sin cuyo auxilio no puede el hombre resolver por sí mismo.» (2)

1 Tract in Joan. I. ML. 35, 1384.

2 El Gen. L. C. n.º 67.

¡Increíble parece que hombres conscientes dejen arrastrar su razón hasta un estado tan abyecto, y que recusando el testimonio verídico de apóstoles y demás testigos que testifican haberle visto y oído y con Jesús conversado después de salir del sepulcro; pretendan que demos fe a unos mediums falaces y trapaceros, pretestando fingidas locuciones de *espíritus!*

Si Jesucristo no resucitó, nuestra redención no se verificó, y vana es nuestra esperanza, y tampoco nosotros habremos de resucitar.

Estas verdades son igualmente negadas por el espiritismo. El dogma consolador de la Redención, tan universalmente ansiada por la humanidad, como prueban todas las historias de los pueblos antiguos, es para el espiritismo «una iniquidad inconcebible, un ultraje a la razón y a la moral, consideradas en sus principios esenciales: la bondad y la justicia». (1) No menor dislate es el de la resurrección de la carne, pues tiene por enemigas irreconciliables todas las leyes naturales de la física y de la química, amén de las locuciones mediúmnicas (2).

Las garantías de estas afirmaciones fácilmente pueden colegirse de cuanto hemos escrito en capítulos anteriores, y de contar en su contra el testimonio divino, manifiesto en las Escrituras. Verdad es que la autoridad de la palabra divina, como nos la participan el Antiguo y Nuevo Testamento, les tiene muy sin cuidado a los espiritistas, pues para ellos la revelación sólo es otra utopía más de la Iglesia católica. La revelación divina, según el espiritismo, no ofrece aspecto diferente de la revelación humana; cualquiera enseñanza histórica, científica o literaria, se puede llamar revelación, siempre que manifieste algo desconocido; de ahí, el que se encuentre sujeta a las mismas alternativas que los imperfectos conocimientos humanos.

En otro tiempo fué Moisés el *Espíritu* escogido por la Divinidad para transmitir ciertas enseñanzas a los ignorantes que purgan sus pecados en el planeta tierra; ellas son las que forman la ley del Antiguo Testamento, más tarde sirvióse de Cristo, y últimamente toma por instrumento al Espiritismo. Las dos primeras estaban personificadas en los personajes indicados, «la tercera revelación de la ley de Dios, no está personificada en nin-

1 L. D. Cris. y Esp. p. 76.

2 L. D. L. C. p. 94 y sig.

gún individuo; porque es producto de la enseñanza dada, no por un hombre, sino por los espíritus, que son las «voces del cielo», en todas las partes de la tierra, y por una multitud de intermediarios innumerables» (1) Estos *enviados* de la nueva era, que con el espiritismo empieza, lejos de confirmar las pretéritas doctrinas, aunque digan que son «continuadores de la misión de Jesucristo», se presentan como decididos impugnadores. Moisés se equivocó, si creía que su doctrina había de servir de regla de vida en las relaciones con la Divinidad, y las doctrinas de Jesús con ser «la figura superior a todas las concepciones del pensamiento» (2), carecen de todo valor si no pasan por el tamiz de los *Espíritus*.

Como aserto final diremos que, negada la resurrección de Jesucristo, más fácilmente habría de negar el espiritismo lo que con la ascensión a los cielos dice referencia. Ni Jesús ascendió, ni el mismo cielo, tal como lo presenta la Iglesia, pasa de ser una quimera, ni a él pueden consiguientemente ascender las almas de los justos cuando la hora de recibir el premio haya llegado. La eternal visión beatífica es no sólo imposible, sino deprimente para el humano ser, adormeciéndole en el sempiterno letargo.

De la doctrina ya expuesta puede colegirse el valor de este decir espiritista. Preteriendo la interpretación ramplona y falsa que hace del dogma católico, el espiritismo carece de todo fundamento para sostener su negación. Cuando no tuviéramos la Escritura Santa, de cuyo testimonio podemos decir mejor que el espiritismo: «A documentos auténticos, que no pueden recusarse sin negar la veracidad de los evangelistas y del mismo Jesús, documentos abonados por testigos de vista, ¿qué se opone?», (3) nos bastaría detener la mirada en el admirable conjunto. Jesús y su obra incluyendo la escatología, constituyen un organismo tan perfecto y al propio tiempo tan complicado, que la menor de sus partes que sea lesionada o deje de funcionar, inmediatamente todo el conjunto experimenta la lesión y se paraliza. No se puede admitir un fragmento y rechazar otro; o se admite todo o to-

1 El Evang. según el esp. c. I. El esp es la moral, M. G. Eyto, prólogo.

2 L. D. L. C. p. 21.

3 Allan-K., Obras post. L. C. § 4.º

do se rechaza. Pero negarlo todo es imposible; sería más absurdo que negar la evidencia, negar la luz. Luego hay que admitir todo el organismo, afirmar todo el conjunto. Y cuando una cosa necesariamente es, entonces aunque se presenten obstáculos y se levanten dificultades, no se puede desestimar; los obstáculos y las dificultades, al decir de los propios espiritistas, nada significan, pues lo que desconoce la humana ignorancia, es muy familiar a la divina sabiduría que es la ordenante de todo. Conocemos los dos extremos: el del hecho en el que se manifiesta, y el del principio que lo causa. Que no sepamos cómo lo produce, ¿importará gran cosa?

«Y como se hizo de día, se juntó el senado del pueblo, príncipes de los sacerdotes y escribas, y se llevaron (a Jesús) a su concilio, diciendo: Si tú eres el Mesías, el Cristo, dínoslo. El les dijo: Aunque os lo diga, no me habéis de creer: y aunque también os pregunte no me habéis de responder, ni de soltar. Con todo; Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo entre las nubes del cielo. Y dijeron: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? Y él les dijo a ellos: Vosotros decís que yo soy. Y ellos dijeron: Qué necesidad tenemos ya de testimonio, cuando nosotros mismos lo hemos oído de boca de él». (1)

Así cerró Jesús la prueba de su divinidad con aquellos malvados que se negaban a ver la luz, aplazándolos al juicio. Así terminamos nosotros el presente capítulo. (2)

1 S. Luc. XXII, 66-71, S. Marc. XIV, 60-64.

2 El que a sí mismo se titula Abogado de la corte imperial de Burdeos, J. B. Rüsteing, furibundo espiritista en su obra «El espiritismo o revelación de la revelación. Los cuatro Evangelios seguidos de los mandamientos, explicados en espíritu y en verdad por los Evangelistas asistidos de los Apóstoles y de Moisés», trata de todos los puntos insinuados en este capítulo; y para negar los asertos evangélicos; la Divinidad de Jesucristo, su resurrección etc., empieza por negar todo sentido literal a los escritos de los Evangelistas, y sólo admite el por él llamado «en espíritu y en verdad», que no es otra cosa que una interpretación alegórica totalmente arbitraria en todas sus partes, y con la que facilísimamente consigue lo que se propone; repudiar la tesis católica y suplantarla por una imaginaria de los supuestos *espíritus*.

CAPITULO XIV

ASPECTO MORAL DEL ESPIRITISMO

EL ESPIRITISMO ACUSA A LA IGLESIA.—LA INTELIGENCIA EXIGE LA VOLUNTAD.—INQUISICIÓN DE LA MORAL ESPÍRITA.—EL MAYOR BIEN QUE EL MUNDO DEBE A LA IGLESIA.—CON TODO, AFIRMA QUE ES ALTAMENTE INMORAL.—FUERA DEL ESPIRITISMO NO HAY BONDAD.—EL ESPIRITISMO ES LA MORAL.—LA MORAL DE SCHOPENHAUER Y DE KANT.—EL ESPIRITISMO ES ANTIMORAL.

Es el concepto de la Divinidad el que ha dado siempre el matiz a las inteligencias individuales, y a las que pudiéramos llamar colectivas, a las sociedades; él es el que también ha regulado la vida del corazón; las múltiples manifestaciones que ofrece, nimbadas de gloria unas, cubiertas de ignominia otras, a él tienen por generador. Y es que la Divinidad es el centro de lo grande y pequeño, de lo colectivo e individual, de cuanto existe en los diversos órdenes que en el estado de posibilidad sintieron el beso divino. Por eso un error acerca del primer principio necesariamente ha de refluir en toda la línea; en la que a Dios dice referencia, y en la que a las criaturas se dirige.

«El más grave cargo, dice el espiritismo, que se puede dirigir a las Iglesias, es el de haber falseado, desnaturalizado, la idea de Dios, habiéndola hecho de consiguiente, odiosa a muchos espíritus. La Iglesia romana ha impuesto siempre a las masas el temor de Dios... La Iglesia que durante tantos siglos ha enseñado, regentado, dirigido el mundo, ha ignorado siempre en realidad, las verdaderas leyes del universo y de la vida. Y, sin embargo, estas son las obras de Aquel de quien se intitula representante,

y en cuyo nombre pretende hablar y enseñar. Estas obras, ella las ha desconocido y desconoce todavía. Sus explicaciones sobre el orden y la estructura del universo, sobre la vida del alma y su porvenir, sobre los poderes psíquicos del ser, han sido siempre erróneas». (1)

Asaz comprobado queda en todo lo escrito, quién es el que tiene conceptos erróneos de Dios, del universo, de las almas, de su origen o destino. Falseado por el espiritismo el concepto divino, por necesidad habría de ser erróneo el que la obra divina tuviera. Absurdo en cuanto a Dios, todavía lo es más, si cabe, al tratar de las criaturas.

Empero con el análisis dogmático no se ha completado la obra. La inteligencia irremisiblemente exige la voluntad, pues, a ella se ordena, en ella se completa y aun podemos decir que por ella se especifica o caracteriza. Y como la inteligencia dice ordenación a la potencia volitiva, lo dice la teoría a la acción. La primera es la que constituye el dogma; en la segunda descansa la moral. El hombre no solamente tiene, pues, un credo, tiene también un código. Después de haber hecho un recuento sintético de la teoría espírita, vamos a detenernos breves instantes en la inquisición de su moralidad.

Por los frutos se conoce el árbol, de la mala raíz no pueden brotar frutos ópimos; servirá, por tanto este conocimiento para convencernos más de lo erróneo del espiritismo. Este axioma de nuestro divino Salvador es el principio que adoptan los espiritistas con el fin de probar la verdad de su tesis. Las palabras poco importan; las teorías pueden aparecer muy bellas y, no obstante, al mirarlas en su interior, ver la repugnancia y el olor hediondo que despiden. Siglos antes que los espiritistas fueran incubados, era esa la pauta que la Iglesia tenía para conocer a los verdaderos seguidores de Jesucristo; porque el lobo se puede cubrir con piel de oveja, pero al abrir la boca aulla y deja ver el colmillo. La máxima de Jesús tiene un valor efectivo; por eso la invocamos como norma para conocer la bondad o malicia del espiritismo.

«El factor moral es siempre esencial a toda sana cultura. Entre los servicios que la civilización europea debe a la Iglesia católica, el más señalado y trascendental es la reforma de las cos-

1 L. D. Crist. y esp. p. 109, 113-114.

tumbres que introdujo y las doctrinas morales que predicó. Gracias a tan laudable inovación, pudo formarse esa admirable conciencia pública que no tolera en nuestros días ciertos excesos corrientes en otros siglos y en otras sociedades. Contra la moral católica se han estrellado mil veces las pasiones más poderosas del hombre, sin lograr lo que tan imperiosamente pedían». (1) Los adversarios más decididos de la comunión católica siempre han tenido que reconocer la puridad doctrinal de la Iglesia, en ella han recreado su vista y embriagado sus potencias como en paraíso de delicias donde las púdicas azucenas al par que extasían con su beldad, fruicionan con su perfume.

Impulsado por la evidencia, el espiritismo ha escrito: «Hay que recordar los servicios prestados por la Iglesia a la causa de la humanidad. Sin su jerarquía y su fuerte organización, sin el papado que opuso el poder de la idea, aunque obscura y desfigurada, al poder de la espada, cabe preguntarnos qué hubiera sido de la vida moral y de la conciencia de la humanidad. En medio de aquellos siglos de violencia y de tinieblas, la fe cristiana comunicó a los pueblos bárbaros, nuevo ardor que les impulsó a obras generosas, tales como las cruzadas, (2) la fundación de la caballería, la creación de las artes de la edad media. El pensamiento halló un refugio en el silencio de la obscuridad de los claustros. (3) Gracias a las instituciones cristianas, la vida moral no se extinguió, a pesar de las costumbres brutales de la época. Servicios son estos que deben agradecerse á la Iglesia». (4) Esta confesión elocuente de la moralidad católica, no es sin embargo, obstáculo para que el espiritismo enseñe y propugne que la doctrina de la Iglesia es altamente inmoral, hasta el punto de escribir: «La influencia [dogmática] sobre las costumbres no es menos nociva. La doctrina católica al dar al hombre una idea errónea de sus deberes, ha contribuído a obscurecer la razón y falsear el entendimiento de las generaciones. Poco a poco se ha llegado a aceptar y considerar como infalibles sistemas falsos, en oposición con las leyes naturales y las altas facultades del al-

1 P. Silverio de Santa Teresa, C. D. *El precepto del amor*, c. XXXX.

2 Téngase presente que es una de las obras que más recrimina el espiritismo por el aspecto sanguinario que presenta.

3 En este mismo capítulo veremos cómo anatematiza la vida solitaria

4 L. D. L. C. p. 34.

ma». (1) La moral de la Iglesia es calificada por el espiritismo como «doctrina monstruosa» en algunos de sus puntos y, «destructora de toda idea familiar». (2)

Todas las aguas están emponzoñadas, con alguna transparencia, el mismo roce del tiempo las ha enturbiado; sólo el espiritismo es hoy el lago cristalino, rizado por las frescas brisas que proceden de los espacios mecidos por el periespíritu, donde la humanidad ardorosa puede refrigerar sus fauces. (3)

Fuera del espiritismo no se da ni puede darse la virtud, no se encuentra la moralidad; la moral es un atributo característico de la nueva asociación; es su propio constitutivo si prestamos audición a los espiritistas. Nunca lo creyéramos si no lo hubiéramos visto y leído. Sin un adarme de filosofía, como ha podido comprobarse, el espiritismo tuvo la osadía de apropiarse el nombre de la gran ciencia; algo semejante ha pretendido en el orden de la moralidad; no se ha dado por satisfecho con escribir: «El espiritismo no es una ciencia de experimentación, ni una nueva filosofía, (4) tanto como una *Moral perfectísima*, (5) sino que ha titulado uno de sus libros: «El Espiritismo es la Moral». (6)

El espiritismo es, en realidad, no ya la moral que esto es imposible; ¿es un valor moral positivo?; ¿puede aceptarse como doctrina que dignifica la naturaleza humana, enaltece sus obras y la va acrisolando hasta que llega a hacerla partícipe de los quilates más subidos, y libre y limpia de la herrumbre pasional se asemeja en un todo a los más perfectos espíritus?

No sólo le negamos el asentimiento, sino que emitimos nuestro juicio contrario al suyo afirmando; que el espiritismo, ni es la moralidad, ni aun siquiera posee valores morales; carece de moral; si alguna tuviera no pasaría de ser la de Schopenhauer, o la del filósofo de Koenisberg. Afirmar esto y decir que el espiritismo pasa los límites de la moralidad, para entrar en los de la

1 L. D. L. C. p. 121-120.

2 L. D. L. C. p. 261-262.

3 L. D. L. C. p. 127 y sig.

4 Cuando esto comunicaba el espíritu guía al medium Miguel Gimeno Eyto, se olvidó o no conocía el libro de M. González Soriano, el *docto* refutador del P. Muñíos.

5 M. G. Eyto, *El Esp. es la moral*, Prólogo.

6 Enseñanzas recibidas por el medium M. G. Eyto, y publicadas por la dirección de la «Revista de estudios Psicológicos, bajo el epígrafe citado.

inmoralidad son términos equivalentes, porque antimorales son los sistemas de los citados filósofos y antimoral es el espiritismo.

«La moral del espiritismo, ¿es acaso más cristiana, decía Msr. Desprez, arzobispo de Tolosa, que sus dogmas? El espiritismo después de desmoralizar al individuo y familia, ultraja a la memoria de los muertos». (1) «El espiritismo es antirreligioso e inmoral escribe el doctísimo arzobispo de Santiago de Cuba, Fray Valentín Zubizarreta, y no puede gloriarse de promover la moralidad pública, pues, los espiritistas no tienen código fundamental, no enseñan virtudes morales, no condenan vicios contrarios a la honestidad; y, dicho se está, sin código, sin virtudes y sin pudor, no pueden defender los intereses morales». (2) «El espiritismo, dice el Dr. José Lapponi, es siempre peligroso, perjudicial, *inmoral*, reprobable y debe condenarse y prohibirse severísimamente, sin restricción en todos sus grados; en todas sus formas y bajo todas sus posibles manifestaciones» (3).

Pero dejémonos por ahora de citas, que podrían aumentarse hasta formar infolios y veamos la verdad o mentira de lo que haya, mediante el análisis de la proposición.

1 C. Pastoral en la cuares. de 1875.

2 Instrucción sobre el Esp. 1920.

3 Hipnot. y Esp c. VIII, n.º 7.º Por estas citas y las que se irán haciendo se ve cuán lejos de la verdad andan los Señores S. Valentín Camp. y Enrique Massaguer cuando escriben: «La moral de esta secta es esencialmente cristiana, porque su enseñanza no viene a ser más que el desarrollo y la aplicación de la doctrina del Nazareno, de la cual dice Kardec ser la más pura de cuantas existen. L. C. T. II. c. IV, p. 215. A pesar de esto, los mismos Señores escriben hablando de los efectos médiumnicos: «Conviene preguntar si es hora de que intervengan los poderes públicos por motivos de higiene y de ética» L. C. c. II, § 6.º

ARTICULO PRIMERO

EL ESPIRITISMO ES ANTIMORAL EN SU DOCTRINA

EL ESPIRITISMO ADMITE LA MORAL.—DEFINICIÓN DE A. KARDEC.—AFINIDAD CON LA DE SCHOPENHAUER.—AUTONONISMO DE KANT Y LA DEFINICIÓN DE KARDEC.—SIN REGLA OBJETIVA.—TIPO DE PERFECCIÓN MORAL.—TEORÍA DE LOS ACTOS HUMANOS.—EL ESPIRITISMO NO ADMITE LA LIBERTAD.—COACCIÓN EXTRÍNSECA.—PARÁLISIS DE LA VOLUNTAD.—EL MAL MORAL FUENTE DE VIRTUD.—CÓDIGO ESPIRITISTA.—PRIMER MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.—LOS CONTEMPLATIVOS.—SEGUNDO Y TERCER PRECEPTO.—MALTHUS NO DIJO LO QUE EL ESPIRITISMO.—CUARTO MANDAMIENTO.—LA CASTIDAD, LAS MORTIFICACIONES.—SIEMPRE ADELANTE.—LA INMORALIDAD RESULTA IMPOSIBLE.—NO HAY JERARQUÍA NI SOCIAL NI NATURAL.—NOVENO MANDATO.—LIBERTAD DE INTELIGENCIA.—ADULTERACIÓN SUBSTANCIAL.—MSR. DESPREZ.—EL DODECÁLOGO ESPIRITISTA.

Huelga insinuar siquiera la existencia del orden moral, como una realidad efectiva, y la de la misma moralidad, no sólo en la esfera de la inmanencia si que también de la trascendencia. El espiritismo admite la moral; no es precisamente otra la finalidad de su ser que la de inculcar la moralidad perdida en etapas de infortunios para los espíritus.—Dando, pues, de mano, a este aspecto, empecemos preguntando: ¿Qué es la moral según el espiritismo? De la respuesta depende, en parte, porque ya veremos luego cómo se contradicen a sí mismos, la confirmación o rectificación del aserto. «La moral, contesta A. Kardec, es la regla para portarse bien, es decir, la distinción entre el bien y el

mal. Está fundada en la observancia de la ley de Dios. El hombre se porta bien cuando todo lo hace con la mira y para el bien de todos; porque entonces observa la ley de Dios». (1)

Grande es la confusión que estas palabras del corifeo espírita encierran e incalculables las consecuencias que de ellas se deducen. En la segunda parte de la definición palmariamente se refleja la moral schopenhaueriana, la cual no reconoce más bondad que la que reporta bien a otro. «Por consiguiente, dice Schopenhauer, la piedad es el único principio de toda justicia espontánea y de toda verdadera caridad. Si una acción tiene valor moral, es en la medida que de ella procede; si tiene otro origen que esta caridad, ya no vale nada.» (2) Allan-K. dice: «El hombre se porta bien cuando todo lo hace con la mira y para el bien de todos», y aún agrega más: «porque entonces observa la ley de Dios.»

De manera que cuanto carezca de utilidad ajena, lo mismo en una que en otra opinión, carece igualmente de moralidad, o de bondad; y lo que es más; carece del cumplimiento de la ley de Dios, puesto que sólo en el caso contrario es cuando se observa. Y esto, que está muy en armonía con lo que después copiaremos, a propósito del ascetismo, además de engendrar la confusión y ser falsísimo a todas luces, es altamente inmoral y contrario a la misma doctrina espírita. Porque, según esto, ¿dónde queda la propia perfección y el progreso, pues quien dice lo primero dice lo segundo? No ya el individuo queda imposibilitado para tratar de su directo e inmediato mejoramiento y perfectibilidad, sino que al tratar de hacerlo deja incumplida la ley de Dios, y hasta quebranta su mandamiento. Y será muy altruista si así tiénese a bien el estimarlo; pero es sobre todo muy contra la naturaleza del sujeto racional. ¿Qué es lo primero que anhela el humano corazón?

Todo sujeto activo lleva en su esencia la relación al acto, a la operación, la operación en cuanto tal, es perfecta, primaria y singularmente del operante, aun en las acciones que al alivio de tercero se refieren. Nada ansía tanto el hombre como la propia perfección. Si, pues, al traducir en obras su más caro deseo,

1 El lib. de los espi. n.º 629.

2 Fundamento de la moral. p. 140-142, Ap. Enciclopedia Euro-Amer. T. XXXVI, Moral. § 4.º

hemos de decir que comete una transgresión de la ley divina; como ese deseo no es tanto de la naturaleza, cuanto del autor de la misma, resultaría que el transgresor era el mismo Dios; que la naturaleza era mala por esencia, y que Dios era quien la había formado para el mal. Igual conclusión se deduce al considerar que el deseo natural es un movimiento sin término, es una aspiración que lejos de alcanzar la saciedad, al quedar como suspendida en la marcha hacia su objeto, causa las torturas más indescribibles a la naturaleza.

Más transcendencia reviste la primera parte. Kant afirmó el autonomismo, y con ello plantó el semillero más execrable que imaginarse puede, aseverando que la única norma de moralidad era la propia razón del operante. (1) El filósofo espiritista avanza mucho más. Para él la moral no reconoce norma directiva, ella misma es «la regla para portarse bien», es decir, la regla de conducta. En el paroxismo de la confusión que preside todo su raciocinar, agrega, que es «la distinción entre el bien y el mal». A dónde iríamos a parar con esta definición, no es fácil colegirlo. Si la moral no tiene regla, carece de norma, siendo ella misma la que de pauta operativa sirve; si no es ni el bien ni el mal, sino la distinción entre el uno y el otro; si por otra parte, la moral o moralidad se encuentra no en la naturaleza del sujeto, sino en el acto del mismo como un accidente cualificativo, según admiten todos los moralistas, inclusive los espiritistas, síguese necesariamente que todas las acciones serán morales, aunque no puedan llamarse ni buenas ni malas; si además, «el mal depende, especialmente, como dice Kardec, de la voluntad de hacerlo» (2), constituyéndose de esta manera la voluntad en norma de moralidad; ¿qué acciones podrán considerarse como dignas de laudo y cuáles merecedoras de execración?

Con esta doctrina de un solo golpe queda destruída toda regla objetiva de moralidad, y caemos de lleno en el subjetivismo para llegar nuevamente al automatismo abominable. Ya pueden perpetrarse las acciones más reprochables, que si el individuo no tuvo voluntad de hacer el mal, sino que por el contrario, eran impulsadas por otros fines que él se proponía, las acciones no serán inmorales, recriminables; antes, por ventura, se las estimará

1 Cfr. P. Marcelus, L. C. V. III, Ethica, Disp. III, q. 2.^a a. 1.

2 L. C. n.º 636.

acreedoras de premio y alabanza. Justificados quedan la casi totalidad de los crímenes.

Verdad es que A. Kardec, nos dice que esta moral está fundada «en la observancia de la ley de Dios». Empero, como el código divino espiritista, del que luego hablaremos, es tan elástico, que admite las mas contradictorias explicaciones, nada se soluciona con hablar de esa ley de Dios; y como además, nos ha dicho el mismo Kardec, que siempre que la acción lleve el carácter altruista, por supuesto interpretado por el operante, que puede dar a las más nefandas acciones, se cumple con la ley de Dios, resulta que la moralidad vuelve a quedar supeditada a la voluntad del sujeto.

Otro modelo ha deparado, en el que la humanidad pueda mirarse, y al cual pueda y aun deba imitar; este modelo y guía es Jesucristo. «Contemplad a Jesús, Jesús es para el hombre el tipo de perfección moral a que puede aspirar la humanidad en la tierra. Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto». (1) Pero semejante modelo y guía es totalmente extrínseco a la moralidad, como constitutivo y como regla; es puramente un modelo imitativo, nada tiene que ver con la relación intrínseca dinámica del acto, cuya entidad radica toda en el sujeto. Lo que agrega que, «la doctrina que enseñó es la más pura expresión de su ley [la de Dios], y es el ser más puro que ha venido a la tierra» (2) es de ninguna utilidad, pues que toda esa pureza doctrinal, así como la de su personalidad, y la diafanidad de la ley de Dios, muy lejos de alterar un tantico la cuestión, la dejan sumida en las nebulosidades, porque todo ha de postrarse ante la humana voluntad, y ella es la que copia el original o le retira de su presencia.

Dejemos la definición y analicemos la teoría sobre los actos humanos y sobre las leyes por las cuales ha de regirse la voluntad en su obrar; aquí es donde la moralidad del espiritismo se muestra más al descubierto.

La primera condición para concebir siquiera la existencia de la moralidad en la acción, es que el agente se halle inmune de toda coacción y necesidad ora extrínseca, ya también intrínseca;

1 A. Kardec. L. C. n.º 625.

2 A. Kardec. L. C.

que la libertad sea la característica que la distinga, pues el acto que de la voluntad procede, no se considera humano si no es cuando libremente procede. Si la libertad falta, la obra deja de ser propia del hombre, desciende de su esfera para entrar en la categoría de la de seres inferiores; deja ser responsable y de consiguiente no se la puede considerar entre las acciones morales. Tan imprescindible es la libertad para el valor moral, que son no pocos los que defienden que, mejor que como prerrequisito y condición, ha de considerársela como fundamento (1); y aun no falta quien afirme; que la esencia de la moralidad consiste precisamente en la libertad (2). Esto ingenuamente lo confiesan los espiritistas, si bien es cierto restan gran valor, al defender que la «responsabilidad está en proporción de los medios que tiene de comprender el bien y el mal» (3), dando de esta manera la preferencia al conocimiento sobre la voluntaria deliberación, preferencia que es marcadamente errónea.

Ahora bien: creemos haber demostrado hasta la evidencia, demostración que aún podría acrecentarse, que la teoría espiritista priva de la libertad al humano ser, le somete a la necesidad intrínseca y a la violencia extrínseca. ¿Y puede imaginarse mayor inmoralidad que despojar al hombre de su cualidad más hermosa y más sublime?

El espiritismo somete al hombre a la necesidad intrínseca. Probado queda, y es por sí mismo evidente, que ninguna potencia espiritual es libre con relación a su propio y último fin, ni cuando a él se dirige, ni mucho menos cuando poseído, se ejercita en las operaciones que aquel estado reclama. El último fin del alma, según el espiritismo, es cooperar con Dios a la obra de perfeccionamiento; cometido que, como dicho se está, llena satisfactoriamente en la actualidad, con la única diferencia de grados, más o menos perfectamente, lo cual en nada atañe a la substancialidad. Luego encontrándose en la posesión de su último fin se ve sometido a la necesidad intrínseca. Luego no puede ser libre. Luego es altamente inmoral.

La teoría espiritista, profesa el crudo materialismo, según evi-

1 Cfr. Philippus a SS. Trinit. *Disputationes Theol.* De Actibus huma. Dub. I; Balmes filo. Funda. L. 10.º, c. XVIII, y sig.

2 Cfr. P. Marce, L. C. Dispt. III, q. I, a. II,

3 A. Kardec, L. C. n.º 657.

denciamos en el capítulo correspondiente; y el mayor enemigo de la libertad sin disputa alguna que es el materialismo. En él no se admite, no se puede admitir la deliberación; las potencias están orientadas en determinación fija, sin que les sea dado el desviarse un ápice. Si por una parte profesa el materialismo, vimos que, por otra, se abraza con el panteísmo y hasta con el rígido monismo. Dios está inmanente en la criatura, y ésta es una emanación de la Divinidad, una parte del gran todo, de la unidad que llena los espacios y que presenta infinitas facetas. Y siendo esto así; ¿querrán decirnos los espiritistas, qué género de libertad es el que adorna la humana naturaleza? Desde luego, no es la que para el hombre postula la filosofía; habría de excluir toda imperfección, y por lo mismo, es incompatible con la indiferencia que para sí reclama el atributo del alma, y al propio tiempo la revestiría de la imperiosa necesidad que en sí misma lleva la esencia infinita. No se diga que, en este caso, antes que perder, el sujeto sale beneficiado, pues que se despoja de lo imperfecto, para revestirse de lo perfecto; porque además de que el sujeto no lo admite, sería una perfección que resultase monstruosidad, como lo es pretender atribuir a lo finito las cualidades de lo infinito.

Ley inflexible en el mundo espírita, que no sufre relajación, y a la que por consiguiente han de someterse todos los seres, es la ley del progreso indefinido e infinito. (1) El alma podrá tener sus remansos, como los tiene la corriente acuosa; pero más tarde o más temprano llenará la fosa, y, sin que la sea dado detenerse, ha de seguir la corriente por la línea progresiva. Cómo el alma puede permanecer en la libre indiferencia ante el ímpetu avasallador, no es comprensible; es impulsada necesariamente, y con este impulso la libertad es un accidente nominal.

El espiritismo no sólo priva de la libertad al hombre sometiéndole a la necesidad intrínseca, sí que también a la violencia extrínseca.

Anteriormente, (2) al tratar de las reencarnaciones, quedó probado, con palabras de los mismos espiritistas, cómo el ocultismo conducía al determinismo, no tanto por la intrínseca ne-

1 Entre las conclusiones del Congreso espiritista celebrado en París el 1900, se aprobó la siguiente: «6.ª Perfeccionamiento infinito del ser».

2 C. XI.

cesidad, como por la coacción extrínseca; puesto que el hombre no obraba a impulso propio sino movido por el *espíritu*, semillero de vicios los más repugnantes. Ahora, a trueque de adelantar doctrina, que más bien pertenece al siguiente artículo, hemos de añadir algo más.

Tres clases de obsesiones de los espíritus, en el hombre, distingue A. Kardec: *obsesión simple, fascinación y subyugación*. La primera no es de tan fatales resultados; los infelices sujetos médiumnicos sufren las inquietudes y las irradiaciones malévolas de su temible huesped.

«La *fascinación* tiene consecuencias mucho más graves. Es una ilusión producida por la acción directa del Espíritu sobre el pensamiento del medium, y que de algún modo paraliza su juicio, con respecto a las comunicaciones. El medium fascinado no se cree ser engañado; el Espíritu tiene la manía de inspirarle una confianza ciega que le impide el ver la superschería y comprender el absurdo de lo que escribe, aun cuando todo el mundo lo conozca; la ilusión puede ir hasta hacerle ver lo sublime en el lenguaje más ridículo. Se estaría en el error si se creyera que este género de obsesión no puede alcanzar si no a las personas sencillas, ignorantes y desprovistas de juicio; los hombres más discretos, más instruídos y más inteligentes bajo otros conceptos no están exentos de esto, lo que prueba que esta aberración es efecto de una causa extraña.

«Ya hemos dicho que las consecuencias de la fascinación son mucho más graves; en efecto, a favor de esta ilusión que es el resultado, el Espíritu conduce a aquel a quien ha logrado dominar como lo haría con un ciego, y puede hacerle aceptar las doctrinas más extravagantes y las teorías más falsas como siendo la única expresión de la verdad; aún más: puede excitarle a que haga acciones ridículas, de compromiso y aun perniciosas.

«La *subyugación* es una restricción que paraliza la voluntad del que la sufre y le hace obrar a pesar suyo. En una palabra, es un verdadero *yugo*. La subyugación puede ser moral o corporal. En el primer caso, el subyugado es solicitado a tomar determinaciones muchas veces absurdas y comprometidas, que por una especie de ilusión las cree sensatas; es una especie de fascinación. En el segundo caso el Espíritu obra sobre órganos materiales y provoca los movimientos involuntarios. Se traduce en el medium escribiente por una necesidad incesante de escribir, aun

en los momentos más inoportunos. Nosotros los hemos visto que, en defecto de pluma o de lápiz, escribían con el dedo por todas partes en donde se encontraban, en las mismas calles, en las puertas y en las paredes.

«La subyugación corporal va algunas veces más lejos; puede conducir a los actos más ridículos. Hemos conocido a un hombre que no era joven y hermoso, que bajo el imperio de una obsesión de esta naturaleza se veía obligado por una fuerza irresistible a ponerse de rodillas delante de una joven, con la cual no había tenido ninguna entrevista y pedirla en matrimonio. Otras veces sentía en las espaldas y en las piernas una presión enérgica, que le forzaba *contra* su voluntad y sin embargo de la resistencia que hacía al ponerse de rodillas y besar el suelo en en los parajes públicos y en presencia de la multitud». (1)

La doctrina espiritista es la doctrina del fatalismo; en el individuo, por las razones que ya hemos expuesto, y en el individuo y en la sociedad, porque además de lo dicho, son arrastrados por la fuerza de lo exterior. «La reforma de las leyes, escribe Kardec, *viene naturalmente por la fuerza de las cosas*». (2)

La doctrina espiritista es antimoral. No satisfecho el espiritismo con abrazarse con la teoría moralista de Spinoza, transformando el mal en bien y el bien en mal, por virtud y gracia de la irreductible ley de progresión, que reclama diversas manifestaciones, y en consecuencia diversas apreciaciones morales, según los tiempos y adelantos; el espiritismo llega a presentar el mal moral como fuente de virtud y de bondad.

«Bajo el látigo *de la necesidad*, bajo el aguijón de la pobreza y del dolor, el hombre marcha, adelanta, se eleva... Lo mismo sucede con el mal moral. Como el mal físico, *no es más que un aspecto pasajero, una forma transitoria de la vida universal*. El hombre hace el mal por ignorancia, por debilidad, y sufre las consecuencias de sus actos malos. El mal es lucha que se produce entre los seres inferiores de la materia y los poderes que constituyen su ser pensante, su verdadero yo. *Pero del mal y del dolor brotarán un día la felicidad y la virtud*». (3) Si el mal mo-

1 A. Kardec, El. li. de los Mediums, n.º 257-240.

2 L. C. n.º 797.

3 L. D. L. C. p. 92.

ral no es más que un aspecto pasajero, una forma transitoria, si del mal moral brota la virtud; ¿a qué se viene a reducir la moralidad?; ¿no es negarla abiertamente, y con ella negar la existencia de acciones inmorales? Del árbol malo no pueden proceder buenos frutos; si, pues, del mal procede la virtud, será porque de mal sólo tenía las apariencias. Con esto sancionadas quedan todas las acciones por reprochables que parezcan. No lo son. Sí, antes bien, semilleros de virtud. ¿Así entiende la moralidad el sentido común?

El propio Allan enseña la adaptabilidad al medio, y trabajó por convertir semejante opinar en axioma, pudiendo vanagloriarse de haberlo conseguido. En el punto que inmediatamente tocaremos escribe: «Puedes, pues, adoptarla [a la ley], sin que por ello tenga nada de absoluto lo mismo que los otros sistemas de clasificación, que dependen del aspecto bajo el cual se considera una cosa».

La moralidad en la criatura no se comprende en la categoría de la moralidad si no es por relación a otra entidad, que de especificación y pauta la sirva. Prescindiendo de matices y sutilezas de escuela, la norma por la que se regulariza la acción moral, será, por el código que ordena el humano obrar. El es el que preceptúa, permite o prohíbe. A él es a donde han ido a estudiar los sabios la conducta de pasadas generaciones, y en el que se fijan igualmente los modernos para poder apreciar la bondad o malicia, a que pueden y suelen dar origen ciertas legislaciones que ramplonamente transcriben lo que ya se hallaba en los papiros y en los cuneiformes. Veamos también el código espiritista.

Está dividido en diez partes como el publicado en el Sinaí. Mas, ¡qué diferencia del uno al otro, aunque Allan-K., diga otra cosa! «¿Qué pensáis, se pregunta, de la división de la ley moral en diez partes, comprendiendo las leyes *sobre la adoración, el trabajo, la reproducción, la conservación, la destrucción, la sociedad, el progreso, la igualdad, la libertad, y en fin las leyes de justicia, amor y caridad?* Esta división, responde, de la ley de Dios en diez partes, es la de Moisés, y puede abarcar todas las circunstancias de la vida, lo cual es esencial. Puedes, pues, adoptarla, sin que por eso tenga nada de absoluto lo mismo que todos los otros sistemas de clasificación, que depende del aspecto bajo el cual se considera una cosa. La última ley es la más impor-

tante y por su medio es como más puede adelantar el hombre en la vida espiritual, porque las reúne todas». (1)

No vamos a examinar este código, o lo que sea, en todos sus aspectos, analizaremos sólo el aspecto que ahora nos ocupa. Empecemos por hacer notar la contradicción en que incurre el espiritismo. Allan-K., páginas antes de que escribiera lo copiado, había dicho: «La ley de Dios es eterna e inmutable como el mismo Dios». (2) En virtud de este canon, la ley de Dios, toda ley de Dios, es la misma, idéntica, en y para todos los tiempos; es absoluta, no sufre alteraciones; esta es la cualidad de lo eterno y de lo inmutable, y Allan-K., lo dice expresamente en el siguiente número. «¿Ha podido Dios prescribir en una época a los nombres lo que hubiese prohibido en otra? Dios no puede engañarse, y únicamente los hombres se ven obligados a cambiar las leyes, porque son imperfectas; pero las de Dios son perfectas». Esto es la antítesis de lo primeramente copiado; aquí se afirma, allí se niega; aquí se dice que la ley de Dios es absoluta e inmutable, la misma en todos los tiempos; allí que nada tiene de absoluto, que es mutable; aquí se la da una entidad propia, independiente de toda concepción; allí se la hace depender del conocimiento, se la deja sin entidad; la tendrá o no según «el aspecto bajo el cual se la considere».

Y no se replique, que la división y la mutabilidad no son de la ley, sino de la clasificación. Pues no es la ley la que está sometida a la clasificación, sino la clasificación a la ley; y como ésta no dependería del arbitrio humano, tampoco aquélla; como la ley es inmutable ha de serlo también la clasificación; como la ley es absoluta, la clasificación también ha de serlo. Las diez partes en que la supone dividida son igualmente ley de Dios; no hay diferencia en el principio; siendo en él idénticas, una sola ley, tampoco hay clasificación; la diferencia encuéntrase en el término, por razón del objeto que regulan; bajo este aspecto admítase la clasificación, siendo eterna e inmutable, pues que no es del hombre, sino del mismo Dios, como de Dios es la ley que rige aquel objeto determinado.

Así considerada la doctrina espiritista, es altamente inmoral; porque nada lo es tanto como alterar el orden divino, y estimar-

1 L. C. n.º 646.

2 L. C. n.º 615, M. G. Eyto, L. C. lib: 6.º § 2.º

se con perfecto derecho a ello. Si el espiritismo no quiere abrazarse con los dos términos, que él igualmente admite, para evitar la contradicción, no por eso consigue evitar la inmoralidad. Que se adhiera al primero, al de la inmutabilidad de la ley, en sus diez partes; que se abrace con el de la mutabilidad, la doctrina siempre es inmoral; el mal no está en las circunstancias, sino en las mismas leyes; y si quiere que a Dios se las atribuyamos, el mal estaría en el mismo Dios. Esto es demasiado monstruoso, pero no hay más remedio que admitirlo.

Es antimoral en sí mismo. Por el primero de sus mandamientos, la adoración; el espiritismo, después de dar una falsa idea de la adoración, nos dice que la adoración externa no es necesaria (1); que tampoco es necesaria una adoración, un culto determinado para ser agradables a los ojos de la Divinidad; todos los cultos, todas las adoraciones y todas las religiones son igualmente laudables; «Dios prefiere a los que le adoran desde lo íntimo del corazón con sinceridad.» (2) Según esto, lo contradictorio, siempre que brote del corazón, es igualmente bueno para Dios. Si por estos cánones se rigieran las relaciones sociales, empezando por los espiritistas, la tierra sería una jauja, sin las delicias, por supuesto. ¡Y el *culto* que reprochamos entre nosotros, los espiritistas lo encuentran de primera cuando de Dios se trata!

En el mismo mandamiento se reprobaba aquella vida de la que Jesús dijo que era la más meritoria, la más digna de alabanza, y que los que la seguían se habían abrazado con la mejor parte (3) «Los hombres que se entregan a la vida contemplativa, sin hacer mal alguno y sólo pensando en Dios, no son meritorios a sus ojos. Porque si no hacen mal tampoco hacen bien y son inútiles, y dejar de hacer bien ya es un mal». (4)

El politeísmo, erróneo siempre y siempre corruptor en sus consecuencias, como la historia testifica, es considerado como

1 L. C. n.º 655.

2 n.º 654.

3 Luc X. 42.

4 Allan-K. se olvidó de sí mismo, y los olvidos siempre suelen traer malas consecuencias. En el n.º 649 había dicho que «la adoración es la elevación del pensamiento a Dios». Esto es un acto muy laudable. Aquí nos dice que los contemplativos siempre piensan en Dios, no obstante lo cual, cometen un mal.

una exigencia del tiempo, más aún, como «una cosa que está en la naturaleza», (1)

Con la ley del trabajo, segundo de los mandamientos, según lo expone el espiritismo, cuantos derechos tiene la Divinidad a recibir el homenaje de sus criaturas, quedan no sólo preteridos, sino también conculcados; pues el trabajo no reconoce otro límite que, «el límite de las fuerzas, y, por lo demás, añade, Dios deja al hombre en libertad». (2)

El tercero de los preceptos espiritistas, la reproducción, es el que llega a los límites de la inmoralidad. Parte veremos aquí y parte dejaremos para el artículo siguiente. La reproducción [de la especie], nos dice, es una ley natural o un acto natural. Pero como esta ley, aunque natural, pudiera traer el exceso de los supervivientes, de ahí el que si «todo lo que entorpece a la naturaleza en su marcha es contrario a la general de reproducción», no lo es, antes muy conforme, el regularizar la misma reproducción. Por eso Dios ha dado al hombre sobre todos los seres vivientes, un poder del cual debe usar para el bien, pero no abusar. Por tanto, «puede reglamentar la producción según las necesidades, mas no debe entorpecerla sin necesidad. La acción inteligente del hombre es un contrapeso establecido por Dios a fin de equilibrar las fuerzas de la naturaleza; y esto también le distingue de los animales, porque lo hace con conocimiento de causa». (3)

Malthus en las exaltaciones de su sistema reproductivo, nunca llegó a decir lo que ha dicho el espiritismo. Si el hombre puede, y, lo más inaudito, de Dios ha recibido este poder, reglamentar la producción humana según que él lo estime necesario y conveniente; ¿a dónde iríamos a parar? Ignoramos, por no decir otra cosa, si en los tiempos de mayor corrupción, aun los de la Roma envilecida, se abrió jamás una puerta más ancha a la sensualidad de la bestia humana. Esta recibe mayor incremento con lo que a continuación se añade: «¿Qué debemos pensar de los usos que tienen por efecto contener la reproducción con la mira de satisfacer la sensualidad?» Y como única respuesta se

1 n.º 668.

2 n.º 682.

3 n.º 693.

dice: «Prueban el predominio del cuerpo sobre el alma, y lo material que es el hombre». (1)

Después de esto nada tiene de extrañar que condene el celibato como «una infracción de la ley natural» (2); que afirme que en el matrimonio «lo único que es de orden divino es la unión de los sexos, para obrar la renovación de los seres que mueren» (3); que la indisolubilidad absoluta del matrimonio, no sólo «es una ley humana, sino que es muy contraria a la natural»; (4) que el divorcio, tan degradante y de tan lamentables consecuencias (5), se considere como una ley humana «no contraria a la ley de Dios», antes muy conforme a ella, sancionada por Jesús y de la que se ha servido la Iglesia en varias ocasiones. (6)

El cuarto mandamiento no es menos inmoral que el precedente. «El instinto de conservación es una ley natural». (7) En virtud de esta ley, el hombre tiene derecho, no sólo a poseer los medios necesarios para vivir, mas también a gozar y a buscar placer en las cosas de la tierra. «Si el hombre no hubiese sido excitado al uso de los bienes de la tierra más que con la mira de su utilidad, su indiferencia hubiera podido comprometer la armonía del universo. Dios le ha dado el atractivo del placer que le solicita al cumplimiento de las miras de la Providencia». (8) Pero este goce no reconoce otros límites que los de la propia naturaleza (9). Siempre, pues, que al placer sienta inclinación deberá dejarse guiar por ella, puesto que la razón *guía* le

1 n.º 694.

2 n.º 699, M. G. Eyto, L. C. I. 6.º § 5.º

3 El Evan. según el esp. c. XXII, n.º 2.º

4 El L. de los esp n.º 697.

5 Cfr. El divorcio en cueros vivos, por Lucas del Cigarral.

6 Villana calumnia es la que Kardec levanta cuando escribe: «Si fuese contraria a esta ley, la misma Iglesia se vería obligada a mirar como prevaricadores a aquellos de sus jefes que, de su propia autoridad y en nombre de la religión, en más de una circunstancia han impuesto el divorcio; doble prevaricación entonces, puesto que era con la mira sólo de intereses temporales y no para satisfacer la ley de amor» El Evan. seg. el esp. L. C. n.º 5.º Los casos de Felipe el Hermoso y Enrique VIII de Inglaterra, por no citar otros, patentizan la conducta de la Iglesia; y el considerar como heréticas las doctrinas divorcistas, nos dice bien lo que siente. ¡Por algo nos decía un espiritista; que ellos para nada necesitaban la historia!

7 El L. de los esp. n.º 702.

8 n.º 712,

9 n.º 713.

dirá que toda inclinación natural debe satisfacerse. A lo que este principio da margen díganlo los moralistas, educadores, le-
gistas y médicos.

Por este mismo canon se reprobaban las privaciones voluntarias, las mortificaciones voluntarias, los sufrimientos voluntarios (1), la vida ascética. «Los sufrimientos voluntarios, dice, para nada sirven cuando ningún bien reportan a los demás» (2) «La vida ascética, si no aprovecha más que al que la practica y le impide hacer el bien, es egoísmo, cualquiera que sea su pretexto» (3) «Los ayunos, las maceraciones, es una disciplina terrible impuesta por la Iglesia a los fieles de la edad media» (4).

Poco o nada apuntaremos acerca de los mandamientos quinto y sexto: la destrucción y la sociedad; porque a pesar de emitir conceptos nada morales, en particular al tratar de las guerras, de la pena de muerte y de la vida solitaria, no merece la pena de que nos detengamos, sobre todo habida cuenta con lo que hemos dicho y lo que hemos de decir.

No sucede otro tanto con el séptimo de los preceptos espiritistas; el del progreso. Esta *ley*, considerada en su naturaleza, envuelve todos los absurdos que en distintos lugares de esta obra hemos mencionado: y entendida como el espiritismo la entiende, es incompatible con la humana naturaleza. La condición que rige el progreso físico continuo ha de regir también el moral. «Siendo el progreso, dice el espiritismo, una condición de la naturaleza humana, no es posible a nadie oponerse a él. Es una *fuerza viva* que pueden retardar, pero no ahogar, las malas leyes. Cuando estas son incompatibles con él las barrena y arrastra y con ellas a todos los que intentan mantenerlas, y sucederá así hasta que el hombre haya puesto sus leyes en relación con la justicia divina» (5). La inmoralidad, la culpa, el pecado, la transgresión, o como quieran llamarse, significa no sólo un retroceso, un alto en la marcha, sino, como dicho queda, una verdadera oposición, una dirección en contrario, una verdadera aniquilación afectiva del orden preceptuado. Ahora bien, como es-

1 Se olvidan los espiritistas de haber dicho que todos los sufrimientos los acepta voluntariamente el espíritu, como expiación de las faltas.

2 n.º 726.

3 n.º 721.

4 L. D. L. C. p. 110.

5 Allan-K. L. C. n.º 781.

to es imposible en la ley del progreso, imposible resulta la inmoralidad, la culpa, la transgresión, o dicho en términos afirmativos; todas las obras son buenas o menos buenas, pero ninguna mala. ¿Y puede concebirse mayor inmoralidad, que negar hasta el orden de la misma, y afirmar que no existe el mal y que todo es bueno?

Sabemos que los espiritistas de nada protestan con más ardor, que de la conclusión que acabamos de deducir; empero, sus protestas nada significan ante la realidad; por otra parte, son desmentidas por ellos mismos, pues uno de sus axiomas es el de afirmar que las defecciones del hombre, son efectos de la ignorancia. Y lo que por ignorancia se comete deja de ser falta, porque deja de ser conocido y voluntario. El propio Allan escribe: «La perversidad del hombre es muy grande, ¿y no parece que retrocede en vez de adelantar, por lo menos desde el punto de vista moral? Te engañas. Observa bien el conjunto y verás como avanza». (1) «El perfeccionamiento de la humanidad sigue siempre una marcha progresiva, regular y lenta; pero cuando un pueblo no avanza bastante aprisa, Dios le suscita de vez en cuando una sacudida física o moral que lo transforma». (2)

Por el octavo de los mandamientos, se borran todas las jerarquías y desigualdades sociales; ésto es una ley humana (3), la ley natural es la ley de la igualdad, por eso vendrá un día, y ya va apareciendo la rosada aurora, día venturoso en que desaparezca toda desigualdad fundada en las condiciones sociales. Pero cuando ese día llegase, los espiritistas, como han hecho los bolcheviques, aunque a todos llamasen hermanos, se encaramarían en la cumbre, y cuando otro alegato no pudieran presentar en su justificación, alegarían el de los méritos, único que habrá de perdurar, si bien no sabemos a razón de qué, pues los méritos no son de Dios y sí algo de la criatura. Con esta ley, además de las condiciones sociales reciben el golpe de gracia, las aptitudes naturales; desaparece también la jerarquía de los talentos; todas las almas son iguales en valoración natural, todas han recibido del Hacedor Supremo la misma cantidad de per-

1 n.º 784.

2 n.º 785.

3 n.º 806.

fección, tienen el mismo nivel (1). Todos los hombres gozan, por ende, los mismos derechos. (2)

La ley de libertad, es la novena ley espiritista. En ella se exponen las inmorales doctrinas de las mal entendidas libertades. Es la primera la libertad de pensar. «Hay algo en el hombre, se pregunta, que se substraiga a toda violencia, y por lo cual disfrute de libertad absoluta? Por el pensamiento disfruta el hombre de libertad sin límites, puesto que no reconoce trabas. Puede contenerse su manifestación pero no anonadarlo.» (3)

Sigue a la libertad de la inteligencia la de conciencia. «La libertad de conciencia, ¿es consecuencia de la de pensar? La conciencia es un pensamiento (4) íntimo que pertenece al hombre, como todos los otros pensamientos. Lo mismo que el pensar no tiene trabas, tampoco a la libertad de conciencia se la pueden poner. El resultado de las trabas puestas a la libertad de conciencia sería obligar a los hombres a obrar de otro modo que piensan, haciendo hipócritas. La libertad de conciencia es uno de los caracteres de la verdadera civilización y del progreso. Toda creencia, aunque fuese notoriamente falsa es respetable, cuando es sincera y conduce a la práctica del bien. (5) ¿Se atenta a la libertad de conciencia, poniendo trabas a creencias capaces de perturbar la sociedad? Se puede reprimir los actos; pero la creencia íntima es inaccesible. Se debe, por respeto a la libertad de conciencia, dejar que se propaguen doctrinas perniciosas, o bien se puede, sin atentar a aquella libertad, procurar atraer al camino de la verdad a los que están fuera de él por falsos principios? Ciertamente que se puede y se debe.» (6)

Después de semejante aberración, ¿qué habremos de decir? Por lo visto, Dios no tiene derecho a la rectitud de la intelligen-

1 n.º 804.

2 n.º 817. No acertamos a comprender cómo los espiritistas, sin incurrir en contradicción, o en abierta injusticia para con Dios, según ellos la entienden, después de propugnar la absoluta igualdad, se atreven a decir que Dios formó los organismos humanos (y no humanos) masculino el uno y femenino el otro, con todas las diferencias y desigualdades consiguientes, n.º 819 y sig. y a decir, como ya notamos, que algunos hombres reciben de Dios facultades especiales.

3 n.º 855.

4. Qué concepto filosófico más exacto.

5 Por seguir esta regla, los espiritistas atacan sin piedad ni compasión las doctrinas y personas de la Iglesia católica.

6. Números 855-841.

cia ni a la pureza de la conciencia. Y ¡cuánta falta de lógica! Se permite preparar la tierra, arrojar la semilla en la parcela preparada; y luego se pretende negar la germinación. Hay derecho a pedir que no brote y no le hay a pedir que no se haga la siembra. ¿Esto es moral? El espiritismo es quien hace a los hombres hipócritas, permitiendo que piensen y hablen, para luego reprimir los actos, con lo que se les obliga a obrar de manera diferente a lo que piensan; norma que nada tiene de moral.

Es el décimo y último de los mandamientos, la ley de justicia, de amor y de caridad. Los nombres no pueden ser más aptos para expresar la idea de moralidad grande y sublime que revista al humano ser de perfecciones admirables. Sin embargo la realidad es muy distinta; por algo dicen algunos espiritistas, en la escritura y en la conversación, que las palabras son pura oquedad. Empiézase por adulterar substancialmente la definición de la justicia. «La justicia consiste, se dice, en el respeto de los derechos de cada uno». (1) En esta definición todos y todo tiene cabida menos Dios y el orden moral; porque a ningún derecho son acreedores, ya que la base de la justicia se encuentra en «el deseo que siente cada uno de ver que se le respetan sus derechos». De ahí el: «Querer para los otros lo que quisiérais para vosotros mismos». (2)

La caridad espírita, que nada tiene de caridad, y el amor «complemento de la ley de justicia» (3), no salen muy airados y han perdido todo el esplendor que recibieron del catolicismo, cuya hermosura al presentarse en el escenario del mundo cautivó los corazones.

Este mandato condena la limosna, y dice que «el hombre precisado a pedirla se degrada moral y físicamente, se embriete» (4).

Tal es sintéticamente expuesto el código, estimado divino, por los espiritistas; código que da margen a las inmoralidades más repugnantes, como veremos en los artículos siguientes, y que intrínsecamente considerado envuelve también una idea altamente inmoral.

1 n.º 875.

2 n.º 876.

3 n.º 886.

4 n.º 888.

Juzgando este código, dice el Arzobispo de Tolosa, Msr. Desprez: «Comparemos el Decálogo del Sinaí con el de esta relación infernal. El primero dice: «A un solo Dios adorarás y amarás debidamente». El segundo dice: «Dios es adorado debidamente, porque todos los cultos son indiferentes a sus ojos». El primero dice: «Guardarás las fiestas sirviendo a Dios devotamente». El segundo dice: «Dios jamás ha exigido sacrificios ni puesto otra limitación al trabajo del hombre que sus propias fuerzas». El primero manda a los sirvientes que honren a sus propios amos: el segundo declara que «la desigualdad de condiciones sociales debe desaparecer». El primero ordena que sea respetada la vida del hombre: el segundo no reconoce a esta vida más que la diez milésima parte de su importancia, puesto que estamos llamados a vivir diez mil veces; por eso considera el suicidio como una falta ligera, cuya consecuencia más terrible será un simple *desapuntamiento*, y el aborto, como un delito poco grave, porque el alma, según el espiritismo, no se une al cuerpo hasta el instante del nacimiento.

«¿Queréis que prosigamos este instructivo paralelo, aunque se subleve nuestro sentido moral? ¿Cuál es el sexto precepto del Espiritismo? Hélo aquí escrito de sus manos: «La indisolubilidad del matrimonio es una ley contra la naturaleza». «Los goces no tienen otros límites que los trazados por la misma naturaleza».

En este punto el espiritismo es tan poco escrupuloso que, Mrs. Woodhull, entre otras muchas citas que pudieran aducirse, elegida tres años consecutivos Presidenta de las Sociedades Espiritistas de América, daba conferencias en pro del amor libre y propugnaba la abolición del matrimonio. «La misión sublime del espiritismo, decía, es la de librar a la humanidad de la esclavitud del matrimonio, estableciendo la emancipación sexual» (1)

«¿Cuál es su séptimo precepto? El formulado en este principio: «Todo medio de adquirir, opuesto a la ley de amor a la caridad, no puede fundar una posesión legítima». ¿Cuál su octavo mandamiento? En verdad, esta secta no tiene derecho de ser severa, ni sobre la mentira, ni sobre el falso testimonio; porque ella afirma con el nombre de los mayores santos, es decir como si fuesen revelaciones dadas por ellos, doctrinas formalmente contrarias a la fe que los mismos profesaron. En fin el Evangelio

1 Cfr. Francisco País, L. C. p. 55.

nos enseña que no habiendo más que un alma, se comete un mal irreparable perdiéndola: mas el espiritismo afirma, que debiendo ésta de pasar por miles de existencias, importa poco aventurarla en una prueba, puesto que siempre queda lugar de salvarla en otra. ¿Pero terminan aquí las divagaciones y locuras? No; la moral de esta invención diabólica, después de haber corrompido al individuo debe llevar el frío y la desolación al hogar doméstico». (1) Después de haber sembrado la confusión y pravedad en el reino de las ideas, en los principios, tiene que hacerlas fructificar en la aplicación, en las consecuencias. (2)

1 L. C. § 2.º

2 Además de los diez mandamientos brevemente comentados, el espiritismo, en su libro NUEVO DEVOCIONARIO ESPIRITISTA, nos ofrece otro código, con carácter general, no de diez preceptos como el comentado, sino de doce. Como presentan alguna variedad vamos a transcribirlos, para que el lector pueda por sí mismo apreciar la moral espiritista. Entre ellos es muy de notar el segundo precepto. Son, pues, los siguientes: 1.º Debes conocer y amar a Dios, orar a El y santificarlo. 2.º Debes conocer, *amar y santificar la naturaleza*, el espíritu, la humanidad sobre todo individual, natural, espiritual y humano. 3.º Debes conocerte, respetarte, amarte, santificarte, como semejante a Dios, y como ser individual y social juntamente. 4.º Debes vivir y obrar como todo humano, con entero sentido, facultades y fuerzas en todas tus relaciones. 5.º Debes conocer, respetar, amar tu espíritu y tu cuerpo y ambos en unión manteniendo cada uno y ambos puros, sanos, bellos, viviendo tú en ellos como un sér armónico. 6.º Debes hacer el bien con pura, libre y entera voluntad y por los buenos medios. 7.º Debes ser justo con todos los seres y contigo mismo en puro, libre, y entero respeto al derecho. 8.º Debes amar a todos los seres y a tí mismo con pura, libre, leal inclinación. 9.º Debes vivir en Dios, y bajo Dios vivir en la razón, en la naturaleza, en la humanidad, con el ánimo dócil, y abierto a toda vida, a todo goce legítimo y a todo amor puro. 10.º Debes buscar la verdad con espíritu atento y constante, por motivo de la verdad y forma sistemática. 11.º Debes conocer y cultivar en tí la belleza, como la semejanza a Dios, en los seres limitados, en tí mismo. 12.º Debes educarte con sentido dócil para recibir en tí las influencias bienhechoras de Dios y del mundo».

La semejanza que la moral de estos preceptos guarda con la del Evangelio predicada por el Divino Salvador, puede fácilmente apreciarse mediante un sencillo parangón, y veráse muy pronto que en una se afirma lo que en otra se niega; y que bajo el manto de palabras más o menos dulces se oculta el fatídico veneno, por cuya extirpación tanto laboró Jesucristo.

ARTICULO II

EL ESPIRITISMO ES ANTIMORAL EN LAS CONSECUENCIAS

MAL CAPITAL.—SISTEMAS ANTICUADOS.—LO QUE AL PRESENTE SE NECESITA.—ES LO QUE PERSIGUE EL ESPIRITISMO.—LA MORAL EN ARMONÍA CON LA NATURALEZA.—EL CARDENAL GONZÁLEZ.—VIVA LA UNIÓN LIBRE.—MANOS DÓCILES E INTELIGENCIAS PEREZOSAS.—EL CRIMEN PROCLAMADO COMO VIRTUD.—PROPENSIÓN AL SUICIDIO.—AFIRMACIÓN DE GAUTHIER.—ROTOS LOS VÍNCULOS CONYUGALES.—SIN JERARQUÍA NO HAY SOCIEDAD.—LOS DESÓRDENES ORGÁNICOS.—ESTADÍSTICA ELOCUENTE.—EN EL CONGRESO ESPIRITISTA DE LA HABANA.—LA LOCURA Y LA EPILEPSIA.

Materialismo y laicismo, catolicismo y protestantismo, teorías y doctrinas en ellos basadas, todas y todos adolecen de un mal capital; llevan la infección en la misma raíz; sólo el espiritismo es el que se levanta sobre el pedestal de gloria inmarcesible. De cuantos títulos le honran, y son muchos a su decir, ninguno puede compararse con el presente. Los dos primeros sistemas reprochables fueron en todo tiempo; de resultados más o menos salutíferos el catolicismo y protestantismo; en la época corriente y en la etapa que ha entrado el universo, han de considerarse como sistemas anticuados, «fuentes desecadas»; «lo que al presente necesita la humanidad es una certeza fundada en el estudio y en la experiencia, de donde se desprendan un ideal de justicia, una noción precisa del destino, un móvil de perfeccionamiento, capaces de regenerar los pueblos y de unir a los hombres de todas las razas y de todas las religiones». (1)

1 L. D. L. C. p. 131.

La perfección más característica en la naturaleza infinita es el amor; el amor en su faceta más bella y encantadora se llama santidad; la santidad reconoce otro nombre para expresar otra idea que, identificándose en la substancialidad, recibe, sin embargo, distinto adjetivo; «la moralidad, dice el filósofo de Vich, en su sentido más absoluto, es la santidad infinita, y la santidad es la moralidad». (1) Servada la proporción debida, lo que en la Divinidad representa la moralidad, ese mismo significado tiene en la criatura racional. Esta finalidad sublime es la suprema aspiración de la nueva religión espiritista; con la aspiración guarda armonía la doctrina; con una y otra el fruto saludable de los corazones. De nada se gloria tanto como de esta obra moralizadora y regeneradora que está realizando, merced al celo de los espíritus superiores, que han sentido, hoy más que nunca, la necesidad de santificar al mundo.

Veamos lo que de verdad encierran las palabras espiritistas:

Usurpando algunos principios de la Iglesia católica, como han hecho todas las sectas brotadas aquende el calvario, los interpolan, los adulteran, y cuando así están desfigurados reclaman su paternidad; y el vituperio y el baldón es lo que luego ofrecen a la Iglesia santa. Pero si el remanente de verdad que permanece después de la malévola operación, es lo que tiene algún atractivo, la adulteración a que ha sido sometida la degrada completamente.

Con esto podremos ya conocer que las consecuencias de la doctrina espiritista son altamente inmorales, y que ha de repudiarse el sistema sin necesidad de ulterior examen; sin embargo, detengámonos brevemente a estudiar algunas de sus aplicaciones.

Haciendo que la corriente doctrinal espírita descienda de las alturas del cerebro a los fondos del corazón, es tan lamentable el estado en que deja a la parte más bella del hombre, que borra casi totalmente su imagen y le deja convertido en un ser vil y repugnante; porque nunca lo es tanto como cuando el hombre se ve despojado de su más preciado don; entonces la inteligencia no le sirve para otra cosa que para acrecentar su desgracia.

1 L. C. n.º 227.

El hombre que se alimenta con el manjar de la *nueva ciencia*, desciende del sitial en que le colocara la divina sabiduría, pierde su dignidad, y queda confundido con los seres de inferior categoría; se convierte en el hombre máquina; no es señor, no decimos de cuantas cosas le rodean, como le competía por la realidad de que fué revestido, no lo es de sí mismo; la sentencia escriturística, según la cual tendría el dominio de su apetito (1), es totalmente falsa; pues el apetito es quien ejerce el dominio sobre la voluntad; el impulso que la pone en movimiento no es el de la libertad, ésta sólo es un eco de campana timbrosa, la realidad no existe. ¿Y cómo ha de existir, si llevamos probado hasta la saciedad, que el determinismo más absoluto es la resultancia de la doctrina espiritista? El agente que impulsa a la acción es un agente extraño a la palanca que ha de mover la potencia volitiva. ¡Triste, horrible consecuencia! La ley que regula el ritmo del corazón individual, la que regula el familiar y el social, todo desaparece. ¿Cómo pueden dictarse leyes ni divinas ni humanas para un ser que, si bien puede conocerlas, sin embargo, está imposibilitado de obedecerlas? El hombre hace lo que hace, por necesidad, no es él quién de remediarlo.

De aquí se deduce otra consecuencia no menos inmoral. El ser que obra necesariamente, ni es digno de premio ni de castigo; obra porque no puede menos de obrar. Hacer leyes represoras de semejante procedimiento es inútil y además criminal. ¿Por qué se ha de impedir lo que la naturaleza intenta? Y fíjese el lector a dónde nos lleva esto. «La moral, dicen los espiritistas, muy en conformidad con semejante doctrina, debe estar en armonía con la naturaleza del hombre; la moral como medio de alcanzar y poseer la felicidad a que el hombre aspira, debe favorecer las inclinaciones, los instintos, las pasiones, puesto que son movimientos espontáneos de la naturaleza recibidos de Dios, cuya satisfacción no puede menos de ser conforme, por consiguiente, al orden natural y divino. Luego debe de rechazarse como absurda y contraria a la naturaleza misma de las cosas, esa moral del cristianismo, que proclama y ensalza la represión de los malos instintos, la subordinación de las pasiones a la ley de la razón, la abnegación de sí mismo, el sacrificio y la sujeción de la carne al espíritu. Luego es preciso también reconstruir la socie-

1 Gen. IV, 7.

dad sobre nuevas bases, toda vez que la organización actual lleva consigo la represión, la violencia, el obstáculo para el libre desarrollo de las pasiones. Es preciso abolir la propiedad, la familia, porque respetar o abstenerse de los bienes de otro, de la mujer de otro, entraña violencia, represión, existencia de obstáculos para satisfacer la inclinación natural, el movimiento de la pasión». (1)

El matrimonio, no sólo como sacramento instituido por Jesucristo, y aun como contrato bilateral indisoluble, sino como simple alianza que perdure más o menos tiempo, es un dique a la corriente pasional, y que por consiguiente tiene que derruirse, a fin de que las aguas corran libremente y se difundan por todas las llanuras; la unión, desligada de otro vínculo que el de la atracción mutua, o lo que es lo mismo expresado sin eufemismo, el amancebamiento, el concubinato, es lo único que tiene derecho a la existencia; y todavía más que el concubinato con apariencias de estabilidad, la momentánea unión que perdura lo que el goce sensual. Los adulterios, las fornicaciones, las deshonestidades más repugnantes son el fruto de esa doctrina espírita. Y no se diga que estos son infundios. Además de que la lógica es irrefragable y a esas conclusiones lleva necesariamente, nos consta que espiritistas de renombre, se hacen solidarios de semejantes consecuencias, y no sólo de palabra sino desgraciadamente comprobándolo con la realidad. En las páginas de imprenta se ha de conservar cierto pudor que reclama el mismo ambiente, pero en la plática familiar y en la particular conducta, cambia totalmente la decoración. (2)

«Mr. T. L. Harris, que ejerció la mediumnidad, testifica que el voto del casamiento no impone obligación al esposo espiritista. De aquí que algunos hayan llegado al extremo de abandonar sus respectivas señoras, prefiriendo la compañía de las mujeres que los espíritus les dijeron que tenían más afinidad e intimidad espiritual con ellos» (3).

«Considerado a fondo el espiritismo, dice el autor de «Locuras del espiritismo», no es otra cosa que la antigua doctrina pagana que hacía del hombre el juguete de una voluntad superior,

1 Card Z. González, Historia de la Filo. T. IV, § 51.

2 En el artículo siguiente citaremos algunos hechos.

3 F. País, L. C. p. 55.

y que se rebaja al nivel del bruto. Bien sabe el espiritismo por qué rebaja la razón, y por qué degrada la voluntad; para sus equívocos trabajos necesita manos dóciles e inteligencias perezosas. Desde el momento en que el hombre ve amenazada su libertad se indigna y se revela, por eso el espiritismo le enseña, desde luego, a desconfiar de su libertad, a recelarse de su conciencia y a dudar de su propia voluntad. Importa mucho que los que van a sentarse en rededor de la mesa espírita no sean muy escrupulosos en materia de dignidad» (1)

Como ningún impulso de la naturaleza ni puede ni debe reprimirse, el hombre no sólo va arrastrando una vida suina por los inmundos lodazales de la ciénaga humana, sino que igualmente ha de seguir el impulso de fiereza que frecuentemente brota en sus entrañas; no hay crimen que amedrente esa inclinación y la haga detener ante el abismo del horror; el homicidio en todos sus aspectos, desde el uterino y preuterino, al del agonizante anciano, siempre es lícito perpetrarlo; siquiera la víctima sea el fruto de las propias entrañas, el que en flor aparecía, o cualquiera otro que a preálio ajeno pertenecía.

«Manuela González, una mujer blanca de regular instrucción, de claro entendimiento y excelente razón, vivía con su concubino Francisco Lisea y tres hijos habidos de su unión fortuita, en el barrio del «Guayabal», en la finca azucarera «Yamaqueyes», Término Municipal de Santa Cruz del Sur; muy cerca del central Francisco. Su preclaro entendimiento no la impidió que se entregara a prácticas de un pseudo espiritismo extremado hasta la brujería (2) Que creyera en el «mal de ojos», en el «daño» y en los «espíritus arrimados» que son moneda corriente entre los fanáticos que hacen de las teorías de Flammarión y Allan-Kardec, una religión estrambótica y canibalesca, que tiene ritos monstruosos... Según Alejo Iznaga y Tomasa Olivera, igualmente concubinos y fervientes creyentes de la brujería, su hija Carmelina padecía de «daño», que se revelaba, porque ella arrojaba algunas veces, piedras de colores por la boca. Cuando decimos que Manuela González era la madre de Cuca Lisea, nos estremecemos de horror. ¿Cómo cabe en el corazón de una madre, tanta maldad y degeneración, que llegue a pensar siquiera en dar muerte con

1 p. 78. Ap. A. Rodríguez. L. C. T. II. Espi.

2 Lo del *pseudo, extremado y brujería* son paliativos del cronista.

sus propias manos a una hijita? Ni las fieras, y siquiera ellas tienen disculpa por ser irracionales, cometen actos tan abominables. Sin embargo, Manuela González, un ser racional, una mujer con instrucción, una criatura dotada de inteligencia, espíritu, corazón, alma, cerebro; en pleno siglo XX, en un país completamente civilizado, cometió un crimen horrible, un parricidio canibalesco y de antropófagos.

«En la mañana del 6 de noviembre del año pasado, cuando ya su amante había salido para el trabajo, Manuela González, sola en su bohío con sus hijos, vió llegado el momento de realizar el pensamiento infernal que hacía días bullía en su cabeza. *Como quien obedece un mandato supremo*, Manuela González cogió de una puerta una tranca de ácana y llevándose a su hija «Cuca» a una habitación le dió un golpe mortal en la cabeza a la niña, que cayó al suelo moribunda. Cuando ya todo hubo terminado y Cuquita Lisea yacía muerta sobre el suelo terroso de la única habitación de la choza, Manuela González, envió enseguida a su pseudo hijo Juan Manuel al batey de «Yamaqueyes» a buscar a su amiga y confidente Tomasa Olivera. Momentos después regresó el niño con la Olivera y su hija Carmelina. En la habitación donde se hallaba el cadáver de la niña asesinada se encerraron inmediatamente Manuela y Olivera. Momentos después enviaron a buscar a Alejo Iznaga, y entre los tres encerraron el cadáver de Cuca, en un saco de henequén, y lo trasladaron a la choza de Tomasa. Ya en el bohío de esta, fuéronse a una habitación y tendiendo el cuerpo frío e inmóvil en una cama, procedieron a efectuar un rito canibalesco y antropofágico, Alejo Iznaga, armado de un cuchillo practicó dos incisiones profundas en el cuello y costado del cadáver, y recogieron en un recipiente la sangre que de ellas brotó. Después el monstruo humano ahondó aquella herida del pecho, y extrajo con valor estóico el corazón sangrante y helado de la niña. Y fué entonces cuando aquel hecho horrible llegó al máximo de la abominación. Manuela González, la madre de «Cuquita», la que concibió en sus entrañas el cuerpo humano de aquella niña asesinada bebió la sangre extraída del cuerpo de su hijita y comió carne de su corazón. Y con ella bebieron también de la sangre y comieron del corazón de la niña, Tomasa Olivera, Alejo Iznaga y Carmelina Olivera, la niña de trece años, a quien había de curarse el «daño» con aquella comunión sacrílega y monstruosa. Después el cadáver de «Cuquita Lisea» pro-

fanado y lacerado fué abandonado entre las malezas cerca de la casa de la Olivera para que fuera pasto de las aves de rapiña» (1)

«Una señora se arrojó a la calle desde uno de los balcones de la 5.^a Avenida, de una casa de huéspedes de la Habana, situada en Zulueta, alegando al recogerla del suelo que un espíritu se lo había aconsejado. Hallándome en San Juan y Martínez (Pinar del Río),—habla un protestante,—me dijeron de cierto joven alto, que un espíritu aconsejó a su madre que si vaciase los ojos a su pequeñuelo la nacerían otros más hermosos, quedándose el pobrecito ciego para siempre» (2)

Y no es lo malo que la doctrina espírita dé margen a tales inmoralidades, con irresponsabilidad tanta de parte del agente inmediato; lo más inconcebible al par que abominable, es que, en vez de lamentarse como una desgracia, un mal, siquiera fuera inevitable, ha de proclamarse como una obra buena, excelente, digna de laudo, como una obra santa y consiguientemente acreedora a que todos la estimen, la bendigan, la propaguen. Porque siendo operación de la naturaleza, como, sopena de admitir un absurdo la malicia no puede predicarse de la naturaleza divina, cuya es la obra, más propiamente que de la naturaleza finita, necesariamente ha de concluirse que los llamados crímenes, deshoñestidades, no son tales crímenes, sino más bien acciones dignas de encomio.

¡Qué historia tan curiosa, si no fuera por lo asqueante, se pudiera escribir recogiendo las deducciones prácticas que los mismos espiritistas deducen de sus doctrinas!

Las consecuencias doctrinales de los espiritistas son antimorales. «No menos funesta y averiguada es la propensión al suicidio con el deseo de pasar al estado de espíritus puros. Según Gauthier, inspira, por una especie de fatalidad, el tedio y el disgusto de la vida, y arrastrado por sus ideas de que no hay infierno ni condenación y de que alcanzará la salvación, el espiritista, no se encuentra con valor para sobrellevar los dolores y desgracias que suelen ser la causa más frecuente del suicidio. Algunos espíritus lo han aconsejado como una felicidad y una prueba de alma generosa. Muchos mediums han llevado a sus discípulos a tal extremo: y entre los casos que pudiéramos citar se refiere

1 El Camagüeyano. 17-6-1924.

2 F. País. L. C. p. 54.

uno en nuestra revista *El sentido Común*, n.º 30, de siete suicidios en una sola noche, por consejo de uno que había exaltado sus cabezas. Y por último es una opinión común que ignoran los mismos espiritistas, los cuales vanamente se esfuerzan en rechazarla. Pero contra los hechos públicos y frecuentes nada valen los sofismas». (1)

Recientemente el P. Ugarte ha escrito: «El suicidio no es sólo efecto de sus prácticas; es también consecuencia de sus doctrinas. Describiendo con los más vivos colores la dicha de que goza el alma separada en sus sucesivas encarnaciones en el espacio y otros mundos, consiguen despertar en los corazones de quienes dan crédito a sus palabras, la aspiración a una vida mejor que en un momento puede alcanzarse con el suicidio; y como por otra parte no creen en la existencia eterna del infierno y abrigan la grata esperanza de un mundo mejor que el nuestro, en donde pueden purificarse para llegar a la felicidad, de ahí que el suicidio sea casi un acto de caridad a sí mismos, y un acto de obediencia a la voz de los espíritus». (2) Esta misma afirmación hace el competentísimo P. C. Heredia, confirmándola con ejemplos, en su reciente obra «*Spiritism and Common Sense*». (3)

Amén de los funestos efectos morales que en los individuos causan las doctrinas espiritistas, no tienen cuenta los que en las familias engendran. El matrimonio, acabamos de ver, queda destruído, rotos los vínculos conyugales. Y después de esto, ¿qué resta en la familia? La puerta abierta para el adulterio, para el infanticidio, para la horrenda plaga de la moderna sociedad, la disminución sistemática y premeditada de la *natalidad*; el odio que, entre los concubinos, no otra unión admite el espiritismo, suplanta al amor; las enemistades, como fruto inmediato, las pependencias con su secuela necesaria la muerte. «Otros escritores se lamentan de que ha producido separaciones de tálamos antes pacíficos, enemistades, litigios, heridas y aun muertes, a consecuencia de sus funestas revelaciones verdaderas o engañosas». (4)

La relajación del vínculo paternal y filial es evidente. El pro-

1 Perujo, La Fe Cat. y el Esp. § 12.

2 Razón y Fe. T LXIII, p. 304.

3 c. XVI.

4 Peruj. L. C.

pio Allan-K. lo confiesa. (1) El padre no ama, no puede amar al hijo, ni este al padre, no sólo por la razón de falta de dependencia substancial que Msr. Despres tan bien expone cuando dice: «La moral de esa invención diabólica, después de haber corrompido al individuo debe llevar el frío y la desolación al hogar doméstico. Porque admitida la doctrina de esta metempsicosis, es decir, el renacimiento perpetuo de las almas en cuerpos diferentes, por este solo hecho queda destruída toda intimidad de familia»; (2) no sólo por esta razón, la cual hace que los engendrados no reconozcan por verdaderos padres a sus progenitores, y sí sólo como obreros, instrumentos materiales, al decir de un espiritista con quien debatíamos algunas cuestiones, sino por el precepto de la *igualdad* que borra toda jerarquía entre los humanos; excepto la de perfección. Pero de esta perfección fácilmente puede resultar que el espíritu encarcelado en el cuerpo salido del útero materno sea muy superior al que se oculta en la cárcel del genitor, y entonces, no sería áquel a éste, sino éste a áquel quien debiera prestar obsequio.

Por otra parte, ¿quién sabe si el espíritu del abuelo o bisabuelo sea el reencarnado en el que aparece como nieto, o el de uno de los cónyuges, y, la acción de Edipo, que tanto horror le produjo al darse cuenta, no se repita con harta frecuencia? Sólo pensar las consecuencias que en el hogar produce la doctrina espírita, infunde pavor al ánimo más templado.

No menores son las que en el orden social engendra. Por la doctrina espírita de un solo golpe desaparece la sociedad. Pues, en primer lugar; «son fundamentos esenciales de la sociedad, la justicia y la autoridad. Y son atributos esenciales de la justicia y de la autoridad dictar leyes, obligar a sus ciudadanos a la observancia e imponer sanción penal a los infractores. Ahora bien; admitida la teoría espiritista de que el hombre ha de seguir forzosamente en sus acciones la dirección que le imprime el espíritu bueno o malo que le anima, [y la teoría determinista y progresiva y la carencia de libertad] ¿pueden darse leyes? ¿A qué legislar si el hombre no es libre para observarlas o no? ¿A qué imponer castigos si el hombre no es culpable de la infracción? Dada la doctrina espiritista la ley es un absurdo, porque no tiene

1 El l. de los esp n.º 205 206.

2 L. C.

razón de ser; el castigo es un crimen, porque no hay razón moral en lo que se castiga.» (1)

En segundo lugar, porque la sociedad no puede concebirse, cuanto menos existir, sin la jerarquía, sin la desigualdad de condiciones sociales, sin que el gobernante y gobernado, el magistrado y el reo, el discípulo y el mentor ocupen muy diferente posición. Pues bien, hemos visto cómo el espiritismo borra toda desigualdad de condición social; todos han de colocarse en la misma línea, sin otra distinción que la de los méritos, adquiridos por supuesto, en las pretéritas existencias, con lo que puede suceder que el sentado en el banquillo posea mayores méritos que el sentado en el tribunal, y por consiguiente deba tener la preferencia sobre él. Cosa semejante puede acontecer en todo lo demás. La anomalía que resultara de esto es incalificable. La inmoralidad no podía alcanzar mayor grado.

En vista de tan fatales consecuencias el P. Matignón no tiene empacho en afirmar que, si el espiritismo llegase a ser general y universalmente creído, admitido y practicado, constituiría uno de los peligros más serios que pueden amenazar al orden social; y el arzobispo de Quebec, Mtr. Turgeon, decía hablando de los Estados Unidos: «Ya esas pretendidas comunicaciones y revelaciones de los espíritus han traído en aquel pueblo la perturbación en la sociedad, la discordia en los matrimonios, el desorden y el deshonor en las familias, y han acabado por llevar a una multitud de personas a los asilos de enajenados.»

La inmoralidad del espiritismo no se refleja sólo en las consecuencias que afectan al orden espiritual, se refleja también, como acabamos de insinuar con el Arzobispo de Quebec, en los graves trastornos producidos en el organismo físico. El estado

1 Dr. Saturnino López Novoa, *Exposición de los deberes religiosos, doctrina razonada y aplicada a las necesidades y circunstancias de la época presente*. Ap. Q. López, L. C. p. 163. Este buen señor Q. López en nota ridícula, sirviéndose del argumento *ad hominem* quiere hacer recaer todas las consecuencias espíritas en la doctrina católica, y termina diciendo: «En cambio con la doctrina espiritista, no caben tales educaciones. «A cada cual según sus obras». Es lástima que el Sr. Quintín no posea y recuerde un poco mejor la propia doctrina, porque es el caso que el célebre espiritista Juan Reynaud, en una *comunicación espontánea hecha a la Sociedad espiritista de París*, después de muerto o separado de la materia grosera, entre otras cosas dijo lo siguiente: «Amigos míos, ¡qué magnífica es esta vida!.. Me he salvado, *no por el mérito de mis obras*» Allan-K.. El cie. y el infier. 2.ª p.ªrt. c. II.

de exaltación cerebral, que fácilmente degenera en locura y enajenación las más temibles es, en efecto, el corolario que necesariamente sigue a la doctrina espiritista.

Apenas hubo nacido y ya el 1 de junio de 1852, el *Boston Pilot*, diario católico de los Estados Unidos escribía: «La mayor parte de los mediums acaban con el tiempo por hacerse intratables y locos, idiotas y estúpidos, como se observa en muchos de sus oyentes. No pasa semana que no veamos a algunos de estos desgraciados suicidarse o entrar en alguna casa de orates. Los mediums dan a menudo señales no equívocas de un estado anormal de sus facultades mentales, y algunos de ellos presentan síntomas muy marcados de una verdadera posesión demoniaca.» (1) Según un periódico dedicado a estas materias, en los Estados Unidos, en 1877 se contaban 7.500 lunáticos que habían perdido la razón por causa de los absurdos espiritistas. Pero, según el Dr. Forbes Wynslow, la cuenta estaba mal echada: los locos encerrados en los manicomios por el espiritismo pasaban de 10.000. En cuanto a los que están fuera, el cálculo más exacto es el que da a loco por espiritista.» (2) Esta opinión es la que comparte el periódico «Diario de la Marina»; a propósito del anuncio de un nuevo periódico espiritista decía su Director: «Los espiritistas anuncian la aparición de un flamante periódico dirigido por Juan M. Morales, que se ha propuesto, por lo visto, convertir la Isla entera en una colosal Mazorra.» (3) El P. C. Heredia defiende que si bien no todos llegan a la locura, sí todos experimentan cierto desequilibrio psíquico y nervioso. (4)

Por persona fidedigna, testigo ocular, afamado médico en la Capital de Cuba, y que por desgracia hubo de contar entre las víctimas a uno de sus parientes con el inminente peligro de lamentar otra desgracia mayor, la muerte de su esposa e hija, contra las que arremetió cuchillo en mano, nos consta que en el Congreso espírita celebrado en la Habana el 1920, entre otros graves trastornos, ocho personas sufrieron un total desequilibrio mental. «¿Por qué, nos decía el reputado médico, las autoridades no perseguirán y harán desaparecer radicalmente el espiritismo?

1 Figuiet, *Histoire du merveilleux*. Ap. P. Hugarte, L. C.

2 La Fe 10 de marzo de 1877.

3 Noviembre 1922.

4 L. C.

Elemento tan perjudicial a la sociedad no tiene derecho a existir».

La propia experiencia nos ha hecho observar el desequilibrio que sufren los guiados por la doctrina espiritista; alucinaciones, supuestas visiones, exaltaciones de la imaginación y más aún del sistema nervioso, hasta hacerlos perder la ecuanimidad, con otros fatales efectos, es lo que repetidas veces hemos podido comprobar, y es lo que han observado otros muchos compañeros de ministerio. Observación que se halla corroborada por especialistas en distintas enfermedades.

Responder a esto, como lo hacía un prosélito del espiritismo, que la locura no es más que un ataque de epilepsia, y las doctrinas espiritistas sólo sirven de ocasión para conocer el vigor de los epilépticos al ponerse en presencia de las sublimidades espíritas, las cuales por su elevación, y por la debilidad del organismo hacen que este se rinda hasta llegar a sentir los trastornos cerebrales y nerviosos, es sencillamente hacer el ridículo y patentizar la ignorancia, como la patentizó en otras muchas cosas cuando con él tuvimos una entrevista. De modo similar sienten otros con quienes hemos hablado.

«El peligro de las doctrinas y prácticas del espiritismo, no es sólo para los espiritistas y sus aficionados, sino también para los demás. Los peligros apuntados son desde luego para ellos, principalmente la alucinación y el delirio, que unas veces son efecto de los fenómenos espiritistas, otras de las doctrinas; pero casi siempre se juntan los dos efectos. En algunos puede seguir a las alucinaciones de naturaleza espiritista un delirio místico, esto es, referente a las materias religiosas. Hay casos en que se desarrolla el delirio sin las alucinaciones. El peligro para los demás está en ciertos impulsos y reacciones. De estos peligros el más notable es el asesinato» (1).

Del citado periódico «Diario de la Marina»; correspondiente al 23 de agosto de 1923, en la sección del Sr. J. N. Aramburu copiamos: «Vuelve a alarmarse la opinión pública por el incremento espantoso de la locura. En Mazorra hay dos mil quinientos infelices privados de la razón. Diariamente ingresan nuevos locos y diariamente mueren.

«Y bien; veinte veces hemos lamentado eso, denunciado que

1 P. Ugarte, L. C. p. 504.

ya no cabían en el cementerio de Mazorra los cadáveres; que fué preciso ampliarlo, que no hubo nunca verdadero deseo de curar a los desequilibrados, que aquello es horrible... Aseguran algunos doctos, López del Valle [médico jefe de sanidad] entre ellos, que el fanatismo espiritista surte en gran escala a los barracones de Mazorra. En vano invité yo a los hombres de ciencia ese problema del incremento de la locura y proponer soluciones. El espiritismo. El curanderismo... La mediumnidad teatral, las invocaciones de los muertos; todo ese farrago de fábulas conducentes a la popularidad y al medro ruin de los curanderos, perturba inteligencias, desequilibra nervios, altera funciones cerebrales, enloquece mujeres histéricas y hombres de escaso raciocinio, a ciencia y paciencia de la prensa culta y de las autoridades pasivas (1).

«Pero, ¿no es que también suelen ser mediums algunos escritores y asistentes a las sesiones algunas autoridades?»

«El nivel de fanatismo y tontería es general.» El Dr. B. Hatch, esposo de la notable americana «*trance medium*» señora Cora V. Hatch, escribe: «La grande oportunidad que yo he tenido con los mejores espíritas de leer su naturaleza y resultados, creo que me hacen merecedor de considerarme como testigo competente en la materia. Estoy temeroso de que lo que tengo que decir ofenderá a muchos que están menos relacionados que yo con el fenómeno... «Frecuentemente me preguntan si yo creo en el fenómeno del espiritismo; yo contesto que sí...»

«He conocido muchos individuos que por su integridad de carácter y su actitud de intención se hacían apreciar de cuantos los trataban; pero que al convertirse en mediums perdieron todo sentimiento de honor y de decencia... hay miles de espiritistas inteligentes y de gran talento, quienes convendrán conmigo, en que no es calumnia el decir que no hay teorías algunas *que hayan producido en América desastres morales y resultados sociales más terribles como las teorías espiritualistas...* Por medio de muy pocas investigaciones, he logrado encontrar más de setenta mediums, la mayoría de los cuales han abandonado completamente

1 El Secretario de Gobernación Sr. Rogerio Zayas Bazán en noviembre de 1925 dictó severas órdenes contra los espiritistas curanderos. etc. Herald de Cuba 11-11-1925.

las relaciones conyugales... y otros han cambiado de compañeras... Las promesas y la integridad de juramentos de muchos de los mediums, son tan de fiar como las brisas cambiables». (1)

El juicio del ilustre editor del «The London Sunday Press», Mr. James Douglas, es una crítica acerba para las doctrinas del espiritismo. Su conclusión final es: que, nunca se apreciarán en su justo valor los peligros del espiritismo por grandes y funestos que se les considere. Entre los más fatales cuéntase el de la alucinación. Por ella le parece a uno oír ciertos golpes bien marcados, o que se le llama por su propio nombre, o que se pronuncian frases entrecortadas, o breves sentencias, especialmente cuando se encuentra en estado de *semiconciencia* al dormirse o despertarse. «De propósito y deliberadamente quise, dice el Doctor Douglas, pasar por una serie de experimentos, y estos me convencieron de que son en extremo gravísimos los peligros de una alucinación progresiva. Es tal la excitación nerviosa y tanta la fuerza de la obsesión, y tan persistente su efecto, que no me era posible verme libre de su influencia, ni aun engolfándome intensamente en algún trabajo a fin de distraer mi mente...

«Así se explica el que la mayor parte de los que se creen convencidos, la inmensa mayoría de los que sostienen en serio la existencia, o como cosa lógica y razonable, de los fenómenos espiritistas, y de las causas asignadas por los corifeos de tan absurdo sistema, no son más que unos alucinados con quienes no se puede discutir sobre la materia, porque han llegado a apasionarse de tal modo, de tal manera han llegado a persuadirse a sí mismos de la exactitud de sus creencias que sus cerebros no admiten alternativas de ninguna especie, y sus inteligencias se han atrofiado en una forma lamentable...

El mismo J. Douglas describe como testigo de vista, las aberraciones en que habían caído algunas personas por él visitadas en sus investigaciones; forman una colección de locos que se creían cuerdos». (2)

1 Revista Cato. año 48, n.º 55.

2 Revista Cat. año 49, n.º 1.

ARTICULO III

EL ESPIRITISMO ES ANTIMORAL EN SUS PRÁCTICAS

HECHOS, NO RACIOCINIOS.—INMORALIDAD DIGNA DE REPROBACIÓN.—LO OCURRIDO EN CABAÑAS.—EL SR. BLANCO LO CONFIRMA.—UN PADRE Y CINCO HIJOS.—MERCADOS DE BLANCAS.—LOS ESPIRITISTAS PROTESTAN EN ALTA VOZ.—LO QUE SUCEDE EN LOS GRANDES CENTROS.—DES MOUSSEAUX.—EN LA ÓPERA OBERÓN.—LO QUE NOS HA DICHO QUIEN LO PRESENCIÓ.—NI SON NI PUEDEN SER MORALES.—ABREN LAS PUERTAS A TODO LIBERTINAJE.—MIRVILLE Y ELIFAX LEVI.—ULTIMA CITA.

Si abominable resulta el espiritismo por las antimorales consecuencias doctrinales, más abominable resulta por la antimoralidad de sus prácticas. Esta no se demuestra con raciocinios apriorísticos, sino con hechos irrefragables. Dejando, pues, aquellos nos serviremos de estos. Primero citaremos los que al orden puramente moral afectan, ocupándonos después de los que indirectamente a él se refieren, por los reprobables efectos orgánicos e intelectuales.

Antes de aducir pruebas ontológicas, haremos presente que basta una simple reflexión, basada eso sí, en un hecho indiscutible, para comprender la inmoralidad de las prácticas espiritistas. Lo primero que el instrumento comunicativo, el medium, ha de hacer para servir de transmisor y poder entrar en la supuesta comunicación con los espíritus, es entregar su pensamiento, su voluntad, su libertad, renunciar a sus más nobles facultades, y esto, es por sí solo una inmoralidad digna de toda reprobación. La criatura racional no puede sin una causa muy grave, privarse

del uso de sus facultades; ¿cuánto menos podrá, no ya privarse del uso, sino entregarlas a un agente desconocido? ¿A qué efectos tan peligrosos no da esto origen? Bien sabido es que las prácticas hipnotistas, han sido causa de las más fatales consecuencias, a pesar de tratarse de agentes bien conocidos; pues ¿qué diremos del espiritismo donde el agente y su probidad se ocultan bajo el velo del misterio? Los hechos se han encargado de patentizar lo que en muchas ocasiones existía tras los veladores.

Repugnantes hechos han acaecido recientemente en esta (1) Isla. Del citado periódico «Diario de la Marina», correspondiente al mes de septiembre de 1922, copiamos lo siguiente: «Si los rumores que a mi llegan decía J. N. Aramburu, son exactos, la relajación y el salvajismo, vestidos con ropaje espiritista, han tomado puesto en la finca de San Francisco Alfaro, del término municipal de Cabañas.

«Me cuentan cosas estupendas y me aseguran que ya tiene conocimiento de ellas el juzgado. Niñas violadas, mujeres ultrajadas en presencia de sus maridos; hombres barbudos arrodillados ante un fetiche, que se hace llamar «Niño Jesús»; escenas de impudor grosero, en servicio de los espíritus de quienes resulta confidente y auxiliar una campesina horrendamente apellidada «Virgen María».

«Según esos rumores, el falso centro espírita, venía siendo ni más ni menos, que un centro de corrupción; un sitio donde la lujuria se desenvolvía sobre la bestialidad del vecindario crédulo.

«El espíritu tal ordenaba que padre y madre dejaran de dormir una noche en su casa, cediendo el cuidado de la hija al hipnotizador y a la medium. Otro espíritu disponía que las muchachas concurrentes fueran desnudadas en plena sesión y sometidas a abusos deshonestos. Y más de un curioso pagó su incredulidad con una tunda de golpes propinados por los fieles de la secta. En fin algo asqueroso de que no habían tenido conocimiento las autoridades y la policía de Cabañas. Todavía—se dice—algunos politiquillos locales se interesan por la suerte de los acusados... Repito que sólo se trata de rumores aunque me parece creíble la versión.»

1 La Obra se escribió en Cuba.

Y tan creíble era que el propio periódico, después que el señor Blanco, delegado especial, hubo examinado el caso decía en el n.º del día 18 del mismo mes: «Los horrores del espiritismo en Cabañas. Entre los términos municipales de Cabañas y Bahía Honda, se halla ubicada la Colonia «Buenavista», en la cual residen los colonos, que a sí mismos se titulan «el Niño Dios» y la «Virgen María», y por estos nombres son conocidos.

«Estos sujetos han sido detenidos por la fuerza pública, y conducidos a la Cárcel de Guanajay. Dichos colonos tenían fama de honrados, y así pudieron evitar hasta ahora, toda sospecha. Profesaban las absurdas prácticas del espiritismo. A los varones que asistían a las mismas con alguna arma se les declaraba manchados, y se les purificaba a estacazo limpio. Y al que intentaba huir se le enlazaba. Pero hubo uno que menos paciente se defendió con su cinturón. Al sentir los fustazos le enlazaron por el cuello, pero era fuerte, y tuvieron que soltarlo. Acto seguido pasó a denunciar el hecho a las autoridades de Cabañas, término a que pertenecía la Colonia. Fueron presos y conducidos a la cárcel de aquel pueblo. Dieron comienzo las actuaciones, y se descubrieron tales horrores, que se pasó la causa al Juez de Instrucción de Guanajay, juntamente con los llamados el «Niño Dios», la «Virgen María» y otros embaucadores.

«De lo actuado hasta ayer, resulta que los detenidos cometieron también varios repugnantes delitos, habiendo, según se dice, 15 muchachas menores que los acusan. El Juez de Guanajay actúa activamente en el esclarecimiento de los hechos escandalosos. Ante la magnitud de estos el pueblo de Cabañas muéstrase indignado y espera que se haga justicia».

En el periódico «El Camagüeyano» con fecha 21 de septiembre del mismo año se decía: «Bahía Honda, septiembre 14, En la finca «Recompensa» ha aparecido un embaucador de campesinos, apellidado Romero que se hace pasar por poseedor del espíritu del Niño Jesús. Se coló en la casa de un honrado campesino llamado Evaristo Martínez, y comenzó sus funciones llegando al extremo de tener más de cien creyentes; pero ante tal acudir de lindas mujeres parece que se entusiasmó y pasó de lo santo a lo positivo hasta que sus escandalosos hechos llegaron al conocimiento de un marido que no cree en tales boberías el cual hace dos noches, sorprendió al mismo «Niño Jesús» en una gran orgía con varias damas, entre ellas la esposa del escamado, ado-

rando al «Santo» en traje de Adán y se armó el gran lío, teniendo intervención la rural y resultando nueve personas heridas con necesidad de asistencia médica. El «Santo» y sus discípulas han sido detenidos y puestos a disposición del Juzgado de Cabañas».

Anterior a estas fechorías, el 14 de julio del mismo año, el Sr. Julio Moreno había escrito en el «Diario de la Marina»: «La campaña moralizadora del Sr. Secretario de Gobernación se ha notado algo; pero aún hay muchos puntos importantes en los cuales no ha fijado su atención y que son más perjudiciales que los Gardens Play y las casas alegres.

«Los centros espiritistas, a los cuales me refiero, son en su mayoría dirigidos por parásitos desalmados que no reparan en obstáculos para poder explotar a sus anchas a los miles de ignorantes que a diario caen en sus garras. Donde más daño causan éstos es en el campo, dado la poca cultura y superstición del público que a ellos acude. A la vez que un individuo se hace miembro de estos centros se le obliga a pagar una cantidad como cuota mensual, además tiene que contribuir con distintas cantidades para obras de caridad que nunca llegan a efectuarse, pues son de pura invención de los directores, dejando muchas veces de atender a sus necesidades personales para satisfacer las peticiones de sus maestros.

«La doctrina que en estos centros se predica está fuera de toda ley moral, se les hace odiar la sociedad, habiéndome encontrado con individuos que antes de ser espiritistas les gustaba ostentar y lucir, que ni siquiera han reparado que sus zapatos están rotos, su camisa sucia, etc., etc., para ellos no hay más que una palabra: «El espiritismo», y el que dirige el centro a que pertenecen. Les hacen creer que los padres no deben tener poder alguno sobre los hijos, como que estos no deben regirse por los consejos de los otros buscando así la discordia de miles de hogares donde antes ha reinado la paz y felicidad. Les hacen perder por completo el sentimiento con sus teorías brujeriles. Yo he sido testigo de un caso recientemente ocurrido, el cual demuestra hasta qué punto llegan estos malvados a dominar el cerebro de sus infelices víctimas. Murió el padre de cinco hijos, de los cuales cuatro son espiritistas, y una, la mayor, no lo es. Esta es la única que se demuestra afectada por la muerte de su padre, rompiendo a llorar en el momento que cerró los ojos por última vez.

«Lo más grave de todo es que muchos de estos centros no son si no mercados de blancas. Hay individuos de estos que dirigen los centros que después de tener bajo su poder una familia en la cual hay una joven, les hacen creer que tal o cual espíritu ordena el que ésta entregue su honor. Cuando encuentra resistencia por parte de los padres obligan a la niña a que concurra sola al lugar indicado. No hace mucho que en un pueblo vecino de la Habana una joven de diez y seis años de edad perteneciente a una respetable familia, obligada por uno de estos espiritistas, se unió a un negro que la cuadruplicaba en edad. Es necesario, concluye, que las autoridades dirijan sus pasos moralizadores hacia estos centros de corrupción, peores a cuantos hasta ahora han existido».

Multiplicar los hechos que tan palmariamente nos publican la *moralidad* de las prácticas espiritistas es cosa sumamente viable, mas creemos no es necesario.

Como réplica a todo esto ya estamos oyendo la voz de los espiritistas puritanos, que protestan en alta voz, de que tales hechos sean efectos de las prácticas espiritistas, ni espiritistas los que las ejecutan. Son adulteradores que se escudan con tan glorioso título para hacer prosélitos, limpiar bolsillos, conciencias *escrupulosas* y honor de los embaucados, deshonorando al mismo tiempo el nombre que injustamente se han aplicado. El espiritismo, el verdadero espiritismo se cierne sobre las regiones de la materia; es luz; luz esplendorosa; amor elevado como es todo lo que en la fuente divina beben las almas. Las prácticas espiritistas son relaciones sublimes entre el mundo superior que viene a iluminar y el inferior que es iluminado.

Para que estos espiritistas tan puritanos, no crean que reuimos la réplica, miremos a las prácticas realizadas en los grandes centros, y escuchemos lo que en ellas se dice y veamos lo que sucede.

El docto y justamente celebrado Des Mousseaux, hablando de estas prácticas y sesiones dice: «Que muchas señoras que habían asistido a sesiones espiritistas fueron ofendidas de manera que a toda mujer honesta harían o deberían hacer salir los colores a la cara. Una noche sentimos toques inusitados... En cuanto a las mujeres, más licenciosas aún... una de ellas, respetabilísima, a poco si se cae de espaldas sobre la silla. Era una mujer de mucho ánimo, y no sólo no permitió que se levantase la

sesión, como era deseo de los hombres, sino que preguntó al espíritu; ¿Qué pretendes?.. (*Aquí sigue un breve diálogo de golpes y una serie de desvergüenzas*). Para impedir otro escándalo levantamos la sesión. En otra ocasión en que asistían más hombres, se aparecieron espíritus femeninos y aquello fue una serie de escándalos. Como preguntásemos qué era lo que podríamos hacer que fuese de su agrado, respondieron... (una torpeza). Eramos seis amigos... Rehusamos... (Siguió una excena que una pluma limpia no puede describir). (1)

El propio Allan-K., no era ajeno a este género de prácticas; él es quien nos cuenta lo que a continuación transcribimos del libro «Locuras del espiritismo». «Asistíamos una noche a la representación de la ópera Oberón, con un excelente *medium vidente*. Muchas de las localidades estaban desiertas, al parecer; mas, en realidad, *la mayor parte de ellas estaban ocupadas por espíritus* que sin duda, tomaban parte en el espectáculo. Algunos se acercaban a ciertos espectadores y parecían escuchar su conversación. En el escenario sucedían otras cosas; varios espíritus de buen humor colocados detrás de los cómicos, *se entretenían en imitar de una manera grotesca sus gestos*; otros, más graves, parecían inspirar a los cantores y hacer esfuerzos para darles energía, uno de ellos estaba frecuentemente junto a una cantatriz principal, y hubo momentos en que *supusimos en él intenciones un tanto libres*. Al bajarse el telón le llamamos, acudió a nosotros y nos reconvino con cierta severidad, por nuestro juicio temerario, diciéndonos: No soy lo que pensáis, sino que soy su genio y su espíritu protector; soy quien se ha encargado dirigirla, se alejó de nosotros diciéndonos: «Adiós, ya está en su palco voy a velar por ella». (2)

En la supuesta comunicación que el Sr. Blanco Coris, nos refiere como tenida por él mismo, con el espíritu de mi Santa Madre Teresa de Jesús, y de la que más adelante hablaremos con detención, se emplean frases asaz lascivas y de aviesa intención, como cuando se le pregunta: «¿Qué hay de verdad en vuestras relaciones con San Juan de la Cruz? Y el imaginario espíritu responde: Malicia humana envuelve vuestra pregunta». (3)

1. Les hauts phénomènes de la magie, 1864, p. 540, Ap. Ercilla, L. C. par. 1.ª L. 4.º c. 1.

2. p. 44-45, Ap. A. Rodríguez, L. C. T. II.

3. S. Tere. Med. c. V.

Testigo ocular que empezó a frecuentar las sesiones espiritistas, sin preocupación alguna, como a otros muchos sucede, llevados por la inconsciencia de lo que puede haber detrás de bastidores, nos ha referido que en un principio, todo se deslizaba suavemente; el medium, de la naturaleza que suelen ser la mayoría, un zapatero listo, sólo se ocupaba de teorías, de discursos, pronunciados, nos decía el testigo, persona muy culta, con gran elocuencia y revestidos de matiz por la forma y por el fondo, superiores a lo que de semejante sujeto pudiera esperarse; aunque fuera un andaluz—las sesiones eran en Sevilla—chispeante. Se hablaba mucho de grandes ideales, de reforma, de moralidad, de saneamiento de costumbres; mas, al poco tiempo comencé a notar que las palabras se las llevaba el viento; cambió la decoración, y fué la inmoralidad la que pretendió enseñorearse y poner su trono en aquel centro; fenómeno, decía el narrante, que arrancó la venda de mis ojos y hube de separarme de semejantes reuniones, pues ninguna finalidad honesta llevaban.

Las prácticas espiritistas, no son, no pueden ser morales; necesariamente han de contaminarse con la inmoralidad y la corrupción. Sin una gracia superior que refrene los impulsos desordenados que inevitablemente surgen al ponerse en contacto las distintas naturalezas sexuales, es imposible conservar pura la delicada fragancia del bálsamo que perfuma los corazones. Ahora bien, como en las prácticas espiritistas se prescinde de lo primero y es una realidad lo segundo, síguese que lo más ordinario tiene que ser la inmoralidad la secuela necesaria.

«Las prácticas del espiritismo abren de par en par las puertas a todo género de libertinaje. La *cadena* que ha de hacerse para que se realicen los fenómenos con mayor facilidad, se forma colocándose alternados, o poco menos, individuos de distintos sexos; es *constante* que en la habitación haya poca luz y muchas veces ninguna, con lo cual se da motivo a comunicaciones *más con los vivos* que con los muertos, y a que tal vez haya *tropezos* y otras cosas que no son para vistas ni para escritas. Lo cierto es que esas pantomimas empiezan siempre por el *espíritu* y acaban casi siempre por la carne.» (1)

«Los discursos más difusos y más inconcusos de la moral ci-

1 P. Ugarté, L. C. n.º 5.

vil, social e individual, son sustituidos en las conversaciones espiritistas por delirios mudables de toda especie; que además varían de un sitio a otro». (1)

Los efectos desastrosos que en las facultades psíquicas y en el organismo produce el ejercicio del espiritismo, es si cabe, más lamentable que el producido en el orden moral. El citado Dr. José Lapponi escribe a este propósito: «En los individuos que hacen el papel de mediums y en los que asisten a sus operaciones, el espiritismo determina la obtusión o la exaltación morbosa de las facultades mentales, y provoca las más graves neurosis, las más graves neuropatías orgánicas. La mayor parte de los mediums más famosos, y no pocos de los que se han dado a conocer como asiduos cultivadores de las prácticas espiritistas, han muerto hasta hoy locos, neurópatas o víctimas de parálisis progresiva... Además de estos peligros y estos perjuicios produce también otros mucho mayores, por la relación siempre más íntima entre seres de naturaleza, índole, pasiones, inteligencia, moralidad y tendencias distintas». (2)

Gibier, citado por el P. Ugarte, escribe: «Es necesario contar con temperamento fuerte y estar seguro de los buenos antecedentes hereditarios desde el punto de vista cerebral, si no se quiere perder el juicio sin esperanzas de volver a recobrarlo o que se padezca un eclipse en los funestos diálogos con los invisibles agentes. Es deber nuestro señalar el peligro anejo a las experiencias del espiritismo, con las cuales se *juega*, en tanto, sin parar mientes en el gran riesgo que se corre». (3)

Tissandier, dice: «Los hombres mejor organizados, las almas de más fortaleza no resisten mucho tiempo a esta acción debilitante.» Y citando a M. Morin en su obra *Du magnetisme et des sciences occultes*, narra el caso siguiente: «Un médico adscrito a los hospitales militares de París, hombre muy instruido, se ocupó durante algunos meses de las mesas giratorias y de las comunicaciones con los espíritus; pero de repente renunció a esta clase de trabajos y no quiso oír hablar más de ellos. Encontrándose un día con él e ignorando su reciente resolución, le pregunté acerca de sus progresos en las ciencias ocultas; hizo un

1 J. Lapponi, L. C. c. Vli, n.º 8.

2 L. C.

3 *Le spiritisme*, 1896 p. 385.

gran esfuerzo para responderme, y he aquí la substancia de su respuesta: «Es un entretenimiento de mal género que no puede conducir a nada bueno y que puede traer mucho malo. Llegué a ser medium y cada vez que tomaba un lápiz y me ponía a escribir, mi mano, movida no sé por qué fuerza, trazaba estas palabras: «*Véndete, véndete*». Tratábase aquí de un hombre inteligente, añade Tissandier, cuya razón se había ejercitado mucho tiempo en la ciencia y fortalecido contra el error y la superchería; pero no obstante, a no haber sido por la prodigiosa energía de su voluntad, hubiera corrido la misma suerte que otras muchas cabezas ligeras.»

Conocida es la historia del diputado francés Victor Hennequín, dado de lleno a las prácticas espiritistas. Después de escribir libros dictados por el *alma de la tierra*, según él decía, y ayudado por su honrada mujer y por su hijo, cayó en el estado lamentable que fatalmente lleva a la locura o al suicidio: Su mujer se volvió loca atribuyendo a su marido todos los crímenes de que hablaban los *átomos* vagabundos; atentó contra la vida de su esposo y hubo que encerrarla en un manicomio. Su hijo igualmente murió loco y Hennequín acabó sus días inopinadamente. (1)

Mirville asegura que son muchos los que han entrado locos en Bicentre, debido a las prácticas espiritistas. (2) Elifas Leví, afirma que las prácticas del espiritismo pueden traer consigo la locura; que por la gran excitación del sistema nervioso pueden ser causa de enfermedades incurables, y que cuando la imaginación es fuertemente sacudida o atormentada, determinan la muerte por congestión cerebral. (3)

Con este sentir están acordes gran número de médicos, quienes señalan como consecuencias del espiritismo, cefalalgias, o hemicranias obstinadas, palpitación del corazón y otras afecciones cardiacas, enfermedades generales de nervios y especialmente debilidad y neurastenia, extenuaciones, sofocaciones, posturas de fuerza, alteraciones en la composición de la sangre, hasta llegar a veces a una muerte prematura.

El Dr. Barret decía: «Tan cierto es hoy como en tiempo de los hebreos que estas prácticas espiritistas son peligrosas, a pro-

1 Cfr. A. Rodríguez, L. C.

2 *Question des esprits*, p. 55.

3 *Clef des grands mystères* p. 260.

porción que nos arrastran a rendir nuestra razón y nuestra propia voluntad, a los dictámenes de un espíritu invisible y muchas veces chocarrón; y nos inducen a descuidar y aun abandonar nuestras obligaciones ordinarias haciéndonos dejar el recto sendero de verdadero progreso y de la verdadera ciencia. Por esto los ánimos varoniles y previsores condenan cuanto tiende a arrojar de su trono a la razón y exclaman: «Atrás con sus portentos y encantos, atrás con sus prácticas y ritos supersticiosos; atrás con la esclavitud a los espíritus murmuradores, y todos luchan la batalla de la vida con la razón que el Todopoderoso les ha dado.» (1)

En el artículo anterior, citamos ya el testimonio de Figuiet, el del mismo Kardec, acerca de la obsesión, fascinación y subyugación, con sus fatales efectos, el opinar de Wynslow sobre el número de locos engendrados por el espiritismo, y creemos que nada más se necesita para demostrar la proposición.

Para terminar aduciremos las palabras de una revista francesa escrita hace algunos años. «La mejor condenación de esta perversa secta, sería poder presentar a la faz del mundo una estadística fiel de los casos de suicidios, locuras, divorcios, venganzas, muertes, en los experimentos, o a consecuencias de ellos, honras perdidas, mistificaciones criminales y otros delitos a que las inspiraciones de los espíritus han arrastrado a sus ciegos y temerarios consultores. Si se pudieran escribir todos los casos de desgracia que en pocos años ha causado el espiritismo, llenaría una biblioteca. Esto consta, esto se sabe, y sin embargo, los espiritistas, con una audacia que pasma, exclaman a cada paso: *Mirad nuestras obras.*» (2)

1 Rev. Cat. año 48. n. 55.

2 Cfr. Perujo, L. C.

CAPITULO XV

LOS EXTRÍNSECOS VALORES APOLOGÉTICOS DEL ESPIRITISMO

NI LA DINÁMICA HUMANA NI LA VIRTUD DEL ALTÍSIMO.—ECLETTICISMO Y HETEROGÉNEA AMALGAMA.—EL DOGMATISMO NO SE DISCUTE, SE ACEPTA.—EL ANÁLISIS PSÍQUICO.—¿QUÉ ES LO QUE HAY DE CIERTO?

En la sintética mirada que a los postulados y doctrinas, o hipótesis espiritistas, acabamos de dirigir se ha podido observar, no ya la falta de solidez intrínseca que ofrecían, sino el ningún valor substancial. Filosófica, teológica y apologéticamente consideradas carecían de todo valor; la dinámica de la humana razón no había prestado energía alguna, la virtud del Altísimo jamás animó el cadavérico organismo.

«Comparadas entre sí, escribe el docto Perrone, todas las revelaciones hechas por los espiritistas, en los diversos tiempos y lugares en que hablan de religión, no se descubre otro sistema, si no el sostenido por los incrédulos, deístas, panteístas, comunistas y socialistas en sus obras y libelos. Los espiritistas desechados los dogmas todos, eliminan toda institución religiosa, política y social y colocan en su lugar el culto de la razón y de la verdad al que sólo tienen por digno de la Divinidad; culto que al fin se reduce al deísmo o al panteísmo, por más que lo bauticen con denominación de cristianismo» (1) Esta crítica tan severa cuanto justa, que hace el ilustre ignaciano, refiriéndose a una de las múltip'es facetas que presenta el espiritismo, es aplicable a todo el conjunto. Adoptando por norma un plagiaro eclecticis-

1 Praelec, Theol, De virt. religio. part. 2.^a sect. II, a. III, n.º 678, edic. 1867.

mo, ha vaciado en el patrón espiritista todos los errores de las diversas filosofías y teologías mezclados con algunas verdades aisladas que aquí, y acullá ha espigado. La resultancia ha sido una amalgama, la más heterogénea, la más absurda y contradictoria que concebirse pueda.

Con este procedimiento imposible se hacían las pruebas intrínsecas y filosóficas de tantas y tan diversas aseveraciones. En vano las hemos buscado; no las tienen. Los discípulos de la *nueva ciencia* bien lo saben, por eso ellos ni aducirlas siquiera intentan; a lo más que se extienden es a probar, no la razonabilidad doctrinal, sino la del doctrinante; no del principio o postulado, sino de quien el principio y postulado han emanado. Si las doctrinas espíritas no proceden de ellos como genuina y primordial fuente, sino que su manantial se pierde en las regiones de lo incognoscible a la razón humana, y de allí es de donde se nos comunican, ¿por qué exigirles lo que ni está ni puede estar en su mano?

Empero, si de valores intrínsecos carece, no son ellos los únicos medios para conocer la veracidad de una doctrina. El dogmatismo nunca se discute, se acepta en todas sus partes; la Iglesia católica es la primera en defender este procedimiento, y lo estima además de aceptable, invulnerable. Dogmáticas son las doctrinas del espiritismo; en su decir, son los seres superiores quienes las dictan; en este sistema la única probanza que se ha de exigir es la que para sí proclamaba Jesucristo cuando a los incrédulos judíos decía: «Si no dais fe a mis palabras examinad mis obras y ellas darán testimonio de la verdad». (1) Demostrar la veracidad e infalibilidad del locuente con hechos y acontecimientos incontrovertibles. A este género de pruebas hemos hecho alusión más de una vez en los distintos capítulos que llevamos escritos; y queriendo analizar en todos sus aspectos lo que de verdad haya en la *ciencia del porvenir*, a él, como lo habíamos prometido, vamos a consagrar unas líneas en el presente capítulo.

Del análisis psicológico de sus doctrinas hemos deducido la falsedad de las mismas; veamos si del análisis metapsíquico obtenemos la misma resultancia. Empecemos por darnos cuenta de esta palabra nueva con significado antiguo. «La metapsíquica,

1 Joan, X, 38.

nos dice Richet, es una ciencia que tiene por objeto los fenómenos mecánicos o psicológicos debidos a fuerzas que parecen inteligentes o a potencias desconocidas latentes en la inteligencia humana». La metapsíquica puede ser objetiva que «menciona, analiza, clasifica ciertos fenómenos externos, mecánicos, físicos o químicos, perceptibles por nuestros sentidos, que no revelan fuerzas actualmente conocidas y que parecen tener un carácter inteligente»; y subjetiva que «estudia fenómenos que son exclusivamente intelectuales y que se caracterizan por la noción de ciertas realidades que nuestras sensaciones no han podido revelar. Todo sucede como si tuvieramos una facultad misteriosa de conocimiento, una lucidez que nuestra clásica fisiología de las sensaciones no puede todavía explicarnos». (1)

Ahora bien; estos hechos y estos fenómenos son la base sobre que descansa toda la veracidad de los mentores espiritistas. Las garantías de todas sus hipótesis, nos dicen sus adeptos, están cifradas en la autenticidad de los acontecimientos externos que se realizan en las sesiones mediúnicas; son las obras que dan testimonio de la palabra de los *espíritus*. Su importancia no puede ser, por tanto más excepcional. Porque lo es tanto, ellos mismos son los que han escogitado el vocablo *metapsíquico* para denominar la investigación que ha de instruirse acerca de los hechos que se dice tienen lugar en las pretensas comunicaciones. Si estos son falsos o son causados por una potencia de cuya naturaleza se halle ausente la bondad, toda la teoría espiritista resulta tan inaceptable por la carencia de valores extrínsecos, como vimos que lo era por la de valores intrínsecos.

1 *Traité de Metapsychique*, p. 5, 3. Esta facultad misteriosa será la por el mismo autor llamada *Cryptesthesia* en el reciente Congreso de Edimburgo.

ARTICULO PRIMERO

EL ESPIRITISMO AFIRMA LOS FENÓMENOS MEDIÚMNICOS; LOS HECHOS DEMUESTRAN LO CONTRARIO

PRINCIPIO INCONTROVERTIBLE.—EL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE METAPSIQUISMO.—DIVISIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LOS FENÓMENOS.

Nada hay tan indubitable para todo espiritista como la realidad objetiva de lo que en las reuniones espíritas acontece en los momentos de las supuestas comunicaciones de los mediums con los *espíritus*. «Como creemos haberlo establecido en las páginas que anteceden, dice L. Denis, el espiritualismo moderno se funda en testimonios universales. Se apoya en hechos de experiencia observados en todos los puntos del globo por hombres de tales condiciones, entre los cuales se encuentran sabios pertenecientes a todas las grandes universidades y a todas las academias célebres... De año en año ha ido aumentando el número de los experimentadores. Las informaciones han sucedido a las informaciones, y siempre los resultados han venido a confirmar las afirmaciones anteriores». (1)

En el primer Congreso Internacional de Metapsiquismo, celebrado en Copenhague, el 1921, integrado solamente por sabios dedicados a las investigaciones psíquicas—es decir por los espiritistas y sus afines—se aprobó una proposición concebida poco más o menos en estos términos: «Puede darse por probada la tesis espiritista apoyada por varios y no refutada por ninguno». (2)

1 Crist. y esp. c. XI, p. 247.

2 Hoy, period. espiritista, año I, n.º 20, 1922, diciem.

A pesar de afirmaciones tan categóricas estimamos más admisible lo que escribe el profesor Flourny: «El espiritismo se funda enteramente en el error; es farsa. Puedo asegurar que en cuantos hechos he podido estudiar convenientemente me he quedado con la convicción de que los fenómenos del espiritismo no son en realidad espiritistas, y mucho se engañaría quien así lo considerase. Y esto debo decir aun de aquellos que, aparentemente, no parecen dejar lugar a duda ni en cuanto a su realidad ni en cuanto a su fuerza probativa concluyente» (1). Lo que dice el docto J. Comas y Solá: «Me he decidido a publicar mis conceptos sobre la mediumidad por tres motivos. 2.º Para afirmar que el espiritismo no se apoya más que en la fantasía y la ilusión, cuando no en el fraude y la mentira». (2) Lo que escriben S. V. Camp. y E. Massaguer: «Evidentemente, el espiritismo comete un grave error cuando sustenta la afirmación rotunda de que su hipótesis es clara y comprensible, pero hasta el instante actual no se ha podido explicar más que con frases hechas y faltas de sentido filosófico». (3) Y lo que recopila el P. Bruno Ibeas O. S. A.: «Hombres de ciencia indiscutibles, como Branly, y de estudio serio como Richet, dicen, después de prolijas experiencias, que no conocen «una sola historia espiritista demostrada», o que «no creen en un solo fenómeno espiritista»; fracasan los congresos espiritistas como el celebrado poco ha en Copenhague». (4)

Ni vamos a analizar todos los hechos, ni a aducir el testimonio de todos los observadores en pro y en contra; esto además de ser imposible, nos llevaría fuera de los límites trazados; nos concretaremos a los principales así de los mediums como de los doctos.

Los fenómenos pueden ser, 1.º tiptológicos, 2.º grafológicos, 3.º auditivos, 4.º intuitivos, 5.º de materialización, 6.º intelectivos; (5) otros, como el sabio Director del Observatorio Fabra, los dividen en tres grandes categorías: «1.ª Fenómenos físicos de origen psíquico; 2.ª Fenómenos exclusivamente intelectuales o

1 *Spiritism. and Psychology.* pref. I, p. VIII.

2 L. C. p. 12.

3 L. C. § 7.º

4 *Espa. y Amer* año, XXI, 15-12-1925, p. 411.

5 Cfr. Antonelli, *Medic. Pasto*, Vol. II, c. I, § 4-5 G. Del. L. C. part. 5.ª

mentales; 3.^a Fenómenos de materialización» (1) Richet comprende en la metapsíquica subjetiva todos los fenómenos mentales y en la objetiva los fenómenos materiales. (2) «Mackenzie propone una división bastante más complicada. Según él, se pueden dividir en fenómenos *supermediánicos* y fenómenos *mediánicos*; y cada una de estas categorías se dividiría en *dinámicos* y *estáticos*. En el primer grupo todavía hace tres divisiones, según que los fenómenos sean de tipo *mecánico*, *molecular* o *atómico*». (3) Prescindiendo de todas estas divisiones y subdivisiones, propias de un tratado elemental, podemos englobar todos los fenómenos espiritistas en dos grandes casillas: en la primera distribuiremos los que dicen relación al orden físico o material y en la segunda los que al cognoscitivo o intelectual.

Unos y otros son tan palmariamente debidos a la intervención de los espíritus evocados, según los espiritistas, que, con aire de triunfador llegan a escribir: «Demuestren nuestros contradictores que estas ilustraciones [las de sabios que ellos citan, y que luego se verán] están en lo falso y los creeremos; pero esperando que lo hagan, dejamos que el público juzgue y decida de qué lado está la buena fe, la ciencia y la verdad» (4) Empecemos, pues, el escrutinio.

1 L. C. p. 16.

2 L. C.

3 Cfr. P. Barbado, *La Cienc. Tomis.* año XV, n.º 82, 1923.

4 G. D. L. C. part 5.^a c. III, § 8.º.

HISTORIA DE LOS FENÓMENOS MEDIÚMICOS

MR. R. B. DAVENPORT Y EL ESPIRITISMO MODERNO.—MARGARITA Y LA HIPÓTESIS ESPÍRITA.—LOS «RAPS» EN PRESENCIA DE LOS VECINOS.—LOS PRINCIPALES CONTINUADORES DE LAS FOX.—W. CROOKES Y EL MEDIUM HOME.—FLORENCIA COOK, KATIE-KING Y EL CÉLEBRE EXPERIMENTADOR.—E. PALADINO Y C. LOMBROSO.—LOS DINAMÓMETROS DE COLLIN Y DE CHARRIER.—LAS EXPERIENCIAS DE GÉNOVA.—EL MEDIUM SLADE.—LOS EXPERIMENTOS DE GIBIER.—AKSAKOF Y LA MEDIUM E. ESPERANZA.—LA CÉLEBRE EVA C. Y EL DOCTOR RICHES.—LO QUE CUENTA CONAN DOYLE.—EL ECTOPLASMA.—SU DEFINICIÓN.—LAS EXPERIENCIAS CON EVA C. EN PARÍS.—LOS FENÓMENOS DE LA TELEKINESIA.—EL INSTITUTO METAPSÍQUICO INTERNACIONAL.—LO QUE TRANSMITE EL CABLE.

En el presente momento histórico ya es algo conocido el origen del espiritismo, como se nos ofrece en los modernos tiempos. Nosotros, a trueque de repetir alguna cosa, para más unidad del conjunto, lo vamos a exponer tal cual se refiere en el libro titulado «The Death-Blow to Spiritualism» publicado por Mr. R. B. Davenport.

«El 2 de diciembre de 1847 John D. Fox con su esposa y sus dos hijas menores, Margarita de ocho años de edad, y Catarina de seis y medio, se mudaron a un «Cottage» conocido con el nombre de HYDESVILLE, en el pueblo de Arcadia, cerca de Newark, Condado de Nayne en el estado de New York. Pocos días después la madre llamada Margarita, empezó a oír ruidos extraños que parecían tener su origen en el cuarto donde dor-

mían las dos niñas y estos ruidos tenían sólo lugar cuando las muchachas ESTABAN DESPIERTAS. A fines de febrero de 1848, estos ruidos se convirtieron en «raps» o golpes secos que asustaron mucho a la buena señora. Las niñas, sin embargo, no parecían alarmarse con tan extraños ruidos, y el 31 de marzo de dicho año, Catarina, la más pequeña, tuvo la ocurrencia de decir: «Oye tú, PATAS DE CABRA, haz lo mismo que yo hago», y tronando los dedos de la mano o dando palmadas decía: «Vamos a ver, cuenta: Uno, Dos, Tres, y los extraños golpes sonaban claramente por una, dos y tres veces. Las niñas estaban ya en la cama, que era de madera, según la antigua costumbre. La madre maravillada y asustada al mismo tiempo se le ocurrió «PROBAR» el poder de aquellos ruidos desconocidos y rogó «a los ruidos» que le dijeran la edad de sus hijitas. Al momento se oyeron ocho golpes... pausa; después siete... y luego tres; estos últimos representaban la edad de otra niña de la señora Fox que había muerto de aquella edad. Semejante respuesta desconcertó por completo a la crédula mujer, pues, como ella misma afirma «no había en el cuarto ninguno que conociera la edad de sus hijas (excepto las mismas niñas por supuesto). Entonces preguntó de nuevo: «¿Es algún ser viviente el que contesta a mis preguntas tan correctamente?» Mas no obtuvo respuesta. Entonces se le ocurrió hacer la siguiente pregunta que envolvía en sí la GRANDIOSA HIPOTESIS ESPIRITA, «¿Eres por ventura UN ESPIRITU?, si es así da DOS GOLPES». Y al momento se oyeron dos golpes secos y claros. Animada con esto la buena mujer prosiguió: «Si eres un espíritu doliente da dos golpes» y los dos golpes respondieron luego. «¿Dónde te causaron el daño, fué en esta casa?» Y la respuesta afirmativa se dejó oír al momento. De esta suerte se llegó a informar la crédula mujer que «el alma en pena» era de un hombre de 31 años, que había sido asesinado en aquella casa y cuyos restos estaban enterrados en la bodega; que había tenido cinco hijos, dos hombres y tres mujeres que aún vivían pero que su mujer había muerto. Preguntó la señora Fox al ESPIRITU si sería tan cortés que siguiera golpeando cuando vinieran los vecinos y el Espíritu respondió que sí. Esto fué el principio del espiritismo actual». (1)

1 Citado por el P. Heredia en su Opusc. *Algo de Espiritismo*, páginas 15-15.

Decir el incremento que desde aquel histórico instante tomaron las supuestas comunicaciones de los espíritus, con sus «raps» y movimientos de mesas y de innumerables objetos, es punto menos que imposible. Ya en 1854 le fué presentada al Congreso de Washinton una exposición con quince mil firmas narrando los acontecimientos y llamando la atención sobre los mismos.

Lo que un tanto alarmados pedían los pacíficos ciudadanos no les fué entonces concedido, a pesar de haber sido nombrada la Comisión. Más adelante nuevas Comisiones extra oficiales han pronunciado sí el veredicto aclaratorio que luego veremos.

Entre los principales mediums que han divulgado las prácticas, y con éstas, la creencia en las doctrinas espíritas, cuéntanse Home, Florencia Cook, E. Paladino, Slade, E. Esperanza, Wood, Eglington, Zaccarini, Eva, C., y algunos otros que luego mencionaremos.

Las experiencias realizadas por el medium Home fueron innumerables obteniendo en todas ellas efectos maravillosos. William Crookes resume, las practicadas con este y con algunos otros mediums en los párrafos siguientes:

1.º *Movimientos de cuerpos pesados*, ocasionados por el simple contacto de las manos, pero sin esfuerzo alguno mecánico.

2.º *Ruidos y golpes*, parecidos unas veces al ruido de una punta de alfiler y otras a los de una máquina de inducción en pleno movimiento, ya a los fenómenos atmosféricos ya al chisporroteo eléctrico, etc.

3.º *Cambio de peso en los cuerpos*, bien aumentando, bien disminuyendo en grandes proporciones.

4.º *Mesas y sillas levantadas*, sin aparente contacto material, a pie y medio de altura.

5.º *Elevación del cuerpo humano*. Una señora, dos niños y el mismo Home se elevan varias pulgadas en el aire.

6.º *Movimientos de pequeños objetos*, sin el contacto del medium. Las celosías venecianas suben a ocho pies de altura, un abanico se despliega y abanica a los presentes, un péndulo se pone en movimiento dentro de una vitrina sellada de antemano.

7.º y 8.º *Apariciones luminosas*. Adaptadas las más rigurosas precauciones, un cuerpo sólido, luminoso, del tamaño de un huevo, da vueltas por la sala por encima del público y luego descendiende lentamente a tierra, dando tres fuertes golpes en la mesa antes de desaparecer, todo sucede mientras el medium

aparece insensible recostado en un sillón. Puntos luminosos cruzan el aire en todas direcciones y se posan sobre la cabeza de las personas; de la mesa con dirección a la tierra se desprenden chispas luminosas, de la que salen para volver sobre la mesa con ruidos muy perceptibles. Crookes formó un alfabeto con estos destellos y obtuvo respuesta a sus preguntas. Una mano, que no era de los espectadores, le pone en la suya un cuerpo sólido, fosforescente y cristalino. De una mesa comedor ve elevarse una diminuta mano, hermosamente torneada, que le ofrece una flor, volviendo a aparecer y desaparecer por tres veces; era tan real como su propia mano. En el interim el mismo Crookes en persona tenía asidos los pies y las manos del medium. Aparece una manecita unida a otro brazo, acaricia a una señora, se acerca a Crookes, le da unas palmaditas en el brazo y le tira de la solapa. Una mano oprime los registros de un acordeón cuando todos ven libres, o cogidas las de Home.

9.º *Clases muy variadas de escritura directa.*

10.º *Formas y figuras de fantasmas.* En la sesión se mueven las cortinas de una ventana y al poco rato aparece una figura parecida a la humana y semitransparente; desaparece y las cortinas dejan de agitarse. Con Home se aparece un fantasma que coge un instrumento de aire, se pasea, tocando y arrastrando por el suelo, se acerca a una señora que asustada lanza un grito, que provoca la desaparición del fantasma.

11.º *Fenómenos que, en expresión de Crookes, parecen indicar la presencia de una inteligencia extraña.* Con golpes sobre su mano consigue una comunicación alfabética. A la pregunta de Crookes: «Podría la inteligencia que dirige los movimientos hacerlos cambiar de carácter y darme con golpes sobre mi mano un despacho telegráfico con el alfabeto de Morse? Inmediatamente fué obedecido. Vuelto las espaldas hacia la mesa sobre la que hay un número *The Times* dice a la invisible causa: «Escribidme si es que la véis la palabra del periódico que hay bajo mi dedo». Crookes ignoraba la que era. El lápiz escribió: *However*, y retirado el dedo vióse, que, efectivamente esta era la palabra que cubría.

12.º La medium Fox viene en la obscuridad por los aires tocando una campanilla que Crookes había dejado sobre un libro en su biblioteca cerrada con llave que él guardaba, como siempre en su bolsillo. Por espacio de tres años y en presencia

de múltiples amigos, Crookes pudo observar en su casa la aparición de un espíritu materializado que se presentaba, algunas veces como Florencia Cook, y pudo advertir que era un cuerpo distinto de la medium, de estatura y fisonomía distinta. No siempre, es verdad, se aparecía en forma humana, sino que alguna que otra vez aparecía también en forma de nube azulada, junto a la señorita Cook, que se condensaba para dar lugar a la materialización.

Veíase surgir poco a poco, de esta masa nebulosa, una como forma humana, delinearse sus contornos y perfiles, moverse, vivificarse, tomar colorido, aparecer una cara perfectamente dibujada y surgir, por último, la forma de mujer que se movía, hablaba, se entretenía con todos, entablaba conversación con la familia de Crookes y después, a lo mejor, desaparecía de improviso, sin saber cómo ni por dónde, o bien se resolvía lentamente en vapor como se había formado. Decía llamarse Katie-King, y que era el espíritu de una joven indiana muerta hacía tiempo; mostrábase afable, aparecía envuelta en luengas y blancas tocas y llevaba un turbante en la cabeza. Crookes logró retratarla varias veces, y pudo convencerse de que era un ser de carne y hueso como cualquiera persona viviente, distinta por completo de la señorita Cook». (1)

Más sorprendentes que los fenómenos de Home, son los llevados a cabo por E. Paladino; muchos son los que operaron con esta célebre medium; Jourowich en el 1905 hizo con ella un contrato por nueve meses para observar los fenómenos. Entre las experiencias a que fué sometida esta medium sobresalen las de C. Lombroso acompañado de otros médicos y alienistas.

Ya en 1888 el profesor Chaia había escrito a Lombroso hablándole de las maravillas realizadas por Eusapia y pidiéndole las sometiera a experimento; lo que hizo en 1891 en Nápoles con Ciolfi. Como resultancia de las observaciones nos dice Lombroso:

«Los hechos que pude observar son sorprendentes. Noté, entre otras cosas, en plena luz, que se elevaban en el aire la mesa y la silla; del esfuerzo realizado con las manos para hacerlas descender a su sitio, calculé la resistencia en cinco o seis kilogramos.

1 *Nuevos experimentos de la fuerza Psíquica*, Ap. L. D. L. C. página 179, Ugart. L. C. I, 2.º c. III.

A propuesta del señor Ciolfi, dejáronse oír varios golpes como en las entrañas de la mesa, en contestación a la pregunta que hicimos sobre la edad de los presentes y algunas otras cosas aún por venir, todo esto por obra de un espíritu o genio, según él se decía.

Apagadas que fueron las luces, siguieron los golpes en la mesa; y poco después una campanilla puesta sobre una segunda mesa distante de Eusapia un metro o más vino tocando por el aire, girando en todas direcciones por encima de nuestras cabezas, hasta caer sobre la mesa, a cuyo alrededor estábamos sentados, y se elevó de allí a poco para caer definitivamente sobre una cama, a dos metros de distancia de la medium. Entre tanto, el Dr. Ascenzi, que por indicaciones de uno de nosotros se había colocado a las espaldas de Eusapia, encendió una cerilla y pudo ver vibrar la campanilla en el aire antes de que cayera en la cama.

Quedamos nuevamente a oscuras y sentimos moverse una mesita de madera; al mismo tiempo y mientras el Dr. Tamburini y yo teníamos cogidas las manos de la medium, el Dr. Vizioli sentía que ora le tiraban de los bigotes, ora le pellizcaba y tocaba una mano diminuta y helada. Yo en tanto notaba que me sacaban la silla por debajo, la cual me fué puesta de nuevo poco a poco en su sitio. La gruesa cortina que se movía de buenas a primeras me envolvió entre sus pliegues, y a duras penas pude desenredarme de ella. Pero lo que más mella hizo en mí fué un plato lleno de harina boca abajo, y quedar allí adherida y coagulada como si fuese gelatina. Habíamos puesto este plato detrás de la alcoba, a más de un metro de distancia de nosotros, y la medium nos había prometido cogerlo, si bien no como sucedió y sí vaciándolo sobre nuestras cabezas. Tengan cuidado nos había dicho, que voy a derramar sobre ustedes la harina que allí hay. Encendimos las luces y nos encontramos con que la harina había quedado hecha una lástima. Poco después vimos un voluminoso mueble avanzar lentamente y venir hacia nosotros, como empujado de una fuerza extraña, parecía un descomunal paquidermo.

Análogos experimentos hicieron con la misma medium los doctores Bart y Defiora.

En la noche del 5 de marzo de 1892, Lombroso acompañado de algunos amigos, profesores, médicos y periodistas realizó

nuevos experimentos en una habitación en donde sólo había una diminuta mesa rectangular de madera blanca y ocho sillas. Mientras Lombroso y De Amicis tomaban todas las precauciones, tres señores fueron a tomar asiento un poco apartados. A poco, cuando apenas habían pasado diez minutos, empezó a moverse la mesa, hasta que acabó por elevarse por completo a una altura de 30 a 50 centímetros, estando suspendida de cinco a ocho segundos.

Durante la experiencia con la poderosa malatita aplicada al occipucio de Eusapia, notó De Amicis que una silla distante unos 30 centímetros, a la izquierda de la medium, se movía por sí sola, en dirección a donde él estaba; Lombroso dejó entonces la malatita, se pasó a la izquierda de la medium y así él como los demás vieron la mesa elevarse por dos veces a una altura de 30 centímetros, rozando los vestidos de Eusapia; aproximóse un poco más a ésta con cautela, llevó de pronto las manos a las sayas y esta vez pudo tocar un miembro, que le pareció tener la forma de un pié. Todo ello mientras el señor De Amicis hacía notar que no había dejado ni un momento libres los pies y las rodillas de Eusapia, quien durante aquel fenómeno parecía como insensible. Lombroso con dos dinamómetros graduó la fuerza muscular de Paladino.

Antes de hacer las experiencias a oscuras Lombroso colocó a su izquierda y a la derecha de la medium, a una distancia de un metro o algo más, una de las sillas vacías, poniendo sobre esta un pandero, una campanilla y dos dinamómetros, señalando cero grados. La otra silla sin ocupar, se hallaba arrinconada a la pared, distante un par de metros del señor De Amicis. Tras algunos reparos que opuso el Sr. Chaia; Lombroso ató a todos por la muñeca con una misma cuerda, manteniendo sólo alzadas su derecha y la izquierda de Chaia, que tenía siempre en contacto con la mano de Lombroso. Poco después de apagada la luz, éste y De Amicis empezaron a notar en su persona roces extraños. El Sr. Chaia suplicaba a John que tocara la campanilla, pero éste por el contrario, tiró de la silla el pandero, los dinamómetros y la campanilla, agitando simultáneamente, a pesar de la distancia que las separaba, las dos sillas vacías, que se oían arrastrarse por el pavimento y chocar una con otra con estrépito. Lombroso preguntó si los objetos caídos podían ser puestos sobre la mesa; preguntado John si eran los dinamómetros, dijo que sí. Se inten-

tó encender la luz para cerciorarse de ello, pero John se opuso y en aquel mismo instante llegó a todos el ruido de una silla que rodaba por tierra, en tanto que la otra venía a colocarse sobre la mesilla, sin, que apesar de la obscuridad, tocara poco ni mucho a los que estaban sentados en su alrededor. Encendida al fin, la luz, se halló la silla sobre la mesa, encima de los dinamómetros, que señalaban, el de Collin 65 grados y 37 el de Charrier. La otra silla se encontró tirada por tierra.

Volvió Lombroso a poner los dinamómetros señalando cero grados, se apagó de nuevo la luz y John quitó la silla de sobre la mesa para ponerla en su sitio primitivo. El Dr. H. Chaia, tornó a instar a John que agitase la campanilla, pero en vez del sonido de esta, dejöse oír el pandero. Manifestósele que era deseo de los asistentes que tocase el pandero con las yemas de los dedos, y al punto, percibiöse clara y distintamente el roce de las uñas. Fenómeno que duró de 25 a 30 segundos. Interrogado John si se dignaría repetir la operación de oprimir los dinamómetros, vino en ello y nos aconsejó que habláramos. A poco rato dijo la medium que ya estaba hecho. Encendiöse la luz y se vió que el dímetro Collin señalaba 33 grados y 30 el de Charrier, ambos estaban fuera del alcance de las manos de Eusapia, que continuaba con las manos atadas a las muñecas de Lombroso y De Amicis.

Quedó todo de nuevo a obscuras y se oyeron fuertes puñetazos en la mesa, sin que tocara en lo más mínimo a ninguno de los que en rededor estaban sentados. Uno y otro experimentaron en las manos la sensación de una corriente de aire fresco y después como si una barba los rozase rápidamente dando vueltas. En aquel momento Eusapia exclamaba que a las espaldas del señor Lombroso veía una sombra y luego una persona en pie que se alargaba por momentos para coger los dinamómetros. Lombroso afirmaba, por su parte, que notaba sobre sus hombros la presión que haría un cuerpo humano, y desasiéndose por unos instantes del Sr. Chaia, extendió la mano con objeto de ver si podía palpar lo que notaba había a sus espaldas, nada empero, pudo tocar.

Eusapia aseguraba ver a John oprimir fuertemente los dinamómetros que estaban aún sobre la mesa y suplicaba al Sr. De Amicis le permitiese aproximar la mano izquierda, atada a la muñeca de éste, a la mano derecha que sujetaba Lombroso; y apre-

taba con fuerza con ambas manos. la mano de Lombroso, como si quisiera mostrar que, no élla, sino John era quien obraba sobre los dinamómetros. Encendida que fué la luz se observó que el dinamómetro Collin marcaba 30 grados de presión y 46 el de Charrier, que se encontró boca abajo.

Por último, una vez que todos habían seguido atados durante la experiencia, C. Lombroso procedió a desatar a los primeramente atados, y uno en pos de otro fueron quedando libres los demás. Ya de pie todos, y preguntado John si quería darnos el *Adios*, la mesa, no bien la medium, Lombroso y De Amicis, pasaron cada uno un dedo por su superficie, se elevó de la tierra por dos veces a la altura de un metro y algo más y cayó de golpe sobre el pavimento. La sesión terminó a las doce y media de la noche» (1)

Similares a las precedentes fueron las experiencias que con la misma medium se celebraron en Génova, en diciembre de 1901 en el Círculo Minerva, presididas por el profesor Francisco Porro, de la Universidad de Turín, y en las que tomaron parte L. Arnaldo Vassallo, tres señores más y una señora. También aquí hubo «raps», levitaciones, traslados de objetos, manifestaciones de John King, invisibles que abrazan a Vassallo, apariciones de fantasmas que hablan con Mirelli, y el mismo F. Porro. (2)

Pero las experiencias mas célebres fueron las que tuvieron lugar en Milán, el mes de octubre de 1892, en casa del profesor de física Jorge Finzi. En ellas estaban presentes A. Aksakof, director de la revista *Psychische Studien*, de Leipzig; Juan Schiaparelli, director del Observatorio astronómico de Milán; Carlos du Prel, catedrático de Filosofía de la Universidad de Munich; Angel Bofferio, profesor de filosofía; José Giacosa, profesor de física en la Escuela R. Superior de Agricultura de Portici; Carlos Richet, de la facultad de medicina de París, y C. Lombroso.

Nada substancialmente nuevo, sin embargo, se manifestó en ellas; los mismos efectos variados en presencia de tan notables varones; por esta causa nos abstenemos de referir los hechos prolongando demasiado esta exposición. Entre los fenómenos más

1 Tribuna Giudiziaria de Nap. n.º 7. 20-2-1892, n.º 12. 25-4-1892; ap. Ugart. L. C. c. IV.

2 A. Vassallo. *Nel mondo degl' invisibili*.

notables de la Paladino está el de haberse registrado en los tambores de Marey, desplazamientos materiales, sin contacto a distancia.

Gran notoridad alcanzó también entre los mediums hábiles, el americano Slade. El Dr. Gibier le sometió a una serie de pruebas y el resultado apenas si difiere del obtenido en las experiencias de la Paladino.

Durante los *éxtasis* de Slade, según él decía a sus conocidos, su espíritu era reemplazado por el de un indio llamado Owasso, y se mostraba alegre y dicharachero, o por el de cierto jefe de la tribu de las *pieles rojas*, y entonces Slade se ponía en pie, caminaba a largos pasos y hablaba una lengua muy sonora; como la de los caribes; o su espíritu era sustituido por el de un médico escocés y daba consejos, hacía diagnósticos y prescribía tratamientos médicos.

También escribía en las pizarras, fuertemente sujetas por Gibier. (1)

Los mismos efectos con pequeñas variantes obtuvieron los doctores Zoellner, Weber, Fechner, Baune, Scheneibner, Tirsch y otros.

Aksakof, en su obra «Animismo y espiritismo», refiere numerosos fenómenos observados por él mismo con la medium señorita E. Esperanza. Las *materializaciones* se repetían con harta frecuencia y tan palmariamente que pudo sacar no pocas fotografías de los encarnados espíritus. En tanto el espíritu se concrecionaba, la medium iba como esfumándose hasta el punto de desaparecer totalmente del gabinete algunas veces. (2) El mismo Aksakof nos cuenta cómo sirviéndose del medium Eglinton observó la materialización del espíritu de Abdalach, que era de tipo oriental, de más de seis pies de alto, el medium era de pequeña estatura. Así mismo observó otras materializaciones de distintos personajes. (3) En las experiencias con C. Fox se sirvió de la lámina luminosa de cristal. Colocó sus manos encima de las de la medium, pidiendo luego a los espíritus que dejaran impresas sus huellas en el papel hollín. Después se pudo observar que las yemas de los dedos de Fox estaban tiznadas. (4)

1 Le spiritisme, p. 319-378.

2 T. I. c. I. A.

3 L. C. § 4.º

4 c. I. B. n.º 229-230.

En la obra «Psychography» de Stainton Moses, profesor de la Universidad de Oxford, se habla de una sesión realizada con el mismo medium Eglinton, a la que asistió Msr. Gladstone. Este escribió una pregunta en una pizarra que inmediatamente fué adaptada a otra, una punta de lápiz se colocó entre las dos y se ataron fuertemente. El medium aplicó la extremidad de sus dedos a las pizarras *para establecer la comunicación fluidica*, y muy pronto oyóse el roce del lápiz. Gladstone no apartaba su mirada del medium. El resultado fueron distintas respuestas en diferentes lenguas, en perfecta armonía con la pregunta, y algunas de las cuales se encontraban en lengua desconocida del medium. (1)

La Srta. Wood, que sirvió de instrumento para las observaciones del Dr. Armstrong, produjo fenómenos verdaderamente sorprendentes. Siendo su peso de 176 libras, en una de las sesiones aparecieron tres fantasmas, cuyo peso oscilaba entre 34 y 176 libras. En otra sesión un fantasma que se apareció, sólo pesaba de 83 a 84 libras.

En 1906 se hicieron célebres las levitaciones del medium Zaccarini, examinadas por los profesores Vicenti y Lori con aparatos de inspección sumamente ingeniosos.

Entre los mediums más renombrados que hayan existido y el que de más fama gozaba en nuestros días, (2) es Eva C., de la que luego hablaremos con más detención por requerirlo el caso. Su verdadero nombre es Mlle. Beraud. Hija de un oficial francés habitaba en la Argelia a principios de este siglo, por el 1903, con la familia del General Noel, con cuyo hijo había de contraer matrimonio. Quiso la desgracia que el hijo del General muriera. La desolación en que la madre se vió sumida no es posible describirla. Estas circunstancias tan propicias fueron las que de ocasión sirvieron a Marta Beraud para desarrollar sus cualidades mediúnicas. La popularidad que adquirió, sobre todo, desde que en 1905 recibió la aprobación del profesor Richet, fué verdaderamente extraordinaria.

Conan Doyle, uno de los actuales propagandistas espíritas más fervientes, en su libro «Las maravillas del espiritismo», entre inúmeros casos nos refiere el observado con el medium

1 Cfr. L. D. L. C. p. 188.

2 Hablamos en pretérito porque desde su encuentro con la Sorbona, se ha eclipsado su estrella.

Bailey. «A la llegada de Mr. Bailey, dice Sir Arturo Conan, yo y otros le registramos y nos convencimos que no traía nada. Yo mismo apagué la luz y colocamos a Mr. Bailey en una esquina de la habitación. Al poco rato empezó a respirar fuertemente como si estuviera en trance y después dijo algo en lengua extranjera, que era ininteligible para mí. Uno de nuestros amigos Mr. Cochraue, reconoció que el sér presentado era un indio y al momento cambió con él algunas frases. En inglés dijo el sér que era un guía hindu que tenía la misión de aportar pruebas y que esperaba poder presentarle una. «Hela aquí», dijo un momento después, y la mano del medium se extendía mostrando algo en ella. Dimos luz y pudimos ver que se trataba de un pequeño nido de pájaro. Su tamaño sería de unas tres pulgadas próximamente. En el nido había un pequeño huevo blanco con unas manchas carmelitas. El medium, o mejor el guía hindu se colocó en la mano el huevo y de él salió un poco de albumen. No había trazas de yema. «A nosotros no se nos permite mezclarnos en la vida», dijo él «Si este huevo hubiera estado fertilizado no podríamos haberlo cogido». Estas palabras las pronunció antes de haber roto el huevo, de modo que sabía su contenido lo cual es maravilloso. «¿De dónde viene este nido?» le pregunté. De la India. ¿Qué clase de pájaro es? Le llaman gorrión de matorral. El nido permaneció en mi poder, y pasé una mañana en compañía de Mr. Chub del museo local, para comprobar si realmente se trataba de ese pájaro. Parecía muy pequeño el nido para ser de un gorrión de la India, y sin embargo, no pudimos encontrar ningún huevo ni nido de ave australiana que pudiera confundirse con esta. Seguramente sería un buen argumento y hasta admisible que esos pájaros pudieran haber sido importados y vendidos aquí; pero es un insulto para la razón suponer que los nidos, con huevos frescos, también puedan estar en el mercado. Por lo tanto creo que Mr. Bailey es un verdadero medium, y con maravilloso poder para aducir pruebas». (1)

Sorprendentes son los fenómenos que Crawford, profesor de Mecánica Aplicada en la Universidad de Belfast ha obtenido con los mediums Colgher, desde 1914 a 1920. Los principales son los siguientes:

1 El Magazine de la Raza, año. V. n.º 5, p. 55, publi. en la Habana.

1.º Para cerciorarse de si los ruidos eran objetivos o simplemente alucinación, colocó un fonógrafo en la sala, y comprobó que en la placa quedaron impresionados los sonidos con tal intensidad que más tarde pudieron ser oídos en una conferencia por más de quinientas personas.

2.º Colocada la medium sobre una gran balanza, pudo comprobar que cuando se producía la levitación de la mesa, el peso de la medium aumentaba en una cantidad casi igual al de la mesa; y otras veces después de la proyección del ectoplasma, el peso de la medium disminuía notablemente.

3.º Habiendo colocado a bastante distancia de la medium recipientes de arcilla blanca, obtuvo diversas impresiones por acción de la substancia ectoplasmática sobre ella, notándose después numerosas huellas de arcilla en las medias y en los zapatos de la medium, lo cual según Crawford, sería debido a que al retirarse la substancia ectoplasmática al cuerpo de la medium de donde había salido, arrastraba partículas de arcilla.

4.º Finalmente pudo en las experiencias últimas hacer numerosas fotografías del ectoplasma, que se presentaba como una especie de palanca, que saliendo del medium, se apoyaba en la mesa levantada. (1)

Los fenómenos espíritas verdaderamente admirables son los de la substancia que acabamos de nombrar; el ectoplasma. La revolución que han causado en la Metapsíquica y en sus estudios no podía ser más formidable.

El ectoplasma parece ser una substancia tenue, transparente que *emana* del cuerpo de los mediums, de cualquiera de sus partes. «Todos los que describen las apariciones de las sesiones mediánicas convienen en decir que el llamado *ectoplasma* o substancia que se desprende del cuerpo del medium, puede proceder de la boca, del vientre, de las manos o de cualquier otra parte; y que al principio se presenta como una substancia vaporosa e informe, que poco a poco se va consolidando hasta adquirir las formas concretas deseadas; desvaneciéndose luego gradualmente y volviendo a entrar en el cuerpo del medium. Geley describe así el ectoplasma: «La substancia se presenta bajo un aspecto variable; unas veces, y esto es lo más característico, tiene forma de pasta maleable, verdadera masa protoplasmática;

1 Cfr. La ciencia tom. L. C.

otras, como hilos numerosos y menudos, o como cordones de grosor diverso, o como una banda ancha y membranosa... Puede presentar tres colores diferentes: blanco, negro, gris; el primero es el más frecuente. Es móvil y unas veces evoluciona lentamente, sube, baja, se pasea sobre el medium, con un movimiento que recuerda el de un reptil; otras veces las evoluciones son bruscas y rápidas, apareciendo y desapareciendo como un relámpago. Es extremadamente sensible y su sensibilidad se confunde con la del medium hiperestesiado. Todo contacto repercute dolorosamente sobre este y por poco intenso y prolongado que sea, causa al medium un dolor que compara al que produciría un choque sobre la carne viva.

«Generalmente el ectoplasma se desvanece sin dejar rastro de sí en las manos de los observadores; pero Richet dice que conserva un mechón de cabellos cortados por él mismo en una cabeza ectoplasmática, y Schrenck-Notzing dice que estudiando al microscopio residuos de esta substancia, encontró restos epiteliales, formas bacterianas y cantidad notable de grasa.» (1)

Entre las experiencias verificadas con la nueva *substancia* sobresalen las de la citada Eva Carriere. Trasladada de la Argelia a París, en casa de la acaudalada Mme. Bisson, encontró un excelente auxiliar para continuar la obra allí comenzada. Múltiples son las manifestaciones ectoplasmáticas de que se nos habla como producidas por este medium, en un libro escrito por Schrenck-Notzing, en la obra de Mme. Bisson. «Les phénomènes dits de matérialisation», París 1921, y en la memoria presentada en el primer Congreso Metapsíquico Internacional celebrado en Kopenhague, en 1921. Bisson, en esta memoria relata entre otras, una de las observaciones hechas por el ingeniero Janson. «En plena luz del día y en presencia de seis personas comenzó por aparecer en las manos de la medium una substancia blanca del tamaño de una naranja, poco a poco se fué alargando y modelando hasta aparecer una estatuita desnuda de mujer, de unos 20 centímetros de altura, de formas perfectas, cabellos rubios abundantes, ojos azules, labios de carmín, que se movía y jugueteaba sobre las rodillas de la medium, con todas las apariencias de un ser viviente. La medium depositó la estatua en

1 La ciencia tom. L. C.

manos del citado ingeniero, donde permaneció unos instantes, produciéndole la impresión de un cuerpo pesado, desapareciendo poco después como por ensalmo.»

Einer Nielsen era el famoso medium Danés, que desde los primeros años de la juventud ostentaba excepcionales cualidades psíquicas para los fenómenos espiritistas; apenas habrá círculo en que tales efectos se produzcan donde no sea asaz conocido. Su fenómeno que pudiéramos llamar favorito era el de la producción del ectoplasma, extraordinario por la cantidad y por la valiosa calidad. En este punto apenas si medium alguno puede a él compararse, al decir de sus entusiastas.

Tan sorprendentes como los anteriores son, para algunos, los fenómenos de las «*telekinesias*», o producción de movimientos sin acción mecánica inmediata», en el orden físico o mecánico, y los fenómenos de *criptestesia*, en el orden cognoscitivo.

Para hacer las observaciones, especialmente de los fenómenos referentes al primer orden, «dos años hace que se fundó en París un «Instituto Metapsíquico Internacional», (1) cuyo órgano oficial es la *Revue Métapsychique*, donde el doctor Geley ha instalado un laboratorio especial para estudiar esta clase de fenómenos, y donde atualmente experimenta con el medium polaco Frank Klusqui. También durante el verano de 1922 se han hecho multitud de experiencias en el laboratorio del Instituto de Psicología de Munich, bajo la dirección de Schrenck-Notzing y a las que asistieron muchos profesores de reconocida fama, entre los cuales estaban Driesch, Pauli, Alruz; presenciando también las sesiones el famoso prestidigitador Dingwal enviado por la Sociedad Británica de Investigaciones Psíquicas. Algunos de los asistentes ponderan los resultados obtenidos y las precauciones tomadas. (2)

Con fecha 7 de abril de 1923 el cable submarino nos comunicaba: «Durante todo el día de hoy (en New York) ha sido el único tema de conversación en todos los Clubs, oficinas y casas particulares, las exhibiciones dadas anoche por Mr. Conan Doyle, el notable folletinista. Conan Doyle proyectó sobre la panta-

1 También en el Congreso espiritista Nacional, celebrado en la Habana el 1920, se abogó por la creación de un Instituto de Metapsiquismo, pero hasta la fecha está por colocar la primera piedra,

2 Cfr. La cien. Tom. L. C.

lla de un cine multitud de fotografías de espíritus tomadas por él mismo. Dicen los periódicos de hoy que causó profundísima impresión. Dicen que los habitantes de esta Capital han comenzado a preocuparse de una manera extraordinaria por las cuestiones espiritistas. Centenares de los espectadores abandonaron el local, declarando que habían quedado convencidos de la verdad del espiritismo. Puede afirmarse que el folletinista inglés es hoy el hombre de la sensación entre los millones de gente crédula, existentes en esta ciudad metalizada y mercantilista.» (1)

1 El Camagueyano 8-4-1923.

§ 2.º

¿FRAUDE O REALIDAD?

DOS CLASES DE AUTORIDAD.—EL SR. COMAS Y SOLÁ DICE.—LA SOCIEDAD DIALÉCTICA DE LONDRES.—TYNDAL Y OTROS SABIOS.—LOS REGISTRADORES DE W. CROOKES.—JUICIO DEL DR. ESTRANY.—HAN SIDO COGIDOS EN FRAUDE.—DECLARACIÓN DE SIECWICZ.—LA HIPÓTESIS DE RICHET.—IMPRESIÓN DE SCHIAPARELLI.—HOME DIGNO DEL PRESIDIO.—SLADE SORPRENDIDO.—OTROS MEDIUMS EN LA CÁRCEL O EN LA CELADA.—MARTHE BERAUD Y BASTIAN CONFIESAN.—LO QUE CUENTA SIR FILSON YOUNG.—GELEY Y LOS FENÓMENOS ECTOPLASMÁTICOS.—MATILDE VON KEMNITZ AL BARÓN VON SCHRENCK NOTSING.—EVA C. ANTE LOS SABIOS DE LA SORBONA.—LA COMISIÓN CIENTÍFICA DE CRISTIANÍA.—LOS CINCO MIL DÓLARES.—GUSTAVO LEBÓN Y SU OFERTA—INGENIOSA RESPUESTA DE HARDUIN.—CONFESSION DE LAS HERMANAS FOX.

Creemos haber hecho una sucinta exposición de los fenómenos espiritísticos, reuniéndolos de aquí y de allá y exponiéndolos con toda imparcialidad. El aspecto que ofrecen es realmente sorprendente. No son, sin embargo, nuevos ni más sorprendentes que los acaecidos en otras épocas históricas. (1) Todos los tiempos han contado en sus anales efectos maravillosos,

1 Entre otros autores puede consultarse al P. Martín del Rfo, aunque calificado por M. y Pelayo de excesivamente crédulo, en su «Disquisitionum Magicarum». Allí se habla de levitaciones, aportaciones, materializaciones, premoniciones, transformaciones de objetos, etc., sin agente visible, etc. Todo sucedido en tiempos más antiguos y más modernos; realizado por el demonio, o por arte prestidigitatoria, al decir del propio autor y de los por él citados; y en presencia de personas tan acreditadas como los príncipes cristianos. L. 2.º q. VI, L. 6.º q. c. y q. VIII IX, XVI, XXI.

si bien no del modo sistemático que se ha verificado desde los célebres golpecitos de Hydesville.

Lo verdaderamente admirable, empero, no es el fenómeno, sino la substancialidad que encierre. ¿Es un efecto real, o por el contrario, sólo es aparente, simulado? ¿Es un fraude mediúmnico o una realidad mediúmnica? Esto es, los fenómenos espiritistas disfrutaban de la objetividad y realidad que les atribuyen los mediums, o carecen de semejante substancialidad, siendo efecto de la charlatanería y de la prestidigitación? Este es el punto cardinal de la cuestión. Los espiritistas admiten a pie juntillas la verdad de los hechos, dando por verídico lo que en las sesiones de sus adeptos acaece; nosotros somos más incrédulos.

Las causas que apoyan su procedimiento son poderosas y convincentes, según ellos dicen, y de un rigor científico a toda prueba.

Las autoridades que los espiritistas aducen como garantías de su tesis son de dos clases; la una, de los hombres de ciencia, la otra, la de los propios mediums y espíritus materializados. Esta se funde en la de los mediums. Los mediums, como luego veremos, (1) son en la generalidad de los casos unos folleros y embaucadores. La de los sabios inclina poco la balanza, y ha de rechazarse por la falta de sólido fundamento.

En efecto; «La primera conclusión fundamental que podemos sacar, dice el docto Comas y Solá, es que el ESPIRITISMO, tal como se concibe por sus adeptos, y considerado en conjunto, NO PUEDE DE NINGUNA MANERA SER HOY ACEPTADO POR LA CIENCIA. En otros términos; está por demostrar que los difuntos hayan tenido jamás participación alguna en la realidad de los hechos bien observados. En fin, cuantos fenómenos se refieren propiamente al ocultismo y a la premonición, son completamente gratuitos, cuando no absurdos, y la Ciencia, del mismo modo, debe rechazarles en absoluto del terreno firme, hijo de la observación, de la experiencia y del raciocinio, en que descansa y del que no debe salir nunca» (2).

Las principales autoridades científicas que opone el espiritismo, como escudo invulnerable al entrar en batalla, son: la de la «Sociedad dialéctica de Londres» que nombró una comisión

1 En el párrafo siguiente.

2 L. C. p. 76.

«integrada por treinta y tres miembros, sabios, letrados, pastores, magistrados, entre los cuales se hallan Sir John Lubbock, de la Sociedad real (Academia inglesa); Enrique Lewes, hábil fisiólogo; Husley, Wallace, Crooke, etc., para examinar y «destruir para siempre» estos fenómenos espiritistas que, decía el manifiesto, «no son más que producto de la imaginación», la cual «después de 18 meses de experiencias y de estudios, reconoció en su informe, la realidad de los fenómenos y falló en favor del Espiritismo» (1). La de los sabios Oxon, profesor de la Facultad de Oxford, Varley, ingeniero de Telégrafos, inventor del condensador eléctrico; Sergeant Cox, jurisconsulto, A. de Morgán, presidente de la Sociedad matemática de Londres, el profesor de física Tyndal, los sabios de las experiencias hechas en Nápoles y en Milán, Richet, el coronel de Rochas, Aksakof, consejero de Estado ruso, Zollner y Ulrici, Weber, Fechner, Carl Du Prel, con algunos más, y otros que de buen grado concedemos, entre los que no puede faltar Conan Doyle, que todo lo ha abandonado por el espiritismo. (2)

Entre todos los sabios citados, y por citar, el que disfruta de potísima autoridad es el eminente naturalista W. Crookes, al que tanto deben las modernas ciencias. Era W. Crookes escéptico en esta materia hasta el año 1871, en que tomando todas las precauciones a su alcance, se determinó a hacer un riguroso análisis de los fenómenos mediúmnicos. Le auxiliaron en sus investigaciones dos hábiles físicos, William Huggins y Ed. W. Cox. «Por medio de aparatos de precisión y registradores automáticos examinó absolutamente todos los fenómenos que se realizaron a su vista, hasta los más insignificantes detalles. Experimentó repetidas veces en pleno día, en habitaciones cerradas por él y bien iluminadas con luz solar, con luz eléctrica o con botella resplandeciente por el fósforo. El mismo asiste al atavío de sus mediums para tener la seguridad de que nada esconden debajo de sus vestidos. Algunos aparatos sobre los que los mediums pudieran tener influencia fueron rodeados de jaulas metálicas. Las mesas en que se hacían los experimentos fueron traídas, examinadas y colocadas por él. Ahora bien; estudiados los fenómenos espiritistas con tantas precauciones y con el mayor escepti-

1 L. D. Desp. de la muer. part. 3.^a § 19.

2 Cfr. Lappni, c. III, n.º 17, Lapponi fué uno de los cándidos.

cismo científico, hubo que repetir modestamente lo que antes que él había ya dicho Alfr.-Rusel Wallace: He adquirido la prueba cierta de la verdad de los fenómenos espiritistas». (1)

Esto no obstante, podemos repetir aquí lo del adagio vulgar: como todo el cuidado es poco, resulta que ni las pruebas de W. Crookes fueron tan ciertas, ni mucho menos las del colaborador de Darwin, Rusel Wallace, y tampoco por ende, disfrutaron de tanta realidad los fenómenos por ellos observados. Todas ellas fueron sorprendidas por la astucia de los expertos mediums.

«Es tan fácil reproducir dichos fenómenos, es tan sencillo engañar a los sabios... por más precauciones que tomen, que llega uno a dudar si alguna vez se podrá definitivamente establecer la autenticidad de estos fenómenos». (2)

El Sr. Comas y Solá después de haber escrito: «La Ciencia fundada en el estudio de los fenómenos naturales, de estos fenómenos francos, sin trastienda, será siempre ciencia verdad, legítima. La Ciencia fundada en el estudio de los fenómenos que dimanen de la conciencia de los hombres y mujeres está condenada, por su origen, a la infamia de la mentira. Y los mediums son hombres y mujeres, con la agravante muchas veces, de una incultura desastrosa, que permite que cometan todas las falsedades (conscientes e inconscientes) de que es capaz un espíritu innoce. El número de engaños que han llevado a cabo estos individuos, en conjunto, es inmenso. Sean o no conscientes sus actos de falsedad, lo cierto es que la falsedad ha existido». (3)

«Obrando con la honradez científica del que rinde sincero culto a la verdad, doy por sentado que nadie puede aceptar la realidad de los estupendos fenómenos *mientras no se demuestren tales hechos de un modo irrefutable*, es decir, *mientras la posibilidad del fraude sea mucho menos aceptable que la posibilidad del fenómeno, siempre en el supuesto de que el firmante de las experiencias sea persona que por su respetabilidad científica esté al abrigo de toda duda y sospecha*» (4)

Después de escribir esto, que tanto honra al eminente sabio

1 Cfr. J. Lapponi, L. C.

2 P. C. M. Heredia, Iberica n.º 758, 28 julio 1928.

3 L. C. p. 21.

4 L. C. p. 26.

analiza las principales experiencias del naturalista inglés y de ellas dice: «Crookes funda la principal demostración de que no hubo fraude en que logró ver simultáneamente a la medium y a Katie, si bien hay que notar que ni directamente ni en las fotografías pudo verse nunca las dos caras de F. Cook y de Katie a la vez, pues el fantasma siempre tenía la precaución de tapar la cabeza de la medium con un chal para que la luz no la molestase.» (1) A esto añade las objeciones que pudieran hacerse de las precauciones adoptadas por Crookes y concluye: «Creo no deber insistir en las malas condiciones en que se efectuaron las experiencias de Crookes [como ocurre por desgracia en la mayoría inmensa de los trabajos de esta clase] y los puntos flacos de las mismas, cada uno de los cuales es suficiente para desautorizar la realidad de fenómenos de una índole tan especial.» (2) «¡Hasta el bondadoso Crookes volvía la vista cuando el medium le mandaba que no mirara hacia adentro, porque de mirar se hubiese echado a perder, según Katie King, totalmente la materialización!» (3)

El Dr. Estrany, en carta al mismo Sr. Comas escribía: «Empiezo por declarar que con este escrito no tomo parte en ninguna polémica, puesto que los hechos *presenciados* no merecen los honores de una discusión razonada; faltos de toda seriedad científica, deberían tomarse a chacota, si por su acción sobre la credulidad y buena fe del público, no constituyesen un mal social que se debe combatir. Mis comentarios no se dirigen, pues, a los que se encuentran en la escena o entre bastidores; van todos al público.

«Por de pronto, al abordar el examen del conjunto de fenómenos llamados *mediúmnicos*, un espíritu reflexivo se encuentra con dos hechos capitales: de una parte la *afirmación de que en ciertas y determinadas circunstancias, un mundo suprasensible se nos hace manifiesto*; de otra parte, *la aquiescencia y validez que presta a tal afirmación el testimonio autorizado de personalidades eminentes y de reconocida probidad científica.*

«Según la antedicha afirmación, las manifestaciones del mundo suprasensible van enlazadas y a veces en íntima comunidad

1 p. 28.

2 p. 31.

3 p. 49.

con un cierto orden de fenómenos cuyos agentes causales salen de la esfera de nuestros actuales conocimientos, pero no están en pugna con ningún principio científico y, si resistiesen las formalidades legales de una rigurosa investigación, podrían adquirir validez sin que el edificio del humano saber sufriese un total desquiciamiento. A la última categoría de fenómenos pertenecen los llamados *lucidez sonambúlica, sugestión mental, transposición de sentidos, criptoscopia, criptografía, telepatía, desdoblamiento de personalidad*. Las manifestaciones suprasensibles son los *raps, levitaciones, aportes, desmaterializaciones y materializaciones, las apariciones de luces, de manos, de rostros fosforescentes y de fantasmas y la premonición* o facultad adivinatoria.

«¿Cuál es el punto de partida de afirmación tan grave, respecto de hechos científicamente *extraños*, pero posibles unos y falsos, científicamente falsos, otros? El origen constantemente reside en sujetos de un valor científico y muchas veces moral, absolutamente nulo. Sin técnica ni habilidad experimental, sin disciplina intelectual, su criterio no tiene el menor peso en la escrupulosa balanza de la investigación científica. El método en sus manos es un instrumento completamente inútil y las leyes lógicas son barullo y confusión en sus pobres mentalidades.

«Pero menos mal si fuesen espíritus simples, ineducados, materia prima para cualquiera concepción extravagante, para toda admiración y para todo fetichismo; lo peor y más grave es que, desde el punto de vista moral, estos sujetos suelen valer menos que intelectualmente, *Declassés* muchos de ellos dentro de la sociedad, fracasados de la vida, titiriteros de barracón de feria o juglares de gran salón tiene la mayoría una historia desastrosa. El dato común que nos interesa recoger de esta historia es que viven en *plena falsedad*; falsedad en su categoría social, falsedad en sus actos, falsedad en sus palabras. ¿Y es en estos sacos de mentira y exclusivamente en ellos donde ha de tener asiento y ha de manifestarse la augusta y trascendente verdad?

«¿Cómo no tiene acogida en todos los espíritus rectos, nobles y sinceros?

«Porque en esto conviene todo el mundo con desesperante uniformidad: el medium y la atmósfera que le envuelve está plagado de mentiras, inventa y falsifica cuanto le conviene, el fraude pseudocientífico es su elemento y no hay uno solo de ellos que en alguna ocasión no se le haya cogido con las manos en la masa.

«Los observadores más honorables, como W. Crookes, Wallace, O. Lodge, Ch. Richet, Gibier, Lombroso, Schiaparelli, etc., empiezan por confesar el afán de mentir y de falsificar los hechos que se han podido reconocer y comprobar en todos los mediums, llámense Home, Slade, Eusapia Paladino, sea el que se quiera. De la indagatoria científico-judicial que el ilustre Grasset ha efectuado, a ninguno de los famosos mediums le queda hueso sano... Los hombres más eminentes que mayores entusiasmos han mostrado por algún medium, han ido desplumándose inexorablemente, mostrando sus falsedades y acortando cada vez más el alcance y transcendencia de sus enigmáticas facultades psico-mediúnicas. Si no, que lo diga el ingenuo y honrado Carlos Richet, y hasta el eminente Lombroso». (1)

Y en efecto; en fraude fueron cogidos los mediums americanos Fox, Colchester, Foster, Mrs. Fay, the Davenport brothers, Cook, de la que dice escritor tan digno de crédito en la materia, como Flamarión, que después de las experiencias de Crookes fué cogida en flagrantes delitos de superchería, Home y Slade, que ya veremos que mal lo pasaron con los tribunales, Eglinton, Munler y otros; los ingleses Mary Showers, Hudson, Herene, Milliams, Rite, «Dr. Monck, Petti, Farman y Conan Doyle; Huguet, Devord, Madame Amorux, Eva C. Mlle. Beraud», en Francia; en Alemania Frau Rothe; en Italia la famosa Eusapia Palladino; en España Carmen, y en todas partes otros muchos que sería largo y enojoso numerar.

El propio Richet después de sus observaciones emitía este juicio: «Declaraba Siewicz que para él toda experiencia realizada con esos mediums sospechosos se hallaba condenada irremisiblemente de antemano, y esa opinión que puede muy bien sostenerse; pero también es posible sostener con algunas apariencias de razón la opinión contraria» (2) Y en su *Traité de Métapsichique* escribía: «En resumen hay tres hipótesis. 1.^a Que son los muertos, cuyas conciencias en vez de desaparecer, continúan existiendo sin *subtractum* material; tal es la teoría espiritista, que me parece la menos verosímil. 2.^a Que son los ángeles o los demonios, los cuales siendo poderosos mecánica y psicológicamente, intervienen en los asuntos humanos. 3.^a Que la inteligen-

1 C. y Solá L. C. p. 125-127, 129.

2 *Annales des sci. psychic.* 1905, 36.

cia humana, alma y cuerpo, es bastante poderosa para producir tanto las manifestaciones materiales (ectoplasmáticas) como las sugestivas (criptestesias), que nos asombran. Si admito esta tercera hipótesis como superior manifiestamente a las otras, no es porque la crea muy sólida antes por el contrario, veo lo frágil y ridícula que es; casi tan ridícula como las otras dos». (1)

Más severo juicio formula al tratar de las aportaciones, y no tiene inconveniente en decir: «Algunos sabios a quienes interesan las ciencias psíquicas ocultas, han intentado estudiar la cuestión; pero han encontrado que los resultados de todas las investigaciones científicas relativas a las casas en que se dice andar duendes han sido muy miserables. Siempre que se ha intentado una investigación metódica y severa, los fenómenos se han desvanecido». (2)

El Sr. Comas, después de exponer con Morselli los fenómenos de las experiencias lombrosianas dice: «Estos son los principales resultados o mejor observados por Morselli, y con poca diferencia en muchas otras ocasiones por los demás experimentadores de Eusapia. A pesar de todo, Morselli rechaza en sus conclusiones la hipótesis espiritista: Por lo que se ve, las sesiones de la famosa medium llegan a alcanzar los caracteres de un verdadero aquelarre, científica y moralmente espeluznante». (3) Y un poco más adelante concluye: «Decidme, ¿qué consecuencias formales váis a sacar de la mayoría de estas experiencias efectuadas en tales condiciones, dada la *respetabilidad* de la mayor parte de los *mediums*?

«El ilustre Schiaparelli, que asistió a varias sesiones con Eusapia, escribió a Camilo Flammarión esta misma tristísima impresión que a todo hombre honrado y escrupuloso producea exigencias la mayoría de ellas sin justificación de ningún género y que son por consiguiente altamente sospechosas. He aquí algunos de los párrafos de su carta:»

«Durante el otoño de 1892, fui invitado por M. Aksakof a asistir a un cierto número de sesiones espiritistas que él dirigía valiéndose de la *medium* Eusapia Palladino, de Nápoles: He visto cosas muy sorprendentes de las cuales una parte, en realidad

1 p. 790.

2 L. C. p. 716.

3 p. 47.

podría ser explicada por medios muy ordinarios. Pero hay otras cosas, que no sabía cómo explicarlas fundándome en los principios conocidos de la física. Debo añadir, sin vacilación alguna, que si hubiese sido posible excluir toda sospecha de superchería, sería necesario reconocer en estos hechos el principio de una ciencia nueva muy fecunda en consecuencias de la mayor importancia. Pero es necesario confesar que tales experiencias han sido efectuadas de un modo bien poco propicio para convencer de su realidad a los hombres imparciales. Siempre se nos oponían condiciones que impedían formarse cargo de lo que pasaba realmente. Cuando proponíamos modificaciones destinadas a dar a las experiencias el carácter de claridad y evidencia que hacía falta, la *medium* declaraba invariablemente que los fenómenos, en semejantes condiciones, se hacían imposibles. En resumen, no hemos *experimentado* en el verdadero sentido de la palabra: hemos tenido que contentarnos con *observar* lo que pasaba en las circunstancias desfavorables impuestas por la *medium*. Hasta cuando se extremaba esta observación algo más de lo regular, los fenómenos cesaban o perdían su intensidad y su carácter maravilloso. Nada más chocante que estos juguetes de escondite a los cuales hay que sujetarse...

«El día que se pueda ejecutar de una manera sincera, *una sola* de estas experiencias, la cuestión habrá hecho enormes progresos. de las manos de los charlatanes pasará a la de físicos y fisiólogos.»

«En atención a estas consideraciones tan justamente expuestas por Schiaparelli, decidió este astrónomo no asistir más a semejantes experiencias y abandonar el asunto. El insigne Helmholtz ya no quiso tener en principio ningún trato con el tan famoso charlatán *medium* Slade. Refiriéndome a experiencias propias sobre distintos *mediums*, jamás he podido experimentar u observar un fenómeno en circunstancias absolutamente irreprochables.» (1)

Y como si esto no fuera suficiente, en otro lugar de la misma obra, escribe a propósito de las mismas experiencias lombrosianas: «En un artículo suyo que publicó en el verano de 1907 en *La Lectura*, de Milán, cita como ejemplos de materializaciones excepcionales»: «la Katie King de Londra e la *Elleonora* de

1 L. C. p. 49-51.

Barcelona» (el subrayado es mío) Esto demuestra con qué facilidad se edifican las historias *milagrosas* dentro del Espiritismo.» (1) El propio señor Comas descubrió los fraudes de Leonora, como él nos testimfica en distintos lugares de su bien escrita obra. ¡Y a esta presentaba Lombroso como tipo de espíritus desencarnados!

Hubo un tiempo en que los prodigios de los mediums sorprendieron aun a los sabios, pero las precauciones de los observadores se fueron aumentando y cayeron, como no podía ser menos, en la trampa.

A las hermanas Fox, iniciadoras de todo el tinglado, ya las oiremos el *mea culpa*. Home, el famoso embaucador de Crookes, y que quiso sorprender la buena fe de la emperatriz haciéndola creer que su pie era la mano de la duquesa de Alba, y a Napoleón III, escribiendo en el techo, mediante un lapicero de enchufe, lo que él atribuía a los espíritus (2), fué cogido en numerosas trapacerías, tantas que el Dr. Francisco Elguero no tiene inconveniente en decir que era digno del presidio. (3)

Slade, el medium de la escritura directa sobre las pizarras, fué sorprendido por Hodgson y Lankester. En Londres un día «apenas acababa de colocar las pizarras el medium bajo la mesa, cuando Lankester se las arrancó de las manos y pudo comprobar que estaban ya escritas» (4) Wund, dice, que el mover Slade una aguja a su voluntad se explica porque el prestidigitador se proveyó de antemano de un potente imán. Asegura que los sabios que observaron sus experiencias no eran competentes en la mayoría, si se exceptúa el doctor Cristiano, y éste declaró que las experiencias realizadas por Slade, y presenciadas por él eran cuestión de prestidigitación. Refutadas las experiencias y el campo dentro del cual se prepararon, concluye con los datos que por sí mismo recogió como testigo de vista y asevera que la cuestión de espiritismo no es ni debe ser considerada si no a lo sumo como *seudo-científica*. (5) Tantas fueron las trapacerías de Slade que el tribunal de Londres hubo de condenarle a dos meses de trabajos forzados, por fraudes de espiritismo, apesar de

1 p. 105.

2 El Dr. Lapponi inocente, se tragó la píldora.

3 El Esp. ant. la cienc. p. 28.

4 Annales des Scien. Psychiq. p. 569, año 1905.

5 Der. Spiritismus, ap. Ugar. p. 467.

las protestas de Wallace y Crookes, que, no obstante ser cogido en el fraude, le estimaban inocente.

Davey, otro de los mediums escribientes que no era más que un hábil prestidigitador, fué igualmente sorprendido por Hodgson, quien además nos cuenta los medios de que se valía para los engaños y «el método habitual que empleaba para sustituir una de las pizarras cerradas con llave a la otra en ese tercer tipo de experiencias, que eran su invención favorita» (1)

A la cárcel fué conducida Ana Rothe, en Alemania, después de ser procesada por la policía prusiana, demostrándose que frecuentemente había engañado. Sus poderes mediúmnicos desaparecieron tan pronto entró en la prisión reapareciendo no bien hubo salido (2)

Elena Smith, célebre medium que tenía por guías al espíritu de Victor Hugo y al de un tal Leopoldo, que disputó la familiaridad al primero diciendo ser la reencarnación de Cagliostro o José Bálamo; Elena Smith que se creyó la reencarnación de Lorenza Feliciani (personaje novelesco) y más tarde al darse cuenta de su yerro, la de Ms. Antonieta, al pretender confirmar la aparición de J. Bálamo, de quien se decía amante, y cuyo espíritu evocaba, mostrando la escritura de éste, cayó en la caída que la tendió el sabio y honrado Flourny, quien probó la disparidad existente entre Bálamo vivo y Bálamo espíritu. (3)

Las supercherías de Paladino bien al descubierto quedaron en multiples ocasiones; Lodge, Myers y Ochorowicz observaron que era élla misma la que daba los misteriosos golpes: Sidgwich y Hodgson nos dicen que la medium cometía esas artimañas mediante la sustitución de las manos, trampa que intentó cometer en las experiencias de Cambridge, apreciaciones que confirman Myers y Lodge. De Eusapia nos dice D'Arsonval que es un medium detestable para las investigaciones de levitación; pues hace siempre imposible toda investigación seria y permanente. (4)

Respecto a las célebres levitaciones de Zaccarini, el profesor Severi observa, que el aparato registró y dejó consignado: 1.º Que el medium no alzó nunca de la mesa sus dos pies a la

1 Grasset. L. C. n.º 15.

2 Annal. Scien. Psychiq. 1904, p. 538.

3 Grasset. L. C. n.º 50-52.

4 Annal. Scien. Psychiq. 1905, p. 351. Le Matin, mars. abril. mai. 1908.

vez, mientras duró la obscuridad y mientras no se pidió la luz de una manera explícita; 2.º Que cuando se pidió la luz de manera que M. Zaccarini (o mejor dicho su personalidad mediúmnica) lo pudiese comprender se elevó, pero permaneció en el aire menos de medio segundo; es decir, durante el tiempo que podemos sostenernos en el aire, sin ser acróbatas, por medio de un vulgar salto.» De Marchi añade: «Una vez creyendo equivocadamente los observadores que el medium se hallaba realmente suspendido en el aire, pidieron la luz por medio de una palabra convencional que no podía comprender M. Zaccarini, se dió la luz, pero se encontró que el medium estaba de pie sencillamente sobre la mesa». (1)

Acerca de las materializaciones y sus fotografías, el propio Coronel A. Rochas advierte que «desgraciadamente pueden ser simuladas esas fotografías, y es cierto que el fotógrafo Burguet se entregó a ese fraude para atraer cierta clientela». (2) Como cierto es que el propio Rochas cogió en fraude a su misma medium Valentina, en el momento en que agitaba en todos sus sentidos sus pies desnudos previamente impregnados de fósforo con el fin de producir el fenómeno de las luces misteriosas:

«El medium Ebstein, dice el «Daily Telegraph», preparábase un día a hacer aparecer los espíritus de los difuntos, ante berlineses simpáticos a su tentativa, en un hotel bien conocido. Sumida en densas tinieblas hallábase la concurrencia, cuando de pronto se enciende la luz eléctrica y aparece ante los espectadores lo que servía para representar al espíritu evocado: un maniquí embadurnado de pintura luminosa». (3) Asaz conocido es el fraude de Miss Williams, medium americano que pretendía simular la aparición de un doctor de lengua barba y de una hija de éste vestida de blanco. Mr. Leymarie con tres amigos se apoderaron de élla mediante una combinada estratagema, y resultó que «ella era la que envuelta en gasas negras, disfrazada con una peluca y barbas postizas, hacía la aparición del doctor. La joven que acompañaba a ésta no era más que una máscara cubierta con largo velo y a la que Miss Williams aparentaba llevar de la mano izquierda, mientras con su mano derecha tiraba de una cuerda

1 Annal. des Scien. Psy. 1907, p. 528, 674.

2 Jules Bois *Le miracle moderne*, p. 35.

3 14, nov. 1905.

combinada con un aparato dispuesto para producir las variadas luces de color que circuían a las apariciones». (1)

De las experiencias de Aksakof, dice el Sr. Comas y Solá: «Reconozco en Aksakof una absoluta lealtad científica, pero su ardiente fe espiritista le lleva inconscientemente demasiadas veces a la exageración y a poca solidez en sus experiencias y juicios. El fantasma de Eglington se produjo en una casa de un señor desconocido. En el relato no se hace ninguna advertencia sobre la posibilidad de trampas o aberturas secretas en el piso de referencia. Por lo demás, el gabinete oscuro estaba en relación con la puerta de un corredor y que Aksakof cerró con llave, y *nada más*. Cuenta Aksakof, implícitamente como dato demostrativo, que a Eglington le sobrevino uno o varios ataques, de hemoptisis después de la sesión, lo cual no demuestra nada, pues nada tan fácil como simular tales ataques. En fin, el aspecto del fantasma es el de un hombre mal disfrazado y con barba postiza. ¿Y después de estas pretendidas materializaciones, qué queda por lo que se refiere a dicha clase de fenómenos?» (2)

Las maravillas de la medium Eva C. apenas habían alcanzado el periodo álgido con este veredicto de C. Richet estampado en los «Annales des sciences psychiques»: «El fantasma B. B. no es ni una imagen reflejada en el espejo, ni una muñeca ni un maniquí. Posee todos los atributos de la vida. Yo le he visto salir del gabinete, marchar, ir y venir en la habitación; he oído el ruido de sus pasos, su respiración y su voz; he tocado su mano en diversas ocasiones que estaba articulada, cálida, móvil». B. B. sopla con un tubo en el agua, que aparece blanca, y, como se le aplaude, el fantasma reaparece y saluda tres veces. Se le fotografió muchas veces durante una deflagración súbita de mezcla de clorato de potasa y de magnesio... Desde febrero de 1902, hasta 1905, el mismo fantasma había aparecido ya con otros muchos mediumns», cuando el abogado de Argelia, M. Marsault descubrió todos los fraudes y con tal evidencia que la propia medium se vió obligada a confesarlo. (3)

Sorprendido fué igualmente el medium Harry Bastián por el Archiduque D. Juan de Austria. Un día «el Archiduque hincan-

1 Annal. des Scien. Psy. 1894, p. 355.

2 L. C. n. 52-54

3 Cfr. Proceedings of S. P. R., julio 1914.

do con arte los dedos en el tablero se previno para otra sesión; entre tanto mandó construir una máquina con resortes con tal artificio dispuestos, que en el momento deseado se cerrase de repente la puerta del aposentillo que separa al medium del espectador con el auxilio de la cortina. Empieza la función; entre otras sombras muéstrase a presencia del público una figura blanca limpiamente dibujada, el archiduque al verla, quería coger por la melena la ocasión, aprieta con fuerza el resorte, ciérrase de repente la puerta, y entre puerta y cortina queda preso el fantasmón; por más que forcejó no pudo escapar de las manos del Archiduque, el cual deteniendo al espectro lo presentó a la concurrencia diciendo: He aquí al espíritu. Y el espíritu era Bastián en persona merecedor de la horca por la infame truhanería». (1)

«Houdini, cuenta de sí mismo, que en una ocasión, hace unos 20 años, desenmascaró los fraudes de una medium, cuando esta se presentó ante la concurrencia como un verdadero espíritu del otro mundo entre el asombro de los circunstantes. Aprovechándome, dice, de esta circunstancia, arrojé en el suelo sin que nadie lo advirtiera unas tachuelas ordinarias. Llegó el momento de la aparición, entre mortecino resplandor vióse aparecer una figura vaga, misteriosa y fantástica. Llevaba los pies desnudos; iba adelantando pausada y majestuosamente; los circunstantes contemplaban aquella escena con religioso pavor; reinaba el más completo y reverente silencio. De pronto sonó en el salón un jay! agudo y lastimero, seguido a cortos intervalos de otros secos y cada vez más dolorosos. Era que el pretendido espíritu había llegado a donde estaban las tachuelas. Con esto la embaucadora quedó en evidencia, demostró que no era espíritu de otro mundo, sino muy de este y todo terminó en risa y descrédito de la medium y del spiritismo». (2)

El doctor Jerónimo Estrany descubrió las mal tejidas patrañas de la medium Carmen y *su espíritu Leonor*; después de contarnos las bellaquerías nos dice: «La tal Leonor en nada difiere físicamente de Carmen y según típico retrato moral que me ha hecho uno de los concurrentes *es tan corta de entendimiento como la medium*. En fin, una burda comedia, una estupenda farsa, que sólo puede persistir por la preocupación de las atenciones

1 J. Mir. El Milagro, c. XI, a. 1.

2 Revi Cat. Año. 49, n.º 2.

sociales con las que se pone una valla a todo honrado método científico de investigación y por la otra preocupación no menos funesta de querer mezclar nuestro nombre en asuntos que resultan con puntas y ribetes de ridiculez y chocarrería» (1)

«Bajo el epígrafe «Los espíritus que hablan por medio del Radio», hacía «The Literary Digest», octubre 21 de 1922, un resumen de unos artículos del citado Houdini, famoso prestidigitador. Este en la revista «Popular radio» de New York dice que ya en 1851 se aplicaron los principios por los que se rige el radio, a los fenómenos espiritistas por un granjero de la Villa de Dover, Ohío, llamado Juan Koons. De estos aparatos se valen los mediums actuales. La persona asociada ya no está en un aposento próximo al lugar donde se halla el *medium*; está a tal distancia de él que no es posible oír las preguntas que se le hace, si no es por medio de un micrófono escondido en la pared. Además un anteojo muy bien enfocado hacia el sitio hacia donde actuando está el medium, le sirve para atisvar cuanto sucede en la sesión. El aparato puede operar a cien pies o más.

¡Cuán fácil resulta el fraude de la *premonición!*

Trátase de una célebre medium de las ciudades del Oeste. Hallábase en una de las pretendidas comunicaciones. De pronto cortó su comunicación y exclamó: «Estoy viendo a un hombre que acaba de ser asesinado. «Y describió todos los detalles, ciudad, nombre del occiso, número de la casa donde fué asesinado. Los periódicos confirmaron tan nefanda noticia. La fama de la medium no tuvo límites. Desde entonces se pagaban fabulosos precios por sus comunicaciones hasta que al fin sus ardidés fueron descubiertos. Una antena de radio transmisora que se hallaba bajo la alfombra que se tendía en los pies de la embaucadora medium; estas impresiones pasaban a un receptor que la medium tenía oculto en un gran bouquet de flores que venían a caer sobre sus hombros. Un reporter había enviado por Radio la noticia a una persona asociada a la medium, y que se encontraba detrás de donde se tenía la sesión; y ésta a su vez transmitía a la medium por medio de un radio-teléfono todo cuanto le iba comunicando el reporter. El receptor oculto entre las flores de tal manera emitía el sonido, que si bien no podían percibirlo los espectadores, podía muy bien oírlo la medium re-

1 Ap. J. Comas, L. C. p. 146 y sig.

costando su cabeza sobre las flores. Había instalado una verdadera red de reportes. Teníalos en las estaciones de policía, en los hospitales y en las oficinas de periódicos.

De semejantes ardidés se valen los mediums estadistas para conocer nombre, población y otros pormenores de la persona consultante, antes de que esta entre a su presencia. Los incautos caen facilísimamente en el anzuelo. (1)

Sir Filson Young escribió en el «The Saturday Review», 21 de enero de 1922, un artículo, que, aunque un poco extenso nos vamos a permitir transcribirlo en su mayor parte, ya por lo interesante, ya por referirse al apóstol más renombrado del espiritismo moderno, Conan Doyle.

«Una vez que hubimos desayunado con Arthur Conan Doyle y su esposa fuimos, dice Sir Filson, invitados los convidados en número de media docena a presenciar una sesión espiritista. En primer lugar, Mr. Doyle, a fin de preparar nuestros ánimos, hablónos mucho y largo acerca del espiritismo, de sus maravillas y de sus misterios. De vez en cuando manifestaba la esperanza de que en esa sesión, se habían de verificar asombrosas manifestaciones. Precisamente este día la famosa medium Mrs. Johnson, había de entrar en comunicación con sus dos favoritos *guías* de ultratumba, con los espíritus de los soldados fallecidos en la guerra, escocés el uno (Glasgow) llamado David, y el otro natural de Lancashire, conocido con el nombre de Jack.

«El aposento destinado a la sesión estaba completamente obscuro. Antes de llegar a él atravesamos una sala muy iluminada en la que se veían pendientes de sus paredes muchas fotografías de espíritus. Eran rostros que aparecían encajados algo así como en encajes que tiraban a muselina blanca y que se nos dijo ser *ectoplasma*.

«Vamos a tener, nos dijo Conan Doyle, una sesión admirable; la atmósfera está saturada de *ectoplasma* producida por Mrs. Johnson; esta medium hace verdaderamente prodigios. Estamos ya en el salón: la espectación es grande... entra ella pálida... aplausos. Estamos todos sentados en semicírculo; ante nosotros hay un gramófono; tiene cabe sí la señora Johnson una caja musical o resonante sobre la cual se halla colocada una gran bocina

de zinc blanco que puede girar libremente a uno u otro lado a disposición de la medium. De ahí habían de proceder las voces de los espíritus evocados. Se nos previene que no nos asustemos en el caso que nos toque la bocina, y que contestemos solamente: *Gracias*.

«Ya estamos preparados: se extingue por completo la luz eléctrica. En seguida, para preparar los ánimos debidamente y excitar en ellos las disposiciones propias para la sesión, *Pater Noster*, cantos y sermoncillos. Se nos exhorta a tener las manos sobre las rodillas con las palmas mirando hacia arriba, y a conservar el alma tranquila y serena. Inició el gramófono una tonada... ningún efecto de los anunciados y esperados se produjo. Entonces se nos sugirió el cantar, y Sir Conan Doyle entonó: «*Adelante, Soldados de Cristo*» Todos los presentes se unieron a él. Al fin Conan Doyle exclamó: Me siento como exhausto por el ectoplasma... Siento poderes extraordinarios al rededor de mí... Sin embargo, no se verificó fenómeno alguno. El gramófono preludió nuevamente otra tonada que todos en coro continuaron. Pero fenómeno... ningun!!

«Comprendimos todos la extensión de la situación ridícula de Sir Conan Doyle y compañeros en esos momentos. Nueva música y nuevos cánticos. Aquí ya hubo algo. Durante los himnos algunas señoras estaban poseídas de una extrema nerviosidad. Una gritaba histéricamente que le había tocado un espíritu; otra que veía rayos y luces. Entre tanto oyóse de repente una voz de hombre. Es la de David, insinúa uno; que calle el gramófono. ¿Es Ud. David? Sí, contesta la voz con el acento de Glasgow. Siguióse entre el espíritu y la medium una indiferente y aun insulsa conversación, la cual era interrumpida no pocas veces por el espíritu, pero nunca por la medium, que se mostraba en extremo charlatana, y rogaba al espíritu continuara su conversación; luego otro cántico. Se pregunta a David si va a venir su compañero Jack. Por supuesto, replica el espíritu.

«Pronto oyóse la voz de Jack con el acento de Lancashire. Los tres hablaron sucesivamente uno detrás de otro, pero *nunca juntos*, o dos a la vez. Noté, dice Sir Filson, que varias de las inflexiones de la voz revelaban a una misma e idéntica persona, y que el idioma de Lancashire de tal modo era hablado y pronunciado que cualquiera que hubiera vivido ahí, hubiera al instante averiguado que el que hablaba no era de Lancashire.

«Semejante decepción me hizo perder toda fe en el espiritismo. Sin negar con todo la absoluta posibilidad de los espíritus, de ninguna manera podía admitir que las voces oídas procedían de sér del otro mundo.

«Súbito se oye la voz de uno niño salida de la bocina, pero procedente del lugar donde se hallaba sentado el secretario de la Sociedad psíquica. Se nos dice que es la voz de una hermanita suya fallecida. Empieza un diálogo patético. A todo esto el señor Filson que había desde un principio procurado colocarse, como quien no quiere, cerca de la bocina, percibió dos voces completamente idénticas; la una como procedente de la bocina, la otra del sitio donde estaba sentada la medium...

«De nuevo una voz débil se dirige a una de mis vecinas, la cual exclama: «¿Es Ud., amada mía? ¡Oh, quizás es mi madre, suspiraba! En este momento Sir Filson se puso a tocar las rodillas de la dama, sus brazos y sus vestidos. El efecto fué sorprendente. La señora temblando de emoción exclamaba que su madre la había tocado; que ella sentía su presencia; que la reconocía y la suplicaba volviese a hablar más. Bastante mal impresionado no me atreví a repetir mi experiencia. Pero la voz se hacía oír de nuevo más cerca a la altura de mis rodillas, a la misma altura en que estaba la bocina. Extendí entonces la mano entre las tinieblas y súbitamente agarré la bocina que quedaba horizontal, toméla con exquisito cuidado y evitando el menor ruido, la hice voltear sobre la cabeza de la señora y la coloqué detrás de la silla de Mr. C. Doyle. A pesar de todas mis diligencias no pude evitar el rozar con el codo a la señora sentada a mi izquierda, la cual empezó a gritar: «Un espíritu me ha tocado»

«Mientras la bocina estuvo fuera de su lugar, que sería por unos cuarenta minutos, no se oyeron más voces... Sólo hubo música, conversación, cantos... Durante uno de estos me atreví a volver la bocina a su lugar, entonces volvieron de nuevo las famosas comunicaciones de los espíritus.

«Poco después salimos de la sala bien persuadidos de las trapacerías de las proclamadas comunicaciones con los espíritus; la sesión fué un verdadero fracaso y con todo se la consideraba por los espiritistas como «gran éxito». (1)

El australiano Bailey, por quien tantas simpatías tiene Conan

1 Revis. Cato. L. C. n.º 3.

Doyle, merced a los fenómenos de *aportación*, repetidas veces cayó en el garlito, hasta que confundido, tomó el camino de Australia para escapar de las celadas que los expertos observadores le tendían con sus precauaciones envolviéndole infaliblemente. (1)

Uno de los fenómenos mediúmnicos que en la actualidad más llama la atención, como advertimos en el párrafo anterior, es el del *ectoplasma*. Su realidad para algunos es absolutamente cierta. C. Richet recientemente ha escrito: «Hay pruebas suficientes para que la materialización experimental o ectoplasmática ocupe definitivamente un puesto en la ciencia. Ciertamente que no comprendemos absolutamente nada. Todo es *muy absurdo*, si es que una verdad puede ser absurda. Los espiritistas me han censurado mucho esta palabra *absurdo*, y no han podido comprender que *no sin dolor* me resigno a admitir la realidad de estos fenómenos; pero para hacer que un fisiólogo, un físico, un químico admitan que sale del cuerpo humano una forma que posee circulación, calor propio, músculos, que exhala ácido carbónico, que pesa, que habla, que piensa es preciso exigirles un esfuerzo intelectual que es verdaderamente muy doloroso». (2)

Ahora bien; de la manera que en las famosas experimentaciones de Villa Carmen, no obstante creerse muchas veces en posesión de la *verdad muy absurda*, tuvo que escribir después de repetidas investigaciones: «Hasta ahora los investigadores no han proporcionado la convicción acerca de la realidad de las materializaciones y las apariciones de fantasmas» (3); otro tanto acontece en el caso presente. Sus afirmaciones de aquí se convierten en las vacilaciones de allí, y las vacilaciones en negaciones.

En efecto; examinemos a los principales *mediums* productores del *ectoplasma*. Sea el primero la propia Eva C. Trasladada, como dicho queda, de Argel a París, después de haber confesado ella misma sus trapacerías; en la capital francesa, bajo la protección de Mm. Bisson, dió principio a su más célebre etapa. Bisson, en cuyo domicilio se hacían las experiencias empezó por cambiarla el nombre llamándola «Rose Dupont». Esto era sig-

1 Cfr. Annal. des scien. psychiq. 1905, p. 218-219.

2 Richet. L. C. p. 690.

3 Grasset, L. C. n.º 84.

no de mal agüero. Las sesiones se celebraron y los fenómenos *ectoplasmáticos* fueron tan extraordinarios que llamaron poderosamente la atención aun de los más inteligentes. El propio Richet que tuvo que poner en duda los fenómenos de Argel, creyó los de París; y Geley, el que durante año y medio tuvo con Eva C. sesiones bisemanales en casa de Mme. Bisson y en el invierno de 1917 a 1918, la observó durante tres meses consecutivos en su mismo laboratorio, y se dice que tomó tales precauciones que hasta se hicieron radiografías de la medium, se le hizo beber materias colorantes y se le dieron vomitivos para evitar toda sospecha de que se tragara substancias productoras del ectoplasma, Geley llega a decir terminantemente: «Las materializaciones de que voy a hablar las he visto yo mismo, las he palpado, las he fotografiado. He seguido muchas veces el fenómeno desde su origen hasta su desaparición, porque se formaba, se desarrollaba y desaparecía ante mis ojos. Por inesperada, por extraña, por imposible que parezca semejante manifestación, no tengo derecho a dudar de su realidad... He visto dedos admirablemente modelados con sus uñas; he visto un cráneo viviente, del cual palpé los huesos bajo una espesa cabellera; he visto caras bien formadas, caras vivas, caras humanas.» (1)

Sin embargo, no solamente tenemos derecho a dudar contra Geley, sino a decir que también aquí la famosa medium empleó el truco. Al libro del Baron von Schrenck-Notzing, contestó briosamente la doctora alemana Matilde von Kemnitz. Su crítica es tan acerada y sus razones tan convincentes que Notzing no tuvo más remedio que confesar que, no obstante las precauciones adoptadas y el ser la medium despojada de sus vestidos por Mme. Bisson, y cubierta por la misma con una bien ajustada malla, había habido fraudes. Reconoce ser cierto que Eva introducía en el gabinete fraudulentamente objetos que podían prestar un servicio excelente para sus fines. Admite que en realidad el espíritu que aparece en algunas fotografías era la misma Eva cubierta con aerea vestidura, sumamente fina, y que en la mayor parte de las fotografías el espíritu no es otra cosa que una pintura de papel sujeta a las cortinas por medio de alfileres.

En «The Fortnightly Review» de julio de 1920 se encuentran

1 Gustavo Geley, *De l'Inconscient au conscient*. París 1920.

cosas muy peregrinas y observaciones muy importantes acerca de este medium tan famoso.

Empero lo que puso al descubierto las trapacerías de Eva y dió al traste con su *ectoplasma*, fueron las experiencias de los sabios de la Sorbona, celebradas en el verano de 1922. Eva C. había de dar una prueba definitiva de la substancia maravillosa; era un reto de vida o muerte. El día en que habían de empezar las sesiones se acercaba.

«El Dr. Paul Heutze discutió las condiciones con Mme. Bisson en que había de realizarse una investigación por los doctores de la Sorbona de París. Vencidas las múltiples dificultades «el 7 de junio, nos dice el Dr. Heutze, tuvimos en la Sorbona una conferencia de gran interés. Acudí ese día acompañado tan sólo por Mme. Bisson. Anhelaba ésta que en el lugar destinado para la investigación reinara la más completa obscuridad y deseaba saber si sería esto permitido por los doctores. Además insistía en que hubiera uno tan solo de los doctores al empezar la experimentación, y que los demás fueran entrando uno por uno, conforme fueran llamados por un timbre eléctrico, de manera que todos pudieran cerciorarse de la realidad del ectoplasma de Eva individualmente, pero no juntos.

«Empezaron los experimentos el 20 de marzo y terminaron el 23 de junio. En ninguna de las sesiones se producía la tan cacareada substancia. La situación hacíase cada día más crítica. El 23 de junio Eva C. hizo nuevos esfuerzos. El resultado fué también nulo. La situación era insostenible. Entonces el Dr. Heutze y Mme. Bisson tuvieron una entrevista. ¿Qué hacer? El aprieto era grande, pues ya se había señalado el 30 de junio para otro experimento, que no se realizó, por que Mme. Bisson anunció que la medium se encontraba indispuesta. Al fin después de dos juntas habidas, la una el 3 de julio por la tarde en la Sorbona, y la otra el mismo día por la noche en casa de Bisson, se redactó un informe oficial firmado por los interesantes.

«The London Daily Telegraph» el día 8 de julio, recogiendo el informe de «L'Opini3n», decía: «El popular periódico «L'Opini3n» publica en su edici3n del día de ayer el resultado de una serie de experimentos espiritualistas que se han venido realizando por espacio de tres meses en la Sorbona. Las personas que han intervenido en este drama son la famosa medium Eva C., los profesores Louis Lapique, George Dumas, Henri Pierron, el

Dr. Laugier y Mme. Bisson. Verificándose los experimentos en un departamento obscuro de uno de los laboratorios psicológicos, cubierto con negras telas e iluminado solamente por la débil luz de una lamparilla roja.

«En la experimentación procedióse, según informe de los doctores, con toda precisión y escrupulosidad científica. Despojábase de sus vestidos ordinarios la medium delante de Mme. Bisson y de uno de los doctores; cubriase al punto con negra prenda de vestir sumamente ajustada al cuerpo, semejante a un vestido de baño, y sentábase en una silla de brazos colocada en un espacio del departamento separado del resto de este por medio de negras cortinas. Al empezar los experimentos se hizo saber a los doctores que en manera alguna debían tocar la sustancia cuando esta empezara a producirse del cuerpo de la medium, pues podría ocasionarle graves daños físicos y aun producirle la muerte. Se les indicó además que toda luz repentina o cualquier ruido inesperado podría impedir o echar a perder el experimento.

«Realizáronse más de 15 sesiones. En todas ellas no pudieron los doctores ver otra cosa, procedente del cuerpo de la medium, que burbujas de saliva, y en dos ocasiones una extracción de cierta sustancia viscosa, de color gris o pardisca, muy parecida a delgadísima capa de goma de la India, que salía de la boca y al instante volvía la medium a tragar. En estas ocasiones exclamaba la medium: «Ahora sale la substancia, ahora sale», ¿la ven VV. en la parte posterior de mi cuello? Mas los doctores nunca pudieron ver nada fuera de lo indicado. El resultado de los experimentos fué el que los doctores quedaran convencidos de que todo era una pura farsa y de que se les había jugado una burla poco decorosa.

«La conclusión de esta investigación científica, dice la *Revista Católica*, de donde tomamos la precedente información, es que no hay derecho alguno a afirmar la existencia del *ectoplasma*, proclamada por los espiritistas». (1)

La prueba parece tan decisiva, que nada más puede pedirse; porque si en algún momento merecía la pena que los *mediums* y los *espíritus* demostraran su tesis, sin disputa era este uno de los más interesantes. La misma medium parece así reconocerlo, pues

como advierte Mackenzie, recogiendo confidencias de Mme. Bisson, Eva C. tiene ahora gran miedo a que se conozca su verdadero nombre. (1) Los mismos estudiosos metapsíquicos, *con la imparcialidad que los caracteriza*, han llegado con este motivo, a despacharse por boca de Meunier, contra los sabios de la Sorbona con las injurias más groseras llamándoles: *animales de concurso, memorias hipertrofiadas, arrivistas*, etc. (2)

La fama que en París había adquirido «Rose Dupont» gozábala en Dinamarca Nielsen. Era el medium que producía más y mejor ectoplasma. Sus entusiastas eran numerosos, aun en la América. Suscitada la polémica la Universidad de Cristianía se resolvió a hacer una investigación científica. Para este fin el rector nombró una comisión. El escrutinio se hizo con todas las cautelas. Y el resultado fué, que el famoso ectoplasma de Nielsen era... *Una gasa*.

«Según el informe oficial, cinco fueron las sesiones de investigación. Nielsen en todas ellas cayó en «trance» (denominábase a sí mismo «Hermano de Micha»), extraía de su cuerpo algo así como una materia sutilísima que tiraba a tela, llevábalo a su boca e invitaba a los doctores a que examinaran dicha sustancia. Hiciéronlo los doctores, pero nunca pudieron descubrir otra cosa que *una vara de sutilísima gasa*». (3)

Conan Doyle, el fanático por la sustancia ectoplasmática, a la que estima como la prueba más contundente de la verdad espiritista, no salió más airoso de unas pruebas realizadas *con toda escrupulosidad*. Es Arry Price quien nos las refiere en el número de mayo de 1922 en la revista «Journal the Society for Psichical Research». Mucho efecto causaron en los pasados años las manifestaciones ectoplasmáticas que realizaban los mediums Hope y Buston en el llamado «Círculo Crewe» a donde fueron muchos curiosos a ver las apariciones y fotografiarlas. Entre otros fué Conan Doyle, el cual desafia a los críticos a que encuentren asomo de fraude en las fotografías por él hechas, ya que él mismo cargó los *chasis* con placas marcadas, tomó las fotografías, reveló y fijó las negativas. Pues bien, Herry Price observador más cauto, tuvo el buen acuerdo de hacer que en la fábrica, por

1. *Metansi. moderna*, Cfr. Cien. Tom, L. C.

2 Cfr. *Luce e Ombra*, feb. 1925.

3 Rev. Cat. año, 49, n.º 5.

medio de los rayos X, pusieran en las placas que iba a emplear una señal que no se podía ver hasta que se revelara la negativa; fué al Círculo espiritista, tomó dos fotografías, las reveló, y en una de ellas encontró una cara ectoplasmática; pero en cambio, en ninguna de las dos encontró rastro de la muestra puesta en la fábrica. *Le habían escamoteado las placas, sustituyéndoselas por otras previamente impresionadas (1).*

Como si todo esto fuera poco para convencerse de los fraudes espiritistas, hace pocos años se le lanzó el guante al espiritismo; se le hizo un reto formal, en el que se le desafiaba a probar la verdad de sus experiencias. La acreditada revista «Scientific American» ha ofrecido un premio de cinco mil dólares al medium que demuestre la autenticidad de los fenómenos espiritistas. Aquí más que la cantidad metálica es el crédito del espiritismo lo que se ventila. Y ¿cuál ha sido el resultado?

Copiamos de «El Día gráfico» (de Barcelona): «Como hay tanta gente seria que cree en los espíritus, y como ha habido últimamente tantos descubrimientos científicos del todo inesperados, las corporaciones científicas no quieren cargar con la responsabilidad de negar rotundamente los fenómenos espiritistas y han tratado de hacer una información prolija de estos fenómenos con el propósito de determinar si hay algo de verdad en aquello de que los espíritus de los muertos vuelven a la tierra».

Nos refiere lo que ya sabemos de la Sorbona y dice a nuestro propósito: «George Valentine, de Willes-Barre, Pensilvania, es el medium que goza de mayor reputación en los Estados Unidos.

«J. Malcolm Bird, uno de los editores del «Scientific American», que es uno de los que ha recibido la comisión de investigar los fenómenos espiritistas, decía que si la mitad de lo que aseguraba George Valentine, podía hacer fuera cierto, aparecería incuestionablemente como el mejor medium del país.

«Debe decirse que Mr. Bird, a juzgar por la manera como se ha expresado acerca de algunas sesiones que presencié en Londres con Sir. Arthur Conan Doyle, está muy favorablemente impresionado a favor del espiritismo.

«A pesar de lo anterior, en las investigaciones que ha hecho

1 Cfr. H. Thurston. S. J. *Fraudulent spirit photography*, *The Tablet*. 8-6-1922.

el «Scientific American», en las cuales Mr. Bird toma parte prominente, se ha descubierto de la manera más palmaria que el famoso medium americano, es un burdo fraude. El artista de la magia espiritista fué sorprendido en sus maquinaciones en la forma más inesperada para él, pues, se hizo uso de los métodos científicos que permitían ver su tramoya en la obscuridad. Los *espíritus* se aparecieron, hablaron, se movieron. Sólo que no eran espíritus sino fraudes groseros.

«Por cierto, George Valentine no recibió los cinco mil dólares ofrecidos por el «Scientific American»; lo que recibió fué la exposición pública de sus engaños». (1)

Gustavo Lebon «ofrece un premio de quinientos francos al medium» que realice una levitación de objetos sin contacto en las condiciones científicas que él indique. El Príncipe Rolando Bonaparte añade mil a ese premio que Dariex ha elevado a una suma total de dos mil francos. Nadie se sometió a operar sujetándose a las condiciones pedidas.

El doctor Encausse (Papus) reprocha a Lebon el pedir levitaciones en plena luz, cuando, según sus investigaciones, «se necesita una fuerza cuarenta y cinco veces mayor para producir un fenómeno a la luz blanca que para producir el mismo fenómeno a la luz de la lámpara de Crookes, o a la luz roja de los fotógrafos».

A esto replica el ingenioso Harduin con mucha sátira: «Encontrándose el medium en una habitación de los fotógrafos, se levantará una mesa. Se dará enseguida la luz y el mismo medium podrá entonces desplazar un objeto cualquiera que pese cuarenta y cinco veces menos que la mesa. De esta suerte el gasto del fluido continuará siendo el mismo, y el medium se ganará sin dolor los dos mil francos prometidos. Esto es encantador» (2)

La misma proposición se había hecho por los sabios más autorizados, los cuales pasaron una circular ofreciendo un premio al que realizara una fotografía de radiaciones desconocidas. (3)

Un diario francés ha fundado un premio de cincuenta mil francos. El jurado está formado por los sabios de la Academia de París: d' Arsonval, Richet y el Conde de Gramont. Hasta la fecha el premio está sin adjudicarse.

1 Año XI. n.º 5148.

2 Cfr. Grasset, L. C. n.º 88.

3 Bolel. de la Provin. Eccles. de Cuba, año, VI, n.º 40.

Ultimamente la misma revista «Scientific American» tiene ofrecido el premio de dos mil quinientos dólares. El medium que se ha presentado es el pequeño Nino Pecoraro, italiano. Las investigaciones y el resultado no son satisfactorios.

«El diminuto «medium» fué colocado en un gabinete separado de las salas adyacentes por medio de cortinas; este experimento como los anteriores han tenido efecto en el «Woolworth Building» (New York) El cuerpo de Nino fué cuidadosamente atado a la silla y lacrado con cera en seis sitios diferentes: el más leve movimiento habría quedado registrado. Así mismo las manos fueron colocadas en el interior de las mangas opuestas y estas cosidas.

«Después de pocos momentos que el medium quedó solo en el gabinete comenzaron a sentirse ruidos peculiares de cascabels, tambores, silbidos y la voz clara y sonora de la Palladino. Las voces del hermano de Nino y de su padre fueron oídas también a intervalos ya con el auxilio del micrófono ya naturalmente.

«Después de terminada la sesión que había durado como hasta media noche, Nino, tuvo un fuerte ataque de histeria y quejándose cayó al suelo rompiendo las ataduras con que le habían asegurado a su asiento.

«Entre las personas invitadas a presenciar la sesión figuraban doctores prominentes y conspicuos espiritistas y ocultistas, todos los cuales se vieron obligados a reconocer que en los fenómenos que acababan de desarrollarse ante su presencia no cabía el fraude. Mr. Bird, presidente del Comité de investigación nombrado por el «Scientific American» hizo la siguiente declaración oficial después que Nino había recuperado el uso de las facultades:

«Debo hacer constar que la opinión general de todos los miembros del Comité es que Nino Pecoraro estuvo actuando en un «trance genuino» sin embargo no nos atrevemos a excluir la posibilidad de que los ruidos no fueran causados con ayuda de los pies o las manos del medium. Es positivamente cierto de que Nino no abandonó la silla ni por un solo instante. Tenemos proyectadas varias sesiones complementarias que se llevarán a cabo en el mes de enero, entonces podremos pronunciar nuestro dictamen.» (1)

Celebradas estas sesiones complementarias el corresponsal

del «Heraldo de Cuba» decía con fecha 24 de enero de 1924: «El doctor Temistocles Macrocordato, hablando ayer en nombre de sus colegas los doctores Caruso, Teley y Alexión, los cuales estuvieron presentes a la última sesión espiritista celebrada en M. 601 oeste de la calle 144, en la que actuó de medium el famoso niño italiano, Nino Pecoraro, que ninguno de ellos estaba de acuerdo con las experiencias realizadas, en contra de lo manifestado por la prensa local; ha dicho lo siguiente: Tanto yo como mis colegas asistimos a la sesión en que actuó el niño Pecoraro, no como formando parte del Comité de investigación; sino atraídos por el interés científico de la metafísica.

«Los fenómenos producidos en esa noche fueron verdaderamente maravillosos a condición de que sean genuinos.

«En contra de lo dicho por varios periódicos de la ciudad, nosotros no nos declaramos de acuerdo con todo lo efectuado ni prestamos fe ciega a los fenómenos presenciados, antes al contrario no nos recatamos de mostrar nuestra incredulidad y suplicamos a la comisión del «Scientific American» que tratara de esclarecer nuestras dudas.

«Desde luego, jamás hemos dicho que el premio de dos mil quinientos pesos ofrecido debiera ser asignado al niño Pecoraro.

«Los fenómenos metafísicos [metapsíquicos] son tan delicados que una persona que en algo estime su reputación científica no puede en modo alguno dar entero crédito a lo que ve u oye en una sesión espiritista, y mucho menos si no se tiene la experiencia debida.

«Mr. Bird, dijo lo que sigue: «Me alegra sobremanera el saber que esos doctores han desmentido manifestaciones que se les atribuían.» (1)

Refiriéndose a la medium Crandon, de la que más adelante hablaremos, decía el periódico «Diario de la Marina»: «INTERESANTE RETO DE UN PRESTIDIGITADOR A UNA MEDIUM».

«El prestidigitador Harry Houdini ha retado hoy a la señora Margery Crandon «medium espiritista», de Boston, que aspira al premio de dos mil quinientos pesos ofrecido por el «Scientific American», a toda aquella persona que pueda dar una prueba

1 Heral. de Cuba, 24-1-1924.

auténtica de comunicación con los espíritus ultra terrenós, y ha depositado diez mil pesos en manos del alcalde, James Curley, diciendo que está dispuesto a reproducir toda manifestación de mediumnidad que haga la señora Crandon, a título de espiritista. Mr. Houdini declara también que apuesta al profesor William, c. Dougall, catedrático de Psicología de Harvard, una suma equivalente a un año de sueldo a que no logra imitar o explicar los «trucos» del prestidigitador.

«El profesor Mc. Dougall se siente disgustado ante el hecho de que Houdini ponga en tela de juicio la autenticidad de las revelaciones hechas a la señora Crandon en sus tenidas». (1)

Algo más patético es lo que a continuación copiamos: «¿Es posible la comunicación psíquica con los muertos? Esta ha sido la intrigante pregunta que en forma negativa han contestado, sin percatarse de ello, los 284 mediums que tomaron parte la semana pasada en el concurso abierto por la revista americana «Scientific American».

«La prueba definitiva a que fueron sometidos estos mediums fué preparada por el doctor J. Allen Gilbert de Portland, Oregon, con la cooperación del «Scientific American», con el fin de determinar si es posible recibir y transmitir mensajes espirituales desde ultratumba.

«El Dr. Gilbert y su difunta esposa, Mrs. Florence A. Z. Gilbert, fueron siempre muy adictos a las prácticas y estudios espiritistas, y antes de que ella muriera hace ocho años, hicieron un pacto, en virtud del cual, la finada se comprometía a comunicarse con su esposo, desde el otro mundo, con el auxilio de un medium, si ello era posible.

«Con el fin de que el experimento fuera concluyente y no dejara lugar a vacilaciones y sospechas, el Dr. Gilbert y su esposa, eligieron una contraseña que debería figurar en todos los mensajes espirituales que la finada había de transmitirle después de su llegada al mundo de los espíritus.

«Esta contraseña fué colocada en un sobre perfectamente lacrado y desde el día primero de enero de 1918, ha estado depositado en el cofre fuerte de Mr. Gilbert, o en la caja de caudales del «Scientific American» en el edificio de Woolworth. Después de la muerte de Mrs. Gilbert, acaecida el 17 de diciembre

de 1917, el Dr. Gilbert ofreció un premio de pesos 5.000 al medium que fuera capaz de recibir un mensaje genuino de su esposa.

«Excusado es decir que todos los mediums de los Estados Unidos se pusieron en trance, para poder recibir tal mensaje, la contraseña requerida y el premio prometido. En el mes de julio de 1918, el Dr. Gilbert había recibido 139 mensajes, pero fueron desechados como falsos y apócrifos porque no presentaban la contraseña convenida. Este concurso de mediums y videntes quedó abierto hasta el día primero de noviembre. Desde luego, nadie más que el Dr. Gilbert conocía la contraseña. Como éste se vió imposibilitado de asistir a la lectura oficial de los 284 mensajes recibidos, se encargó de hacerlo Mr. Munn, editor del «Scientific American».

«Se ha dado a conocer que la contraseña convenida consiste en la enunciación de tres eventos de importancia familiar, a saber: las fechas del nacimiento del Dr. Gilbert, de su finada esposa y de su hija Dorotea. A estos datos van unidos otros tres que no se han hecho públicos. Como existía el peligro de que algún medium «vivo» acudiera al Registro Civil de Portland e hiciera las investigaciones pertinentes, descifrando parte del enigma, el Dr. Gilbert, en carta dirigida a Mr. Munn el día 25 de octubre próximo pasado, suprimió este dato como innecesario.

«De la lectura de los 284 mensajes se desprende que ni uno solo es correcto y la mayoría dan contraseña ridícula. Algunos mediums alegan que aunque su poder psíquico es suficiente para dar con el misterio, no lo han hecho en atención a los ruegos de la finada, que desea ahorrarle a su esposo el pago del premio prometido». (1)

¿Por qué en estos casos los valores científicos o probativos de los fenómenos espiritistas son totalmente negativos y nebulosos? ¿No significa esto que la objetiva realidad mediúmnica tal cual nos la venden los espiritistas es un cuento, más o menos bello, de Hadas? A confesión de parte relevación de prueba; y esta es la que aquí nos ofrece el ocultismo de un modo negativo, con lo que nuestra tesis no puede tener mejor apologista. Todavía, empero, hay algo más.

El espiritismo no sólo hace la confesión con el silencio, cuan-

1 Heraldo de C. 20-11-1925.

do debiera de hablar, sino que la hace de un modo positivo afirmando sus fraudes. Ya hemos dicho cómo Eva C., y con ella otros muchos mediums, al verse en descubierto, confesaron sus trampas; entre estas confesiones hay una que queremos exponerla más detenidamente; la importancia que reviste así lo reclama: es la que se refiere a las iniciadoras de los fenómenos espiritistas.

«Las que abajo firmamos aprobamos el designio de Mr. Rubén Davenport, de escribir la verdadera relación del origen del espiritismo y de nuestra conexión con él y autorizamos a dicho señor para hacer el uso debido de los datos y material que hemos puesto en sus manos. New York, 15 de octubre de 1888. Margarita Fox Kane. Catherina Fox Jenchen.

Tal es la declaración auténtica que aparece al principio del libro titulado «The Death-Blow to Spiritualism» publicado por Mr. R. B. Davenport.

«Un día, el 24 de septiembre de 1888, la ciudad de New York primero, y todos los Estados Unidos en seguida, quedaron admirados al leer en el «New York Herald» las siguientes palabras que aparecieron encabezando un artículo de dicho periódico: «DIOS NO LO HA ORDENADO ASI». Un renombrado medium dice que los Espíritus nunca vuelven.—LA VIUDA DEL CAPITAN KANE. Una de las hermanas Fox promete una interesante exposición de Fraude.»

«Este artículo venía a confirmar la carta que Margarita Fox Kane había escrito al director del «New York Herald», y este había publicado en mayo del mismo año, en la cual decía: «El Espiritismo es una maldición... Dios ha puesto su sello en su contra.

«No importa desde qué punto de vista se considere el Espiritismo, es, ha sido y será siempre una maldición y un lazo de perdición para todos los que con él se mezclan. Ningún hombre o mujer equilibrados pueden pensar de otra manera.» Siempre tuve perfecto conocimiento, por supuesto, que todos los efectos espiritistas producidos por mi hermana y por mí ERAN FRAUDE EN ABSOLUTO. «He tratado de explorar lo desconocido, tanto cuanto es dado a los humanos. He visitado a los muertos para ver si podían darme algún recuerdo. Nada, nada he conseguido, absolutamente nada. He estado en los cementerios, me he sentado solitaria durante la noche sobre las tumbas deseando que los espíritus de aquellos cuyos restos estaban allí sepultados

se comunicasen conmigo. He procurado obtener alguna señal, pero sin obtener resultado». Pero no es esto sólo, ni lo más interesante de lo que contiene el libro.

«El 10 de octubre del mismo año, Catarina Fox Jenchen volví de Europa, y he aquí lo que la prensa neoyorquina decía ese día:

«Y CATARINA FOX AHORA.—La más joven de las mediums fundadores va a hacer saltar la bomba.—Acaba de llegar de Europa.—El Espiritismo es una farsa del principio al fin...»

He aquí algunas de las afirmaciones de la medium, reimprimadas en el libro citado: «El Espiritismo me importa un bledo; por lo que a mí toca no tengo más que hacer con él, pero afirmo en este punto que el espiritismo es una de las maldiciones mayores que el mundo ha conocido. No lo negaré. El Espiritismo es pura farsa del principio al fin. Es el embuste mayor de este siglo. Sé y conozco con certeza, que, cada una de las manifestaciones espiritistas producidas por mí en Londres y en todas partes, fueron fraudulentas».

«Huelga decir el revuelo que estas revelaciones produjeron tanto en los que defendían el pro como en los que defendían el contra. Millares de cartas asediaron a las hermanas Fox, exponiendo las zozobras de las almas y suplicando declararan si se hacían solidarias de lo publicado, pues si resultaba verdad, sus creencias y convicciones basadas principalmente, en el testimonio dado durante cuarenta años por las Fundadoras de la Nueva Revelación vendrían por tierra. Las hermanas comprendieron al recibir estas cartas que no era bastante DECLARAR que el Espiritismo era falso, sino manifestar al público los medios de que se habían servido desde un principio para engañarlo.»

«Y así decidió Margarita salir de nuevo a la palestra y desde el escenario declarar que había sido una embustera y explicar cómo había producido «aquellos sorprendentes cuanto INESPLICABLES FENOMENOS»

«Era la noche del 21 de octubre de 1888. La Academia de Música de New York estaba llena de tan numerosa como distinguida concurrencia, no faltando entre los espectadores, furibundos espiritistas que estaban decididos a armar una camorra para ridiculizar o impedir la exposición que, de los Fenómenos Espiritistas, iba a hacer Margarita Fox. Pero afortunadamente sus esfuerzos fueron inútiles. El efecto moral del «expose» no pudo

ser mayor. Margarita Fox, llena de emoción se dirigió al auditorio desde el escenario y les dijo las razones siguientes que extractamos: «Bien sabéis los aquí presentes que yo he sido una de las principales causas instrumentales en la perpetración del fraude espiritista que se ha impuesto al público demasiado confiado. Eso ha sido la mayor pena de mi vida, y, aunque tarde, estoy ahora preparada para decir la verdad, toda la verdad, y sola la verdad, con la ayuda de Dios.

«Habrà sin duda muchos que me despreciarán por semejante engaño, pero si conocieran la infortunada historia de mi pasado, la agonía en que he vivido, y la vergüenza que todo esto me ha causado, creo que más que reprocharme se apiadarían de mí.

«La aptitud que por tanto tiempo he guardado me fué impuesta en la niñez, cuando por razón de mi carácter no formado aún y mi mente aún no desarrollada, me era difícil distinguir entre el bien y el mal.

«Me arrepentí cuando llegué a la mayor edad. Guardé, sin embargo, silencio, pues se me intimidó, y fuí escarnecida, y en medio de una vida de adversidad amarga escondí lo mejor que pude la conciencia de mi falta. Mas ahora, gracias a Dios, que ha despertado mi conciencia, me encuentro capaz de revelar la fatal verdad, el ignominioso fraude que ha marchitado tantos corazones, y ha agostado tantas vidas llenas de esperanzas. Estoy aquí esta noche como una de las fundadoras del Espiritismo para denunciarlo como un absoluto fraude del principio al fin, como la más enteca de las supersticiones y la blasfemia más malvada que ha conocido el mundo.

«Os suplico que prestéis atención y me perdonéis y si puedo hacerme digna con el paso que voy a dar, os suplico también me estendáis la mano y me ayudéis para seguir por el buen camino, por el que he echado. A estas tan sentidas palabras salidas de lo profundo de aquella infeliz mujer, se siguió la demostración experimental del fraude del cual dió detallada cuenta el «New York World» del día siguiente, y fué en resumen como sigue:

«Un pequeño banco de madera de cuatro patas que servía de caja de resonancia estaba en frente de ella. Delante de toda la concurrencia se quitó el zapato del pie derecho y lo colocó sobre el banco. Se podía oír volar una mosca. De pronto se dejaron oír con toda claridad en todo el salón golpes secos y cor-

tos que se repitieron varias veces a voluntad de la famosa medium. Subieron, a ruego suyo, tres doctores del auditorio y la examinaron con detención mientras producía los famosísimos «raps», aquellos golpes misteriosos que habían asombrado a tantos millares de personas. El comité de doctores declaró que la causa de aquellos golpes no era otra que el chasquido de las falanges del dedo gordo del pie de Margarita Fox...

«Mientras tanto, Catarina Fox, la otra fundadora del Espiritismo, estaba sentada en uno de los bancos a la vista de todos asintiendo abiertamente a todo cuanto su hermana decía. El fundamento del Espiritismo había caído derrumbado ante la silenciosa concurrencia que presenció el famoso experimento». (1)

Ahí está lo que pudieramos llamar, el Espiritismo en cueros vivos, desnudado por sus propios genitores. ¿Qué más se desea para convencerse del fraude?

«Pero para nuestro intento, y seguimos el extracto, tienen las hermanas Fox que contarnos algo más. Bueno es que completamos la obra, observando la causa final, o el por qué de los golpes y de este modo veamos el fraude completo.

«Tenían las niñas Fox una hermana ya casada y que se llamaba entonces Mrs. Fich, nombre de su primer marido. Esta hermana tenía una hija, Isabel Fish, que contaba entonces quince años. Esta niña que era nieta de la señora Fox y sobrina de las chiquillas, aunque mayor que ellas, se encontraba de visita con la familia de su abuela, cuando estaba recién mudada a la casa de Arcadia. Las dos chiquillas Fox queriendo asustar a su sobrina Isabel, tuvieron la idea de amarrar unas manzanas con hilo y hacerlas rodar por el suelo de madera, cuando Isabel se empezaba a dormir. La pobre muchacha se asustaba y las hermanas Fox se reían de sus sustos, pero sin descubrir la causa de aquellos ruidos. Las muchachas Fox, con el pretexto de aparentar que ellas no tenían parte en los ruidos, empezaron a chasquear los dedos de las manos mandando a las manzanas que repitieran ruidos semejantes. Esta IDEA despertó en sus infantiles y traviesos cerebros la *Idea de hacer lo mismo con los dedos de los pies*. Y la invención se debió a Catarina, la más pequeña. Cuando las chiquillas descubrieron que podían hacer esos ruidos estando metidas

1 P. C. Heredia, Algo de Espi. p. 9-15.

en la cama y teniendo las manos a vista de todos, se llenaron de regocijo, pensando en el «Fun» que iban a tener con tan prodigioso descubrimiento, sobre todo cuando notaron que apoyando los pies en el respaldo de la cama de madera, los ruidos eran mucho más fuertes, sirviéndoles las tablas de caja de resonancia. Entonces fué cuando empezaron los «Raps» y la madre asustada «IDEO la famosa HIPOTESIS ESPIRITISTA QUE AUN PERDURA. Hay que notar que la madre y no las niñas fué la que forjó la idea del muerto (que resultó ser enteramente falsa), y que las traviesas criaturas sólo respondían «sí o no» según se las antojaba. Isabel al principio creyó también que los ruidos eran producidos por los espíritus, pero como era natural bien pronto se dió cuenta de que las chiquillas eran las autoras de semejante FENOMENO.

«Sin hacer traición a sus pequeñas tías, contando el fraude a la abuela, fué a descubrirselo a su madre que vivía en Rorchester. Vino esta siniestra mujer y tomó por su cuenta explotar la credulidad de los vecinos y para estar segura que las chiquillas obedecerían y callarían las amenazó con contarle a su madre «el terrible engaño» si no hacían lo que ella las aconsejaba. Y el consejo fué llevárselas a Rorchester y empezar a dar públicas exhibiciones espiritas, que empezaron a acarrearle considerables sumas. El engaño siguió adelante, las pobres criaturas siguieron por el camino que les trazó la funesta hermana y así empezó y tomó desarrollo extraordinario el Espiritismo». (1) ¡Bien podemos repetir; que el espiritismo del principio al fin es pura farsa y engaño!

1 P. C. Here. L. C. p. 15-16.

§ 3.º

EL GENERADOR DE LOS FENOMENOS ESPIRITISTAS, EL FRAUDE
DOS CONCLUSIONES.—ALBERT JANET.—LO QUE PEDÍA FLOUR-
NY.—MAXWEL.—EL PRESTIDIGITADOR MR. MASHENY.—TIE-
NE LA PALABRA J. HUERTAS.—EL P. HEREDIA Y LOS FENÓ-
MENOS DEL ESPIRITISMO.—CONFIRMACIÓN DEL TESTIMONIO
AJENO.—EL «THE SPRINGFIELD REPUBLICAN».—EL PENSAM-
IENTO DE GRASSET.—AL REDEDOR DE UNA MESA DE PALO.
—LA RESPUESTA DEL DOCTOR CARRINGTON.—LOS «RAPS»
NO SON PRODUCIDOS POR LOS ESPÍRITUS.—SON DE ORIGEN
FÍSICO.—LA VISIÓN A TRAVÉS DE LOS CUERPOS OPACOS.—
EL MARQUÉS DE SANTA CLARA.—LA PRODUCCIÓN ECTO-
PLASMÁTICA Y EL P. T. MAINAGE.—EMBRIOGÉNESIS DE LAS
MATERIALIZACIONES.—LOS CIENTÍFICOS LO ESTIMAN NATU-
RAL.—LA EXPRESIÓN DEL PSIQUISMO DEL MEDIUM.—CON-
CLUSIÓN FINAL.

Con lo sucintamente expuesto en el párrafo que precede, creemos que se puede llegar a las dos siguientes conclusiones: 1.^a El objeto de la metapsíquica desaparece en gran parte, cuando de estudiar los fenómenos espiritistas se trata; 2.^a La principal causa de los fenómenos *mediúmnicos* en casi su totalidad, ha de buscarse en el fraude.

Desaparece el objeto de la metapsíquica, porque si ésta se consagra a estudiar «los fenómenos mecánicos o psicológicos debidos a fuerzas que parecen inteligentes o a potencias desconocidas latentes en la inteligencia humana», o, lo que es lo mismo, los fenómenos cuya causa, si bien conocida en principio y en sus términos genéricos, sin embargo, se desconoce su procedencia

inmediata, y sus detalles particulares, con lo que embarazada queda la razón del estudioso para señalar la eficiencia inmediata del hecho que ante él se desarrolla; nada de esto sucede cuando de las experiencias espiritistas se ocupa. Aquí se conoce la realidad fenomenal, se conoce la causa que la produce, y en múltiples ocasiones pueden señalarse hasta los detalles más minuciosos.

Que el fraude sea la generatriz de los extraordinarios acontecimientos verificados en las sesiones espíritas, es cosa que evidenciada queda con las numerosas experiencias que hemos aducido, las cuales podrían acrecentarse hasta formar infolios. Empero, aun cuando esto disipe toda dubitación prudencial, no esclarece con iluminación esplendente todos los puntos de la cuestión. Al fin y al cabo es un valor negativo y por ende la evidencia también será negativa. No basta probar que no son los espíritus los que se materializan, hablan o transmiten mensajes desconocidos, no es suficiente probar que hay fraude en la *trama*.

Cuando Gustavo Lebón retó al espiritismo y ofreció el premio mencionado, a su vez Albert Janet, prometió a Lebón quinientos francos «si prueba que los movimientos, sin contacto y en plena luz, de la aguja del estenómetro de Joire, obtenidos a través de una campana de vidrio, bajo la influencia de una mano humana, se explica única y exclusivamente por la alucinación de los asistentes o por el fraude», y Georges Montergueil ofrece quinientos francos al prestidigitador que se presente a *L'Eclair*, e imite con sus trampas los fenómenos del ocultismo, engañándoles. (1)

Aquí está el verdadero nudo gordiano. El espiritismo no se da por satisfecho con que desenmascaren a sus *mediums* y les cojan *infraganti* en mil chapucerías. Con todo esto permanece aferrado al sentir, de que para causar esos fenómenos se precisa la intervención de energía extrahumana. Quiere ver cómo sólo con las fuerzas naturales que el hombre tiene a su alcance, produce las maravillas de sus *mediums*.

Pues bien, con el fin de llevar la demostración hasta el último extremo, esto es lo que vamos a intentar. De esta manera quedará bien patentizada la fraudulencia del espiritismo en su

1 L' Eclair de Paris, 29-4-1908.

parte práctica, y con la práctica también la teórica para los que a la primera la estiman fundamento de la segunda. Lo que pedía Flourny, se lo concederemos: «Poner primeramente de manifiesto que el contenido del mensaje no ha podido venir del medium». Esto lo hemos visto en lo que dejamos escrito. «En seguida, que ha podido venir de otra parte», (1) Esto lo veremos en lo que vamos a escribir.

Por la confesión ingenua y espontánea de las hermanas Fox, que transcrita queda, podemos responder a Flourny, que está cumplida la segunda parte de lo que él, juntamente con el espiritismo, exige. Los fenómenos no eran *mediúnnicos*, y sí ciertamente producidos por la energía de la persona, la cual si aparentaba fingir de *medium*, no era esto más que pura estratagema. De nadie tenía la mediación; se representaba a sí misma y en su propia persona hablaba. Amén de la confesión de las Fox, tenemos la de otros *mediums*, que cogidos en fraude, se vieron obligados a reconocer su culpabilidad. No obstante, vamos a puntualizar más.

Maxwel, que tan seriamente ha estudiado las cuestiones espiritas, aunque alguna vez fuera de desear una interpretación más recta, no satisfecho con poner de manifiesto los fraudes comprobados en los *mediums* por él mismo observados y dejarnos escrito cómo pueden producirse los «raps», nos ha dicho también: «En plene luz engaño yo fácilmente a personas prevenidas. Es muy difícil observar a la vez los diez dedos, el brazo, la pierna y el pie.» (2)

De la escritura automática dice: «Es este [el de las pizarras] un fenómeno sumamente fácil para el engaño, así que yo he intentado seriamente el obtenerlo... Yo mismo hace mucho tiempo, he producido artificialmente ese género de manifestaciones fijando un lápiz en un agujero bajo la mesa y poniendo la pizarra en movimiento. Con un poco de hábito se llega a escribir muy bien.» (3) Y acerca de las materializaciones escribe: «Yo conozco una fotografía hecha con magnesio en una sesión, teniendo el medium una barba postiza y funda blanca en torno del

1 Annal. des scien. Psychiq. 1899, p. 201.

2 *Les phénomènes psychiques*, p. 68 y sig. 257 y sig.

3 *Escriture automatique* L. C.